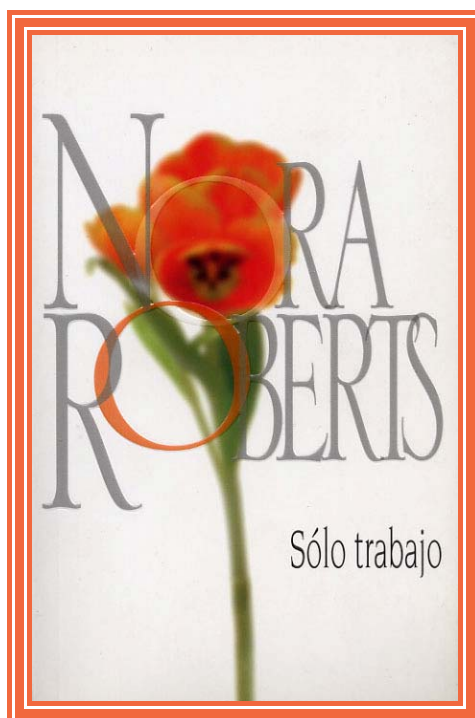


Solo Trabajo

Nora Roberts

2ª Chef



Sólo trabajo (2004)

Título Original: Lessons learned

Serie: 2º Chef

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Nora Roberts inédita 14 - 23.11.04

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Carlo Franconi y Juliet Trent

Argumento:

El nuevo cliente de la publicista Juliet Trent, el célebre chef italiano Carlo Franconi, no era sólo un maestro de la cocina, sino también un auténtico seductor con fama de mujeriego. Sólo una mujer se le resistía: la fría y esquiva Juliet, su relaciones públicas en una gira promocional por Estados Unidos. Aunque a Carlo le parecía fascinante, Juliet tenía por norma no mezclar los negocios con el placer. Sin embargo, cuando el apasionado cocinero italiano se empeñó en despertar su apetito amoroso y en demostrarle que ciertas normas están para romperlas, Juliet descubrió que, con Carlo, todo era un placer.

Capítulo I

Así pues, era guapísimo. Y rico. Y tenía talento. Y, además, era sexy. No había que olvidar que era increíblemente sexy.

Cosa que a Juliet no le importaba lo más mínimo. Ella era una profesional, y, para una profesional, el trabajo era el trabajo. En aquel caso en concreto, el físico y el carisma eran de gran ayuda, pero se trataba sólo de negocios. Única y exclusivamente de negocios.

Sí, personalmente, no importaba un pimiento. A fin de cuentas, ella había conocido a muchos hombres guapísimos. Y también a unos cuantos ricos, y así sucesivamente, aunque tenía que admitir que nunca se había topado con uno con todas aquellas esquivas cualidades juntas. O, al menos, no había tenido ocasión de trabajar con ninguno. Ahora, en cambio, la tenía.

El hecho era que el físico, el encanto, la reputación y el talento de Carlo Franconi iban a convertir su trabajo en una auténtica delicia. O eso le habían dicho. Juliet, con la puerta de su despacho cerrada, miraba con el ceño fruncido la reluciente fotografía en blanco y negro de veinte por veinticinco. Tenía la impresión de que aquel hombre iba a darle más quebraderos de cabeza que alegrías.

Carlo le sonreía con arrogancia: moreno, con los ojos almendrados y la mirada irónica y seductora. Juliet se preguntaba si le habría hecho la foto una mujer. Su pelo, fuerte, abundante y encantadoramente desordenado, se rizaba un poco en la nuca y alrededor de las orejas. No demasiado; lo justo para desarmar al espectador. Los rasgos faciales, muy marcados, la boca alegremente curvada, la nariz recta y las cejas expresivas se combinaban para formar una cara destinada a sabotear el sentido común de cualquier mujer. Juliet ignoraba si se trataba de un don o de un talento cultivado, pero en cualquier caso tendría que sacarle provecho. Las giras de autor solían ser criminales.

Un libro de cocina. Juliet intentó en vano contener un suspiro. El libro de Carlo Franconi, era, le gustara o no, el encargo más importante que había recibido hasta la fecha. Los negocios eran los negocios.

Le encantaba el trabajo de relaciones públicas y, de momento, estaba a gusto en Trinity Press, la editorial para la que estaba trabajando después de haber pasado por media docena de empleos y otros tantos ascensos desde el principio de su carrera. A los veintiocho años, la ambición con la que había empezado como receptionista casi diez años antes había menguado muy poco. Había trabajado y estudiado, se había esforzado con ahínco para conseguir su propio despacho y un puesto respetable. Había conseguido ambas cosas, pero no estaba dispuesta a relajarse.

Según sus cálculos, al cabo de dos años daría el siguiente salto: fundaría su propia agencia de relaciones públicas. Los contactos y la experiencia que había obtenido durante la veintena la ayudarían a concretar sus ambiciones cuando cumpliera los treinta. Juliet se contentaba con eso.

Una de las primeras cosas que había aprendido en el mundo de las relaciones públicas era que un cliente era un cliente, ya fuera un libro supervenías destinado a convertirse en un gran éxito de taquilla, o un fino volumen de poesía que apenas diera para pagar la edición. En gran medida, el desafío y el placer del empeño consistían en dar con el gancho promocional adecuado.

Ahora tenía ante sí un libro de cocina y un seductor chef italiano. Franconi, pensó con sorna, tenía talento: con las mujeres y con los libros. Lo primero era asunto de gran interés para las secciones de sociedad y cotilleos de la prensa internacional. No hacía falta ser un entendido en cocina para conocer el nombre de Franconi. Lo segundo era la razón por la cual la editorial le concedía el privilegio de disponer de una relaciones públicas durante la gira.

Sus primeros dos libros de cocina habían sido auténticos bestsellers. Y con toda razón, admitió Juliet. Ciertamente que ella no sabía ni hacer un huevo frito, pero sabía en cambio apreciar la calidad y el estilo. Franconi era capaz de hacer que los linguini parecieran un plato que una tenía que preparar vestida de arriba abajo de encaje negro. Podía convertir unos simples espaguetis en todo un acontecimiento erótico.

Erotismo. Juliet se recostó en la silla y agitó los pies enfundados en medias. Eso era lo que tenía él. Y eso sería lo que usarían. Antes de que acabara la gira de veintidós días, ella habría convertido a Carlo Franconi en el cocinero más sexy del mundo. Cualquier mujer con sangre en las venas fantasearía imaginándosele preparando una cena íntima para dos. Velas, pasta y romanticismo.

Entretanto, tenía que resolver unas cuantas cuestiones de organización. Planificar una agenda era un placer; amoldarse a ella, un desafío. A ella le apetecían ambas cosas.

Juliet levantó el teléfono, notando con resignación que se había roto otra uña, y llamó a su ayudante.

— Terry, ponme con Diane Maxwell, la coordinadora del programa El show de Simpson en Los Angeles.

— ¿Vas a por los peces gordos?

Juliet esbozó una sonrisa rápida y poco profesional.

— Sí.

Colgó el teléfono y empezó a tomar notas a toda prisa. No había razón para no empezar por lo más alto, se decía. De ese modo, si se llevaba un chasco, al menos el intento habría merecido la pena.

Mientras esperaba, paseó la mirada por su despacho. No era el despacho de un pez gordo, pero tampoco estaba mal. Por lo menos, tenía una ventana. Todavía se estremecía cuando pensaba en los cubículos emparedados en los que había trabajado. Ahora, veinte pisos más abajo, Nueva York bullía, palpitaba y se abría paso con empuje a través de un nuevo día. Juliet Trent había aprendido a hacer lo mismo tras mudarse desde el barrio residencial, relativamente apacible, de Harrisburg, Pennsylvania.

Tal vez hubiera crecido en un pequeño y amable vecindario en el que sólo los forasteros conducían a más de cuarenta kilómetros por hora y donde todo el mundo mantenía el césped cuidadosamente cortado de su lado de la valla, pero Juliet se había aclimatado fácilmente. Lo cierto era que le gustaba el ritmo, la energía y el ambiente competitivo y desafiante que reinaba en Nueva York. Nunca volvería a la paz de los barrios residenciales donde se oía zumbear a las abejas y los setos estaban pulcramente cortados, donde todo el mundo se conocía y sabía lo que hacían los demás. Ella prefería el anonimato y el individualismo de las multitudes.

Quizá su madre si hubiera convertido en la perfecta esposa de clase media, pero ella no. Ella era una mujer del siglo XXI, independiente, autosuficiente y ambiciosa. Disponía de un apartamento en la calle Setenta Oeste que había amueblado poco a poco, meticulosamente y, lo que era más importante, a su gusto. Tenía paciencia para avanzar paso a paso, con tal de que el resultado fuera perfecto. Tenía una carrera de la que podía sentirse orgullosa y un despacho que había cambiado gradualmente para amoldarlo a sus propios gustos. Le gustaba darle a todo su impronta personal. Había tardado cuatro meses en elegir las plantas adecuadas para su lugar de trabajo, desde el filodendro de hojas hendidas a la delicada violeta africana de flores blancas.

Había tenido que conformarse con la moqueta beige, pero el póster de Dalí de casi dos metros que había en la pared opuesta a la ventana hacía más grande el cuarto y le daba un toque de elegancia. Tenía puesto el ojo en un gran jarrón oriental, muy chillón, que quedaría perfecto con un ramillete de plumas de pavo real. Si esperaba un poco más, tal vez su precio pasara de exorbitante a ridículo. Entonces se lo compraría.

Juliet podía ser muy práctica con todo el mundo, incluida ella misma, pero no podía resistirse a las rebajas. Como resultado de ello, su cuenta bancaria estaba mucho menos llena que el armario de su habitación. No era frívola, sin embargo. No, le habría escandalizado que alguien le aplicara aquel término. Su armario estaba muy organizado y bien atendido, y, además, era muy conveniente. Tal vez veinte pares de zapatos pudieran considerarse demasiados, pero Juliet se decía que a menudo se pasaba veinte horas de pie al día y que, por tanto, se merecía aquel lujo. Se los había ganado a fuerza de innumerables reuniones maratonianas, incontables esperas en aeropuertos e interminables horas al teléfono. Se los había ganado en giras de autor en las que el capricho de la fortuna podía ponerla al lado de gente brillante, divertida, inepta, aburrida o grosera. Pero no importaba con quién tuviera que tratar: el resultado tenía que ser el mismo. Medios de comunicación y más medios de comunicación.

Había aprendido a tratar con la prensa, desde el reportero del New York Times al gacetillero de un semanario de pueblo. Sabía cómo engatusar al personal de los programas de entrevistas de la televisión, desde los maestros reconocidos a sus nerviosos imitadores. Aprender había sido una aventura, y, dado que se permitía muy pocas aventuras en su vida privada, el éxito profesional resultaba tanto más dulce.

Cuando sonó el intercomunicador, se mordió la lengua. Iba a tener que poner en juego todo cuanto había aprendido para meter a Franconi en el programa de entrevistas más visto de Estados Unidos.

Una vez conseguido, pensó mientras apretaba el botón, sería mejor que Franconi aprovechara la oportunidad. O ella le rebanaría aquel gaznate tan sexy con su propio cuchillo.

—Ah, mi amore. Squisito —la voz de Carlo era un ronroneo bajo que hacía subir la presión sanguínea. Aquella voz seductora y susurrante no era algo ensayado: había nacido con ella. Carlo siempre se había creído que quien no le sacaba partido a los dones concedidos por la providencia, era poco menos que un tonto—. Bellísimo —murmuró, y sus ojos oscuros adquirieron una expresión soñadora, llena de expectación.

Hacía calor, casi bochorno, pero él prefería el calor. El frío embotaba la sangre. El sol que entraba por la ventana había adquirido la sutil textura dorada con leves tintes rojizos que delataba el final del día e insinuaba los placeres de la noche. La habitación estaba impregnada de dulces aromas. Carlo inspiró con delectación. Uno se perdía gran parte de los placeres de la vida si no usaba y sabía valorar todos sus sentidos. Y a Carlo no le gustaba perderse nada.

Observó a su amor de ese instante con ojos de experto. No le importaba si tardaba minutos u horas en conseguir lo que quería, con tal de conseguirlo. Para Carlo, el proceso, la expectación, los gestos en sí mismos eran tan satisfactorios como el resultado. Como una danza, pensaba siempre. Como una canción. Un aria de Las bodas de Fígaro sonaba de fondo mientras ponía en práctica sus artes de seducción.

—Bellísimo —susurró, y se inclinó un poco más sobre su objeto de adoración. La salsa de almejas hervía con erotismo mientras la agitaba. Lentamente, saboreando el instante, Carlo se llevó la cuchara a los labios y entornó los ojos. Un sonido de placer surgió de su garganta.

—Squisito.

Se apartó de la salsa para dedicar las mismas amorosas atenciones a sus zabaglione. Le parecía que no había una sola mujer en el mundo que pudiera resistirse al sabor de aquella densa y sabrosa crema, aderezada con un chorrito de vino. Como de costumbre, estaba esperando a una mujer.

La cocina era para él, al igual que el dormitorio, una estancia consagrada al placer. No por casualidad era uno de los cocineros más respetados y admirados de todo el mundo, y uno de los amantes más seductores. Él lo achacaba al destino. Su cocina estaba organizada a conciencia, dispuesta con tanta meticulosidad para la seducción de las salsas y las especias como su dormitorio para la seducción de las mujeres. Sí, Carlo Franconi creía que había que gozar de la vida intensamente. Hasta la última gota.

Cuando el sonido del timbre resonó en las estancias de altos techos de su casa, le susurró algo a la pasta antes de quitarse el delantal. Mientras se dirigía a abrir la puerta, se bajó las mangas de la camisa de seda, pero no se detuvo a acicalarse en

ninguno de los espejos antiguos que colgaban de las paredes. Era vanidoso, pero seguro de sí mismo.

Le abrió la puerta a una mujer alta y de aspecto regio, con la tez color miel y los ojos oscuros y brillantes. El corazón de Carlo palpitó como palpitaba siempre que la veía.

—Mi amore... —tomándola de la mano, apretó la boca contra su palma mientras sus ojos le sonreían—. Bella. Moho bella.

Ella se quedó parada un momento a la luz del anochecer, morena y encantadora, con una sonrisa dedicada sólo a él. Hasta un tonto se habría dado cuenta de que había recibido a decenas de mujeres de aquel mismo modo. Ella no era tonta. Pero lo quería.

—Eres un sinvergüenza, Carlo —la mujer extendió la mano para tocarle el pelo. Era negro y abundante, y difícil de resistir—. ¿Es así como saludas a tu madre?

—Así es —le besó la mano otra vez— como recibo a una mujer hermosa — luego la rodeó con los brazos y la besó en las mejillas—. Y así es como recibo a mi madre. Es una suerte poder hacer ambas cosas.

Gina Franconi se echó a reír mientras abrazaba a su hijo.

—Para ti, todas las mujeres con hermosas.

—Pero sólo tú eres mi madre —rodeándole la cintura con un brazo, la condujo al interior de la casa.

Gina se fijó con agrado en que su casa estaba, como siempre, impecable, aunque fuera un tanto extravagante para su gusto. A menudo se preguntaba cómo se las apañaba la pobre asistenta para desempolvar y bruñir los arcos profusamente labrados y los cientos de paneles de las ventanas. Como había pasado quince años limpiando las casas de otros y cuarenta la suya propia, siempre reparaba en esas cosas.

Observó una de las nuevas adquisiciones de su hijo, un buho de marfil de más de medio metro de alto, con un pequeño roedor atrapado en una de sus garras. Una buena esposa, pensó, conduciría los gustos de su hijo por derroteros menos excéntricos.

—¿Un aperitivo, mamá? —Carlo se acercó a una alta vitrina de cristal ahumado y sacó una fina botella negra—. Tienes que probar esto —le dijo mientras elegía dos vasitos y servía el vino—. Me lo ha mandado una amiga.

Gina dejó a un lado su bolso rojo de piel de serpiente y aceptó el vaso. El primer sorbo resultaba cálido, fuerte, suave como el beso de un amante. Gina alzó una ceja mientras tomaba el segundo sorbo.

—Excelente.

—Sí, en efecto. Anna tiene un gusto excelente.

Anna, pensó ella, con más sorna que exasperación. Había aprendido hacía años que no servía de nada exasperarse con un hombre, sobre todo si una lo quería.

– ¿Es que todos tus amigos son mujeres, Carlo?

– No – él alzó su vaso, agitándolo –. Pero ésta sí lo es. Me mandó esto como regalo de boda.

– ¿Cómo?

– De su boda – dijo Carlo con una sonrisa –. Quería casarse y, como en eso yo no podía complacerla, nos despedimos como amigos – alzó la botella como prueba.

– ¿La has hecho analizar antes de empezar a beber –tela? –preguntó Gina secamente.

El hizo chocar el borde de su vaso con el de su madre.

– Un hombre listo convierte a todas sus ex amantes en amigas, mamá.

– Tú siempre has sido muy listo – encogiéndose ligeramente de hombros, Gina bebió de nuevo y se sentó –. He oído que estás saliendo con una actriz francesa.

– Como siempre, tienes un oído excelente.

Gina observó el color del licor de su vaso como si le interesara.

– Es preciosa, por supuesto.

– Por supuesto.

– No creo que me dé nietos.

Carlo se echó a reír y se sentó a su lado.

– Tienes seis nietos y otro de camino, mamá. No seas avariciosa.

– Pero ninguno de mi hijo. Mi único hijo varón – le recordó ella, clavándole un dedo en el hombro –. Aunque todavía no he perdido la esperanza.

– Tal vez si encuentro una mujer como tú...

Ella le lanzó una mirada arrogante.

– Imposible, caro.

«Eso digo yo», pensó Carlo mientras reconducía la conversación hacia sus cuatro hermanas y sus respectivas familias. Cuando miraba a aquella mujer bella y elegante, le resultaba difícil pensar en ella como la madre que lo había criado casi sin ayuda. Gina había trabajado con ahínco y, aunque a veces montaba en cólera, nunca se había quejado. Sus ropas habían sido cuidadosamente remendadas y sus suelos meticulosamente fregados mientras el padre de Carlo se pasaba interminables meses en el mar.

Cuando se concentraba, cosa que rara vez hacía, Carlo podía rememorar la imagen de un hombre enjuto y moreno con bigote negro y sonrisa fácil. Aquel recuerdo no despertaba en él resentimiento, ni siquiera tristeza. Su padre era marino antes de casarse con su madre, y había seguido siéndolo después. Sus sentimientos hacia su padre eran, de todas formas, ambivalentes, mientras que los que albergaba por su madre eran fuertes y sólidos.

Gina había apoyado las ambiciones de sus cinco hijos, y, cuando Carlo consiguió una beca para la Sorbona de París, logrando así la oportunidad de convertirse en chef, ella lo había dejado marchar. Al final, había sustituido los magros ingresos que Carlo ganaba entre curso y curso con parte del dinero del seguro que había recibido al desaparecer su marido en el mar que tanto amaba.

Hacía seis años, Carlo había podido retribuirle a su modo. La tienda de ropa que le había comprado por su cumpleaños era un antiguo sueño de ambos. Para él, era el modo de ver a su madre feliz al fin. Para Gina era un modo de empezar de nuevo.

Carlo había crecido en una familia numerosa, bullanguera y cariñosa. Le gustaba echar la vista atrás y recordar. Un hombre que crece en una familia de mujeres aprende a entenderlas, a apreciarlas, a admirarlas. Carlo comprendía los sueños de las mujeres, sus vanidades, sus inseguridades. Nunca elegía por amante a una mujer por la que no sintiera afecto, además de deseo. Sabía que, si sólo había deseo, al final no habría amistad, sino únicamente resentimiento. La cómoda aventura que mantenía con la actriz francesa estaba tocando a su fin. Ella empezaría el rodaje de una película unas semanas después, y él se iría a América. Y así, pensaba Carlo con cierta tristeza, acabaría todo.

—¿Te vas pronto a Estados Unidos, Carlo?

—Hmm, sí —se preguntó si su madre le habría leído el pensamiento; sabía que las mujeres eran capaces de hacerlo—. Dentro de dos semanas.

—¿Me harás un favor?

—Claro.

—Pues fijate en lo que llevan las mujeres de negocios allí. Estoy pensando en añadir unas cuantas cosas a la tienda. Las estadounidenses son tan listas y prácticas...

—No tanto, espero —él agitó su licor—. Mi relaciones públicas es una tal señorita Trent —apurando la copa, saboreó su calor y su pegada—. Te prometo estudiar minuciosamente todo su vestuario.

Ella respondió a su rápida sonrisa con una mirada fija.

—Eres tan bueno conmigo, Carlo...

—Pues claro que sí, mamá. Y ahora voy a darte de comer como a una reina.

Carlo ignoraba qué aspecto tenía Juliet Trent, pero se puso en manos del destino. Lo que sí sabía por las cartas que había recibido de ella era que la señorita Trent era una de esas americanas a las que se refería su madre. Lista y práctica. Excelentes cualidades para una relaciones públicas.

La cuestión física era otra historia. Claro, que, como decía su madre, él siempre sabía encontrar la belleza en una mujer. Quizá en su vida privada prefería

una mujer con una bella carcasa, pero sabía cómo escarbar para encontrar su belleza interior. Aquello era algo que dotaba a la vida de interés, así como de placer estético.

Aun así, al salir del avión en la terminal del aeropuerto de Los Angeles, llevaba la mano apoyada en el codo de una pelirroja despampanante.

Juliet sí sabía qué aspecto tenía él, y lo reconoció enseguida al verlo con una mujer escultural provista de tacones de aguja. A pesar de que él llevaba una abultada cartera de cuero en una mano y una bolsa de viaje colgada del hombro, escoltó a la pelirroja a través de la puerta como si estuvieran entrando en un salón de baile. O en un dormitorio.

Juliet observó rápidamente sus pantalones de traje bien cortados, su chaqueta amplia y su camisa de cuello abierto. Un viajero avezado. Llevaba en un dedo un enorme anillo de oro con un diamante que debería haber parecido ostentoso y vulgar y que, sin embargo, tenía un aire tan informal y alegre como el resto de él. Ella se sentía envarada y pegajosa.

Había llegado a Los Angeles la tarde anterior con intención de ocuparse personalmente de los detalles más insignificantes. Carlo Franconi no tendría que hacer nada, salvo mostrarse encantador, contestar preguntas y firmar su libro de cocina. Mientras lo veía besarle la mano a la pelirroja, Juliet pensó que firmaría un montón. A fin de cuentas, ¿acaso no eran las mujeres las que solían comprar libros de cocina? Sofocando cuidadosamente una sonrisa sarcástica, Juliet se levantó. La pelirroja estaba echando un último vistazo soñador por encima del hombro mientras se alejaba.

—¿Señor Franconi?

Carlo apartó la vista de aquella mujer cuya compañía le había resultado tan grata durante el largo viaje desde Nueva York. Al mirar a Juliet por primera vez, sintió un hormigueo de interés y una sutil punzada de deseo, como solía ocurrirle al conocer a una mujer. Podía controlar a voluntad aquella punzada de deseo, sofocándola o dándole rienda suelta, según le conviniera. Esta vez, prefirió saborearla.

El rostro de Juliet no sólo era encantador, sino también interesante. Su tez era muy pálida, lo que tal vez le habría dado un aire de fragilidad de no ser por sus anchos y prominentes pómulos, que le daban a su cara una atractiva forma de diamante. Sus ojos eran grandes, de densas pestañas sutilmente acentuadas por una sombra grisácea que hacía que el color verde fresco de sus iris pareciera aún más fresco. Llevaba la boca levemente pintada con un brillo de color melocotón. Sus labios, carnosos y bonitos, no necesitaban artificio alguno. Carlo dedujo de inmediato que ella lo sabía.

Tenía el pelo entre castaño y rubio, de un tono suave, natural y sutil. Lo llevaba lo bastante largo como para recogerlo en un moño cuando lo deseaba, y lo bastante corto por arriba y por los lados como para que pudiera peinárselo con desenfado o formalidad, según lo requiriera la ocasión o su capricho. En ese momento, lo llevaba suelto, con un peinado informal aunque no alborotado.

—Soy Juliet Trent —le dijo cuando le pareció que él ya la había mirado bastante—. Bienvenido a California —mientras Carlo le daba la mano que le había tendido, Juliet se dio cuenta de que debería haber esperado que se la besara, en vez de estrechársela. Se puso tensa y, aunque sólo fue un instante, notó por el modo en que Carlo alzaba una ceja que él lo había notado.

—Una mujer hermosa hace que uno se sienta bienvenido en cualquier parte.

Su voz era increíble: era cremosa y parecía fluir dulcemente. Juliet se dijo que sólo le agradaba porque quedaría muy bien grabada, y se tomó su aseveración al pie de la letra. Pensando en la pelirroja, le lanzó una sonrisa fácil y no del todo amistosa.

—Entonces habrá tenido un vuelo agradable.

Su lengua materna era el italiano, pero Carlo entendía los matices de cualquier idioma. Le sonrió.

—Muy agradable.

—Y cansado —dijo ella, recordando su posición—. Ya habrán desembarcado su equipaje —miró de nuevo el pesado maletín que llevaba él—. ¿Puedo llevarle eso?

Él alzó una ceja ante la idea de que un hombre cargara a una mujer con su equipaje. Para él, la igualdad nunca debía cruzar el límite de los buenos modales.

—No, esto es algo que siempre llevo conmigo.

Indicándole el camino, Juliet echó a andar junto a él.

—Hay media hora de camino hasta el Beverly Wils—hire, pero, una vez se haya instalado, tendrá toda la tarde para descansar. Esta noche me gustaría repasar con usted la agenda de mañana.

A él le gustaba su forma de andar. Aunque no era alta, se movía con pasos largos y pausados que hacían que su falda roja, plisada a los lados, se moviera sobre sus caderas.

—¿Cenando?

Ella le lanzó una rápida mirada de soslayo.

—Si quiere.

Estaría a su disposición, se recordó Juliet, durante las siguientes tres semanas. Sin darse cuenta aparentemente, esquivó a un hombre inmenso que llevaba una abultada bolsa de ropa y una maleta. Sí, le gustaba su modo de andar, pensó Carlo de nuevo. Era una mujer que sabía cuidar de sí misma sin hacer aspavientos.

—¿A las siete? Mañana por la mañana tiene una entrevista en televisión que empieza a las siete y media, así que será mejor que nos retiremos pronto.

—Entonces, me va a poner a trabajar enseguida.

—Para eso estoy aquí, señor Franconi —dijo Juliet jovialmente mientras se acercaba a la cinta deslizante del equipaje, que se movía lentamente—. ¿Tiene los tickets?

Una mujer organizada, pensó él, metiéndose la mano en el bolsillo interior de la chaqueta beige. Le entregó en silencio los tickets y luego recogió un bolso de viaje y una bolsa de traje de la cinta mecánica.

Gucci, observó ella. De modo que tenía buen gusto, además de dinero. Juliet le entregó los tickets a un mozo y aguardó mientras el equipaje de Carlo era cargado en un carrito.

—Creo que le gustará lo que hemos preparado para usted, señor Franconi — atravesó las puertas automáticas y señaló la limusina—. Sé que en sus anteriores giras por Estados Unidos ha trabajado siempre con Jim Collins. Le manda recuerdos.

—¿Le gusta a Jim su puesto de ejecutivo?

—Eso parece.

A pesar de que Carlo esperaba que ella subiera primero en la limusina, Juliet retrocedió. Carlo agachó la cabeza y tomó asiento.

—¿Y a usted, señorita Trent? ¿Le gusta su trabajo?

Ella se sentó a su lado y le lanzó una mirada directa y fija. Ignoraba cuánto admiraba él aquella mirada.

—Sí, me gusta.

Carlo estiró las piernas. Su madre le había dicho una vez que sus piernas se habían negado a parar de crecer mucho después de lo necesario. Él habría preferido conducir, sobre todo tras el interminable vuelo desde Roma. Pero, dado que no podía hacerlo, la mullida comodidad de la limusina tampoco estaba mal. Estirando el brazo, encendió el estéreo y empezó a sonar una melodía de Mozart, apacible y vibrante. Si hubiera conducido él, habría puesto rock a todo volumen.

—¿Ha leído mi libro, señorita Trent?

—Sí, claro. No puedo encargarme de una promoción si no conozco el producto —ella se recostó en el asiento. Le resultaba más fácil hacer su trabajo si podía decir la verdad pura y dura—. Me impresionaron la atención que dedica a los detalles y la claridad de las indicaciones. Parecía un libro muy ameno, más que una simple herramienta de cocina.

—Hmm —él se fijó en que sus medias eran de un rosa muy pálido y en que tenían una línea de puntitos a un lado. A su madre le interesaría saber que la práctica mujer de negocios americana también tenía un toque de frivolidad. A él, desde luego, le interesaba que Juliet Trent lo tuviera—. ¿Ha intentado hacer alguna receta?

—No, no sé cocinar.

—¿No sabe...? —su interés indolente se puso alerta—. ¿Nada en absoluto?

Ella se vio forzada a sonreír. Carlo parecía sinceramente atónito.

Al ver que su boca perfecta se curvaba, él intentó controlar una nueva punzada de deseo.

—Cuando se es un desastre en algo, señor Franconi, lo mejor es dejar que se ocupen otros.

– Yo podría enseñarle – la idea lo atraía. Nunca ofrecía su ayuda a la ligera.

– ¿A cocinar? – ella se echó a reír, relajándose lo suficiente como para soltarse el talón del zapato y agitar el pie – . No lo creo.

– Soy un profesor excelente – dijo él con una lenta sonrisa.

Ella volvió a lanzarle una mirada serena y hostil.

– No lo dudo. Yo, por mi parte, soy una pésima alumna.

– ¿Qué edad tiene? – al ver que los ojos de ella se achicaban, él se echó a reír encantadoramente – . Una pregunta grosera cuando una mujer ha alcanzado cierta edad. Pero usted no la ha alcanzado aún.

– Veintiocho – dijo ella con tanta calma que la sonrisa de Carlo se hizo más amplia.

– Parece más joven, pero sus ojos son de alguien más mayor. Sería un placer darle unas cuantas lecciones, señorita Trent.

Juliet lo creyó enseguida. También ella sabía captar los matices.

– Es una pena que nuestra agenda no lo permita.

El se encogió de hombros y miró por la ventanilla. Pero las autopistas de Los Angeles no le interesaban.

– ¿Puso Filadelfia en la agenda, como le pedí?

– Pasaremos un día entero allí antes de viajar a Boston. Luego acabaremos en Nueva York.

– Bien. Tengo una amiga allí. Hace casi un año que no la veo. Juliet estaba segura de que tenía amigas en todas partes – . ¿Había estado alguna vez en Los Angeles? – le preguntó él.

– Sí, varias veces, por negocios.

– Yo nunca he venido por placer. ¿Qué le parece la ciudad?

Ella miró por la ventanilla sin interés.

– Prefiero Nueva York.

– ¿Por qué?

– Tiene más garra y menos oropeles.

A él le gustó su respuesta, y su forma de expresarla. La miró con más atención.

– ¿Ha estado alguna vez en Roma?

– No – a Carlo le pareció advertir un atisbo de anhelo en su voz – . Nunca he estado en Europa.

– Cuando vaya, pásese por Roma. Fue construida con auténtica garra.

La mente de Juliet divagó un poco mientras lo pensaba, y su sonrisa permaneció impasible.

– Me imagino las fuentes, el mármol y las iglesias.

– Encontrará todas esas cosas... y más – ella tenía un rostro tan exquisito que podía tallarse en mármol, pensó Carlo. Y una voz suave y serena, apropiada para una iglesia –. Roma se levantó y cayó y se abrió paso de nuevo hacia arriba con uñas y dientes. Una mujer inteligente comprende esas cosas. Una mujer romántica entiende de fuentes.

Ella miró de nuevo por la ventanilla cuando la limusina paró delante del hotel.

– Me temo que no soy muy romántica.

– Una mujer que se llama Julieta no tiene elección.

– Fue idea de mi madre – señaló ella –. No mía.

– ¿No busca a su Romeo?

Juliet recogió su maletín.

– No, señor Franconi, no lo busco.

Carlo salió delante de ella y le ofreció la mano. Cuando Juliet salió a la acera, él no retrocedió para dejarle sitio. Ella alzó los ojos y le dirigió una mirada directa, carente de recelo. Carlo volvió a sentir aquella punzada de deseo. No la punzada impersonal que sentía por una mujer cualquiera, sino una excitación que le atravesaba las entrañas y que despertaba una sola mujer. Así pues, tendría que saborear aquella boca. A fin de cuentas, se sentía impelido a juzgarlo casi todo por su sabor. Pero también podía refrenarse. Algunas creaciones requerían mucho tiempo y complicados preparativos. Al igual que Juliet, él perseguía la perfección.

– Algunas mujeres – murmuró – no necesitan buscar, sólo discriminar y elegir.

– Algunas mujeres – dijo ella con idéntica suavidad – prefieren no elegir en absoluto – le dio la espalda deliberadamente para pagar al conductor –. Ya lo he registrado en el hotel, señor Franconi – dijo por encima de su hombro mientras le entregaba la llave al botones que esperaba –. Mi habitación está enfrente de la suya, al otro lado del pasillo – sin mirarlo, Juliet siguió al botones al interior del hotel, hacia los ascensores –. Si le parece bien, reservaré mesa aquí, en el hotel, para cenar a las siete – echando un rápido vistazo al reloj, calculó la diferencia horaria y decidió hacer algunas llamadas a Nueva York y Dallas antes de que cerraran las oficinas en el este –. Si necesita algo, sólo tiene que pedirlo y hacer que lo carguen en la cuenta – salió del ascensor, abrió su bolso y sacó la llave de su habitación mientras caminaba –. Estoy segura de que su habitación le parecerá adecuada.

Carlo observó sus movimientos bruscos y medidos.

– Estoy seguro de que sí.

– A las siete, entonces – ella introdujo la llave en la cerradura mientras el botones abría la primera puerta de la suite al otro lado del pasillo. Mientras giraba la llave, Juliet pensó en las llamadas que tenía que hacer en cuanto se quitara la chaqueta y los zapatos.

—Juliet...

Ella se detuvo y miró a Carlo por encima del hombro. Él se quedó parado un momento, en silencio.

—No cambies de perfume —murmuró él—. Sexo sin flores, feminidad desprovista de vulnerabilidad. Te sienta bien.

Mientras ella lo miraba por encima del hombro, Carlo desapareció en su suite. El botones comenzó a desgranar amablemente la lista de instalaciones de la suite. Algo que dijo Carlo hizo que rompiera a reír.

Juliet giró la llave con más fuerza de la necesaria, empujó la puerta y volvió a cerrarla empujándola con todo el cuerpo. Durante un minuto se quedó apoyada contra ella, intentando recuperar el dominio de sí misma.

Su experiencia profesional había impedido que se pusiera a tartamudear y a balbucir, poniéndose en ridículo. La había ayudado a mantener su nerviosismo en el límite de lo controlable. Sin embargo, por debajo de aquella coraza había una mujer. Le había costado mucho dominarse. Estaba segura de que no había una sola mujer sobre la Tierra que no se dejara impresionar por Carlo Franconi. Pero no la consolaba el hecho de saber que ella era simplemente una más en una larga y variada lista.

Él nunca lo sabría, pensó, pero a ella se le había acelerado el pulso nada más darle la mano. Todavía lo tenía acelerado. Estúpida, se dijo, y tiró el bolso sobre una silla. Aún sentía flojas las piernas. Dejó escapar un largo y profundo suspiro.

Sí, Carlo Franconi era guapísimo. Y rico. Y tenía ta—lento.Y, además, era increíblemente sexy. Pero eso ella ya lo sabía. El problema era que no sabía cómo manejarlo.

Capítulo II

Ella era una mujer que se crecía ante las dificultades de una apretada agenda, ante los contratiempos de última hora y las pequeñas crisis. Ésas eran las cosas que la mantenían alerta, que despertaban su interés y avivaban su ingenio. Si su trabajo hubiera sido sencillo, no habría disfrutado tanto con él.

Era también una mujer a la que le gustaban los largos baños con montañas de burbujas y las camas enormes. Ésas eran las cosas que mantenían su cordura. Juliet tenía la sensación de que se había ganado lo segundo después de enfrentarse a lo primero.

Mientras Carlo se divertía a su modo, Juliet pasó una hora y media al teléfono, y luego otra revisando y afinando el itinerario del día siguiente. Le habían propuesto una entrevista para un medio escrito y tenía que encontrarle hueco. Otro periódico iba a mandar un reportero y un fotógrafo a la firma de libros. Había que anotar sus nombres y recordarlos. Juliet tomó nota, le dio la vuelta al papel e intentó memorizar sus nombres. Tal y como estaban las cosas, tendrían suerte si disponían de un par de horas de respiro al día siguiente. Nada podía complacerla más.

Cuando al fin cerró su grueso cuaderno forrado de cuero, estaba deseando meterse en la bañera. La cama, por desgracia, tendría que esperar.

Se metió en la bañera, decidida a dedicar tres cuartos de hora a su placer personal. En la bañera no pensaba en planes ni agendas. Desconectaba el lado de su cerebro dedicado a su trabajo y se limitaba a disfrutar.

Tardó diez minutos en relajarse por completo. Podía fingir que la bañera blanca, de tamaño estándar, era grande y lujosa. De mármol negro, quizá, y lo bastante grande para dos personas. Ambicionaba secretamente tener una así algún día. Tenía la impresión de que era el símbolo del éxito definitivo. Se habría extrañado si alguien la hubiera considerado romántica por ello. Ella era una mujer práctica. Cuando se trabajaba con ahínco, se necesita un lugar donde relajarse. Y aquél era el suyo.

Su bata colgaba detrás de la puerta. Era de seda, muy corta y de color verde jade. Para ella, no se trataba de un lujo, sino de una necesidad. Cuando sólo se tenían unos minutos para relajarse, había que sacarle partido al tiempo. Consideraba la bata una ayuda más para seguir su ritmo, igual que los frascos de vitaminas que se alineaban en la encimera del lavabo. Cuando viajaba, siempre los llevaba consigo.

Después de relajarse y soñar un poco, podía apreciar la sensación que le producía el agua suave y caliente en la piel, el siseo de las burbujas y el perfume del vaho. Carlo le había dicho que no cambiara de perfume.

Juliet frunció el ceño al sentir que los músculos de sus hombros se tensaban. Oh, no. Agarró la pastilla de jabón del hotel y se la pasó por los brazos. No, no permitiría que Carlo Franconi se inmiscuyera en su vida privada. Ésa era la regla número uno.

Él había intentado ponerla nerviosa a propósito. Y lo había conseguido. Sí, reconoció Juliet, asintiendo enérgicamente con la cabeza. Pero eso se había acabado. No permitiría que ocurriera de nuevo. Su trabajo consistía en promocionar el libro de Carlo, no en alentar su ego.

Franconi no regresaría a Roma tres semanas después con una sonrisa de satisfacción en la cara, a menos que su sonrisa se debiera a asuntos profesionales. Aquella atracción instantánea, aguda como un cuchillo, podía controlarse. La prioridad, se dijo Juliet, era el orden del día. Él podía añadir a su lista de conquistas a todas las estadounidenses que quisiera, siempre y cuando Juliet no se contara entre ellas.

Ella prefería otra clase de hombres: estables, más que deslumbrantes y frívolos; sinceros, más que encantadores. Ésa era la clase de hombre que una mujer con sentido común buscaba cuando llegaba el momento. Juliet calculaba que a ella le llegaría el momento tres años más tarde. Para entonces, ya habría consolidado su propia agencia publicitaria. Sería económicamente independiente y se habría realizado a nivel creativo. Sí, pasados tres años estaría lista para pensar en una relación seria. Una relación que encajara perfectamente en su agenda.

Estaba decidido, pensó, y cerró los ojos. Pero el agua caliente, las burbujas y el vapor ya no la relajaban. Un poco resentida, tiró del tapón y se levantó para

escurrirse. El amplio espejo que había sobre la encimera del lavabo estaba empañado, pero sólo ligeramente. A través del vaho podía ver a Juliet Trent.

Era extraño, pensó, lo pálido, suave y vulnerable que podía parecer una mujer desnuda. A su modo de ver, ella era fuerte, práctica, incluso dura. Pero en el espejo empañado veía fragilidad, incluso melancolía.

¿Y erotismo? Juliet frunció un poco el ceño mientras se decía que no debía sentirse contrariada porque su cuerpo fuera delgado y ágil, en lugar de turgente y redondeado. Debía sentirse agradecida porque sus largas piernas la llevaran a donde quería ir y sus caderas estrechas la ayudaran a embutir su silueta en un traje chaqueta elegante y práctico. El erotismo no suponía ninguna ventaja para su carrera.

Sin maquillaje, su cara parecía demasiado joven, demasiado ingenua. Sin cepillar, su pelo presentaba un aspecto excesivamente salvaje y apasionado.

Fragilidad, juventud y apasionamiento. Juliet sacudió la cabeza. Aquéllas no eran cualidades idóneas para una mujer dedicada a su carrera. Era una suerte que la ropa y los cosméticos lograran disimular o realzar ciertos rasgos. Agarrando una toalla, se envolvió en ella y quitó el vaho del espejo. Nada de brumas, se dijo. Para triunfar, había que ver con claridad.

Echándole un vistazo a los frascos y tubos de la enci—mera, comenzó a crear a la señorita Trent, la entregada relaciones públicas.

Dado que odiaba las habitaciones de hotel silenciosas, encendió el televisor mientras empezaba a vestirse. La vieja película de Bogart y Bacall la alegró y resultó más relajante que una docena de baños de burbujas. Juliet escuchó atentamente el diálogo, que se sabía de memoria, mientras se ponía las medias de color humo. Observó la pasión reprimida y vibrante de los protagonistas al tiempo que se ajustaba los tirantes de la combinación de seda negra. Mientras la trama se retorció y se complicaba, se subió la cremallera del estrecho vestido negro y se abrochó la larga sarta de perlas, que le llegaba por debajo de los pechos.

Atrapada por la película, se sentó al borde de la cama mientras se cepillaba el pelo. Sonreía, absorta, pero le habría extrañado que alguien dijera que era una romántica.

Cuando llamaron a la puerta, miró su reloj. Eran las siete y cinco. Había perdido quince minutos mirando las musarañas. Para compensarlos, se puso los zapatos y los pendientes y agarró el bolso y el cuaderno en apenas doce segundos. Se acercó a la puerta con un saludo y una disculpa preparados.

Una rosa. Sólo una, del color del rubor de una muchacha. Cuando Carlo se la dio, a ella no se le ocurrió qué decir. Carlo, en cambio, no tuvo ese problema.

—Bella —él se llevó su mano a los labios antes de que Juliet pudiera impedirlo—. Algunas mujeres parecen muy frías o severas vestidas de negro. Otras... —su escrutinio fue largo y viril, pero su sonrisa lo convirtió en galante, en lugar de calculador—. En otras realza sencillamente su feminidad. ¿Te molesto?

—No, no, claro que no. Sólo estaba...

—Ah, conozco esa película.

Sin esperar invitación, Carlo entró. La habitación de hotel de pronto ya no parecía impersonal. ¿Cómo era posible? Él transmitía vida, energía y pasión al ambiente como si aquella fuera su única misión.

—Sí, la he visto muchas veces —aquellos dos potentes rostros dominaban la pantalla: el de Bogart, crispado, ojeroso, desconfiado; el de Bacall, terso, enérgico y desafiante—. Passione —murmuró él, haciendo que la palabra sonara como miel lista para saborearse. Juliet se encontró tragando saliva—. Un hombre y una mujer pueden aportarse muchas cosas el uno al otro, pero, sin pasión, todo lo demás está muerto, ¿no le parece?

Juliet se recobró al fin. Franconi no era hombre con el que pudiera hablarse de pasión. El tema no sería un mero objeto de discusión durante mucho tiempo.

—Puede ser —ella agarró con determinación el bolso de noche y el cuaderno. Pero no soltó la rosa—. Tenemos muchas cosas de qué hablar durante la cena, señor Franconi. Será mejor que empecemos.

Con los pulgares enganchados en los bolsillos del pantalón gris, él giró la cabeza. Juliet pensó que cientos de mujeres habían confiado en aquella sonrisa. Ella no lo haría. Él apagó la televisión con ademán despreocupado.

—Sí, es hora de que empecemos.

¿Qué pensaba de ella?, se preguntó Carlo, y dejó que la respuesta surgiera en fragmentos entrelazados a lo largo de la velada.

Era encantadora. Carlo no consideraba su inclinación por las mujeres hermosas una debilidad. Lo alegraba que Juliet no sintiera la necesidad de disimular su belleza natural o de convertirla en severidad, y le agradaba que tampoco la explotara hasta el punto de que resultara artificial. Juliet había encontrado un equilibrio sumamente agradable, cosa que admiraba a Carlo.

Era ambiciosa, pero Carlo también admiraba aquel rasgo de su carácter. Las mujeres bellas sin ambición perdían su interés rápidamente.

Juliet no se fiaba de él. Eso lo divertía. En su opinión, una mujer como Juliet sólo podía desconfiar de un hombre si se sentía atraída por él en alguna medida.

Si era sincero, y lo era, tenía que admitir que casi todas las mujeres se sentían atraídas por él, lo cual le parecía justo, pues él también se sentía atraído por ellas. Bajas, altas, gordas, flacas, viejas o jóvenes, las mujeres eran para Carlo motivo de fascinación, de placer y de regocijo. Las respetaba quizá como sólo un hombre criado entre mujeres podía hacerlo. Pero el hecho de que las respetara no significaba que no pudiera pasárselo en grande.

Y con Juliet iba a pasárselo en grande.

—Hola, Los Angeles es a primera hora de la mañana —Juliet repasaba sus notas mientras Carlo probaba el paté—. Es el programa matinal más visto de la costa,

no sólo en Los Angeles. Lo presenta Liz Marks. Es una mujer muy agradable..., aunque no muy divertida. Los Ángeles no quiere risas a las ocho de la mañana.

—Menos mal.

—En cualquier caso, ella tiene un ejemplar del libro. Es importante que mencione usted el título un par de veces, si ella no lo hace. Tiene veinte minutos completos, así que eso no será un problema. Entre la una y las tres firmará en Books Incorporated, en Wilshire Boule—vard —ella anotó apresuradamente que debía contactar con la librería a primera hora de la mañana para hacer las últimas comprobaciones—. Menciónelo en la entrevista. Se lo recordaré antes de que empiece la emisión. Y, por supuesto, acuérdesese de decir que va a empezar una gira de tres semanas por el país aquí, en California.

—El paté no está mal del todo. ¿Quieres un poco?

—No, gracias. Pero adelante, coma usted —ella revisó su lista y tomó su copa de vino sin mirar a Carlo. El restaurante era tranquilo y elegante, pero eso no importaba. Si hubieran estado en un bar atestado de gente en el Strip, ella habría seguido con sus notas—. Después del programa de televisión, vamos a la radio. Luego almorzaremos con un reportero del Times. Ya ha salido un artículo sobre usted en el Tribune. Le he traído un recorte. Recuerde mencionar sus otros dos libros, pero concéntrese en el nuevo. No vendría mal que sacara a relucir las ciudades más importantes que va a visitar: Denver, Dallas, Chicago, Nueva York... Luego está la firma de libros, una pequeña entrevista para las noticias de la noche y una cena con dos agentes literarios. Pasado mañana...

—Cada cosa a su tiempo —dijo él tranquilamente—. Así será menos probable que empiece a gruñirte.

—Está bien —ella cerró el cuaderno y bebió otro sorbo de vino—. A fin de cuentas, mi trabajo consiste en ocupar me de los detalles, y el suyo en firmar libros y mostrarse encantador.

Él hizo chocar su copa con la de ella.

—Entonces, ninguno de los dos tendrá problemas. Mi vida entera consiste en mostrarme encantador.

¿Se estaba riendo de sí mismo, se preguntó Juliet, o de ella?

—Por lo que he visto, es usted un auténtico experto.

—Es un don, cara —aquellos ojos oscuros y penetrantes tenían una expresión divertida y excitante—, no una habilidad que haya que desarrollar y perfeccionar.

De modo que se estaba riendo de los dos, pensó Juliet. Costaba trabajo no agradecer que lo hiciera.

Cuando le sirvieron su filete, Juliet sólo le dedicó un vistazo. Carlo, sin embargo, observó su carpaccio como si fuera un cuadro antiguo. No, pensó Juliet al cabo de un momento, lo observaba como si fuera una mujer joven y bonita.

—La apariencia —dijo él—, en la comida y en las personas, es esencial —sonrió mientras cortaba la carne—.Y, al igual que las personas, puede resultar engañosa.

Juliet lo vio probar el primer bocado saboreándolo lentamente, con los ojos entornados. Sintió un extraño estremecimiento. Él probaría a una mujer de la misma forma, estaba segura. Muy despacio.

—Es agradable —dijo él al cabo de un momento—. Ni más, ni menos.

Ella no pudo refrenar una rápida mueca irónica mientras cortaba su filete.

—El suyo es mejor, por supuesto.

Él se encogió de hombros. Una afirmación de arrogancia.

—Por supuesto. Es como comparar a una joven bonita con una mujer hermosa —cuando ella alzó la mirada, Carlo le estaba tendiendo su tenedor. Por encima de él, sus ojos la observaban—. Pruébalo —la invitó, y Juliet sintió que su sangre se estremecía—. Hay que probarlo todo, Juliet.

Ella se encogió de hombros y dejó que le diera el pequeño bocado de finísima ternera. Sabía a especias, casi picaba en la lengua.

—Está bueno.

—Sí, está bueno. Pero nada de lo que prepara Franconi está simplemente bueno. Lo bueno lo tiro a la basura, se lo doy a los perros del callejón —ella se echó a reír, regocijándolo—. Si algo no es especial, entonces es que es vulgar.

—Tiene razón —sin darse cuenta, ella se quitó los zapatos—. Claro, que yo siempre he considerado la comida una necesidad básica, supongo.

—¿Necesidad? —Carlo sacudió la cabeza. Aunque había oído aquella afirmación muchas veces, todavía seguía considerándola un sacrilegio—. Oh, madonna, tienes mucho que aprender. Cuando uno sabe apreciar la cocina, el hecho de comer sólo es comparable a hacer el amor. Sabores, texturas, gustos. ¿Comer sólo para llenar el estómago? Qué barbaridad.

—Lo siento —Juliet tomó otro pedazo de filete. Estaba tierno y bien hecho, pero sólo era un pedazo de carne. Ella nunca lo habría considerado sensual o romántico, sino simplemente alimenticio—. ¿Por eso se hizo cocinero? ¿Porque la comida le parece sexy?

Él hizo una mueca.

—Chef, cara mía.

Ella sonrió, mostrándole por primera vez un atisbo de humor y malicia.

—¿Cuál es la diferencia?

—¿Cuál es la diferencia entre un caballo de tiro y un pura sangre? ¿Entre la arcilla y la porcelana?

Divertida, ella aplicó la lengua al borde de la copa.

—Alguien diría que es simplemente cuestión de dinero.

—No, no, no, amor mío. El dinero sólo es el resultado, no la causa. Un cocinero hace hamburguesas en una cocina grasienta que huele a cebollas, detrás de un mostrador en el que la gente estruja botes de ketchup de plástico. Un chef crea... —hizo un ademán circular con la mano— una experiencia.

Ella alzó la copa y bajó las pestañas, pero no ocultó su sonrisa.

—Entiendo.

Aunque Carlo podía ofenderse por una mirada cuando quería, le gustaba el estilo de Juliet.

—Te ríes, pero no has probado un Franconi —aguardó hasta que sus ojos se alzaron hacia él con expresión al mismo tiempo irónica y recelosa—. Aún.

Juliet observó que tenía talento para convertir la afirmación más simple en algo dotado de erotismo. Sería un desafío zafarse de él sin ceder a la tentación.

—Pero aún no me ha dicho por qué se hizo chef.

—No sé pintar, ni esculpir. No tengo paciencia ni talento para componer sonetos. Hay otras formas de crear, de abrazar el arte.

Ella vio con sorpresa mezclada con admiración que estaba hablando en serio.

—Pero los cuadros, las esculturas y la poesía siguen existiendo siglos después de su creación. Si usted hace un soufflé, desaparece visto y no visto.

—Entonces, el desafío consiste en hacerlo una y otra vez, y otra. El arte no necesita estar colocado tras un cristal o en un marco de bronce, Juliet, sólo necesita que alguien lo aprecie. Tengo una amiga... —estaba pensando en Summer Lyndon; no, Summer Cocharan ahora—, que hace pasteles como un ángel. Cuando te comes uno, te sientes como un rey.

—Entonces, ¿la cocina es arte o magia?

—Ambas cosas. Como el amor. Y creo que tú, Juliet Trent, comes muy poco.

Ella clavó la mirada en él, tal y como Carlo esperaba.

—No me gustan los excesos, señor Franconi. Sólo conducen a la indiferencia.

—Por los excesos, pues —él alzó su copa. Su sonrisa había vuelto, encantadora y peligrosa—. Con sumo cuidado, claro.

Las cosas podían salir bien o mal. Había que estar preparada, anticiparse e impedir el desastre. Juliet sabía los estragos que podía causar una entrevista de veinte minutos en directo a las siete y media de la mañana de un lunes. Una esperaba un sobresaliente y al final acababa conformándose con un simple aprobado. Ni siquiera ella esperaba que las cosas salieran a pedir de boca el primer día de una gira.

Resultaba difícil explicar por qué se sintió molesta cuando lo consiguió.

La entrevista para el programa de televisión transcurrió a la perfección. No había mejor modo de describirla, decidió Juliet mientras veía a Liz Marks hablando y riendo con Carlo después de que las cámaras dejaran de grabar. Carlo tenía talento para aquello. Durante la entrevista había dominado con sutileza pero completamente el programa, mostrándose al mismo tiempo encantador con la presentadora. Había hecho reírse dos veces a la veterana periodista como una niña. Incluso una vez la había hecho sonrojarse, recordó Juliet con asombro.

Sí. Juliet se colgó la cinta del pesado maletín del brazo. Franconi tenía talento natural, cosa que a ella le facilitaría el trabajo. Juliet bostezó y maldijo a Carlo.

Ella siempre dormía bien en los hoteles. Siempre. Salvo la noche anterior. Tal vez hubiera podido convencer a alguien de que lo que la había mantenido despierta eran los cafés que había tomado y los nervios del primer día. Pero ella sabía que no era así. Podía beberse una cafetera entera a las diez de la noche y dormirse como un angelito a las once. Su metabolismo era muy disciplinado. Salvo la noche anterior.

Casi había soñado con él. Si no se hubiera despertado a las dos de la madrugada, habría soñado con él. Ése no era modo de empezar una gira de autor muy importante y larga. Juliet se decía que, si podía elegir entre las fantasías absurdas y el prosaico cansancio, prefería el cansancio.

Sofocando otro bostezo, Juliet le echó un vistazo a su reloj. Liz se había agarrado al brazo de Carlo y parecía no tener intención de soltarlo a menos que alguien se lo suplicara. Con un suspiro, Juliet decidió hacer de palanca.

—Señorita Marks, ha sido un programa maravilloso —mientras se acercaba, Juliet le tendió enérgicamente la mano. Con evidente desgana, Liz se separó de Carlo y se la estrechó.

—Gracias, señorita...

—Trent —dijo Juliet sin inmutarse.

—Juliet es mi relaciones públicas —le dijo Carlo a Liz, a pesar de que habían sido presentadas media hora antes—. Vela por mi agenda.

—Sí, y me temo que tengo que llevarme al señor Fran—coni. Tiene un programa de radio dentro de media hora.

—Si no queda más remedio... —Liz se volvió hacia Carlo, olvidándose de Juliet—. Tiene usted un modo delicioso de empezar la mañana. Es una lástima que no vaya a quedarse más tiempo en la ciudad.

—Sí, una lástima —dijo Carlo, y besó los dedos de Liz. Como en una vieja película, pensó Juliet con impaciencia. Sólo faltaban los violines.

—Gracias de nuevo, señorita Marks —Juliet sacó a relucir su sonrisa más diplomática mientras tomaba a Carlo del brazo y empezaba a llevárselo hacia la salida del estudio de grabación—. Tenemos un poco de prisa —masculló mientras atravesaban la zona de recepción—. Ese programa de radio es uno de los más oídos de la ciudad. Como se apoya sobre todo en los cuarenta principales y en el rock clásico, a esta hora del día su público es gente de entre dieciocho y treinta y cinco años. Y con excelente poder adquisitivo. Eso nos ofrece una mezcla interesante con el

público del programa de televisión de esta mañana, que es generalmente de entre veinticinco y cincuenta años, sobre todo mujeres.

Escuchando con aparente respeto, Carlo llegó junto a la limusina y abrió la puerta.

— ¿Eso te parece importante?

— Claro — distraída pensando en lo que le parecía una pregunta estúpida, Juliet montó en la limusina antes que él —. Tenemos muchas cosas que hacer en Los Angeles —no veía la necesidad de mencionar que había otras ciudades en la gira en las que no estarían tan ocupados—. Un programa de televisión con buena reputación, un programa de radio muy popular, dos entrevistas para medios escritos, dos apariciones breves para los telediarios de la noche y El show de Simpson —dijo finalmente ella con cierta delectación.

— Entonces, estás satisfecha.

— Sí, desde luego —hurgando en su maletín, Juliet sacó su carpeta para revisar el nombre de su contacto en la emisora de radio.

— Entonces, ¿por qué pareces tan enfadada?

— No sé a qué se refiere.

— Tienes una arruga justo... aquí —dijo Carlo, pasándole la punta de un dedo entre las cejas. Al sentir su contacto, Juliet se apartó sin querer. Carlo se limitó a ladear la cabeza, observándola—. Puedes sonreír y hablar tranquilamente, pero las arrugas te delatan.

— Estoy muy contenta con lo bien que ha salido el programa —dijo ella de nuevo.

— ¿Pero?

«Está bien», pensó Juliet. Él se lo había buscado.

— Puede que me moleste ver a una mujer poniéndose en ridículo —Juliet volvió a meter la carpeta en el maletín—. Liz Marks está casada, ¿sabes?

— Sí, suelo fijarme enseguida en los anillos de boda —dijo él encogiéndose de hombros—. Tú me dijiste que fuera encantador, si mal no recuerdo.

— Tal vez «encantador» signifique otra cosa en Italia.

— Como te decía, tienes que venir a Roma.

— Supongo que disfruta haciendo babear a las mujeres.

El le lanzó una sonrisa fácil, atractiva, inocente.

— Claro que sí.

Una carcajada borboteó en la garganta de Juliet, pero se la tragó. No podía dejarse embaucar.

— En esta gira también tendrá que tratar con hombres.

— Prometo no besarle la mano al señor Simpson.

Esta vez, a Juliet se le escapó la risa. Por un instante se relajó. Carlo advirtió fugazmente su juventud y su energía bajo aquella disciplinada fachada. Le habría gustado mantenerla así por más tiempo: riendo, a gusto con él y consigo misma. Sería un reto, pensó, encontrar las teclas justas que debía pulsar para llevar la risa a sus ojos más a menudo. A él le gustaban los desafíos, sobre todo cuando incluían a una mujer.

—Juliet... —su nombre salió flotando de la lengua de Carlo de un modo del que sólo los europeos eran capaces—. No te preocupes. Liz sólo ha disfrutado de unos minutos de inofensivo coqueteo con un hombre al que probablemente no volverá a ver. Tal vez gracias a ello esta noche se lo pase mejor con su marido.

Juliet lo miró un momento fijamente.

—Tiene usted una muy elevada opinión de sí mismo, ¿no le parece?

Él sonrió, sin saber si se sentía aliviado o si lamentaba el hecho de no haber conocido nunca a nadie como ella.

—No excesivamente, cara. Cualquiera que tenga carácter deja su impronta sobre los demás. ¿Acaso a ti te gustaría dejar este mundo sin dejar huella?

Juliet se recostó en el asiento, decidida a mantenerse en sus trece.

—Supongo que algunos de nosotros se empeñan más que otros en dejar huella.

Él asintió con la cabeza.

—A mí me gusta hacer las cosas a lo grande.

—Tenga cuidado, señor Franconi, o acabará creyendo en la imagen que usted mismo ha creado.

La limusina se había detenido, pero antes de que Juliet se inclinara hacia la puerta, Carlo la agarró de la mano. Al mirarlo, ella no vio al afable chef italiano, sino a un hombre lleno de autoridad. Un hombre, comprendió, que era consciente de hasta dónde podía llegar. Ella no se movió, pero se preguntó cuántas mujeres más habrían visto el acero bajo la seda.

—Yo no necesito imaginaria de ninguna clase, Juliet —su voz era suave, encantadora, bellísima. Juliet sintió el filo de la cuchilla cortando bajo ella—. Franconi es Franconi. O me aceptas tal y como soy, o te vas al diablo.

Carlo salió del coche sin esfuerzo delante de ella, se dio la vuelta y tomó la mano de Juliet, tirando de ella. Su ademán resultaba cortés, respetuoso, casi corriente. Juliet comprendió de pronto que aquel gesto expresaba la posición que ocupaba cada uno. Un hombre y una mujer. En cuanto estuvo de pie en la acera, Juliet apartó la mano.

Con dos programas y un almuerzo de negocios entre pecho y espalda, Juliet dejó a Carlo en la librería, que ya estaba llena de mujeres que se apiñaban en fila india para vislumbrar un instante a Carlo Franconi e intercambiar unas palabras con él. Ya se habían encargado del reportero y el fotógrafo, y un hombre como Franconi no necesitaba su ayuda para ocuparse de una horda de mujeres. Armada con unas

cuantas monedas y su tarjeta de crédito, Juliet se fue en busca de una cabina telefónica.

Los primeros cuarenta y cinco minutos los pasó hablando con su ayudante en Nueva York, llenando su cuaderno de fechas, horarios y nombres mientras el tráfico de Nueva York pasaba silbando junto a la cabina. Sintiendo que una gota de sudor se deslizaba por su espalda, se preguntó si habría elegido la esquina más calurosa de la ciudad.

Denver seguía sin parecer tan prometedor como había esperado, pero Dallas...Juliet se mordió el labio inferior mientras escribía. Lo de Dallas iba a ser fabuloso. Tal vez tuviera que doblar su dosis diaria de vitaminas para sobrevivir a aquellas veinticuatro horas, pero aun así sería fabuloso.

Tras hablar con Nueva York, marcó el número de su primer contacto en San Francisco. Diez minutos después, estaba rechinando los dientes. No, su contacto en los grandes almacenes no tenía la culpa de haber caído enfermo con un virus. Juliet lamentaba sinceramente que estuviera indispuesto. Pero ¿acaso era mucho pedir que hubiera dejado un sustituto con dos dedos de frente? La jovencita de voz chillona sabía lo de la demostración gastronómica. Sí, lo sabía todo. ¿No iba a ser la monda? ¿Alargadores? Oh, vaya, de eso no tenía ni idea. Tal vez pudiera preguntarle a alguien de mantenimiento. ¿Una mesa? ¿Sillas? Uf, caramba, quizá pudiera conseguir alguna, si era realmente necesario.

Juliet empezó a hurgar en su bolso en busca de un frasco gigante de aspirinas antes de que acabara la conversación. Al parecer, tendría que presentarse en los grandes almacenes al menos dos horas antes de la demostración para asegurarse de que todo estaba en orden. Lo cual significa alterar toda la agenda.

Tras hacer sus llamadas, Juliet salió de la cabina telefónica con una aspirina en la mano y regresó a la librería confiando en poder conseguir un vaso de agua y un rincón apacible.

Nadie se fijó en ella. Si hubiera llegado del desierto arrastrándose boca abajo, nadie habría reparado en ella. La pequeña y elegante librería reventaba de risas. Detrás del mostrador no había dependienta. En el rincón de la sala, a mano izquierda, había un imán. Su nombre era Carlo Franconi.

Juliet notó con interés que no sólo había mujeres. También había algunos hombres diseminados entre la multitud. Tal vez a algunos los hubieran arrastrado hasta allí sus esposas, pero de todos modos se lo estaban pasando en grande. Aquello parecía un guateque al que le faltaban el humo de tabaco y los vasos vacíos.

Mientras se abría paso hacia el fondo del local, Juliet advirtió que ni siquiera podía ver a Carlo. El estaba rodeado, sitiado y envuelto por el público. Agitando la aspirina en la mano, Juliet se alegró de encontrar un rin—concito para ella. Tal vez Carlo se llevara toda la gloria. Pero ella no le habría cambiado el puesto por nada del mundo.

Echándole un vistazo al reloj, vio que Carlo disponía de una hora y se preguntó si podría satisfacer a aquel gentío en tan poco tiempo. Deseó vagamente un

taburete, dejó caer la aspirina en el bolsillo de su falda y se puso a mirar a su alrededor.

– Fabuloso, ¿no? – oyó que murmuraba alguien al otro lado de la estantería llena de libros.

– ¡Sí! ¡Madre mía! Cuánto me alegro de que me convencieras para venir.

– ¿Para qué están las amigas?

– Pensaba que iba a aburrirme como una ostra. Y me siento como una cría en un concierto de rock. Ese hombre tiene tanto...

– Estilo – sugirió la otra voz –. Si un hombre así entrara en mi vida alguna vez, te aseguro que no volvería a salir.

Llena de curiosidad, Juliet rodeó la estantería. No sabía qué esperaba exactamente: dos jóvenes amas de casa, dos universitarias... Lo que vio eran dos atractivas mujeres en la treintena, ambas vestidas con elegantes trajes de negocios.

– He de volver a la oficina – una de ellas miró su bonito Rolex –. Tengo una reunión a las tres.

– Y yo tengo que volver al juzgado.

Las dos se guardaron sendos libros firmados en sus maletines de piel.

– ¿Por qué será que ninguno de los hombres con los que salgo puede besarme la mano sin que parezca un movimiento ensayado de una obra de un solo acto?

– Estilo. Todo es cuestión de estilo.

Con esta observación, o esta queja, las dos mujeres desaparecieron entre la multitud.

A las tres y cuarto, Carlo seguía firmando libros, pero el gentío se había aclarado lo suficiente como para que Juliet pudiera verlo. Estilo, había que reconocerlo, tenía de sobra. Ninguna de las personas que se acercaba a su mesa, libro en mano, recibía una firma apresurada, una sonrisa falsa, un desaire. Carlo hablaba con todo el mundo. En realidad, parecía disfrutar, pensó Juliet, aunque se tratara de una abuelita que olía a lavanda o de una joven con un bebé apoyado en la cadera. ¿Cómo sabía qué tenía que decirle a cada una de aquellas personas, se preguntaba Juliet, para que se apartaran de la mesa riendo a carcajadas o con una sonrisa y un suspiro en los labios?

Primer día de la gira, se recordó Juliet. Se preguntaba si Carlo podría aguantar así tres semanas. El tiempo lo diría, decidió Juliet, calculando que podía concederle otros quince minutos antes de sacarlo de allí a rastras.

Lo cual no resultó fácil, a pesar de que los quince minutos se convirtieron en treinta. Juliet comenzaba a entrever la pauta que marcaría el ritmo de la gira. Carlo encandilaría al público y a ella le tocaría el rol, mucho menos atractivo, de sargento instructor. Para eso le pagaban, se dijo Juliet mientras empezaba a sonreír, animando a la gente a dirigirse hacia la puerta. A las cuatro quedaba sólo un puñado de

recalcitrantes. Repartiendo disculpas y mano de hierro, Juliet logró sacar a Carlo de allí.

—Ha ido muy bien —comenzó a decir, empujándolo suavemente calle abajo—. Una de las librerías me ha dicho que casi se han quedado sin existencias. Una se pregunta cuánta pasta se va a cocinar en Los Angeles esta noche. Considérela un triunfo más.

—Grazie.

—Prego. Sin embargo, no siempre podremos pasarnos de la hora —le dijo Juliet mientras la puerta de la limusina se cerraba tras ellos—. Estaría bien que tuviera cuidado con el tiempo y acelerara el ritmo, digamos, media hora antes de acabar. Tiene una hora y cuarto antes de salir al aire...

—Bien —apretando un botón, Carlo le pidió al conductor que diera algunas vueltas.

—Pero...

—Hasta yo necesito un respiro —le dijo él, y abrió un pequeño armario empotrado que ocultaba el bar—. Coñac —decidió, y sirvió dos copas sin preguntas—. Tú has tenido dos horas para mirar escaparates y echar un vistazo por ahí —recostándose en el asiento, Carlo estiró las piernas.

Juliet pensó en la hora y media que se había pasado al teléfono, y luego en el tiempo que había tardado en desembarazarse de los clientes de la librería. Había estado de pie dos horas y media seguidas, pero no dijo nada. El coñac pasaba cálido y suave.

—La aparición en el telediario debería durar unos cuatro minutos o cuatro minutos y medio. No parece mucho tiempo, pero se sorprendería cuánto puede dar de sí. Asegúrese de mencionar el título del libro, la firma de libros y la demostración de mañana por la tarde en la universidad. El factor sensual de la comida, de la cocina y del acto mismo de comer es un enfoque fantástico. Si pudiera...

—¿Te importaría hacer la entrevista por mí? —preguntó él tan amablemente que ella alzó la mirada.

Así que también podía ponerse de mal humor, pensó Juliet.

—Las entrevistas se le dan de maravilla, señor Fran—coni, pero...

—Carlo —antes de que Juliet pudiera abrir su cuaderno, él la agarró de la muñeca—. Llámame Carlo, y deja las malditas notas diez minutos. Dime, mi muy organizada Juliet Trent, ¿por qué estamos aquí?

Ella intentó apartar la mano, pero él la sujetaba con más fuerza de la que creía. Por segunda vez tuvo la clara impresión de que Carlo poseía autoridad, fortaleza y determinación.

—Para promocionar tu libro.

—Hoy todo ha ido bien, ¿no?

—Sí, hasta ahora...

— Todo ha ido bien —repitió él, y Juliet empezó a irritarse por la frecuencia de sus interrupciones—. Voy a ir a ese telediario local, hablaré unos minutos y luego asistiré a esa dichosa cena de negocios, a pesar de que preferiría tomar un filete y una botella de vino en mi habitación. Contigo. A solas. Luego podría verte sin ese trajecito y sin esos modales tan formales que tienes.

Ella no podía estremecerse. No podía consentirse tener una reacción así.

— Estamos aquí por negocios. Eso es lo único que me interesa.

— Puede ser —convino él con excesiva facilidad, pero pasó la mano suavemente por la nuca de Juliet—. Sin embargo, disponemos de una hora antes de que los negocios empiecen otra vez. No me des la lata con el horario.

De pronto, Juliet notó que la limusina olía a cuero. A cuero, a riqueza y a Carlo. Bebió un sorbo de su copa con tanta naturalidad como consiguió reunir.

— Los horarios, tal y como tú mismo has dicho esta mañana, son parte de mi trabajo.

— Tienes una hora libre —le dijo él, alzando una ceja antes de que ella pudiera decir nada—. Así que, relájate. Te duelen los pies, así que quítate los zapatos y bébete el coñac —dejó su copa y el maletín de Juliet en el suelo para que nada se interpusiera entre ellos—. Relájate —repitió, aunque en realidad le agradaba que ella se hubiera puesto tensa—. No tengo intención de hacerte el amor en el asiento trasero de un coche. Al menos, de momento —sonrió al ver que en los ojos de Juliet aparecía una mirada de ira, pero también de duda y de excitación—. Un día, muy pronto, daré con el momento, el lugar y el estado de ánimo adecuados para eso.

Se inclinó un poco más hacia ella, de modo que sintió el aliento de Juliet sobre sus labios. Sabía que ella le daría una bofetada si daba un paso más. Pero tal vez le gustara la contienda. El color que corría por las mejillas de Juliet no procedía de un tubo, sino de la pasión. La mirada de sus ojos era casi un desafío. Ella esperaba que se acercara un poco más, que la apretara contra el asiento y la besara con firmeza. Lo estaba esperando, suspendida, alerta.

Él sonrió mientras sus labios aleteaban sobre los de Juliet hasta que supo que la tensión que había ido creciendo dentro de ella era semejante a la suya. Bajó la mirada hasta su boca y se imaginó su sabor, su textura, su dulzor. Juliet mantuvo la barbilla levantada incluso cuando le pasó el pulgar por ella.

A Carlo no le gustaba hacer lo que se esperaba de él. Con un movimiento prolongado y ágil, se recostó en el asiento, cruzó los tobillos y cerró los ojos.

— Quítate los zapatos —repitió—. Tu horario y el mío deberían fundirse estupendamente.

Luego, para asombro de Juliet, se quedó dormido. No estaba fingiendo, notó Juliet. Estaba profundamente dormido, como si de pronto hubiera pulsado un interruptor.

Ella dejó la copa y cruzó los brazos. Estaba furiosa, pensó. Furiosa porque él no la hubiera besado. No porque quisiera que lo hiciera, se dijo mientras miraba por

la ventanilla tintada, sino porque él le había negado la oportunidad de enseñarle las garras.

Empezaba a pensar que le encantaría hacer saltar un poco de sangre italiana.

Capítulo III

La salida del hotel había transcurrido rápidamente y sin contratiempos de última hora. Para alivio de Juliet, los cargos hechos en la factura de la habitación de Carlo eran razonables y de poca importancia. El presupuesto de la gira aguantaría. Juliet sólo podía esperar que el embarque en el aeropuerto y la entrada en el hotel de San Francisco transcurrieran igual de bien.

No quería pensar en El show de Simpson. En ese caso, no era necesario recurrir a datos sociológicos. Juliet sabía que Carlo había pasado suficiente tiempo en Estados Unidos como para saber lo importantes que eran esos diez minutos en antena. Aquél era el programa nocturno de mayor audiencia del país desde hacía quince años. Bob Simpson era toda una institución. Un par de minutos en su programa podían propulsar las ventas de un libro hasta en las zonas más remotas del país. O podían hundirlas.

Y, además, pensó Juliet con una risita de emoción, ¿no sería impresionante poner el programa de Simpson en su curriculum? Rezó una pequeña plegaria porque Carlo no lo echara a perder.

Juliet revisó discretamente la pequeña nevera para asegurarse de que el postre que Carlo había preparado esa misma tarde estaba en su sitio. El pastel tenía que permanecer en el frigorífico cuatro horas, de modo que harían el numerito del antes y el después para los televidentes. Carlo lo prepararía en directo y, luego, voilá, sacarían el postre helado en cuestión de minutos.

Aunque Carlo había repasado ya el procedimiento, los utensilios y los ingredientes con el jefe de producción y el realizador, Juliet volvió a repasarlos otra vez.

Él, en cambio, parecía no acusar la tensión, pensó Juliet mientras se acomodaban en la sala de descanso del plato. Sí, Carlo ya la había lanzado una enorme sonrisa a la rubia medio desnuda que estaba sentada en el sofá y le había ofrecido una taza de café de la máquina. ¿Café? Incluso tratándose de Hollywood, costaba trabajo imaginar qué demonios contenía la cafetera. Juliet había probado un sorbo de algo que sabía a barro recalentado y había dejado la taza a un lado.

La rubita era, por lo visto, la nueva protagonista de la trama romántica de una teleserie muy popular, y estaba muerta de nervios. Carlo se sentó en el sofá, a su lado, y empezó a charlar con ella como si fueran viejos amigos. Para cuando la puerta de la sala de descanso se abrió de nuevo, ella se estaba partiendo de risa.

La sala de descanso era de color beige: un beige pálido, feo y agobiante. El aire acondicionado funcionaba, pero mal. Aun así, Juliet tenía presente cuántos famosos o casi famosos se habían sentado en aquella anodina habitación, mordiendo las uñas.

Entonces apareció el mono. Juliet alzó la mirada y vio entrar al chimpancé de largos brazos, enfundado en un esmoquin, de la mano de un hombre alto y flaco con ojos cansados y sonrisa nerviosa. Sintiendo un poco nerviosa, Juliet miró a Carlo. Él saludó inclinando la cabeza a los dos recién llegados y siguió hablando con la rubia como si tal cosa. Mientras Juliet procuraba relajarse, el mono sonrió, echó hacia atrás la cabeza y profirió un largo y fuerte chillido. La rubia dejó escapar una risita, pero parecía a punto de echar a correr si el chimpancé se acercaba un paso más.

—Compórtate, Butch —el hombre flaco carraspeó mientras paseaba la mirada por la habitación—. Butch acabó de rodar una película la semana pasada —explicó a la sala en general—. Está un poco inquieto.

La rubia se acercó a la puerta cuando anunciaron su nombre, haciendo tintinear las lentejuelas que la cubrían por entero. Carlo notó con cierta satisfacción que no estaba tan nerviosa como al principio. Ella se dio la vuelta y le sonrió enseñando los dientes.

—Deséame suerte, cariño.

—Suerte.

El hombre flaco pareció relajarse visiblemente.

—Menos mal. A Butch, las rubias lo ponen de los nervios.

—Entiendo —Juliet pensó que su pelo podía considerarse rubio o castaño dependiendo del capricho. Con un poco de suerte, Butch lo consideraría castaño y poco estimulante.

—Pero ¿dónde está la limonada? —el hombre parecía de nuevo nervioso—. Saben perfectamente que a Butch le gusta tomar limonada antes de salir al aire. Lo tranquiliza.

Juliet se mordió la punta de la lengua para sofocar la risa. Carlo y Butch se estaban mirando con una especie de tolerancia comprensiva.

—Estoy segura de que ha sido un descuido —acostumbrada a calmar el pánico, Juliet sonrió—. Tal vez debería preguntarle a algún botones.

—Eso voy a hacer —el hombre le dio una palmadita a Butch en la cabeza y cruzó la puerta.

—Pero... —Juliet se levantó a medias y volvió a sentarse. El chimpancé estaba en medio de la sala, con los nudillos apoyados en el suelo—. No sé si debería dejarse a Chita.

—Butch —la corrigió Carlo—. A mí me parece bastante inofensivo —le lanzó al mono una rápida sonrisa—. Y tiene un sastre excelente.

Juliet vio que el chimpancé estaba sonriendo y haciendo muecas.

—¿Le duele algo —le preguntó a Carlo— o es que está flirteando conmigo?

–Estará flirteando, si tiene buen gusto –dijo Carlo—. Y, como te decía, su sastre es bastante bueno. ¿Tú qué dices, Butch? ¿Te gusta mi Juliet?

Butch echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una serie de sonidos que podían significar cualquier cosa.

–¿Lo ves? Butch sabe apreciar a una mujer bonita.

Juliet se echó a reír. Ya fuera porque se sentía atraído por aquel sonido, o porque le apetecía, Butch se acercó bamboleándose a ella. Sin dejar de sonreír, puso una mano sobre la rodilla desnuda de Juliet. Esta vez, ella vio claramente que le guiñaba un ojo.

–Yo nunca he sido tan directo al conocer a alguien –comentó Carlo.

–Algunas mujeres prefieren un abordaje directo –decidiendo que era inofensivo, Juliet sonrió a Butch—. Me recuerda a alguien –le lanzó a Carlo una mirada suave—. Será por esa simpática sonrisa –antes de que ella dejara de hablar, Butch se subió sobre sus rodillas y la rodeó con sus largos brazos—. Oh, qué tierno –riendo, Juliet miró la cara del chimpancé—. Creo que tiene tus ojos, Carlo.

–Eh, Juliet, creo que deberías...

–Aunque los suyos tienen una mirada más inteligente.

–Oh, sí, creo que es muy listo –Carlo carraspeó tapándose la boca con la mano mientras observaba los hábiles dedos del chimpancé—. Juliet, si te...

–Pues claro que es listo. Hace películas –divertida, Juliet observó la sonrisa del chimpancé—. ¿Habré visto alguna de tus películas, Butch?

–No me extrañaría nada que fueran películas X.

Ella le hizo cosquillas a Butch debajo de la barbilla.

–Oh, Carlo, qué bruto eres.

–Sólo es una suposición –Carlo dejó que su mirada vagara sobre ella—. Dime, Juliet, ¿no tienes un poco de frío?

–No. Hace muchísimo calor aquí. Y este pobre envuelto en un esmoquin... –acarició a Butch y él sonrió mostrándole los dientes.

–Juliet, ¿tú crees que la gente revela su personalidad a través de la ropa que lleva? Que manda señales, ¿comprendes lo que digo?

–¿Hmm? –distráida, ella se encogió de hombros y ayudó a Butch a enderezarse la corbata—. Supongo que sí.

–Me parece sumamente interesante que lleves seda rosa debajo de esa blusa tan formal.

–¿Cómo dices?

–Una observación, mi amore –él dejó que su mirada vagara sobre ella de nuevo—. Una simple observación.

Sentada muy quieta, Juliet movió únicamente la cabeza. Un instante después, su boca estaba tan abierta como su blusa. El mono le había desabrochado todos los botones. Carlo le lanzó a Butch una mirada de admiración.

– Debo preguntarle cómo perfeccionó esa técnica.

– ¡Maldito hijo de...!

– A mí no me mires – Carlo se llevó una mano al corazón –. Yo sólo pasaba por aquí.

Juliet se levantó bruscamente, tirando al chimpancé al suelo. Mientras entraba en el aseo contiguo a la sala de descanso, oyó reír a dos machos: el uno un chimpancé y el otro una rata.

Juliet hizo en total silencio el trayecto hasta el aeropuerto desde donde partirían hacia San Diego.

– Venga, cara, el programa fue muy bien. No sólo mencionaron el título tres veces. También hicieron un primer plano del libro. Mi tortoni fue un éxito, y les gustó mi anécdota sobre cómo hacer una comida italiana larga y sensual.

– Eres un auténtico príncipe de las anécdotas – murmuró ella.

– Amore, fue el mono quien intentó desvestirte, no yo – Carlo lanzó un largo suspiro de satisfacción. No recordaba cuándo había disfrutado tanto de una... demostración –. Si lo hubiera hecho yo, nos habríamos perdido el show.

– Tenías que contar esa historia en antena, ¿no? – ella le lanzó una mirada fría y feroz –. ¿Sabes cuántos millones de personas ven ese programa?

– Era una buena historia – a la luz tenue de la limusina, Juliet vio el brillo de sus ojos –. A la mayoría de la gente le gustan las buenas historias.

– Todas las personas con las que trabajo habrán visto ese programa – Juliet se dio cuenta de que tenía la mandíbula tensa y procuró relajarla –. No sólo te quedaste allí... allí sentado y dejaste que ese... que ese ser me dejara medio desnuda, sino que además tenías que contarlo en la televisión pública.

– Madonna, acuérdate de que intenté advertirte.

– Yo no recuerdo nada parecido.

– Pero si estabas encantada con Butch – continuó él –. Confieso que era difícil no estarlo – dejó que su mirada se deslizara por la blusa pulcramente abotonada de Juliet –. Tienes una piel preciosa, Juliet; tal vez me distrajera momentáneamente. Yo, un simple hombre lleno de debilidades, me pongo a tu merced.

– Oh, cállate – ella cruzó los brazos y se quedó mirando fijamente hacia delante. No volvió a hablar hasta que el chófer paró junto a la acera en el aeropuerto.

Juliet sacó su bolsa de viaje del maletero. Sabía que siempre había la posibilidad de que las maletas se extraviaran y fueran enviadas a San José, mientras

ella iba a San Diego, de modo que siempre llevaba lo esencial en un bolso de mano. Entregó su billete y el de Carlo en el mostrador para que fueran facturando las maletas mientras pagaba al conductor. Aquello la hizo pensar en el presupuesto. Había conseguido justificar el uso de una limusina en Los Angeles, pero a partir de ese instante tendrían que conformarse con taxis y coches de alquiler. Adiós al glamour, pensó mientras se guardaba el recibo.

—No, esto lo llevo yo.

Ella se dio la vuelta y vio que Carlo indicaba una caja forrada en cuero, de unos sesenta centímetros de largo por diez de ancho.

—Será mejor que factures algo tan abultado.

—Nunca facturo mis utensilios —él se echó una mochila al hombro y tomó la caja por su asa.

—Como quieras —dijo ella, encogiéndose de hombros, y atravesó las puertas automáticas con él. Se dio cuenta de que el cansancio empezaba a pasarle factura, y eso que ella no había tenido que preparar intrincados postres. Carlo debía de estar tan cansado como ella, si es que era humano. Podía irritarla de mil maneras distintas, pero lo cierto era que nunca se quejaba. Juliet sofocó un suspiro—. Tenemos media hora antes de embarcar. ¿Te apetece una copa?

Él lanzó una sonrisa despreocupada.

—¿Una tregua?

Ella le devolvió la sonrisa a su pesar.

—No, una copa.

—Está bien.

Encontraron un bar a oscuras y lleno de gente y se abrieron paso hasta una mesa. Juliet observó cómo manejaba Carlo la caja con cierta dificultad, intentando esquivar a la gente y las sillas, y cómo la metía finalmente bajo la mesa.

—¿Qué llevas ahí?

—Utensilios —dijo él otra vez—. Cuchillos bien afilados, espátulas de acero inoxidable con la medida y el peso adecuados, aceite y vinagre de mi propia marca para cocinar...Y otras cosas básicas.

—¿Vas a cargar con aceite y vinagre por las terminales de los aeropuertos de costa a costa? —sacudiendo la cabeza ella alzó la mirada hacia la camarera—. Vodka con mosto.

—Brandy. Sí —dijo él, fijando de nuevo su atención en Juliet tras deslumbrar a la camarera con una rápida sonrisa—. No hay ninguna marca en el mercado americano que pueda compararse con la mía —tomó un cacahuete del cuenco que había sobre la mesa—. No hay ninguna marca en ningún mercado que pueda compararse con la mía.

—Aun así, deberías facturar la caja —insistió ella—. A fin de cuentas, también facturas las camisas y las corbatas.

—No pienso dejar mis herramientas en manos de un desconocido —Carlo se metió el cacahuete en la boca—. Una corbata es fácil de reemplazar. Uno hasta se cansa de ellas. Pero un buen batidor es una cosa completamente distinta. Cuando te enseñe a cocinar, lo entenderás.

—Tienes las mismas posibilidades de enseñarme a cocinar que de volar a San Diego sin avión. Bueno, ya sabes que vas a hacer una demostración sobre cómo preparar unos linguini con salsa de almejas en A.M. San Diego. El programa empieza a las ocho, así que tenemos que estar en el estudio a las seis para prepararlo todo.

En opinión de Carlo, lo único que se podía cocinar a esa hora era un desayuno con champán para dos.

—¿Por qué en este país la gente se empeña en levantarse al amanecer para ver la televisión?

—Haré un referéndum para averiguarlo —dijo ella distraídamente—. Mientras tanto, tienes que preparar un plato que dejaremos aparte, como hemos hecho hoy. En antena harás cada paso de la preparación, pero, naturalmente, no tenemos tiempo para acabar, por eso hay que tener el plato ya preparado. Ahora, en cuanto a las buenas noticias —Juliet le lanzó una rápida sonrisa y a la camarera que les sirvió las bebidas—. Ha habido cierta confusión en el estudio, así que tendremos que llevar nosotros los ingredientes. Necesito que me des una lista completa de lo que vas a necesitar. En cuanto te deje instalado en el hotel, saldré a comprarlo. Supongo que habrá alguna tienda abierta toda la noche.

Carlo repasó de memoria los ingredientes de los linguini con vongole bianche. Cierto, en las tiendas de Estados Unidos podían encontrarse algunos productos básicos, pero él se consideraba afortunado por llevar algunos de los suyos en el maletín que tenía a sus pies. La salsa de almejas era su especialidad. No había que tomársela a la ligera.

—¿Hacer la compra a medianoche forma parte del trabajo de una relaciones públicas?

Ella le sonrió. Carlo pensó que era la primera vez que le sonreía de verdad.

—Cuando se está de gira, el trabajo de un relaciones públicas incluye todo lo que haya que hacer. Así que, si me dices cuáles son los ingredientes, tomaré nota.

—No es necesario —él agitó el brandy y bebió un sorbo—. Iré contigo.

—Necesitas dormir —Juliet empezó a buscar un bolígrafo—. Aunque des una cabezada en el avión, no vas a dormir más de cinco horas.

—Igual que tú —dijo él. Al ver que ella se disponía a tomar la palabra de nuevo, Carlo alzó una ceja—. Tal vez no me fíe de una aficionada para comprar mis almejas. Juliet lo miró mientras bebía. O tal vez fuera un caballero, pensó. A pesar de su reputación con las mujeres, y de su elevada dosis de vanidad, Carlo era uno de esos raros hombres que sabían ser atentos con las mujeres sin mostrarse paternalistas. Juliet decidió perdonarlo por lo de Butch.

—Acábate la copa, Franconi —Juliet brindó por él amistosamente—. Tenemos que tomar un avión.

–Salute –Carlo alzó su copa hacia ella.

No volvieron a discutir hasta que se montaron en el avión.

Refunfuñando un poco, Juliet ayudó a Carlo a meter la caja de los utensilios bajo el asiento.

–El vuelo es muy corto –revisó su reloj y calculó que sería mucho más tarde de medianoche cuando fueran a comprar –.Te veré cuando aterricemos.

Él la agarró por la muñeca cuando Juliet se disponía a pasar a su lado.

–¿Adonde vas?

–A mi sitio.

–¿No te sientas aquí? –él señaló el asiento que había a su lado.

–No, voy en clase turista –impaciente, ella se movió para dejar paso a otro pasajero.

–¿Por qué?

–Carlo, estoy bloqueando el paso.

–¿Por qué vas en clase turista?

Ella dejó escapar un suspiro.

–Porque la editorial le paga encantada el billete de primera clase a un autor superventas. Pero, para los relaciones públicas, hay otro estilo. Se llama clase turista –alguien la golpeó con una maleta en la cadera. Maldición, le saldría un cardenal –. Ahora, si me dejaras marchar, la gente dejaría de golpearme y yo podría ir a sentarme.

–La primera clase está casi vacía –dijo él–. Sólo es cuestión de pagar un poco más por el billete. Ella logró desasirse.

–No pongas en entredicho el sistema, Franconi. –Yo siempre pongo en entredicho el sistema –le dijo él mientras ella se alejaba por el pasillo hacia su asiento. Sí, a Carlo le gustaba su modo de moverse.

–Señor Franconi –una azafata le sonrió–. ¿Quiere que le traiga una bebida cuando despeguemos? –¿Qué vino blanco tienen?

Cuando ella se lo dijo, Carlo se recostó en su asiento. Un poco vulgar, pensó, pero no del todo repugnante.

–Se habrá fijado usted en la joven con la que estaba hablando. La del pelo color miel y el mentón desafiante. Ella siguió sonriéndole amablemente, a pesar de que estaba pensando que era una lástima que él tuviera la mente puesta en otra mujer. –Desde luego, señor Franconi. –Llévele una copa de vino de mi parte. Juliet se habría considerado afortunada por disponer de un asiento junto al pasillo de no ser porque el hombre sentado a su lado estaba despatarrado, roncando. Qué bonito era viajar, pensó secamente mientras se quitaba los zapatos. ¿Acaso no era una suerte que al día siguiente tuvieran que tomar otro avión?

«No te quejes, Juliet», se advirtió. «Cuando tengas tu propia agencia, mandarás a otros de gira».

El individuo sentado a su lado se pasó el despegue roncando. Al otro lado del pasillo, una mujer sostenía un cigarrillo con una mano y un encendedor con la otra, esperando a que la señal de «Prohibido fumar» se apagara. Juliet sacó su cuaderno y se puso a trabajar.

—Señorita...

Sofocando un bostezo, Juliet alzó la mirada hacia la azafata.

—Lo siento, yo no he pedido nada.

—De parte del señor Franconi.

Juliet aceptó el vino y miró hacia primera clase. Carlo era escurridizo, se dijo. Intentaba meterse bajo sus líneas defensivas mostrándose amable. Juliet dejó que el cuaderno se cerrara y, suspirando, se recostó en el asiento.

La verdad es que le estaba funcionando.

Juliet apenas se había acabado el vino cuando el avión tomó tierra, pero al menos había conseguido relajarse. Lo bastante, pensó, como para que lo único que deseara fuera una cama mullida y una habitación a oscuras. «Dentro de una hora... o dos», se prometió mientras recogía su bolsa y su maletín.

Encontró a Carlo esperándola en primera clase en compañía de una azafata muy joven y atractiva. Ninguno de los dos parecía cansado por el viaje.

—Ah, Juliet, Deborah conoce una tienda abierta veinticuatro horas donde podemos encontrar todo lo que necesitamos.

Juliet miró a la esbelta morena y compuso una sonrisa.

—Qué bien.

Carlo tomó la mano de la azafata y, como cabía esperar, pensó Juliet, se la besó.

—Arrivederci.

—No pierdes el tiempo, ¿eh? —comentó Juliet en cuanto desembarcaron.

—Hay que disfrutar cada momento vivido.

—Qué frase tan bonita —ella se cambió la bolsa de brazo y se dirigió hacia la cinta mecánica—. Deberías tatuártela.

—¿Dónde?

Ella no se molestó en mirar su sonrisa.

—Donde quede mejor, por supuesto.

Tuvieron que esperar su equipaje más de lo que Juliet esperaba, y cuando por fin lo recogieron los efectos del vino se le habían pasado. Había que ocuparse de asuntos urgentes.

Juliet llamó a un taxi, le dio una propina al mozo que les llevó el carro de las maletas y le dijo al taxista el nombre del hotel. Al meterse en el coche junto a Carlo, advirtió su sonrisa.

– ¿De qué te ríes?

– Qué eficiente eres, Juliet.

– ¿Eso es un cumplido o un insulto?

– Yo nunca insulto a una mujer – dijo él con tanta sencillez que Juliet lo creyó a pies juntillas. A diferencia de ella, Carlo estaba completamente relajado y apenas tenía sueño –. Si esto fuera Roma, iríamos a un café en penumbra a beber vino tinto y escuchar música americana.

Ella cerró su ventanilla porque el aire era frío y húmedo.

– ¿La gira está interrumpiendo tu vida nocturna?

– De momento, estoy disfrutando de una compañía muy estimulante.

– Mañana vas a estar hecho polvo.

Carlo pensó en su pasado y sonrió. A los nueve años, pasaba las horas entre la escuela y el momento de la cena lavando platos y fregando cocinas. A los quince, servía mesas y pasaba su tiempo libre aprendiendo a utilizar las especias y a hacer salsas. En París, había combinado los largos y extenuantes cursos de la universidad con un empleo como ayudante de cocina. En la actualidad, su restaurante y sus clientes lo tenían en danza doce horas al día. No todo su pasado estaba contenido en la biografía pulcramente mecanografiada que Juliet llevaba en el maletín.

– No me importa trabajar, siempre y cuando el trabajo me interese. Me parece que a ti te pasa lo mismo.

– Yo tengo que ganarme la vida – puntualizó ella –. Pero es más fácil cuando disfrutas.

– Y también se tiene más éxito. A ti se te nota. La ambición, Juliet, sin una cierta alegría, es muy fría, y, cuando se consigue lo que se busca, deja un gusto amargo.

– Pues yo soy ambiciosa.

– Oh, sí – él se giró para mirarla, y Juliet sintió un extraño hormigueo –. Pero no eres fría.

Por un instante, Juliet pensó que preferiría que él se equivocara.

– Ahí está el hotel – se apartó de él, aliviada por tener que ocuparse de los detalles –. Necesitamos que nos espere – le dijo al conductor –. Saldremos en cuanto nos hayamos registrado. Me han dicho que el hotel tiene una vista preciosa de la bahía – entró en el vestíbulo con Carlo y el botones que se ocupaba del equipaje –. Es una lástima que no tengamos tiempo para disfrutarla. Fran – coni y Trent – le dijo al recepcionista.

En el vestíbulo vacío reinaba el silencio. Qué suerte tenían los que estaban durmiendo en sus camas, pensó Juliet, y se apartó un mechón de pelo que se le había soltado.

— Nos vamos mañana a primera hora y no podemos volver, así que asegúrate de que no te dejas nada en la habitación.

— Aunque tú, naturalmente, lo comprobarás de todos modos.

Ella le lanzó una mirada de soslayo mientras firmaba el impreso.

— Es parte del servicio — se guardó la llave en el bolsillo —. Pueden subirnos el equipaje directamente — discretamente, le dio un billete doblado al botones —. El señor Franconi y yo tenemos que hacer un recado.

— Sí, señora.

— Eso me gusta de ti — para sorpresa de Juliet, Carlo le dio el brazo mientras salían.

— ¿El qué?

— Tu generosidad. Muchos se escaquean para no darle una propina al botones.

Ella se encogió de hombros.

— Puede que sea fácil ser generoso cuando el dinero no es tuyo.

— Juliet... — Carlo abrió la puerta del taxi y le indicó que entrara —. Tú eres bastante inteligente. ¿No podrías... cómo se dice... despachar al botones sin darle un centavo y luego anotar la propina en tu cuenta de gastos?

— No merece la pena ser deshonesto por cinco dólares.

— No merece la pena ser deshonesto por nada — él le dio al conductor el nombre del supermercado y se recostó en el asiento —. La intuición me dice que, si intentaras decir una mentira, una auténtica mentira, se te caería la lengua.

— Señor Franconi, olvida usted que soy relaciones públicas. Si no mintiera, me quedaría sin trabajo.

— Puede que seas demasiado joven para entender la diversidad de mentiras y verdades que existe. Ah, ¿lo ves? Por eso me gusta tanto tu país — Carlo se asomó a la ventanilla mientras se acercaban al gran supermercado iluminado toda la noche —. En Estados Unidos, si quieres galletas a medianoche, puedes comprar galletas a medianoche. Es tan práctico...

— Me alegro de que te guste. Espere aquí — le dijo Juliet al conductor, y salió por la puerta opuesta a la de Carlo —. Espero que sepas lo que necesitas. Odiaría meterme en el estudio al amanecer y descubrir que tengo que salir a toda prisa a comprar pimienta en grano o algo así.

— Franconi sabe cómo hacer unos linguini — pasó un brazo alrededor del hombro de Juliet y la atrajo hacia sí mientras entraban —. Tu primera lección, amor mío.

Carlo la llevó primero a la pescadería, donde cloqueó, rezongó, desechó y eligió hasta que consiguió el número adecuado de almejas para dos platos. Ella había visto a mujeres que dedicaban la misma atención y el mismo tiempo a elegir un anillo de compromiso.

Juliet empujaba el carrito mientras él caminaba a su lado mirándolo todo. Y tocándolo. Latas, cajas, botellas... Ella esperaba mientras él elegía, examinaba y pasaba sus largos dedos de artista sobre las etiquetas, leyendo todos los ingredientes. Divertida, ella observaba cómo brillaba su diamante bajo los fluorescentes.

— Es asombroso lo que le ponen a esta basura precoci — nada — comentó Carlo, devolviendo una caja a su estante.

— Ten cuidado, Franconi, estás hablando de mi dieta básica.

— Deberías estar enferma.

— La comida precocinada ha liberado a la mujer americana de la cocina.

— Y ha destruido el paladar de una generación entera — Carlo eligió cuidadosamente, sin prisas, las especias. Abrió tres marcas de orégano y olfateó los frascos antes de escoger uno —. Te aseguro, Juliet, que admiro el sentido práctico de los estadounidenses, su eficiencia, pero preferiría comprar en Roma, donde puedo caminar entre los puestos y elegir las verduras recién arrancadas de la tierra y el pescado fresco recién salido del mar. No todo va en una lata, como la música.

Carlo no se dejó ni un solo pasillo, pero Juliet olvidó su cansancio, fascinada. Nunca había visto comprar a nadie como Carlo Franconi. Era como pasearse por un museo con un estudioso del arte. Carlo pasó junto a la harina y miró ceñudo cada bolsa. Juliet se asustó un momento. El abrió una bolsa y probó el contenido.

— ¿Ésta es una buena marca?

Juliet pensó que ella compraba una bolsa de un kilo de harina más o menos una vez al año.

— Bueno, mi madre siempre usaba ésta, pero...

— Bien. Siempre hay que fiarse de una madre.

— La mía cocina fatal.

Carlo colocó con firmeza la harina en la cesta.

— Pero es una madre.

— Una extraña opinión, viniendo de un hombre del que ninguna madre puede fiarse.

— Siento el mayor respeto por las madres. Yo también tengo una. Ahora, necesitamos ajos, champiñones y pimientos... frescos.

Carlo caminó a lo largo de los puestos de hortalizas, tocando, apretando y olfateando. Preocupada, Juliet miraba a su alrededor buscando empleados.

— Carlo, no puedes toquetearlo todo tanto.

—Si no lo toco, ¿cómo voy a saber lo que es bueno y lo que sólo tiene buena pinta? —él le lanzó una rápida sonrisa por encima del hombro—. Ya te lo he dicho, la comida se parece mucho a una mujer. Ponen los champiñones en una caja y los envuelven —molesto, él quitó el envoltorio antes de que Juliet pudiera impedírselo.

—¡Carlo! No puedes abrir eso.

—Yo sólo quiero lo que quiero. Mira, algunos son demasiados pequeños, demasiado escuálidos —empezó a sacar con paciencia los champiñones que no le gustaban.

—Entonces, tiraremos los que no quieras cuando volvamos al hotel —buscando con la mirada al encargado de noche, Juliet empezó a guardar de nuevo los champiñones en la caja—. Compra dos cajas, si hace falta.

—Es un desperdicio. ¿A ti te gusta malgastar tu dinero?

—El dinero del editor —se apresuró a decir ella mientras ponía la caja rota en la cesta—. Él estará encantado de malgastarlo. Absolutamente entusiasmado.

Carlo se detuvo un momento y sacudió la cabeza.

—No, no, no puedo —pero, cuando se disponía a meter la mano en la cesta, Juliet se movió y se interpuso en su camino.

—Carlo, si rompes otro paquete, vas a hacer que nos arresten.

—Mejor ir a la cárcel que comprar champiñones que no me servirán de nada por la mañana.

Ella le sonrió, pero se mantuvo en sus trece.

—No, nada de eso.

Él pasó la punta de un dedo por los labios de Juliet antes de que ella pudiera reaccionar.

—Lo haré por ti, entonces, aunque va contra mis principios.

—Grazie. ¿Lo tienes todo ya?

La mirada de Carlo siguió el camino que había trazado su dedo con la misma lentitud.

—No.

—Bueno, ¿qué falta?

Él se acercó un poco más y de pronto Juliet se encontró atrapada entre él y el carrito de la compra.

—Esta noche, es la de las primeras lecciones —murmuró él, pasando las manos por ambos lados de su cara.

Ella debería haberse echado a reír. Juliet se dijo que era ridículo que Carlo intentara seducirla bajo las luces brillantes de la sección de verduras de un supermercado abierto toda la noche. Carlo Franconi, un hombre que había hecho de

la seducción un arte, no podía elegir un escenario tan absurdo. Pero Juliet vio lo que había en sus ojos, y no se rió.

A algunas mujeres, pensó Carlo, sintiendo la piel suave y cálida de Juliet bajo sus manos, había que tocarlas lentamente. Muy lentamente. Algunas mujeres nacían sabiendo; otras, dudando.

Con Juliet, invertiría tiempo y cuidado porque él la entendía. O eso creía.

Ella no se resistió, pero entreabrió los labios, sorprendida. Carlo la besó suavemente, sin vacilar, pero con paciencia. Los ojos de Juliet ya le habían dado la respuesta que necesitaba. No se apresuró. No le importaba dónde estuvieran, que las luces fueran brillantes y la música enlatada. Sólo le importaba paladear los sabores que lo aguardaban. Así que probó de nuevo, sin precipitarse. Y luego otra vez.

Ella descubrió que se estaba agarrando al carrito de metal con todas sus fuerzas. ¿Por qué no se iba? ¿Por qué no le daba un empujón y salía corriendo de la tienda? Carlo no la retenía. Sus manos tocaban suavemente su cara. Ella podía moverse. Podía irse. Debía hacerlo.

Pero no lo hizo.

Los pulgares de Carlo se deslizaron por su mejilla, trazando su forma. Carlo sintió su pulso, rápido y sobresaltado, y siguió sujetándola con delicadeza. Ni siquiera él habría imaginado que el sabor de Juliet fuera hasta tal punto único.

Ninguno de los dos supo quién dio el siguiente paso. Tal vez lo dieran juntos. La boca de Carlo perdió su delicadeza y la de ella su pasividad. Ambas se encontraron, triunfantes, y se aferraron la una a la otra.

Ella dejó de sujetarse al carro y se agarró a los hombros de Carlo, apretándolo contra sí. Sus cuerpos encajaban a la perfección. Aquello debería haberle servido de advertencia a Juliet. La boca de Carlo era cálida y firme. Sus manos, que no se despegaban de la cara de ella, eran también firmes. Juliet no podría haberse apartado fácilmente. Pero, de todos modos, no quería hacerlo.

Él creía conocer todo cuanto podía esperarse de una mujer: fuego, hielo, tentación... Pero ambos estaban aprendiendo una lección. ¿Había sentido él alguna vez aquel ardor? ¿Aquella dulzura? No, o se acordaría. Ningún sabor, ninguna sensación que hubiera experimentado se le olvidaba.

Sabía lo que era desear a una mujer, pero nunca había conocido el ansia. Durante un instante, aquella emoción se apoderó de él por completo. No la olvidaría. Sin embargo, era consciente de que un hombre sensato da un paso atrás y toma aliento antes de lanzarse por un precipicio. Y eso fue lo que hizo él, murmurando algo en su propio idioma.

Aturdida, Juliet se agarró de nuevo al carro, intentando no perder el equilibrio. Maldiciéndose por ser tan idiota, esperó a que se calmara su respiración.

—Muy agradable —dijo Carlo suavemente, pasándole un dedo por la mejilla—. Muy agradable, Juliet.

Era una mujer del siglo XXI, se recordó ella mientras el corazón le palpitaba a toda prisa. Fuerte, independiente, sofisticada.

— Me alegro de que me des tu aprobación.

Carlo la tomó de la mano antes de que Juliet echara a andar por el pasillo empujando el carro. Notó que ella tenía aún la piel cálida y el pulso irregular. Si hubieran estado solos... Pero tal vez fuera mejor así. De momento.

— No es cuestión de aprobación, cara mia, sino de apreciación.

— Pues, a partir de ahora, apreciame sólo por mi trabajo, ¿vale? — Juliet se desasíó de un tirón y se alejó empujando el carro. Sin pensar en la dedicación con que Carlo había elegido cada producto, comenzó a poner el contenido del carro sobre la cinta deslizante de una caja.

— No te has quejado —le recordó él. De pronto se había dado cuenta de que él también había tenido que recuperar su equilibrio. Apoyado contra el carro, le lanzó una sonrisa maliciosa.

— No quería hacer una escena.

El sacó los pimientos del carro antes de que Juliet los aplastara.

— Ah, estás aprendiendo a mentir.

Ella alzó la cabeza y lo traspasó con la mirada.

— Tú no reconocerías la verdad ni aunque te cayeras encima de ella.

— Cielo, ten cuidado con los champiñones —le advirtió él cuando Juliet tiró el paquete sobre la cinta—. No queremos que se estropeen. Les he tomado mucho cariño.

Juliet le lanzó una maldición en voz tan alta que la cajera los miró con los ojos como platos. Carlo siguió sonriendo y se puso a pensar en la lección número dos.

Tenía la impresión de que debían tenerla pronto. Muy pronto.

Capítulo IV

A veces, una tenía la sensación de que todo podía salir mal, tenía que salir mal, y probablemente saldría mal, pero, por alguna razón, no era así. Y luego estaban las otras veces.

Tal vez Juliet estuviera de mal humor porque se había pasado otra noche sin dormir, pese a que no podía permitirse perder ni un minuto de sueño. Pero, aunque hubiera estado descansada y de buen humor, el calvario que pasaron en los grandes almacenes Gallegher habría bastado para que se sulfurara.

Primero, Carlo insistió en acompañarla dos horas antes de lo necesario. A Juliet no le apetecía pasar las dos primeras horas de lo que sin duda sería un día largo y ajetreado con un chef egocéntrico, prepotente y pagado de sí mismo, que además parecía recién llegado de un viaje de dos semanas a la Riviera. Estaba claro

que él no necesitaba pegar ojo, pensó Juliet durante el veloz y húmedo trayecto en taxi desde el hotel al centro comercial.

Pese a lo que se empeñara en decir la oficina de turismo sobre la soleada California, estaba lloviendo: caían unas gotas gordas e insistentes que de inmediato desbarataron el peinado de Juliet, al que de todos modos sólo había dedicado un par de minutos.

Dispuesto a disfrutar del trayecto, Carlo se puso a mirar por la ventanilla. Le gustaba cómo caía la lluvia en los charcos. No le importaba haber oído cómo empezaba a llover esa mañana, justo pasadas las cuatro.

—Es un sonido bonito —decidió—. Hace que las cosas parezcan más apacibles, más... sutiles, ¿no crees?

Apartándose de su ventanilla, empañada por la lluvia, Juliet se volvió hacia él.

—¿Qué?

—La lluvia —Carlo notó que tenía los ojos un poco hundidos. Bien. A ella también la había afectado—. La lluvia cambia la apariencia de las cosas.

Por lo general, Juliet habría estado de acuerdo. Nunca le importaba correr hasta el metro en medio de una tormenta o pasearse por la Quinta Avenida cuando chispeaba. Pero ese día se consideraba en su derecho a mirar las cosas por el lado malo.

—Puede que esto haga descender la asistencia a tu pequeña demostración en un diez por ciento.

—¿Y qué? —él se encogió de hombros con indiferencia mientras el taxista entraba en el aparcamiento del centro comercial.

—Carlo, el propósito de todo esto es que te vean.

El le dio una palmadita en la mano.

—Tú siempre pensando en números. Deberías estar pensando en mi pasta con pesto. Dentro de unas horas, es lo que hará todo el mundo.

—Yo no pienso en la comida como tú —masculló ella. Todavía la asombraba que Carlo hubiera preparado con todo cuidado los primeros linguini a las seis de la mañana, y luego, dos horas más tarde, lo hubiera hecho de nuevo ante las cámaras. Ambos platos habían sido un exquisito ejemplo de la más refinada cocina italiana. Él daba la impresión de ser más bien una estrella de cine de vacaciones que un chef en plena faena, que era precisamente la imagen que Juliet quería proyectar. Su aparición en el programa matinal había resultado perfecta. Pero ello sólo sirvió para que Juliet contemplara con mayor pesimismo el resto del día—. Cuesta pensar en comida con esta agenda.

—Eso es porque no comiste nada esta mañana.

—Yo no tomo linguini para desayunar.

—Mis linguini pueden tomarse a cualquier hora.

Juliet dejó escapar un suave bufido al salir del taxi y encontrarse con la lluvia. Aunque corrió hacia las puertas, Carlo consiguió adelantarse y le abrió una.

—Gracias —una vez dentro, Juliet se pasó una mano por el pelo y se preguntó cuánto tardaría en poder tomarse un café—. No tienes que hacer nada hasta dentro de dos horas.

—Pues daré una vuelta —con las manos en los bolsillos, Carlo miró a su alrededor. Por pura casualidad, habían entrado directamente al departamento de lencería—. Los centros comerciales de este país me parecen fascinantes.

—No lo dudo —dijo ella secamente mientras Carlo tocaba el borde de encaje de una combinación diminuta—. Puedes subir conmigo primero, si quieres.

—No, no —una vendedora cuya cara merecía una segunda mirada colocó dos camisones en una percha y le sonrió de oreja a oreja—. Creo que voy a dar una vuelta, a ver qué pueden ofrecer vuestras tiendas —él le devolvió la sonrisa—. Por ahora, estoy encantado.

Ella observó el intercambio de miradas y procuró no rechinar los dientes.

—Está bien. Pero acuérdate de...

—Estar en la tercera planta a las once cuarenta y cinco —concluyó él. Besó la frente a Juliet amistosamente. Ella se preguntó por qué podía besarla corno si fuera su primo y hacer que se sintiera como si fuera su amante—. Créeme, Juliet, nada de lo que me dices se me olvida —tomó su mano y le pasó el pulgar por los nudillos. Aquella, definitivamente, no era la caricia de un primo—. Te compraré un regalo.

—No es necesario.

—Será un placer. Las cosas necesarias rara vez son un placer.

Juliet desembarazó su mano, intentando no pararse a pensar en los placeres que Carlo podía ofrecerle. —Por favor, no te retrases, Carlo. —Yo, mi amore, soy como un reloj. «Apuesto a que sí», pensó ella mientras se dirigía hacia las escaleras mecánicas. Se habría jugado el sueldo de una semana a que ya estaba flirteando con la dependiente.

Juliet sólo tardó diez minutos en olvidarse de los coqueteos de Carlo. La pequeña asistente de voz chillona seguía al mando, pues su jefe continuaba su batalla contra la gripe. Era joven y bonita como una jefa de animadoras, e igual de atolondrada.

—Elise —comenzó Juliet, pues todavía era lo bastante temprano como para que conservara cierto optimismo—, el señor Franconi va a necesitar una zona de trabajo en el departamento de cocina. ¿Está todo preparado?

—Oh, sí —Elise le lanzó a Juliet una sonrisa dientuda y jovial—. Voy a traer una mesa plegable monísima del departamento de deportes.

La diplomacia, se recordó Juliet, era una de las reglas esenciales de una relaciones públicas.

—Me temo que vamos a necesitar algo un poco más sólido. Tal vez una de esas isletas, donde el señor Franconi pueda preparar el plato y al mismo tiempo mirar al público. Tu jefe y yo ya lo habíamos hablado.

—Ah, ¿se refería a eso? —Elise pareció quedarse en blanco un momento, y luego se iluminó. Juliet empezó a echar pestes de la dorada California—. Bueno, ¿por qué no?

—Por qué no —convino Juliet—. El señor Franconi va a intentar preparar un plato lo más sencillo posible. ¿Tienes la lista de los ingredientes?

—Oh, sí. Tiene una pinta buenísima. Yo soy vegetariana, ¿sabes?

Cómo no, pensó Juliet. Seguramente lo más que comía era un yogur.

—Elise, lamento meterte prisa, pero el escenario tiene que estar montado cuanto antes.

—Oh, claro —Elise le lanzó de nuevo su sonrisa dientuda—. ¿Qué quieres saber?

Juliet rezó una plegaria para sus adentros.

—¿Qué tal se encuentra el señor Francis? —preguntó, pensando en el equilibrado hombre de negocios con el que había tratado anteriormente.

—Fatal —Elise se echó hacia atrás el pelo liso, de color rubio California—. No vendrá en toda la semana.

Por aquel lado no encontraría ayuda. Resignándose a lo inevitable, Juliet le dirigió a Elise una mirada fija y seria.

—Está bien, ¿qué tienes hasta ahora?

—Bueno, hemos traído una batidora nueva y unos cuencos preciosos del departamento de utensilios para el hogar.

Juliet estuvo a punto de relajarse.

—Eso está muy bien. ¿Y la cocina?

Elise sonrió.

—¿Qué cocina?

—La que necesita el señor Franconi para hacer los es—paguetis. Está en la lista.

—Ah. Para eso se necesitaría electricidad, ¿verdad?

—Sí Juliet cruzó las manos para que no se le crisparan—. En efecto. Y para la batidora, también.

—Creo que será mejor que hable con los de mantenimiento.

—Sí, supongo que será lo mejor —diplomacia, tacto, se dijo Juliet, a pesar de que tenía ganas de estrangular a Elise—. Creo que voy a pasarme por la exposición de cocinas, a ver si hay alguna que nos venga bien.

—Genial. Seguramente el señor Franconi querrá hacer allí la entrevista.

Juliet había dado dos pasos cuando se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Entrevista? ¿Qué entrevista?

—Con la especialista en cocina del Sun. Estará aquí a las once y media.

Intentando controlarse, Juliet sacó su agenda. La revisó rápidamente, a pesar de que se la sabía de memoria.

—Yo aquí no tengo nada apuntado.

—Es que surgió en el último minuto. Llamé a vuestro hotel a las nueve, pero ya os habíais ido.

—Entiendo —¿tenía sentido esperar que Elise llamara al estudio de televisión y dejara un mensaje? Juliet miró su sonrisa. No, seguramente no. Resignada, miró su reloj. Podía tenerlo todo preparado a tiempo si se daba prisa—. ¿Desde dónde puedo llamar a la dirección del centro?

—Oh, puedes llamar desde mi despacho. ¿Puedo hacer algo?

Juliet se lo pensó y descartó varias posibilidades, ninguna de ellas amable.

—Me gustaría tomar un café, con dos azucarillos.

Se arremangó y se puso a trabajar. A las once, la isleta y los ingredientes que Carlo había especificado estaban cuidadosamente colocados. Sólo le había costado una llamada, y cierta sutileza, conseguir dos centros florales en una tienda del centro comercial. Estaba tomándose el tercer café y pensando en el cuarto cuando Carlo apareció paseando.

—Menos mal —Juliet apuró el café—. Pensaba que iba a tener que mandar una partida de búsqueda.

—¿Una partida de búsqueda? —él empezó a curiosear distraídamente por el set de cocina—. He venido en cuanto he oído el aviso por megafonía.

—Te han llamado cinco veces por megafonía en la última hora.

—¿Ah, sí? —él sonrió, mirándola. El pelo empezaba a salirse del moño. Él, en cambio, parecía recién salido de una portada del *Gentlemen's Quarterly*—. Acabo de oírlo. Claro, que llevaba un rato en una tienda de discos fantástica. Unos altavoces... Cuadrofónicos.

—Qué bien —Juliet se pasó una mano por el pelo revuelto.

—¿Hay algún problema?

—Sí, su nombre es Elise. He estado a punto de matarla media docena de veces. Si vuelve a sonreírme, puede que lo haga —Juliet hizo un gesto desdeñoso con la mano—. Por lo visto, esto estaba un poco desorganizado.

—Pero tú ya te has encargado de todo —Carlo se inclinó para examinar la placa de la cocina—. Excelente.

—Puedes estar contento por disponer de electricidad y no tener que conformarte con tu imaginación —masculló ella—. Tienes una entrevista a las once y media con una crítica gastronómica, Marjorie Ballister, del Sun.

Él se limitó a mover los hombros mientras examinaba la batidora.

— Está bien.

— Si hubiera sabido que venía, habría comprado un ejemplar del periódico para ver cómo escribe. Pero así...

— Eso no importa. Te preocupas demasiado, Juliet.

A Juliet le dieron ganas de besarlo. Sólo como señal de agradecimiento, pero le dieron ganas. Considerándolo una imprudencia, prefirió sonreírle.

— Te agradezco mucho tu actitud, Carlo. Después de una hora tratando con ineptos, locos y pelmazos, es un alivio tener a alguien que se tome las cosas con calma.

— Franconi siempre se toma las cosas con calma — Juliet empezó a hundirse en la silla para descansar cinco minutos—. ¡Dio! ¿Qué broma es ésta? —ella se levantó de un salto y miró la latita que Carlo sostenía en la mano—. ¿Quién pretende sabotear mi pasta?

— ¿Sabotear? —¿había encontrado una bomba en la lata—. ¿De qué estás hablando?

— ¡De esto! —él agitó la lata, enseñándosela—. ¿Cómo llamas tú a esto?

— Es albahaca —comenzó a decir ella un tanto indecisa—. Estaba en la lista.

— ¡Albahaca! —Carlo profirió una sarta de maldiciones en italiano—. ¿Te atreves a llamar albahaca a esto?

Calma, se recordó Juliet.

— Carlo, pone albahaca en la lata.

— En la lata —él pronunció una palabra breve y extemporánea, poniéndole la lata en la mano—. ¿En qué parte de tus cuidadosas notas pone que Franconi utilice alba—haca de bote?

— Sólo dice albahaca —dijo ella entre dientes—. Al—ba—ha—ca.

— Fresca. En tu famosa lista verás que pone «fresca». ¡Accidentil Sólo un farsante usaría albahaca de lata para la pasta con pesto. ¿Te parezco un farsante?

Ella no pensaba decirle lo que le parecía. Más tarde, y en privado, tal vez admitiría que estaba espectacular cuando se enfadaba.

— Carlo, sé que las cosas no son tan perfectas como nos gustaría, pero...

— Yo no necesito cosas perfectas —replicó él—. Puedo cocinar encima de una pocilga, si hace falta, pero no sin los ingredientes adecuados.

Ella se tragó con cierta dificultad su orgullo, su furia y su opinión. Sólo quedaban quince minutos para la entrevista.

— Lo siento, Carlo. Si pudiéramos pasar esto por alto...

—¿Pasarlo por alto? —escupió él, y Juliet comprendió que había perdido la batalla—. ¿Le pedirías a Picasso que pasara algo por alto mientras pintaba un cuadro?

Juliet se guardó la lata en el bolsillo.

—¿Cuánta albahaca fresca necesitas?

—Tres libras.

—La tendrás. ¿Algo más?

—Un mortero de mármol.

Juliet miró su reloj. Tenía cuarenta y cinco minutos.

—Está bien. Si tú haces la entrevista aquí mismo, yo me encargo de esto. Así estaremos listos para la demostración a las doce en punto —rezó un instante para que hubiera alguna tienda de gourmets en veinte kilómetros a la redonda—. Recuerda mencionar el título del libro y la siguiente parada de la gira. En Portland pasaremos por otro Gallegher's. Ten —hurgando en su bolso, sacó una fotografía—. Dale esta foto promocional, por si no vuelvo a tiempo. Elise no dijo nada de un fotógrafo —volvió a hurgar en el bolso—. Toma también un ejemplar del libro. La periodista puede quedárselo, si es necesario.

—Yo me encargo de la periodista —le dijo Carlo con calma—. Tú ocúpate de la albahaca.

A Juliet le pareció que estaba de suerte cuando, a la tercera llamada, encontró una tienda que tenía lo que buscaba. La frenética carrera hasta la tienda no mejoró su humor, ni tampoco el precio del mortero de mármol. Al volver a mirar el reloj, recordó que no tenía tiempo para montar en cólera. Llevando lo que consideraba excentricidades de Carlo, regresó corriendo al taxi que la esperaba.

A las doce menos diez en punto, Juliet subió chorreando al tercer piso de los grandes almacenes Gallegher's. Lo primero que vio fue a Carlo recostado en una cómoda tumbona de mimbre, riéndose junto a una mujer de mediana edad, regordeta y bonita, provista de cuaderno y bolígrafo. Él estaba deslumbrante, alegre y, sobre todo, seco.

—Ah, Juliet —Carlo se levantó alegremente al verla acercarse a la mesa—. Tienes que conocer a Marjorie. Dice que ha probado mi pasta en mi restaurante de Roma.

—Me encantó cada bocado. ¿Qué tal estás? Tú debes de ser Juliet Trent. Carlo cuenta maravillas de ti.

¿Maravillas? No, no se sentiría halagada. Sin embargo, dejó la bolsa sobre la mesa y le tendió la mano a la mujer.

—Encantada de conocerte. Espero que puedas quedarte a la demostración.

—No me la perdería por nada del mundo —Marjorie le guiñó un ojo a Carlo—. No todos los días se prueba un plato de pasta Franconi.

Juliet sintió una leve oleada de alivio. Tal vez pudiera salvarse algo del desastre. A menos que estuviera muy equivocada, Carlo iba tener una crítica excelente.

El ya estaba sacando el paquetito de albahaca de la bolsa.

—Perfecto —dijo tras olfatearlo—. Sí, sí, excelente —comprobó el peso del almirez y su medida—. Como verás, se está reuniendo una multitud frente a nuestro pequeño escenario —le dijo tranquilamente a Juliet—. Así que, nos hemos venido a hablar aquí. Sabíamos que nos verías en cuanto salieras del ascensor.

—Muy bien —los dos parecían arreglárselas muy bien, pensó Juliet. Era mejor darse por satisfecha con eso. Echando un rápido vistazo, vio que Elise estaba pegando la hebra con un grupito de gente. Tan tranquila, pensó Juliet con acritud. En fin, a eso también se había resignado. Cinco minutos en el aseo para acicalarse un poco, calculó, y lo tendría todo bajo control. —¿Tienes todo lo que necesitas, Carlo? Él advirtió su tono irritado y la agarró de la mano, sonriendo.

—Sí, grazie, cara mia. Eres maravillosa. Tal vez Juliet habría preferido gruñir, pero le devolvió la sonrisa.

—Sólo hago mi trabajo. Tienes unos minutos antes de que empecemos. Si me perdonáis, voy a ocuparme de unas cosúlas y ahora vuelvo.

Juliet mantuvo un paso vivo y enérgico hasta que se perdió de vista. Entonces se escabulló en el aseo y sacó el cepillo según entraba.

—¿Qué te decía yo? —Carlo sujetó el paquete de alba—haca en la mano para ver cuánto pesaba—. Es fantástica. —Y bastante bonita —dijo Marjorie—. Aunque esté empapada y cabreada.

Riendo, Carlo se inclinó hacia delante y tomó las manos de Marjorie.

—Eres muy intuitiva. Sabía que ibas a gustarme. Ella dejó escapar una risa breve y seca y, por un instante, se sintió veinte años más joven. Y veinte kilos más flaca.

—Una última pregunta, Carlo, antes de que tu fantástica señorita Trent se te lleve a rastras. ¿Todavía estás dispuesto a viajar a El Cairo o a Cannes para prepararle alguno de tus platos a un cliente exigente a cambio de unos honorarios exorbitantes?

—Antes, ése era el pan de cada día —él se quedó callado un momento, pensando en los primeros años de éxito. Había hecho locos viajes llenos de glamour a este o aquel país para preparar unos fetuchini para un príncipe o unos canelones para un magnate. Había sido una época embriagadora, espectacular. Pero luego había abierto su restaurante y había comprendido que la sólida continuidad de su propio negocio era mucho más satisfactoria que el destello fugaz de un solo plato.

—De vez en cuando hago algún viaje. Hace dos meses fue el cumpleaños del conde Lequine. Es un cliente de siempre, un viejo amigo, y le gustan mucho mis espa—guetis. Pero el restaurante me da más satisfacciones —le lanzó a la periodista una mirada inquisitiva, como si acabara de ocurrírsele una idea—. Puede que esté sentando la cabeza.

—Pues es una lástima que no hayas decidido sentarla en Estados Unidos — ella cerró su cuaderno—. Te garantizo que, si abrieras un Franconi's aquí, en San Diego, vendría gente de todo el país.

Él tomó la idea, la sopesó como había hecho con la albahaca, y la puso en un rincón de su mente.

—Una idea interesante.

—Y una entrevista fascinante. Gracias —Carlo se levantó y la tomó de la mano, lo cual encantó a Marjorie, que, aunque feminista declarada, sabía apreciar las buenas maneras y el encanto—. Estoy deseando probar tu pasta. Voy a ver si puedo conseguir un buen sitio. Aquí viene tu señorita Trent.

Marjorie nunca se había considerado particularmente romántica, pero siempre había creído que, donde había humo, había fuego. Observó el modo en que Carlo giraba la cabeza y se fijó en cómo cambiaba su mirada y en cómo se ladeaba levemente su boca. Sí, había fuego, pensó.

Entre el secador de manos y el cepillo, Juliet había conseguido hacer algo con su pelo. Un toque aquí, una pincelada allá, y su maquillaje estaba de nuevo en plena forma. Con el chubasquero colgado del brazo, tenía un aspecto competente y serio. Estaba dispuesta a admitir que había tomado demasiadas tazas de café.

—¿Ha ido bien la entrevista?

—Sí —Carlo notó que se había tomado la molestia de ponerse una pizca de perfume—. Perfectamente.

—Bien. Luego me lo cuentas. Será mejor que empecemos.

—Dentro de un momento —Carlo se metió la mano en el bolsillo—. Te dije que iba a comprarte un regalo.

Juliet intentó ignorar el cosquilleo de emoción que sintió. Sólo eran los nervios del café, se dijo.

—Te dije que no me compraras nada, Carlo. No tenemos tiempo...

—Siempre hay tiempo —él abrió la cajita y sacó un pequeño corazón de oro atravesado por una flecha de diamantes.

—Oh, yo... —Juliet se había quedado sin habla—. Carlo, de verdad, no puedes...

—A Franconi, nunca le digas que no puede hacer algo —murmuró él, y empezó a ponerle el broche en la solapa. Lo hizo suavemente, sin dificultad. A fin de cuentas, estaba acostumbrado a los hábitos femeninos—. A mí me parece muy delicado, y muy elegante. Así que va bien contigo —entornando los ojos, se echó hacia atrás y asintió—. Sí, estaba seguro de ello.

Resultaba imposible recordar la búsqueda frenética de la albahaca fresca teniéndolo allí delante, sonriendo. Llevada por un impulso, Juliet alzó la mano y pasó un dedo por el broche.

– Es precioso – sus labios se curvaron dulcemente, como hacían raras veces –
. Gracias.

Carlo había perdido la cuenta de los regalos que había hecho y apenas recordaba los diferentes estilos de gratitud que había recibido a cambio. Sin embargo, estaba seguro de que no olvidaría la expresión de Juliet en ese instante.

– Prego.

– Ejem, señorita Trent...

Juliet giró la cabeza y vio que Elise la estaba mirando. Apretó la mandíbula.

– Sí, Elise. Aún no conoces al señor Franconi.

– Elise me dijo dónde podía encontrarte cuando oí el anuncio por megafonía – dijo Carlo tranquilamente.

– Sí – Elise le lanzó su sonrisa característica –. Su libro de cocina es una pasada, señor Franconi. Todo el mundo se muere de ganas por verlo cocinar – abrió un pequeño cuaderno con margaritas en la portada –. He pensado que podía deletrearle el nombre del plato para que pueda decirlo cuando lo presente.

– Elise, yo lo tengo todo – dijo Juliet amablemente mientras la empujaba con firmeza hacia la puerta –. ¿Por qué no anuncias simplemente al señor Franconi?

– Estupendo – ella sonrió, radiante –. Así será mucho más fácil.

– Ya podemos empezar, Carlo. Tú ponte ahí, detrás de esos mostradores. Yo voy a presentarte – sin esperar respuesta, Juliet recogió la albahaca y el almirez y se acercó a la zona que había preparado. Lo dejó todo sobre la mesa y se volvió hacia el público con naturalidad. Trescientas personas, calculó. Quizá más. No estaba mal para un día de lluvia.

– Buenas tardes – su voz era agradable y bien entonada. No hacía falta micrófono en un espacio tan pequeño –. Quiero darles las gracias por su presencia, y agradecer a los grandes almacenes Gallegher s el habernos ofrecido un escenario tan encantador para la demostración.

A unos pasos de distancia, Carlo se apoyó sobre un mostrador y se puso a observarla. Estaba fantástica. Nadie habría adivinado que llevaba en pie desde el amanecer.

– A todos nos gusta comer – se oyeron unas cuantas risas, como Juliet esperaba –. Pero un experto me ha dicho que comer es algo más que una necesidad básica, es toda una experiencia. No a todos nos gusta cocinar, pero el mismo experto me ha dicho que la cocina es al mismo tiempo arte y magia. Esta tarde, ese experto, Carlo Franconi, compartirá con ustedes su arte, su magia y su experiencia preparando su famosa pasta con pesto.

Juliet empezó a aplaudir, y al instante la sala rompió en aplausos. Cuando Carlo salió, ella se retiró. Él se apoderó del centro del escenario en cuanto salió.

– Es un hombre afortunado – comenzó – el que tiene la oportunidad de cocinar para tantas mujeres hermosas. ¿Alguna de ustedes tiene marido? – se oyeron

algunas risitas y se alzaron algunas manos—. Ah, bien —se encogió de hombros—. Entonces, tendré que contentarme con cocinar.

Juliet sabía que Carlo había elegido aquel plato en concreto porque se tardaba poco tiempo en hacerlo. Al cabo de cinco minutos, se convenció de que ni una sola persona del público se habría movido aunque él hubiera elegido algo que llevara horas preparar.

Sus manos eran tan hábiles y precisas como las de un cirujano. Su lengua, tan suelta como la de un político. Mientras lo veía medir, cortar, saltear y mezclar, Juliet se descubrió tan enfrascada y entretenida como si estuviera viendo una película excelente.

Una mujer se atrevió a hacer una pregunta. Aquello rompió el hielo y a la primera pregunta siguieron muchas otras. Juliet no tenía que preocuparse porque el ruido y las conversaciones molestaran a Carlo. Saltaba a la vista que le gustaba interactuar con el público. Juliet comprendió que no estaba haciendo sencillamente su trabajo, o cumpliendo con una obligación. Estaba disfrutando.

Carlo llamó a una señora al escenario y comentó en broma que los grandes chefs no sólo necesitaban inspiración, sino también ayuda. Le dijo a la mujer que moviera los espaguetis, le enseñó cómo debía hacerlo con muchos aspavientos, poniendo la mano sobre la de ella, y sin duda vendió otros diez libros allí mismo.

Juliet se vio obligada a sonreír. Carlo lo había hecho por diversión, no por vender. Era muy divertido, pensó, aunque se tomara demasiado a pecho la albahaca. En realidad, era un cielo. Juliet empezó a jugar inconscientemente con el broche de oro y diamantes que llevaba en la solapa. Sumamente considerado y exigente. Sencillamente, extraordinario.

Mientras lo miraba reírse con el público, algo empezó a fundirse dentro de ella. Suspiró, soñando. Había ciertos hombres que la incitaban a una a soñar.

Una mujer sentada cerca de ella se inclinó hacia su acompañante.

—Cielo santo, es el hombre más sexy que he visto nunca. Podría tener a una docena de amantes haciendo cola pacientemente.

Juliet volvió en sí y dejó caer la mano. Si empezaba a creerse la mitad de las cosas que él le decía, ella misma se pondría a la cola, a esperar pacientemente. Aquella sola idea bastó para impedir que siguiera derriéndose. Ella no tenía hueco en la agenda para esperar.

Después de que desapareciera hasta el último bocado de pasta y de hablar con todas sus fans, Carlo se permitió pensar en el placer de sentarse con una copa de vino fresco. Juliet ya había recogido su chaqueta.

—Buen trabajo, Carlo —ella lo ayudó a ponerse la chaqueta—. Puedes marcharte de California con la satisfacción de saber que has tenido un éxito aplastante.

El le quitó el chubasquero cuando Juliet se disponía a ponérselo.

—Al aeropuerto.

Ella sonrió, comprendiendo.

— Recogeremos las maletas en el hotel de camino. Míralo de este modo: podrás pasarte durmiendo todo el vuelo a Portland, si quieres.

Dado que la idea tenía cierto atractivo, Carlo decidió cooperar. Bajaron a la primera planta y salieron por la puerta oeste, donde Juliet le había dicho al taxi que esperara. Ella dejó escapar un suspiro de alivio al ver que estaba allí.

— ¿Llegamos a Portland temprano?

— A las siete —la lluvia se estrellaba contra el parabrisas del taxi. Juliet intentó relajarse. Todos los días despegaban aviones con lluvia—. Tienes que salir en Gente interesante, pero eso no será hasta las nueve y media, lo cual significa que podemos desayunar a una hora civilizada y repasar la agenda.

Juliet revisó rápidamente su lista de San Diego y notó que habían cumplido todos los planes. Le dio tiempo a echarle un vistazo a la agenda de Portland antes de que el taxi parara delante del hotel.

— Esperad aquí —les ordenó al conductor y a Carlo. Salió corriendo del coche y logró que las maletas estuvieran metidas en el maletero en menos de siete minutos. Carlo se dio cuenta porque le gustaba cronometrarla.

— Tú también puedes dormir todo el viaje a Portland.

Ella se acomodó a su lado otra vez.

— No, tengo cosas que hacer. Lo mejor de los aviones es que puedo fingir que estoy en mi despacho y olvidarme de que estoy a cuatro mil pies del suelo.

— No sabía que te diera miedo volar.

— Sólo cuando estoy en el aire —Juliet se recostó en el asiento y cerró los ojos, intentando relajarse un momento. En cuanto se descuidó, la despertó un beso.

Desorientada, suspiró y rodeó el cuello de Carlo con los brazos. Era calmante, y tan dulce... Y entonces el fuego comenzó a alzarse.

— Cara... —Juliet lo había sorprendido, causándole una nueva oleada de placer—. Qué pena que te hayas despertado.

— ¿Hmm? —cuando ella abrió los ojos, la cara de Carlo estaba muy cerca. La boca de ella aún estaba caliente, su corazón seguía palpitando. Ella se apartó bruscamente y empezó a luchar con el manillar de la puerta—. Eso no era necesario.

— Tienes razón —Carlo salió a la lluvia—. Pero ha sido revelador. Ya he pagado al conductor, Juliet —continuó él al ver que ella empezaba a hurgar en el bolso—. El equipaje está facturado. Embarcamos por la puerta cinco —tomándola del brazo y agarrando con la otra mano su pesado maletín, Carlo la condujo al interior de la terminal.

— No tenías por qué encargarte de todo eso —ella habría retirado el brazo si hubiera podido. O si hubiera querido—. Mi labor consiste en...

— Promocionar mi libro —concluyó él tranquilamente—. Si eso hace que te sientas mejor, te diré que, cuando viajaba con tu predecesor, hacía lo mismo.

Juliet se sintió un poco tonta.

– Te lo agradezco, Carlo. No es que me moleste que me eches una mano, es que no estoy acostumbrada. Te sorprendería lo descuidados y desatentos que son algunos escritores cuando salen de gira.

– Y a ti te sorprendería lo irascibles y antipáticos que son algunos chefs.

Ella pensó en la albahaca y sonrió.

– ¡No me digas!

– Oh, sí – aunque le había leído el pensamiento perfectamente, su tono siguió siendo grave –. Siempre están gruñendo, dando voces o tirando cosas. Por su culpa, todos tenemos mala fama. Ahí está la puerta de embarque. Ojalá tuvieran un burdeos decente.

Juliet sofocó un bostezo mientras lo seguía.

– Necesito mi billete, Carlo.

– Lo tengo yo – Carlo pasó a toda prisa junto a la azafata y empujó suavemente a Juliet hacia delante –. ¿Prefieres la ventanilla o el pasillo?

– Necesito mi billete para saber qué me ha tocado.

– Tenemos el 2A y el 2B. Elige tú.

Alguien pasó junto a Juliet y le dio un empujón. De pronto, tuvo la sensación de haber vivido ya aquella situación.

– Carlo, yo voy en clase turista, así que...

– No, tu billete ha cambiado. Quédate tú con la ventanilla.

Antes de que ella pudiera decir nada, Carlo la empujó hacia el asiento y se sentó a su lado.

– ¿Qué significa que mi billete ha cambiado? Carlo, tengo que volver a la parte de atrás antes de que se monte una escena.

– Tu asiento es éste – le dio a Juliet su billete y estiró las piernas –. Dio, qué alivio.

Frunciendo el ceño, Juliet observó el billete: 2A.

– No sé cómo han cometido un error así. Será mejor aclararlo cuanto antes.

– No hay ningún error. Deberías abrocharte el cinturón – le aconsejó él mientras se lo abrochaba él mismo –. He cambiado tus billetes para el resto de los vuelos de la gira.

Juliet echó mano al cinturón que él acababa de abrocharle.

– Pero... pero... no puedes...

– Ya te lo he dicho, nunca le digas a Franconi que no puede hacer algo – él empezó a abrocharse su cinturón –. Tú trabajas tanto como yo. ¿Por qué tienes que viajar en turista?

—Porque a mí me pagan por trabajar. Carlo, déjame salir para que pueda aclarar esto antes de que despeguemos.

—No —dijo él con firmeza—. Prefiero tu compañía a la de un desconocido o a un asiento vacío —giró la cabeza; su mirada era igual que su voz—. Quiero que te quedes aquí. No se hable más.

Juliet abrió la boca y volvió a cerrarla. Profesional—mente, se hallaba en terreno resbaladizo en cualquier dirección que se moviera. Se suponía que debía encargarse de las necesidades y los deseos de Carlo, dentro de un orden. Personalmente, había contado con que, al menos durante el viaje, la distancia le permitiera mantener el equilibrio.

Sabía que él intentaba ser amable. Considerado. Pero también se estaba poniendo pesado. Siempre había un modo diplomático de manejar esas cosas. Le lanzó una sonrisa paciente.

—Carlo...

El la detuvo acercando sencillamente su boca a la de ella, suave e irresistiblemente. La sujetó un momento, con una mano en la mejilla y otra sobre los dedos de Juliet, que se habían quedado paralizados sobre su regazo. Ella sintió que el suelo se movía y que la cabeza le daba vueltas.

«Estamos despegando», pensó vagamente, pero sabía que el avión no se había movido del suelo.

La lengua de Carlo rozó la suya provocativamente. Tras pasarle una mano por el pelo, Carlo se recostó en el asiento.

—Ahora, vuelve a dormirte un rato —dijo—. Éste no es el lugar que yo elegiría para seducirte.

A veces, pensó Juliet, el silencio era la mejor táctica diplomática. Sin decir palabra, cerró los ojos y se quedó dormida.

Capítulo V

Colorado, las Rocosas, Pike's Peak, ruinas indias, álamos temblones y arroyos veloces. Sonaba precioso, excitante. Pero una habitación de hotel no dejaba de ser una habitación de hotel.

En el estado de Washington habían estado muy ocupados. Durante la mayor parte de su estancia de tres días, Juliet no había parado ni un momento. Pero los medios se habían portado de maravilla. Su agenda estaba tan llena que el jefe de Juliet, desde Nueva York, debía de estar haciendo el pino de alegría. El informe de Juliet sobre su gira por la costa sería el sueño de cualquier relaciones públicas. Luego le había tocado el turno a Denver.

La cobertura mediática que había logrado movilizar allí apenas justificaba el precio del billete de avión. Un programa de entrevistas a las siete de la mañana, una

hora intempestiva, y un miserable artículo en la sección gastronómica de un periódico local. Ni una sola emisora de radio, ni una sola cadena de televisión en la firma de libros, ni un solo periodista que hubiera confirmado su presencia. Un chasco.

Eran las seis de la mañana cuando Juliet oyó que llamaban. Al mirar por la mirilla, vio a Carlo. Él le sonrió y se puso a bizquear. Juliet se limitó a refunfuñar un poco mientras abría la puerta.

—Llegas pronto —dijo, y entonces advirtió el aroma tentador del café. Al mirar hacia abajo, vio que él llevaba una bandeja con una pequeña cafetera, tazas y cucharillas—. Café —murmuró ella, casi como una plegaria.

—Sí —él asintió con la cabeza mientras entraba en la habitación—. Pensé que ya estarías lista, aunque el servicio de habitaciones no lo esté —se acercó a una mesa, advirtió que la habitación cabía en un rincón de su suite y dejó la bandeja—. Así que tendremos que apañárnoslas nosotros solos.

—Bendito seas —dijo ella con tanto entusiasmo que Carlo sonrió de nuevo mientras ella cruzaba la habitación—. ¿Cómo te las has arreglado? El servicio de habitaciones no abre hasta dentro de media hora.

—Hay una cocinita en mi suite. Un poco primitiva, pero suficiente para hacer café.

Ella probó el primer sorbo, caliente y fuerte, y cerró los ojos.

—Está buenísimo. Realmente buenísimo.

—Naturalmente. Lo he hecho yo.

Ella abrió los ojos de nuevo. No, pensó, no estropearía la gratitud con el sarcasmo. A fin de cuentas, llevaban tres días casi sin discutir.

—Ponte cómodo —sugirió—. Yo enseguida acabo.

Esperando que él se sentara, Juliet tomó su taza y entró en el cuarto de baño para ocuparse de su cara y su pelo. Estaba aplicándose la base de maquillaje cuando Carlo se apoyó en la puerta.

—Mi amore, ¿no te parece poco práctico este arreglo?

Ella intentó no azorarse mientras se aplicaba la base suave y traslúcida.

—¿A qué arreglo te refieres?

—Tú tienes este... armario para los cepillos —dijo Carlo, señalando la habitación—, mientras que yo tengo una suite enorme con dos baños, una cama en la que caben tres y uno de esos sofás que se despliegan.

—Tú eres la estrella —murmuró ella mientras se aplicaba color en las mejillas oblicuamente.

—Le ahorraríamos dinero al editor si compartiéramos la suite.

Ella movió los ojos en el espejo hasta que se encontraron con los de él. Habría jurado que Carlo no pretendía sugerir nada más. Eso, si no lo conociera.

—El editor puede permitírselo —dijo ella con ligereza—.Y a los de contabilidad les viene de perlas cuando llega la hora de pagar impuestos.

Carlo se encogió de hombros mientras bebía un sorbo de su taza. Sabía de antemano cuál iba a ser la respuesta. Naturalmente, habría disfrutado compartiendo su suite con ella por razones obvias, pero, además, le disgustaba que la habitación de Juliet fuera tan inferior a la suya.

—Necesitas un toque más de colorete en la mejilla izquierda —dijo perezosamente, sin advertir la mirada de sorpresa de Juliet. Sí se fijó, en cambio, en la bata de seda verde que, colgada detrás de la puerta, se reflejaba en el espejo. ¿Qué aspecto tendría con ella puesta?, se preguntaba. ¿Y sin ella?

Tras mirarse achicando los ojos, Juliet descubrió que él tenía razón. Tomó de nuevo la brocha y se igualó el colorete.

—Eres muy observador. La mayoría de los hombres no se fijan en esas cosas —ella tomó un lápiz de ojos para pintarse la sombra.

—Yo me fijo en todo, tratándose de una mujer. Eso que estás haciendo ahora te da una mirada muy diferente.

Relajada de nuevo, ella se echó a reír.

—De eso se trata.

—Pero no —Carlo se acercó para mirar por encima de su hombro. Aquella intimidación azarosa resultaba tan natural para él como embarazosa para ella—. Sin maquillaje, tu cara parece más joven, más vulnerable, pero igual de atractiva. Es diferente... —tomó el cepillo de Juliet y se lo pasó por el pelo—. Ni más, ni menos, sólo diferente. Me gustas de las dos formas.

A Juliet le resultaba difícil controlar su pulso. Dejó el lápiz de ojos y probó de nuevo el café. Mejor mostrarse cínica que conmovida, pensó, y le lanzó una fría sonrisa.

—Pareces completamente a tus anchas en el cuarto de baño con una mujer maquillándose.

A él le gustaba la forma en que su pelo se movía cuando lo cepillaba.

—Lo he hecho muchas veces.

La sonrisa de Juliet se hizo más fría.

—No lo dudo.

Él reparó en su tono de voz, pero siguió cepillándole el pelo mientras miraba sus ojos en el espejo.

—Tómalo como quieras, cara, pero recuerda que crecí en una casa con cinco mujeres. Vuestros mejunjes no tienen secretos para mí.

Ella lo había olvidado, tal vez porque había preferido olvidar cualquier cosa relacionada con él que no estuviera directamente relacionada con el libro. Sin embargo, de pronto empezó a hacerse preguntas. ¿Qué opinión de las mujeres tenía

un hombre que había crecido rodeado de ellas? Frunciendo un poco el ceño, tomó el bote de rímel.

— ¿Erais una familia unida?

— Todavía lo somos — contestó él—. Mi madre es viuda y lleva una tienda de ropa en Roma con mucho éxito — era propio de él no mencionar el hecho de que se la había comprado él—. Mis cuatro hermanas viven en un radio de treinta kilómetros. Ya no comparto el cuarto de baño con ellas, pero, por lo demás, ha habido pocos cambios.

Ella se quedó pensando. Aquello sonaba muy tierno y acogedor. Ella no creía poder decir lo mismo de su familia.

— Tu madre debe de estar muy orgullosa de ti.

— Estaría más orgullosa si añadiera a su tribu un nieto.

Ella sonrió. Aquello le sonaba más familiar.

— Sé lo que quieres decir.

— Deberías dejarte el pelo así — le dijo Carlo, dejando el cepillo—. ¿Tú tienes familia?

— Mis padres viven en Pennsylvania.

Él luchó un momento con la geografía.

— Ah, entonces irás a visitarlos cuando pasemos por Filadelfia.

— No — dijo ella secamente mientras cerraba el bote de rímel—. No habrá tiempo para eso.

— Entiendo — y, en efecto, le parecía empezar a comprender—. ¿Tienes hermanos? ¿Hermanas?

— Una hermana — Juliet se dejó el pelo suelto y salió del cuarto de baño en busca de su chaqueta—. Se casó con un médico y tuvo dos hijos, uno de cada sexo, antes de cumplir los veinticinco.

Oh, sí, Carlo empezaba a comprender. Aunque había hablado con ligereza, los hombros de Juliet se habían tensado.

— ¿Es la perfecta esposa del señor doctor?

— En efecto.

— No todos valemos para las mismas cosas.

— Yo, desde luego, no valgo para eso — ella recogió su maletín y su bolso—. Será mejor que nos vayamos. Me dijeron que se tarda un cuarto de hora en llegar al estudio.

Era extraño, pensó Carlo, que la gente creyera siempre que sus heridas íntimas pasaban inadvertidas. De momento, dejaría que Juliet se hiciera la ilusión de que las suyas no se notaban.

Como la señalización era buena y el tráfico poco denso, Juliet se puso al volante del Chevy último modelo que había alquilado. Carlo se prestó a darle indicaciones porque le gustaba el modo atento y hábil con que manejaba el volante.

—Hoy no me has dado la lata con la agenda —dijo él—. Gira a la derecha en ese semáforo.

Juliet miró por el retrovisor, se cambió de carril y giró. Aún no estaba segura de cómo reaccionaría él al saber que apenas tenían compromisos.

—He decidido darte un descanso —dijo alegremente, consciente de que algunos autores se enfadaban cuando sus giras sufrían algún altibajo—. Tienes el programa de esta mañana y luego la firma de libros en la librería El Mundo de los Libros, en el centro de la ciudad.

Carlo aguardó, esperando que ella siguiera. Cuando se volvió hacia Juliet, había alzado una ceja.

—¿Qué más?

—Eso es todo —Juliet notó el tono de disculpa que había empleado mientras se detenía ante un semáforo en rojo—. A veces pasa, Carlo. Sencillamente, no salen los planes. Yo sabía que aquí las cosas iban a estar más tranquilas, pero, además, es que acaban de empezar a rodar una película importante utilizando localizaciones de Denver. Todos los periodistas, los redactores y las unidades móviles van a cubrir el comienzo del rodaje esta tarde. El caso es que nos hemos quedado sin nada.

—¿Sin nada? ¿Quieres decir que no hay programas de radio, ni almuerzos con periodistas, ni cenas de compromiso?

—No, lo lamento. Es que...

—¡Fantástico! —agarrando la cara de Juliet con las dos manos, Carlo la besó con ímpetu—. Averiguaré el título de esa película para ir al estreno.

El pequeño nudo de tensión y culpabilidad se desvaneció.

—No te lo tomes tan a pecho, Carlo.

Él se sentía como si acabaran de darle la libertad bajo fianza.

—¿Pensabas que iba a sentarme mal, Juliet? Dio, pero si llevamos una semana de un lado para otro sin parar.

Ella divisó la torre de televisión y giró a la izquierda.

—Te has portado de maravilla —le dijo. El mejor momento para reconocerlo, decidió, era ése, cuando apenas tenían dos minutos que perder—. No todos los autores con los que he hecho giras han sido tan considerados.

Carlo se quedó sorprendido. Pero le gustaba que las mujeres lo sorprendieran. Agarró un mechón de pelo de Juliet y se lo enroscó en el dedo.

—Entonces, ¿me has perdonado por lo de la albahaca?

Ella sonrió y tuvo que refrenarse para no tocar el corazón que llevaba en la solapa.

– Lo he olvidado por completo.

Carlo la besó en la mejilla con un gesto tan natural y amistoso que Juliet no tuvo nada que objetar.

– Ya me parecía. Tienes un gran corazón, Juliet. Y esas cosas son bellas por sí solas.

Carlo sabía cómo apaciguarla sin ningún esfuerzo. Juliet lo sintió, luchó contra ello y, de momento, decidió rendirse. Dejándose llevar por un impulso raro en ella, le acarició el pelo de la frente.

– Entremos. Tienes que despertar a Denver.

Profesionalmente, a Juliet la falta de compromisos y atención mediática en Denver la horrorizaba. Iba a dejar unos cuantos huecos en blanco muy evidentes en su informe final. Personalmente, estaba encantada.

Conforme al plan previsto, a las ocho estaba ya de vuelta en su habitación. A las ocho y tres minutos se había quitado el traje y se había metido, desnuda y feliz, en la cama todavía revuelta. Durante una hora exacta durmió profundamente y sin sueños que pudiera recordar. A las diez y media, había acabado de hacer sus llamadas telefónicas y se había comido un opíparo desayuno. Tras retocarse el maquillaje, se puso el traje y bajó a encontrarse con Carlo en el vestíbulo.

No debería haberle causado sorpresa alguna que él estuviera en una de las acogedoras salas de descanso acompañado por tres mujeres. No debería haberla puesto de mal humor. Fingiendo que no era así, se acercó tranquilamente. Fue entonces cuando notó que las tres mujeres tenían una figura estupenda. Pero eso tampoco tendría que haberla sorprendido.

– Ah, Juliet – él esbozó una sonrisa encantadora –. Siempre puntual. Señoras... – se volvió para hacerles una reverencia a las tres –. Ha sido un placer.

– Adiós, Carlo – una de ellas le lanzó una mirada que podría haber derretido el bronce –. Recuerda, si alguna vez pasas por Tucson...

– ¿Cómo iba a olvidarlo? – dándole el brazo a Juliet, Carlo se dirigió a la salida –. Juliet, ¿dónde está Tucson?

– ¿Es que nunca te cansas? – preguntó ella.

– ¿De qué?

– De coleccionar mujeres.

Él alzó una ceja mientras abría la puerta del coche del lado del conductor.

– Juliet, se coleccionan cajas de cerillas, no mujeres.

– Pues cualquiera diría que para algunos es lo mismo.

Él le bloqueó el camino antes de que ella pudiera subir al coche.

—El que lo haga es tan estúpido que no merece consideración —rodeó el coche y abrió la puerta antes de que ella dijera nada.

—¿Quiénes eran ésas, por cierto?

Carlo se ajustó el ala del sombrero color ocre que llevaba.

—Unas culturistas. Por lo visto, están de convención.

A Juliet se le escapó la risa.

—Vaya tres.

—Sí, desde luego, pero qué musculatura —su expresión seguía siendo grave cuando se montó en el coche.

Juliet se quedó callada un momento. Luego decidió darse por vencida y se echó a reír. Nunca se había divertido tanto en una gira. Era mejor que lo aceptara.

—Tucson está en Arizona —le dijo, riendo—. Y no está en el itinerario.

Habrían llegado a tiempo a la firma de libros si no se hubieran encontrado con un atasco. Algunas calles estaban cortadas por culpa del rodaje, y los desvíos habían producido un embotellamiento monumental. Juliet se pasó veinte minutos zigzagueando, negociando y maldiciendo hasta que descubrió que lo único que había conseguido era dar una vuelta en círculo.

—Aquí ya hemos estado —dijo Carlo perezosamente, y Juliet le lanzó una mirada furiosa.

—¿No me digas? —preguntó ella dulcemente.

Él se limitó a cambiar de posición las piernas.

—Ésta es una ciudad interesante —comentó—. Creo que, tal vez, si giraras a la derecha en la siguiente esquina y luego a la izquierda dos calles más allá, encontraríamos el camino.

Juliet alisó meticulosamente el papel donde llevaba escritas las indicaciones, aunque hubiera preferido arrugarlo en una bola.

—La recepcionista dijo claramente que...

—Estoy seguro de que es una mujer encantadora, pero hoy parece que esto está un poco liado —a él no lo molestaba especialmente. El ruido de una bocina sobresaltó a Juliet. Divertido, Carlo se limitó a mirarla—. Siendo de Nueva York, deberías estar acostumbrada a estas cosas. Juliet apretó los dientes.

—Yo nunca conduzco por ciudad.

—Yo sí. Confía en mí, innamorata.

Ni en sueños, pensó ella, pero giró a la derecha. Tardaron casi diez minutos en llegar a las siguientes dos calles, pero, al girar a la izquierda, Juliet se encontró, tal y como había dicho Carlo, en el camino adecuado. Aguardó, resignada, a que él empezara a pavonearse.

— En Roma el tráfico va más rápido — se limitó a decir él.

Juliet se preguntó si alguna vez podría prever sus reacciones. Carlo no montaba en cólera cuando ella lo esperaba, ni se pavoneaba cuando era lo más natural. Suspirando, se dio por vencida.

— En todas partes va más rápido que aquí — Juliet se encontró de pronto en la calle indicada, pero no había aparcamiento. Detuvo el coche en doble fila—. Mira, Carlo, voy a tener que dejarte aquí. Ya llegamos tarde. Buscaré un sitio para aparcar y volveré en cuanto pueda.

— Tú mandas — dijo él alegremente, a pesar de que llevaban tres cuartos de hora en un atasco.

— Si no estoy aquí dentro de una hora, avisa a la policía.

— Yo apuesto por ti.

Juliet esperó hasta que lo vio entrar en la librería y luego se abrió de nuevo paso entre el tráfico. Veinte minutos después, entró en la pequeña y respetable librería. Estaba, advirtió sintiendo un hormigueo en el estómago, demasiado tranquila y vacía. Un dependiente con una corbata a rayas y unos zapatos relucientes se acercó a ella.

— Buenos días, ¿qué desea?

— Soy Juliet Trent, la relaciones públicas del señor Franconi.

— Ah, sí. Por aquí — él se deslizó por la alfombra hasta llegar a un par de anchos peldaños—. El señor Franconi está en el segundo piso. Ha sido mala suerte que el tráfico y el lío que hay montado hayan desanimado a la gente. Naturalmente, nosotros rara vez hacemos estas cosas — le lanzó una sonrisa y se quitó un hilito de la manga de la chaqueta azul—. La última fue... Veamos, en otoño. J. Jonathan Cooper estaba de gira. Seguro que habrá oído usted hablar de él. Escribió La fuerza metafísica y tú.

Juliet refrenó un suspiro. Cuando se está en dique seco, lo mejor es esperar a que suba la marea.

Divisó a Carlo en una pequeña y encantadora sala, sentado en un diván curvo. A su lado había una mujer de unos cuarenta años, provista de un traje discreto y unas bonitas piernas. Tales cosas solían merecer un segundo vistazo. Pero, para sorpresa de Juliet, Carlo no estaba ocupado intentado seducirla. Estaba enfrascado escuchando a un chico sentado frente a él.

— He trabajado allí, en las cocinas, los tres últimos veranos. No me dejan preparar nada, pero puedo mirar. En casa, cocino siempre que puedo, pero, con la escuela y el trabajo, sólo puedo hacerlo los fines de semana.

— ¿Por qué?

El chico pareció quedarse en blanco.

— ¿Por qué qué?

—¿Por qué cocinas? —preguntó Carlo. Saludó a Juliet inclinando la cabeza y volvió a fijar su atención en el muchacho.

—Porque... —el chico miró a su madre y volvió a mirar a Carlo—. Pues porque es importante para mí. Me gusta tomar las cosas y mezclarlas. Hay que concentrarse, ¿sabe?, y tener mucho cuidado. Pero se pueden hacer cosas realmente fantásticas. Cosas que tengan buena pinta y huelan de maravilla. Es... no sé —bajó la voz, azorado—. Satisfactorio, supongo.

—Sí —Carlo le sonrió con agrado—. Es una buena respuesta.

—Tengo sus otros dos libros —balbució el chico—. He intentado todas sus recetas. Incluso hice su pasta a los tres quesos para la cena de cumpleaños de mi tía.

—¿Y?

—Les gustó —el chico sonrió—. Quiero decir que les gustó mucho.

—Quieres estudiar.

—Oh, sí —pero el chico se miró las manos, que se frotaba con nerviosismo sobre las rodillas—. Pero ahora mismo no puedo pagarme la universidad, así que espero poder encontrar trabajo en algún restaurante.

—¿En Denver?

—En cualquier sitio donde pueda empezar a cocinar, en vez de fregar platos.

—Ya hemos abusado suficiente de la amabilidad del señor Franconi —la madre del chico se levantó, notando que había ya un puñado de gente merodeando por la segunda planta de la librería, con el libro de Carlo en la mano—. Quiero darle las gracias —le tendió la mano a Carlo cuando él se levantó—. Para Steven significaba mucho hablar con usted.

—Ha sido un placer —Carlo se volvió hacia el chico—. Tal vez puedas darme tu dirección. Conozco a algunos dueños de restaurantes aquí, en Estados Unidos. Quizá uno de ellos necesite un aprendiz de cocinero.

Atónito, Steven se quedó mirándolo fijamente.

—Es usted muy amable —su madre sacó un cuadernito y anotó la dirección. Su pulso era firme, pero, cuando le tendió el papel a Carlo y lo miró, él vio que estaba emocionada. Pensó en su propia madre. Tomó el papel y luego la mano de la mujer.

—Su hijo es muy afortunado, señora Hardesty.

Pensativa, Juliet los vio alejarse, notando que Steven miraba hacia atrás con la misma expresión de asombro.

De modo que Carlo tenía corazón, pensó, conmovida. Un corazón no del todo dedicado al amor. Pero, al ver que Carlo se metía el papel en el bolsillo, se preguntó si volvería a acordarse del chico.

La firma de libros no fue un éxito aplastante. Juliet contó seis libros. Eso ya era bastante malo, pero entonces sucedió «El Incidente».

Mirando la librería casi desierta, Juliet había considerado la posibilidad de salir a la calle con un cartel en la espalda. Pero entonces había llegado una mujercita cargada con los tres libros de Carlo. Lo cual estaba muy bien para el ego, pensó Juliet. Eso fue antes de que la mujer dijera algo que hizo que los ojos de Carlo se helaran y su voz quedara congelada. Lo único que Juliet oyó fue el nombre de LaBare.

—¿Cómo ha dicho, señora? —dijo Carlo en un tono de voz que Juliet nunca le había oído.

—He dicho que tengo sus tres libros en la estantería de mi cocina, justo al lado de los de André LaBare. Me encanta cocinar.

—¿LaBare? —Carlo puso la mano sobre la pila de libros como un padre protector sobre un hijo amenazado—. ¿Se atreve usted a poner mi obra junto a la de ese... patán?

Pensando a toda prisa, Juliet dio un paso adelante y se metió en la conversación. Carlo parecía a punto de cometer un asesinato.

—Oh, veo que tiene usted todos los libros del señor Franconi. Seguro que le encanta la cocina.

—Pues sí, pero...

—Espere a probar sus nuevas recetas. Yo misma he probado la pasta con pesto. Es maravillosa —Juliet comenzó a quitar los libros de la mujer de debajo de la mano de Carlo pero se topó con su resistencia y su mirada tenaz. Ella le lanzó otra y le quitó los libros de un tirón—. A su familia le va a encantar cuando la prepare —continuó Juliet con voz agradable, intentando quitar a la mujer de la línea de fuego—. Y los fetuchini...

—LaBare es un cerdo —la voz de Carlo llegó muy clara hasta las escaleras. La mujer miró hacia atrás con nerviosismo.

—¡Hombres! —susurró Juliet en tono conspirativo—. Son tan vanidosos...

—Sí —recogiendo sus libros, la mujer bajó las escaleras a toda prisa y salió de la tienda. Juliet aguardó a que saliera para abalanzarse sobre Carlo.

—¿Cómo has podido!

—¿Que cómo he podido? —él se levantó y, aunque medía sólo un metro ochenta, de pronto pareció enorme—. ¿Cómo se atreve esa mujer a mencionar ese nombre en mi presencia? ¿Cómo se atreve a asociar el trabajo de un artista con el trabajo de un cretino? LaBare...

—En este momento, me importa un comino quién sea ese LaBare —Juliet le puso una mano sobre el hombro y lo empujó hacia el asiento—. Lo que me importa es que estás asustando a los pocos compradores que han venido. Ahora, compórtate.

Él se quedó sentado únicamente porque le gustó el modo en que Juliet se lo ordenó. Una mujer fascinante, pensó, decidiendo que era preferible pensar en ella que en LaBare. Cualquier cosa era preferible a pensar en LaBare.

La tarde se habría arrastrado interminablemente de no ser por el chico, pensó Carlo, y tocó el papel que llevaba en el bolsillo. Cuando llegara a Filadelfia, llamaría a Summer para hablarle del joven Steven Hardesty. Pero, aparte de Steven y de la mujer que le había hecho subir la presión arterial hablándole de LaBare, Carlo había estado peligrosamente a punto de caer en el aburrimiento. Algo que consideraba peor aún que una enfermedad.

Necesitaba alguna actividad, un desafío..., aunque fuera pequeño. Miró a Juliet, que estaba hablando con el dependiente. Acjuél no era desafío pequeño. Lo único que no había hecho en compañía de Juliet había sido aburrirse. Ella siempre conseguía avivar su interés. ¿Sexualmente? Sí, eso no hacía falta decirlo. Pero también intelectualmente. Lo cual era un gran aliciente.

El entendía a las mujeres. En su opinión, no era cuestión de orgullo, sino de circunstancias. Él disfrutaba de las mujeres. Como amantes, naturalmente, pero también como compañeras, amigas y sodas. Era muy raro encontrar una mujer que pudiera ser todas esas cosas a la vez. Eso era lo que quería de Juliet. Aún no había resuelto la cuestión de cómo conseguirlo, pero lo deseaba. Convencerla para que fuera su amiga sería tan difícil, y tan satisfactorio, como convencerla para que fuera su amante.

No, se dijo mientras observaba su perfil. Con una mujer así, era más fácil entablar una aventura amorosa que una relación de amistad. Él tenía dos semanas para conseguir ambas cosas. Con una sonrisa decidió empezar la campaña en serio.

Media hora después, iban andando por la calle en dirección al aparcamiento donde Juliet había dejado el coche.

—Esta vez, conduzco yo —le dijo Carlo a Juliet cuando entraron en el cavernoso edificio gris del aparcamiento. Al ver que ella se disponía a protestar, él extendió la mano para que le diera las llaves—. Vamos, cariño, acabo de sobrevivir a dos horas de aburrimiento mortal. ¿Por qué vas a ser tú la única que se divierta?

—Si me lo pones así —ella le puso las llaves en la mano, alegrándose de que ya no estuviera enfadado.

—Bueno, entonces, ahora tenemos la tarde libre.

—Sí —con un suspiro, Juliet se recostó en su asiento y esperó a que él encendiera el motor.

—Cenaremos a las siete. Esta noche, la agenda la marco yo—

Una hamburguesa en su habitación, una vieja película y a la cama. Juliet dejó que aquel deseo cruzara fugazmente su cabeza. Su trabajo consistía en mimar y entretener al autor, dentro de un orden.

—Como quieras.

Carlo sacó el coche del hueco del aparcamiento haciendo chirriar los neumáticos. Juliet se incorporó de un salto.

– Voy a tomarte la palabra, cara.

Salió a toda velocidad del garaje y giró a la derecha sin apenas detenerse.

– Carlo...

– Deberíamos tomar champán para celebrar el final de nuestra primera semana. ¿Te gusta el champán?

– Sí, yo... Carlo, el semáforo va a cambiar.

El se saltó el semáforo en ámbar, pasó rozando el parachoques de un coche y siguió adelante.

– Comida italiana. ¿Alguna objeción?

– No –ella se agarró al manillar de la puerta hasta que sus nudillos se pusieron blancos–. ¡El camión!

– Sí, ya lo veo –Carlo esquivó al camión, se saltó otro semáforo y giró a la derecha derrapando–. ¿Tienes planes para esta tarde?

Juliet se llevó una mano a la garganta, preguntándose si sería capaz de articular palabra.

– Estaba pensando en usar el balneario del hotel. Si es que sobrevivo.

– Bien. Yo pienso irme de compras.

Juliet apretó los dientes mientras él cambiaba de carril en medio de un atasco.

– ¿Cómo puedo ponerte en contacto con tu familiar más cercano?

Riendo, Carlo paró delante del hotel.

– No te preocupes, Juliet. Tú vete a la sauna y al ja –cuzzi. Y llama a mi puerta a las siete.

Ella miró hacia la calle. Mimar y entretener al autor, pensó. ¿Incluía eso jugarse la vida? Su jefa habría dicho que sí.

– Tal vez deba ir contigo.

– No, insisto –Carlo se inclinó y la agarró del cuello antes de que a ella le diera tiempo a reaccionar–. Que disfrutes –murmuró suavemente contra sus labios–. Y piensa en mí mientras tu piel se calienta y tus músculos se relajan.

Juliet salió corriendo del coche, despavorida. Antes de que pudiera decirle que condujera con cuidado, él enfiló la calle como un cohete. Ella rezó una plegaria por los maníacos italianos y entró en el hotel.

A las siete, se sentía renacida. Se había librado de la fatiga a base de sudar en la sauna, se había despertado sobresaltada en el jacuzzi y se había dado el gusto de utilizar los servicios del masajista. La vida, pensó mientras se ponía perfume, tenía sus buenos ratos, a fin de cuentas. Durante el vuelo del día siguiente a Dallas podría redactar el borrador de su informe sobre Denver. Esa noche, sólo tenía que

preocuparse de la cena. Tras llevarse una mano al estómago, reconoció que le hacía falta.

Echándose un último vistazo, le dio su aprobación al sencillo vestido color marfil, con el cuello alto y sus diminutos botones de perla. Era muy apropiado, a no ser que Carlo hubiera elegido un puesto de perritos calientes para cenar. Agarrando su bolso de noche, cruzó el pasillo para llamar a la puerta de Carlo. Sólo esperaba que él hubiera elegido un sitio cercano. Lo último que quería era volver a vérselas con el tráfico del centro de Denver.

La primera cosa que notó cuando Carlo abrió la puerta fue que llevaba la camisa arremangada. Era una camisa de algodón amplia, moderna y elegante, pero lo que atrajo la atención de Juliet fue la sorprendente hilera de músculos de sus antebrazos. Saltaba a la vista que Carlo no se limitaba a levantar cucharas y espátulas. Lo segundo que notó Juliet fue un erótico olor a especias y salsa de tomate.

—Preciosa —Carlo la tomó de las manos y tiró de ella hacia el interior de la habitación. Le gustaba su piel suave y blanca, su olor ligero y sutil, la expresión indecisa de sus ojos cuando miró hacia donde el aroma de la comida era más fuerte.

—Una colonia interesante —logró decir ella al cabo de un momento—. Pero ¿no crees que te has pasado un poco?

—Innamorata, la salsa de espaguetis Franconi no se lleva, se absorbe —le besó el dorso de la mano—. Se presiente —le besó la otra—. Se saborea —esta vez, le besó la palma.

Una mujer lista no se dejaba subyugar por un hombre que utilizaba tácticas tan ampulosas, se dijo Juliet, sintiendo que un estremecimiento le subía por el brazo.

—¿Salsa de espaguetis? —apartando las manos, las juntó a la espalda.

—Encontré una tienda maravillosa. Las especias me gustaron mucho. El borgoña era excelente. Italiano, por supuesto.

—Por supuesto —Juliet dio unos pasos hacia el interior de la habitación con cautela—. ¿Te has pasado la tarde cocinando?

—Sí. Por cierto, recuérdame que hable con el dueño del hotel sobre la calidad de la placa de la cocina. Al final, ha ido bastante bien.

Juliet se dijo que no era sensato animarlo teniendo en cuenta que no pensaba comer a solas con él en su habitación. Pero quizá si hubiera sido de piedra habría podido resistirse a la tentación de acercarse a la pequeña cocina. Se le hacía la boca agua.

—Oh, Dios...

Encantado, Carlo deslizó un brazo alrededor de su cintura y la llevó hacia el fogón. La cocinita estaba patas arriba. Juliet nunca había visto tantas cacerolas, fuentes y cucharas embutidas en un fregadero. La encimera estaba manchada y salpicada. Pero el olor... Olía a gloria, pura y simplemente.

—Los sentidos, Juliet. No hay ni una sola persona que no esté gobernada por ellos. Primero, uno capta un olor y empieza a imaginar —sus dedos se movieron

ligeramente sobre la cintura de Juliet—. Casi puede sentir uno un sabor en la lengua con sólo usar la imaginación.

—Hmm —sabiendo que estaba cometiendo un error, ella lo miró alzar la tapa de la cacerola que había sobre el fogón. El olor le hizo cerrar los ojos e inspirar—. Oh, Carlo...

—Luego miramos, y la imaginación va un paso más allá —le apretó ligeramente la cintura hasta que ella abrió los ojos y miró el interior de la cacerola. La salsa, roja y burbujeante, estaba sazonada con especias, pimienta y carne. A Juliet comenzaron a sonarle las tripas.

—Bonito, ¿no?

—Sí —Juliet no se dio cuenta de que su lengua se deslizaba sobre sus labios, ansiosa, pero Carlo sí.

—Y luego oímos —junto a la salsa, una cacerola con agua comenzó a hervir. Carlo midió la pasta a ojo y la echó dentro—. Algunas cosas están hechas para complementarse —comenzó a remover la pasta suavemente—. Están incompletas unas sin otras. Pero cuando se funden... —ajustó la llama—, son un tesoro. La pasta y la salsa. Un hombre y una mujer. Vamos, tienes que tomar un poco de borgoña. El champán es para luego.

Era hora de dejar las cosas claras.

—Carlo, yo no tenía ni idea de que te referías a esto. Pensaba que...

—A mí me gustan las sorpresas —le dio una copa medio llena de vino tinto—. Y me apetecía cocinar para ti.

Ella deseó que no lo hubiera dicho de aquella forma. Deseó que su voz no fuera tan cálida, tan profunda, como sus ojos. Como los sentimientos que hacía brotar dentro de ella.

—Te lo agradezco mucho, Carlo, pero...

—¿Has estado en la sauna?

—Sí. Ahora...

—Te ha relajado. Se te nota.

Ella suspiró, bebiendo un sorbo de vino sin darse cuenta.

—Sí.

—A mí me relaja esto. Esta noche, comemos juntos —hizo chocar su vaso con el de ella—. Los hombres y las mujeres llevan siglos haciéndolo. Forma parte de nuestra civilización.

Ella alzó la barbilla.

—Te estás burlando de mí.

—Sí —asomándose a la nevera, Carlo sacó una bandeja—. Primero tienes que probar mi antipasto. Creo que ya tienes preparado el paladar.

Juliet eligió un pedacito de zucchni.

— Creía que preferías que te sirvieran en un restaurante.

— Sí, de vez en cuando. Hay veces que prefiero un lugar más íntimo — dejó la bandeja. Ella dio un pasito atrás. Interesado, él alzó una ceja—. Juliet, ¿te pongo nerviosa?

Ella se tragó el zucchini.

— No seas absurdo.

— ¿Lo soy? — llevado por un impulso, Carlo dejó su vino y dio otro paso hacia ella. Juliet se encontró con la espalda pegada a la nevera.

— Carlo...

— No, chist. Vamos a hacer un experimento — suavemente, sin dejar de mirarla, le rozó la mejilla con los labios. Notó que ella contenía el aliento y luego exhalaba un suspiro trémulo. Era lógico que estuviera nerviosa. Cuando un hombre y una mujer se sentían atraídos y estaban cerca, siempre había nervios. Sin ellos, la pasión resultaba insípida, como una salsa sin especias.

Pero ¿miedo? ¿Acaso no era miedo lo que veía en los ojos de Juliet? Tan sólo un retazo fugaz. Él sabía cómo enfrentarse a los nervios, cómo sacarles partido. Pero el miedo era cosa distinta. Lo perturbaba, lo dejaba bloqueado y, al mismo tiempo, lo conmovía.

— No voy a hacerte daño, Juliet.

Ella lo miró fijamente, sin vacilar, a pesar de que su mano se había cerrado en un puño.

— ¿De veras?

El la tomó de la mano y se la abrió despacio.

— No. No voy a hacerte daño. Ahora, vamos a comer.

Juliet contuvo un estremecimiento hasta que Carlo se dio la vuelta para remover y escurrir la pasta. Quizá él no le hiciera daño, pensó, y apuró con nerviosismo su vino. Pero tal vez se lo hiciera ella a sí misma.

Mientras veía cómo le daba los últimos toques a la cena, Juliet pensó que Carlo no era en absoluto distinto allí, en aquella cocinita de hotel, a como era delante de las cámaras. Ella ayudó del único modo que se atrevía: puso la mesa.

Sí, era un error, se dijo mientras colocaba los platos. Pero sólo un tonto rechazaría algo que olía como aquella salsa. Y ella no era tonta. Podía controlarse. El instante de miedo que había sentido en la cocina había pasado. Disfrutaría de la cena informal, se bebería un par de copas de aquel vino excelente y luego cruzaría el pasillo y dormiría ocho horas seguidas. El tiovivo continuaría girando al día siguiente.

Eligió un champiñón marinado mientras Carlo llevaba a la mesa la fuente con los espaguetis.

– Eso está mejor – dijo cuando ella le sonrió –. ¿Estás listas para divertirte?

Encogiéndose de hombros, Juliet se sentó.

– Si uno de los mejores chefs del mundo quiere hacerme la cena, ¿por qué iba a quejarme?

– El mejor – puntualizó él, y le indicó que se sirviera. Ella lo hizo, refrenando a duras penas el ansia.

– ¿De verdad te relaja cocinar?

– Depende. A veces me relaja y otras me excita. Pero siempre me satisface. No, no los cortes – sacudiendo la cabeza, él extendió los brazos –. ¡Americanos! Hay que enrollarlos en el tenedor.

– Pero es que se me caen.

– Mira, se hace así – agarrándola por las muñecas, Carlo le enseñó cómo se hacía. Notó que tenía el pulso firme, pero acelerado –. Ahora – dijo, llevando el tenedor hacia su boca –, pruébalo.

Mientras ella probaba los espaguetis, Carlo observó su cara con satisfacción. Las especias estallaron en la lengua de Juliet. El calor de la comida se difundió por su boca, entibiándose. Ella paladeó despacio, a pesar de que ya estaba pensando en el siguiente bocado.

– Oh, esto no es un pecado pequeño.

Nada podría haber deleitado más a Carlo. Riendo, se recostó en la silla y comenzó a comer.

– Los pecados pequeños sólo son pequeños placeres. Cuando Franconi cocina, la comida no es una necesidad básica.

Ella ya estaba enrollando de nuevo los espaguetis en el tenedor.

– Tienes toda la razón. Pero ¿por qué no estás gordo?

– Prego?

– Si yo cocinara así... – ella probó de nuevo la pasta y suspiró – parecería una albóndiga.

Carlo se echó a reír y la observó clavar de nuevo el tenedor. Le gustaba ver cómo disfrutaba con su comida alguien que le importaba. Aunque llevaba muchos años cocinando, nunca se cansaba de ello.

– Entonces, ¿tu madre no te enseñó a cocinar?

– Lo intentó – Juliet tomó un pedazo del crujiente pan que él le ofrecía, pero lo dejó a un lado y siguió enrollando los espaguetis. Lo primero era lo primero –. Pero nunca se me dieron muy bien las cosas que ella quería enseñarme. Mi hermana toca el piano de maravi – lla. Yo apenas me acuerdo de las escalas.

– ¿Y qué querías hacer, en vez de dar clases de piano?

—Jugar de tercera base —dijo ella con tanta naturalidad que se quedó sorprendida. Creía haber enterrado aquel viejo deseo junto con otras frustraciones de la infancia—. Pero no pudo ser —dijo, encogiéndose de hombros—. Mi madre estaba empeñada en que fuéramos dos señoritas bien educadas y que nos convirtiéramos en excelentes esposas. Pero a veces se gana, y a veces se pierde.

—¿Crees que no está orgullosa de ti?

La pregunta puso el dedo en una llaga que Juliet no creía tener abierta. Tomó su copa de vino.

—No es cuestión de orgullo, sino de decepción, supongo. La decepcioné. Y mi padre estaba muy confuso conmigo. Todavía siguen preguntándose qué hicieron mal.

—Lo que hicieron mal fue no aceptar cómo eres.

—Puede ser —murmuró ella—. O puede que yo estuviera empeñada en hacer algo que ellos no pudieran aceptar. Nunca he podido averiguarlo.

—¿Eres infeliz?

Sorprendida, ella alzó la mirada. ¿Infeliz? A veces se sentía frustrada, estresada y explotada. Pero ¿infeliz?

—No, no soy infeliz.

—Entonces, puede que ésa sea la respuesta.

Juliet lo observó un momento. No era sólo guapo y sexy, ni poseía únicamente las cualidades que anteriormente ella le había atribuido con cierto cinismo.

—Carlo —por primera vez, Juliet se atrevió a tocarlo, sólo la mano, pero a él le pareció un paso de gigante—. Eres un hombre muy bueno.

—Desde luego que sí —los dedos de Carlo se cerraron sobre los de ella—. Podría darte referencias.

Riendo, Juliet se retiró.

—Estoy segura de ello —concentrada y ansiosa, ella dejó limpio el plato.

—La hora del postre.

—¡Carlo! —gimiendo, Juliet se llevó una mano al estómago—. Por favor, no seas cruel.

—Te gustará —él se levantó y se acercó a la cocina antes de que Juliet pudiera disuadirlo—. Es una tradición italiana antiquísima. Se remonta al imperio. La tarta de queso de aquí a veces está buenísima, pero esto... —sacó una pequeña tarta cubierta de cerezas.

—Carlo, me moriré...

—Sólo un bocadito, con champán —él quitó el corcho a la botella con un experto giro de muñeca y sirvió dos copas—.Vamos, siéntate en el sofá, ponte cómoda.

Al hacerlo, Juliet se acordó de que los romanos tenían la costumbre de echarse a dormir después de comer. Podía haberse acurrucado en una bolita y haberse quedado inconsciente en cuestión de segundos. Pero el champán era vivaz e insistente.

—Toma —él le acercó un plato con una pequeña porción de tarta—. La compartiremos.

—Un mordisquito —le dijo ella, dispuesta a mantenerse firme. Pero entonces probó la tarta. Era cremosa, suave, no muy dulce, y sabía a nueces. Estaba exquisita. Dejando escapar un suspiro de rendición, Juliet probó otro bocado—. Carlo, eres un mago.

—Un artista —la corrigió él.

—Como quieras —haciendo acopio de fuerza de voluntad, Juliet cambió la tarta por el champán—. No puedo comer ni un mordisco más.

—Sí, ya me acuerdo. No te gustan los excesos —pero le llenó la copa otra vez.

—Puede que no —ella bebió, deleitándose en el lujoso aura que sólo poseía el champán—. Pero ahora tengo una perspectiva distinta y estoy dispuesta a ser indulgente —quitándose los zapatos, se rió por encima del borde de la copa—. Me he convertido.

—Eres preciosa —las luces estaban bajas, la música era suave, el olor delicioso. Carlo pensó en resistirse. El miedo que había advertido en los ojos de Juliet exigía que se lo pensara dos veces. Pero ella estaba relajada y sonreía. La punzada de deseo que él había sentido nada más verla nunca se había disipado del todo.

La comida había aguzado y excitado sus sentidos. Eso Carlo lo comprendía perfectamente. Y comprendía también que un hombre y una mujer no debían ignorar los placeres que podían ofrecerse mutuamente. De modo que no se resistió. Tomó la cara de Juliet entre sus manos. Así podía ver sus ojos, sentir su piel, casi saborearla. Esta vez, vio deseo. No miedo, sino recelo. Tal vez ella estuviera preparada para la segunda lección.

Juliet podría haberse negado. La idea se le pasó por la cabeza. Pero las manos de Carlo eran tan fuertes, tan suaves sobre su piel... Nunca la habían tocado así antes. Sabía cómo la besaría él, y la emoción se mezclaba con los nervios.

¿Conocía ella su propia mente? Tocó las muñecas de Carlo, pero no lo apartó. Sus dedos se cerraron y permanecieron allí mientras ella acercaba los labios a los de él. Por un instante, se quedaron así, permitiéndose saborear aquel primer bocado, aquella primera sensación. Luego, lentamente, se pidieron más el uno al otro.

Juliet parecía tan pequeña cuando Carlo la abrazaba que era fácil olvidar lo fuerte y competente que era. Carlo descubrió que deseaba conservarla como un tesoro. El deseo podía arder, pero, cuando ella se mostraba tan suplicante, tan vulnerable, él sólo sentía el impulso de mostrarle delicadeza.

¿La había mostrado alguna vez un hombre tanta ternura? A Juliet empezó a darle vueltas la cabeza mientras las manos de Carlo se movían entre su pelo. ¿Había sido algún hombre tan paciente con ella? El corazón de Carlo palpitaba contra el

suyo. Ella podía sentirlo. Parecía salvaje y desesperado. Pero su boca era tan suave, sus manos tan delicadas... Como si fueran amantes desde hacía años, pensó ella vagamente. Y tuvieran todo el tiempo del mundo para disfrutar de su amor.

Nada de prisas, ni de frenesí. Sólo placer. El corazón de Juliet se abrió con reticencia, pero se abrió. Él empezó a filtrarse en su interior. Cuando el teléfono chilló, él masculló una maldición y ella suspiró.

—Será sólo un momento —murmuró él.

Todavía soñando, ella le tocó la mejilla.

—Está bien.

Mientras él iba a responder, Juliet se recostó en el sillón, decidida a no pensar.

—Cara! —el entusiasmo de Carlo le hizo abrir los ojos de nuevo. Con una risa cálida, Carlo empezó a hablar en italiano a toda prisa. A Juliet no le quedó más remedio que ponerse a pensar.

Afecto. Sí, su voz transmitía afecto. No hacía falta entender las palabras para darse cuenta. Al girarse para mirar Juliet lo vio sonreír mientras hablaba con la mujer del otro lado de la línea. Resignada, tomó su copa de champán. Le costaba admitir que se había portado como una tonta. Y que se sentía herida.

Sabía quién era él. Lo que era. Sabía a cuántas mujeres había seducido. Quizá ella fuera una mujer que se conocía a sí misma, y quizá deseaba a Carlo. Pero jamás se pondría en una larga lista de «otras». Dejando el champán, se levantó.

—Sí, sí. Te quiero.

Juliet se giró al oírlo. Qué bien se le deslizaba de la lengua en cualquier idioma. Y qué poco significaba para él.

—Lamento la interrupción.

Juliet le lanzó una mirada ambigua.

—No importa. La cena estaba buenísima, Carlo, gracias. Tienes que estar listo para dejar el hotel a las ocho.

—Un momento —murmuró él. Acercándose, la agarró de los brazos—. ¿Qué pasa? ¿Estás enfadada?

—Claro que no —ella intentó desasirse, pero no pudo. Resultaba fácil olvidar lo fuerte que era él—. ¿Por qué iba a estar enfadada?

—Las mujeres a veces no necesitan razones.

Ella achicó los ojos.

—Habló el experto. Muy bien, pues déjame decirte algo acerca de esta mujer, Franconi. No me gusta que un hombre intente hacerme el amor y al instante siguiente me restrigue a sus otras amantes por la cara.

El alzó una mano.

—No te estoy siguiendo. Puede que me esté fallando el inglés.

– Tu inglés es perfecto –le espetó ella–. Y, por lo que acabo de oír, tu italiano también.

– Mi... –él sonrió de pronto–. Ah, el teléfono...

– Sí, el teléfono. Ahora, si me perdonas...

Carlo la dejó llegar hasta la puerta.

– Juliet, admito que estoy irremediablemente enamorado de la mujer con la que estaba hablando. Es guapa, inteligente, interesante y nunca he conocido a nadie como ella.

Furiosa, Juliet dio media vuelta.

– Qué maravilla.

– Eso creo yo. Era mi madre.

Ella retrocedió para recoger el bolso que había estado a punto de dejarse olvidado.

– Pensaba que un hombre con tu experiencia y tu imaginación podría inventarse una excusa mejor.

– Y podría –Carlo la agarró con más fuerza–. Si fuera necesario. Pero no tengo costumbre de dar explicaciones y, cuando las doy, no miento.

Ella respiró hondo porque de pronto estaba convencida de que le había dicho la verdad. Pero, en cualquier caso, se había comportado como una tonta.

– Lo siento. De todos modos, no es asunto mío.

– Sí, sí lo es –él la agarró de la barbilla–. Antes vi miedo en tus ojos y me preocupé. Ahora creo que no tenías miedo de mí, sino de ti misma.

– Eso no es asunto tuyo.

– Sí, sí lo es –repitió él–. Tú me gustas, Juliet, en muchos sentidos, y quiero llevarte a la cama. Pero esperaremos hasta que no tengas miedo.

Ella sintió ganas de gritarle. Deseaba llorar. Carlo se dio cuenta de ambas cosas.

– Mañana tenemos que tomar el avión muy temprano, Carlo.

Él la dejó marchar, pero se quedó parado largo rato después de oír que su puerta se cerraba al otro lado del pasillo.

Capítulo VI

Dallas era diferente. Dallas era Dallas sin paliativos. La rica, enorme y arrogante Texas. Si era la ciudad que simbolizaba al estado, lo hacía con estilo. La arquitectura futurista y las autopistas que confundían la mente abundaban en

extraña armonía con los edificios más discretos del centro. El aire era caliente y arrastraba un olor a petróleo, a perfumes caros y a polvo de las praderas. Dallas era Dallas, pero nunca había olvidado sus raíces.

Dallas bullía como una ciudad en plena expansión decidida a no detenerse. Estaba repleta de un ímpetu irrefrenable. Pero, en lo que a Juliet concernía, podían haber estado en el centro de Tombuctú.

Carlo actuaba como si nada hubiera pasado. Juliet se preguntaba si lo hacía para volverla loca. Él se mostraba amable, encantador, dispuesto a cooperar. Pero ella desconfiaba. Bajo aquella amabilidad había una voluntad de acero que no estaba dispuesta a ceder un ápice. Ella misma lo había comprobado. Podía decirse que lo había sentido. Y, si hubiera afirmado que no admiraba aquella cualidad, habría mentido.

En desagravio de Carlo, Juliet tenía que reconocer que nunca había ido de gira con alguien tan dispuesto a trabajar sin una sola queja. Y salir de gira era un trabajo duro, por más glamuroso que pareciera sobre el papel. Una vez sobrepasada la segunda semana, costaba sonreír, a menos que se estuviera grogui. Carlo, en cambio, no aminoraba el ritmo. Claro, que él ansiaba la perfección, entendida a su modo, y no cejaba hasta conseguirla.

Carlo tenía defectos, como todo el mundo, se decía Juliet. Recordarlo podía ayudarla a mantener una cierta distancia emocional. Siempre le servía de ayuda anotar en una lista los pros y los contras de una situación, aunque la situación en cuestión fuera un hombre. El problema era que, pese a sus defectos, Carlo era casi irresistible. Y él lo sabía. Eso era otra cosa que Juliet haría bien en recordar.

El ego de Carlo no era cosa de poca importancia. Ella debía sopesar aquel rasgo de su carácter oponiéndolo a su generosidad sin restricciones. El envanecimiento de sí mismo y de su trabajo superaba el límite de la arrogancia. A Juliet le convenía tomarlo en consideración cuando sopesara la consideración innata que Carlo mostraba hacia los demás.

Claro, que estaba también el modo en que sonreía, el modo en que decía el nombre de ella. Incluso Juliet Trent, una mujer práctica y eficiente, pasaba un mal rato cuando se esforzaba por encontrar un defecto que compensara aquellos pequeños detalles.

Los días que pasaron en Dallas fueron tan ajetreados que Juliet tuvo que aguantarse con seis horas de sueño, una buena provisión de vitaminas y océanos de café. Estaban compensando de sobra el chasco de Denver. Los calambres que le daban en las piernas lo atestiguaban.

Cuatro minutos en el telediario nacional, una entrevista en uno de los programas más vistos del país, tres artículos en la prensa local y dos sesiones de firma de libros en las que se agotaron los ejemplares. Cuando Juliet volviera a Nueva York, lo haría triunfalmente.

No quería pensar en las cenas con directivos de grandes almacenes que empezaban a las diez y duraban hasta que se caía de sueño sobre el plátano flambeado. No soportaba llevar la cuenta de las comidas a base de salmón en salsa o

ensalada de gambas. Había tenido que rellenar su frasquito de aspirinas de bolsillo y hacer acopio de antiácidos. Pero merecía la pena. Debería estar encantada.

Pero se sentía fatal.

A Carlo, ella lo estaba volviendo loco. Era muy amable, pensaba mientras se preparaban para soportar otro almuerzo con periodistas. Sí, muy amable. Su madre le había enseñado perfectos modales, aunque no le hubiera enseñado a cocinar.

¿Y competente? Al menos en lo que a él se refería, Carlo jamás había conocido a nadie, ni hombre ni mujer, que fuera tan escrupulosamente eficiente como Juliet Trent. El siempre había admirado aquella cualidad en un acompañante, y la exigía en sus socios. Naturalmente, Juliet era ambas cosas. Precisa, puntual, fría en momentos de crisis y dotada de una energía incombustible. Todas ellas cualidades admirables.

Por primera vez en su vida, Carlo pensaba seriamente en estrangular a una mujer.

Su indiferencia. Eso era lo que no podía soportar. Juliet se comportaba como si no los uniera nada más que la siguiente entrevista, la próxima aparición en televisión, el consabido avión. Actuaba como si jamás hubiera habido una chispa de deseo, de pasión, de complicidad entre ellos. Cualquiera hubiera pensado que no lo deseaba con la misma intensidad con que él la deseaba a ella. Pero Carlo sabía que no era así. ¿O sí?

Recordaba con qué enérgica madurez había reaccionado ella. Boca con boca, cuerpo con cuerpo. No había indiferencia alguna en el modo en que lo había abrazado. No, había fortaleza, complacencia, necesidad, ansia, pero no indiferencia. Sin embargo ahora...

Llevaban casi dos días exclusivamente el uno en compañía del otro, pero Carlo no veía nada en sus ojos, no oía nada en su voz que indicara más que una cortés relación profesional. Comían juntos, iban juntos en el coche, trabajaban juntos. Lo hacían todo juntos, menos dormir.

La deseaba. No lo preocupaba admitir que la deseaba cada vez más. Había deseado a muchas mujeres. Nunca había pensado en reprimirse. Cuando uno no deseaba a las mujeres, estaba muerto.

Pero... Carlo encontraba extraño que surgieran tantos «peros» cada vez que pensaba en Juliet. Sin embargo, se sorprendía pensando en ella más a menudo de lo que le parecía saludable. Aunque no le importaba desear a una mujer hasta el punto de sufrir, tenía la impresión de que Juliet podía hacerlo sufrir más de lo que consideraba conveniente. Debería haber sido capaz de racionalizar la amenaza que aquella mujer suponía para su salud y su confort. Pero... ella se mostraba tan condenadamente indiferente... Tenía que arreglar aquello, aunque no hiciera otra cosa en el corto espacio de tiempo que les quedaba en Dallas.

La comida se servía con manteles blancos, pesada cubertería de plata y finísimo cristal. El salón estaba decorado en tono rosa tierra y verde pastel. El murmullo de las conversaciones apenas se notaba. A Carlo le parecía una pena que no hubieran podido encontrarse con la periodista en uno de esos pequeños

restaurantes tex – mex que servían cerveza mexicana con chili y nachos. Se prometió corregir aquel error en Houston.

Cuando tomaron asiento, apenas notó que la periodista era muy joven y estaba nerviosa. Había decidido que, costara lo que costase, rompería el inflexible caparazón de amabilidad de Juliet antes de que volvieran a levantarse. Aunque tuviera que jugar sucio.

– Me alegro muchísimo de que incluyera Dallas en su gira, señor Franconi – comenzó la periodista, agarrando su copa de agua para aclararse la garganta –. El señor Van Ness le envía sus excusas. Tenía muchas ganas de conocerlo.

Carlo le sonrió, aunque estaba pensando en Juliet.

– ¿Ah, sí?

– El señor Van Ness es el crítico gastronómico del Tri – bune – Juliet se extendió la servilleta sobre el regazo mientras le proporcionaba a Carlo la información que ella misma había obtenido apenas quince minutos antes. Le lanzó una sonrisa amabilísima, confiando en que él notara que tenía púas de alambre –. La señorita Tribly ha venido en su lugar.

– Claro, claro – dijo Carlo con calma –. Y lo hará de maravilla, estoy seguro.

Como mujer, la señorita Tribly no era inmune a aquella voz cremosa. Como periodista, era consciente de la importancia de aquel encargo.

– Ha sido todo muy rápido – la señorita Tribly se secó las manos sudorosas en la servilleta –. El señor Van Ness va a tener un niño. Bueno, quiero decir que su mujer se puso de parto hace un par de horas.

– Entonces, deberíamos brindar por ellos – Carlo le hizo una seña a un camarero –. ¿Unas margaritas? – hizo la pregunta como una aseveración, ganándose un frío asentimiento de cabeza de Juliet y una sonrisa agradecida de la reportera.

Decidida a bordar su primer encargo importante, la señorita Tribly se colocó discretamente un cuaderno sobre el regazo.

– ¿Está disfrutando de su gira por Estados Unidos, señor Franconi?

– Yo siempre disfruto en Estados Unidos – él pasó un dedo ligeramente sobre el dorso de la mano de Juliet antes de que ella pudiera apartarla –. Sobre todo, en compañía de una mujer hermosa – ella empezó a retirar la mano, pero de pronto sintió que él se la sujetaba con fuerza. Para ser un hombre capaz de confeccionar los soufflés más delicados, tenía las manos fuertes como las de un boxeador. Carlo mantuvo una voz suave, tersa y soñadora –. He de decirle, señorita Tribly, que Juliet es una mujer extraordinaria. No podría arreglármelas sin ella.

– El señor Franconi es muy amable – aunque la voz de Juliet sonó tan suave y calmada como la de él, la patada que le dio por debajo de la mesa no lo fue tanto –. Yo me ocupo de los detalles. El señor Franconi es el artista.

– Formamos un equipo admirable, ¿no cree, señorita Tribly?

—Sí —sin saber cómo manejar la situación, la señorita Tribly intentó llevar la conversación hacia terreno más seguro—. Señor Franconi, además de cocinar, es usted propietario y director de un famoso restaurante en Roma, y ocasionalmente viaja al extranjero para preparar platos especiales. Hace unos meses, voló hasta un yate en el Egeo para prepararle unos mínestrone a Dimi—tri Azares, el magnate naviero.

—Por su cumpleaños, sí —recordó Carlo—. Su hija preparó una sorpresa —su mirada vagó de nuevo sobre la mujer cuya mano sujetaba—. Juliet puede decírselo: me encantan las sorpresas.

—Sí, bueno —la señorita Tribly tomó de nuevo su copa de agua—. Su agenda está siempre tan llena de cosas interesantes... Me pregunto si, en lo que a la cocina se refiere, sigue usted disfrutando de su trabajo.

—La mayoría de la gente piensa que la cocina puede ser cualquier cosa entre una tarea doméstica y una afición. Pero, tal y como le he dicho a Juliet... —sus dedos se entrelazaron ávidamente con los de ella— la comida no es una necesidad básica. Como hacer el amor, debe atraer todos los sentidos. Debe provocar, excitar y satisfacer —deslizó el pulgar alrededor de la palma de Juliet—. ¿Te acuerdas, Juliet?

Ella había intentando olvidarlo, se había dicho que era capaz. Ahora, con aquella caricia suave pero insistente, Carlo estaba avivando de nuevo sus recuerdos.

—El señor Franconi cree firmemente en las virtudes afrodisíacas de la comida. Su raro talento para sacarlas a la luz lo ha convertido en uno de los mejores cocineros del mundo.

—Grazie, mi atnore —murmuró él, y se llevó la mano rígida de Juliet a los labios.

Ella apretó su zapato contra la piel suave del mocasín de Carlo, confiando en llegar al hueso.

—Creo que tanto usted como sus lectores descubrirán en el libro del señor Franconi, *A la italiana*, una demostración realmente asombrosa de su técnica, su estilo y sus opiniones, escrita de tal modo que una persona cualquiera puede seguir paso a paso todas sus recetas, creando de ese modo algo muy especial.

Cuando les sirvieron las bebidas, Juliet intentó desasirse de nuevo, pensando que pillaría desprevenido a Carlo. Pero no fue así.

—Por el recién nacido —Carlo sonrió a Juliet—. Siempre es un placer brindar por la vida en cualquiera de sus estadios.

La señorita Tribly bebió un sorbito de margarita en una copa del tamaño de un baño para pájaros.

—Señor Franconi, ¿de verdad ha cocinado y saboreado todas las recetas que hay en su libro?

—Por supuesto —Carlo disfrutó de la leve acidez de su bebida. Había momentos para lo dulce y momentos para lo amargo. Su risa sonó baja y suave

cuando miró a Juliet—. Cuando algo es mío, intento aprender todo lo que pueda sobre ello. Una comida, señorita Tribly, es como una aventura amorosa.

La señorita Tribly rompió la punta del lápiz y buscó rápidamente otro.

—¿Una aventura amorosa?

—Sí. Empieza despacio, casi como experimental—mente. Sólo un bocado para abrir el apetito, para avivar el ansia. Después, el sabor cambia. Tal vez algo ligero y fresco para mantener aguzados los sentidos sin apabullarlos. Luego vienen las especias, la carne, la variedad. Los sentidos se excitan. La mente se concentra en el placer. Hay que recrearse. Pero, finalmente, llega el postre, el momento de la indulgencia —sonrió intencionadamente a Juliet; era imposible malinterpretar su propósito—. Hay que disfrutar lentamente, saboreando hasta que el paladar está satisfecho y el cuerpo saciado.

La señorita Tribly tragó saliva.

—Voy a comprarme un ejemplar de su libro.

Riendo, Carlo tomó su carta.

—De pronto, tengo un hambre de lobo.

Juliet pidió una pequeña ensalada de frutas que se pasó picoteando media hora.

—Tengo que irme, de verdad —tras dejar limpio el plato y comerse una porción de tarta de albaricoque, la señorita Tribly recogió su cuaderno—. No sabe cuánto he disfrutado, señor Franconi. Nunca volveré a comer asado con la misma actitud.

Divertido, Carlo se levantó.

—Ha sido un placer.

—Le enviaré encantada un recorte del artículo a su oficina, señorita Trent.

—Se lo agradecería —Juliet le tendió la mano, y quedó sorprendida cuando la periodista se la retuvo un momento.

—Es usted una mujer afortunada. Que disfrute del resto de la gira, señor Franconi.

—Arrivederci —él seguía sonriendo cuando se sentó para acabarse el café.

—Bonito espectáculo has montado, Franconi.

Él estaba esperando la tormenta. La deseaba.

—Sí, creo que he soltado muy bien mi... ¿cómo lo llamas tú? Ah, sí, mi perorata.

—Parecía más bien una obra de tres actos —con movimientos calmos y deliberados, ella firmó la cuenta—. Pero, la próxima vez, no me metas a mí en ella sin preguntar primero.

—¿Meterte en ella?

Su inocencia estaba calculada para enfurecer a Juliet.

– Le has dado a esa chica la impresión clarísima de que éramos amantes.

– Juliet, me he limitado a darle la impresión, muy acertada, de que te respeto y te admiro. Lo que ella deduzca de eso no es responsabilidad mía.

Juliet se levantó, puso su servilleta con mucho cuidado sobre la mesa y recogió su maletín.

– Eres un cerdo.

Carlo la miró salir del restaurante. Ningún cumplido podría haberle agradado más. Cuando una mujer llamaba cerdo a un hombre, sólo podía deducirse que no le era indiferente. Carlo salió silbando del restaurante para reunirse con ella. Le agradó aún más ver que Juliet estaba luchando con las llaves del coche de alquiler aparcado junto a la acera. Cuando una mujer era indiferente, no insultaba a los objetos inanimados.

– ¿Quieres que conduzca yo hasta el aeropuerto?

– No – maldiciendo de nuevo, ella metió la llave en la cerradura. Tenía que controlar su genio. Lo controlaría. Y un cuerno. Apoyando con fuerza ambas manos sobre el techo del coche, se quedó mirando a Carlo – . ¿De qué iba todo ese rollo?

Squisito, pensó él fugazmente. Los ojos verdes de Juliet parecían afilados como cuchillos. Él acababa de descubrir que le gustaban las mujeres con temperamento.

– ¿Qué rollo?

– Eso de agarrarme de la mano y esas miradas íntimas que me lanzabas.

– El hecho de que me guste agarrarte de la mano no es ningún rollo. Y me resulta imposible no mirarte.

Ella se negaba a discutir con el coche entre los dos. Rodeó el capó en un par de zancadas y se puso frente a él.

– Ha sido muy poco profesional.

– Sí. Ha sido muy personal.

Iba a resultar difícil discutir si él le daba a todo la vuelta en su provecho.

– No vuelvas a hacerlo.

– Madonna – su voz era muy suave, sus movimientos muy calculados. Juliet se encontró atrapada entre el coche y él – . Aceptaré órdenes tuyas en todo lo que tenga que ver con horarios y vuelos. Pero, en cuestiones personales, hago lo que se me antoja.

Juliet no se esperaba aquello. Por eso perdió su ventaja. Se lo repetiría una y otra vez a sí misma... más tarde. Él la agarró por los hombros y, sin dejar de mirarla fijamente, tiró de ella bruscamente. Aquella no era la forma de seducción suave y calculadora que Juliet esperaba de él, sino un movimiento rudo, impulsivo y enervante.

Carlo la besó con ímpetu mientras la sujetaba con fuerza. Ella no tuvo tiempo de pensar, de ponerse tensa o debatirse.

Había gente en la acera, coches en la calle. Juliet y Carlo permanecían ajenos a todo. El calor de la tarde en Dallas empapaba el asfalto bajo ellos. Resecaba el aire hasta hacerlo crepitar. Pero ellos estaban concentrados en un fuego que emanaba de su interior.

Juliet apoyó las manos sobre la cintura de Carlo. Un coche pasó velozmente a su lado, con la música sonando a todo volumen a través de las ventanillas abiertas. Juliet no lo oyó. Aunque no había querido tomar vino en la comida, sentía su sabor en la lengua de Carlo y se sentía embriagada.

Luego, mucho más tarde, él se tomaría tiempo para pensar en lo que estaba ocurriendo. No era lo mismo. Una parte de él lo sabía ya y tenía miedo porque no era lo mismo. Tocar a Juliet era distinto que tocar a cualquier otra mujer. Saborearla era también distinto. Los sentimientos eran nuevos, a pesar de que Carlo creía haber experimentado todo cuanto un hombre podía experimentar.

Él sabía mucho de placeres. Los incorporaba a su vida y a su trabajo. Pero nunca antes habían sido tan profundos. Sabía también mucho de intimidad. La esperaba, la exigía en todo cuanto hacía. Pero nunca antes había sido tan intensa.

No había que rechazar las experiencias nuevas, sino explorarlas y sacarles provecho. Si sentía un leve e insidioso temor, podía ignorarlo. De momento.

Más tarde. Se aferraron el uno al otro y se dijeron para sus adentros que lo pensarían más tarde. A fin de cuentas, el tiempo no importaba.

Carlo apartó su boca de la de Juliet, pero siguió sujetándola con las manos. De pronto lo sorprendió ver que le temblaban. Algunas mujeres lo habían hecho sufrir de deseo. Algunas lo habían hecho arder. Pero ninguna mujer lo había hecho temblar.

—Tenemos que buscar un sitio —murmuró—. Tranquilo, privado. Es hora de dejar de fingir que esto no es real.

Ella tenía ganas de asentir, de ponerse en sus manos. Pero ¿acaso no era ése el primer paso para perder el control sobre la propia vida?

—No, Carlo —su voz no sonó tan fuerte como ella hubiera querido—. Tenemos que dejar de mezclar nuestros sentimientos con el trabajo. Aún nos quedan casi dos semanas de gira.

—Me importa un comino si quedan dos días o dos años. Quiero pasarlos haciendo el amor contigo.

Ella se rehizo lo suficiente como para recordar que estaban en la vía pública, en medio del tráfico de la tarde.

—Carlo, éste no es momento para hablar de eso.

—Siempre es momento, Juliet... —él tomó su cara entre las manos—. No es contra mí contra quien estás luchando.

Ella sabía que la batalla estaba dentro de ella. Lo que quería, lo que era sensato. Lo que ansiaba, lo que era conveniente. Aquella contienda amenazaba con partirla en dos, y las dos mitades, puestas juntas, nunca equivaldrían al todo que ella comprendía.

— Carlo, tenemos que tomar un avión.

Él dijo algo suave y penetrante en italiano.

— Vamos a hablar.

— No — ella alzó las manos para agarrarlo por los antebrazos —. De esto, no.

— Entonces, nos quedaremos aquí hasta que cambies de idea.

— Tenemos una agenda que cumplir.

— Tenemos mucho más que eso.

— No, no es cierto — él alzó una ceja —. Está bien, no puede ser. Tenemos que tomar un avión.

— Tomaremos tu avión, Juliet. Pero hablaremos en Houston.

— No me arrincones, Carlo.

— ¿Quién te arrincona? — murmuró él —. ¿Yo o tú?

Ella no tenía una respuesta fácil.

— Lo que voy a hacer es pedir que manden a alguien para que acabe la gira contigo.

Él se limitó a sacudir la cabeza.

— No, no lo harás. Eres demasiado ambiciosa. Quedarías mal si dejaras una gira a la mitad.

Ella apretó los dientes. Carlo la conocía demasiado bien.

— Me pondré enferma.

Esta vez, él sonrió.

— Eres demasiado orgullosa. No puedes huir.

— No se trata de huir — «sino de sobrevivir», pensó ella, y cambió rápidamente la frase —. Es cuestión de prioridades.

Él la besó de nuevo suavemente.

— ¿Las prioridades de quién?

— Carlo, tenemos asuntos pendientes.

— Sí, pero de distintas clases. Unos no tienen que ver con los otros.

— Para mí, sí. A diferencia de ti, yo no me acuesto con cualquiera que me atraiga.

Él sonrió sin darse por ofendido.

– Me halagas, cara.

Ella podría haber suspirado. Estaba furiosa, pero Carlo le daba ganas de reír.

– Ha sido sin querer.

– Me gustas cuando sacas los dientes.

– Entonces, vas a disfrutar mucho estas dos semanas –ella le apartó las manos–. El aeropuerto está lejos, Carlo. Vamonos.

El le abrió la puerta amablemente.

– Tú mandas.

Un mujer estúpida tal vez habría pensado que acababa de conseguir una victoria.

Capítulo VII

Juliet era una experta en administrar el tiempo. Era su trabajo en la misma medida que las labores de promoción. De ese modo, si lograba ahorrar tiempo, podía derrocharlo cuando las circunstancias lo requieran. Si hacía bien su tarea, podía organizar una agenda tan apretada que no habría tiempo para conversaciones que no estuvieran directamente relacionadas con el trabajo. Y contaba con que Houston se prestara a sus fines.

Había trabajado otras veces con Big Bill Bowers, un fanfarrón enérgico y cariñoso que se ocupaba de los eventos especiales de Books, Etc., una de las mayores cadenas de librerías del país. Big Bill dominaba Texas y no se avergonzaba de ello. Era aficionado a las anécdotas largas y exageradas, a las botas repujadas y a la cerveza fría.

A Juliet le caía bien porque era astuto y directo y porque le facilitaba invariablemente el trabajo. En aquella gira en particular, bendecía su presencia porque era, además, un pelmazo impenitente. No les dejaría a Carlo y a ella muchos momentos de intimidad.

En cuanto llegaron al aeropuerto internacional de Houston, aquel texano de metro noventa de estatura y ciento quince kilos de peso se empeñó en entretenerlos.

Había una muchedumbre esperando al final de la pasarela pero era fácil distinguir a Big Bill. Sólo había que buscar a un toro Brahma con un sombrero Stetson.

– Vaya, vaya, aquí está la pequeña Juliet, tan guapa como siempre.

Juliet se encontró atrapada en un enorme abrazo.

— Bill —ella probó sus pulmones cautelosamente cuando se retiró—. Siempre es un placer volver a Houston. Tienes muy buen aspecto.

— La vida sana, cariño —él profirió una risotada que hizo que algunas cabezas se giraran. Juliet sintió que su ánimo mejoraba instantáneamente.

— Carlo Franconi, Bill Bowers. Pórtate bien con él —añadió con una sonrisa—. No sólo es un grandullón, también es quien se encargará de promocionar tus libros en la mayor cadena de librerías del estado.

— Entonces, me portaré bien —Carlo le tendió la mano y se encontró con su enorme y carnosa zarpa.

— Me alegro de que hayáis venido —la misma mano carnosa le dio a Carlo una palmadita amistosa en la espalda que podría haber tumbado un árbol joven. Juliet le concedió algunos puntos a Carlo por no caerse de boca.

— Es un placer estar aquí —se limitó a decir él.

— Yo nunca he estado en Italia, pero me encanta la comida italiana. Mi mujer hace unos espaguetis riquísimos. Déjame que te lleve eso —antes de que Carlo pudiera decir nada, Bill le quitó el pesado maletín de piel. Juliet no pudo evitar una mueca divertida cuando Carlo miró el maletín como si éste fuera un niño pequeño que subía por primera vez al autobús del colegio—. Tengo el coche fuera. Vamos a recoger las maletas y a largarnos. Los aeropuertos y los hospitales, no los soporto —Bill echó a andar hacia la terminal a enormes zancadas—. En el hotel os están esperando. Lo comprobé esta mañana.

Juliet consiguió mantenerle el paso a pesar de que llevaba tacones altos.

— Sabía que podía contar contigo, Bill. ¿Qué tal está Betty?

— Tan mandona como siempre —dijo, orgulloso de su mujer—. Como los chicos se han ido, sólo me puede dar órdenes a mí.

— Pero sigues loco por ella.

— Uno se acostumbra al cabo de un tiempo —sonrió, mostrando un prominente diente de oro—. No hace falta que vayamos al hotel enseguida. Podemos enseñarle un poco Houston a Carlo —mientras caminaba, balanceaba el maletín de Carlo junto al costado.

— Me encantaría —Carlo se acercó discretamente a su costado—. Yo podría llevar ese maletín...

— No hace falta. ¿Qué llevas ahí dentro, chico? Pesa una tonelada.

— Herramientas —dijo Juliet con una sonrisa inocente—. Carlo es muy suspicaz con sus herramientas.

— Nunca se es demasiado suspicaz con las herramientas de uno —dijo Bill, asintiendo con la cabeza. Se tocó el ala del sombrero al ver pasar a una joven con mini—falda y larguísimas piernas—. Yo todavía tengo el martillo que me regaló mi padre cuando tenía ocho años.

— Yo soy igual de sentimental con mis espátulas — murmuró Carlo. Pero Juliet notó que a él tampoco le habían pasado inadvertidas aquellas piernas.

— Tienes todo el derecho — los dos hombres intercambiaron una mirada viril y complacida. Juliet pensó que tenía más que ver con largos y tersos muslos que con herramientas —. Bueno, supongo que los dos estaréis hartos de restaurantes elegantes y pollo a la crema. Vamos a hacer una pequeña barbacoa en mi casa. Podréis quitaros los zapatos, soltaros el pelo y comer comida de verdad.

Juliet había estado una vez en una de las pequeñas barbacoas de Bill, que por lo general consistían en asar un ternero entero, además de varios pollos y la mejor parte de un cerdo, haciéndolo bajar todo con un par de docenas de litros de cerveza. Aquello significaba que Juliet no vería su habitación de hotel al menos en cinco horas.

— Suena genial. Carlo, no sabrás lo que es la buena vida hasta que pruebes uno de los chuletones de Bill asado con leña de mezquite.

Carlo pasó una mano sobre el codo de Juliet.

— Entonces, habrá que probar la buena vida — su tono hizo que ella girara la cabeza y lo mirara —, antes de ocuparse de los negocios.

— Aquí está el ticket — Bill se detuvo delante de la cinta transportadora —. Decidme cuáles son y vamos a cargarlas en el coche.

En la pequeña barbacoa de Bill se mezclaron con un centenar de invitados. La música la ponía una orquesta compuesta por siete músicos aparentemente incansables. De la piscina, separada del patio por una extensión de arbustos de flores rojas que olía a calor y especias, se alzaban risas y ruido de chapoteo. Un olor a carne asada, salsa y humo lo cubría todo. Juliet comió el doble de lo normal porque su anfitrión le llenó el plato y no le quitó el ojo de encima hasta que lo dejó vacío.

A ella debería haberle alegrado que Carlo estuviera rodeado por una docena de mujeres en traje de baño y pareo, que, de pronto, parecían haber desarrollado un ávido interés por la cocina. Sin embargo, pensó Juliet con acritud, la mayoría de ellas no distinguiría un fogón de un abrelatas.

Debería haberla alegrado tener a varios hombres danzando a su alrededor. Apenas era capaz de retener sus nombres y sus caras mientras observaba a Carlo reírse con una morena de metro ochenta ataviada con dos minúsculas tiras de tela.

La música sonaba alta; el aire, pesado y cálido. Cediendo a la necesidad, Juliet había sacado de su maleta unos pantalones cortos de pinzas y una camiseta ceñida y se había cambiado. De pronto se le ocurrió que era la primera vez desde el inicio de la gira que podía sentarse al aire libre y tomar el sol sin tener un cuaderno y un lápiz en la mano. A pesar de que el rubio de relucientes bíceps que había a su lado corría el riesgo de convertirse en un tostón, procuró disfrutar del momento.

Era la primera vez que Carlo la veía sin uno de sus discretos trajes. Él ya había deducido por su modo de caminar que sus piernas eran más largas de lo que podía pensarse por su estatura. No se había equivocado.

Ella no parecía tener problemas a la hora de relacionarse con naturalidad con otros hombres. Carlo bebió un sorbo de cerveza mientras la observaba cruzar las largas piernas y reírse con dos hombres sentados a su lado. Juliet no se inmutó cuando el más joven, un tipo musculoso y recio sentado a su izquierda, le puso la mano sobre el hombro y se inclinó hacia ella.

No era propio de Carlo sentir celos. Aunque era un hombre apasionado, nunca había experimentado ese sentimiento. Siempre había creído que una mujer tenía tanto derecho como él a flirtear y experimentar. Pero de pronto había descubierto que aquella regla no servía para Juliet. Si volvía a permitir que aquel patán de piel resbaladiza le pusiera la mano encima...

A Carlo no le dio tiempo a acabar de formular aquella idea. Juliet se rió de nuevo, dejó a un lado su plato y se levantó. No pudo oír lo que le decía al hombre sentado a su lado, pero ella echó a andar despacio y entró en la enorme casa del rancho. Un momento después, aquel individuo moreno y despechugado se levantó y la

siguió.

—Maledetto\

—¿Cómo dices? —la morena se detuvo en mitad de lo que creía una conversación íntima.

Carlo apenas se molestó en mirarla.

—Scusi —farfullando, salió en pos de Juliet. Llevaba una mirada asesina.

Harta de luchar a brazo partido con las empalagosas atenciones del joven vecino de Big Bill, Juliet se escabulló en la casa a través de la cocina. Estaba de mal humor, pero se alegraba de haber sabido contenerse. No le había arrancado un pedazo a aquel Adonis de mano larga, ni había gruñido una sola vez al mirar a Carlo.

Ocuparse de su trabajo siempre la ayudaba a refrenar su mal genio. Mirando su reloj, decidió que podía llamar a su ayudante a casa para saber qué tal iban las cosas. Acababa de descolgar el teléfono de la cocina cuando sintió que alguien la levantaba del suelo.

—Tim —logró que su voz sonara amable al tiempo que pensaba que era una lástima que aquel chico tuviera la mayor parte de los músculos de cuello para arriba—. Vas a tener que bajarme para que pueda llamar por teléfono.

—Esto es una fiesta, cariño —girándola mediante una flexión muscular, la sentó sobre el mostrador—. No hace falta que llames a nadie teniéndome a mí aquí.

—¿Sabes qué creo? —Juliet pensó en asestarle una rápida patada por debajo del cinturón, pero se conformó con darle una palmadita en el hombro. A fin de

cuentas, era el vecino de Bill—. Creo que deberías volver a la fiesta antes de que las chicas te echen de menos.

—Tengo una idea mejor —él se inclinó hacia delante, poniendo una mano a cada lado de ella. Sus dientes relucían como en un anuncio de pasta dentífrica—. ¿Por qué no nos montamos tú y yo una fiestecita privada? Supongo que vosotras, las chicas de Nueva York, sabéis divertirlos.

—Nosotras, las chicas de Nueva York —dijo con calma—, sabemos decir que no. Ahora, apártate, Tim.

—Vamos, Juliet —él enganchó un dedo en el cuello de su camiseta—. Tengo una preciosa cama de agua al otro lado de la calle.

Ella le puso una mano en la muñeca. Vecino o no, iba a darle una patada.

—¿Por qué no vas a tirarte a la piscina?

Él se limitó a sonreír mientras deslizaba una mano por la pierna de Juliet.

—Eso era justamente lo que pensaba hacer.

—Disculpa —la voz de Carlo sonó tensa desde la puerta—. Si no encuentras otra cosa que hacer con las manos inmediatamente, puede que pierdas su uso para siempre.

—Carlo... —dijo Juliet con voz crispada. No estaba de humor para que la rescatara un caballero de brillante armadura.

—La señorita y yo estamos manteniendo una conversación privada —Tim contrajo los pectorales—. Lárgate.

Con los pulgares enganchados en los bolsillos del pantalón, Carlo se acercó despacio. Juliet notó que parecía tan furioso como el día de la albahaca de bote. Cuando se ponía así, era inútil razonar con él. Juliet masculló una maldición, dejó escapar un suspiro e intentó evitar una escena.

—¿Por qué no salimos todos?

—Excelente idea —Carlo le tendió una mano para ayudarla a bajar. Antes de que ella pudiera dársela, Tim le bloqueó el camino. Carlo inclinó la cabeza y luego posó su mirada en Juliet—. ¿Habéis terminado de hablar?

—Sí —exasperada, se quedó sentada donde estaba.

—Por lo visto, Juliet ha terminado —la sonrisa de Carlo era amistosa, pero sus ojos tenían una mirada fría y dura—. Estás impidiéndole el paso.

—Te he dicho que te largues —Tim agarró a Carlo por las solapas.

—Dejadlo ya los dos —imaginándose a Carlo sangrando por la nariz y la boca, Juliet agarró un frasco de galletas en forma de sombrero. Antes de que pudiera usarlo, Tim dejó escapar un gruñido y se dobló por la cintura. Boquiabierto, se llevó las manos al estómago. Juliet se quedó mirándolo con expresión atónita.

—Puedes bajar eso —le dijo Carlo suavemente—. Es hora de que nos marchemos —al ver que ella no se movía, Carlo agarró el frasco, lo dejó a un lado y

la tomó de la mano—. Discúlpanos —dijo amablemente dirigiéndose a Tim, que seguía gruñendo, y a continuación sacó a Juliet al exterior.

—¿Qué has hecho?

—Lo que era necesario.

Juliet miró hacia la puerta de la cocina. Si no lo hubiera visto con sus propios ojos...

—Le has pegado.

—No muy fuerte —Carlo saludó con una inclinación de cabeza a unos invitados que estaban tomando el sol—. Ese tipo tiene músculos en la cabeza, en lugar de cerebro.

—Pero... —ella miró las manos de Carlo. Eran elegantes y finas. En uno de sus pulgares brillaba un diamante—. Pero si era enorme...

Carlo alzó una ceja mientras se sacaba las gafas de sol del bolsillo.

—El tamaño no es siempre una ventaja. Eso lo aprendí en el barrio donde crecí. ¿Estás lista para marcharte?

No, su voz no era agradable, pensó Juliet. Era fría. Gélida. La suya imitó instintivamente la de él.

—Supongo que debería darte las gracias.

—En efecto, a no ser, naturalmente, que te guste que te soben. Tal vez Tim estuviera siguiendo las señales que tú le habías mandado.

Juliet se detuvo de pronto.

—¿Qué señales?

—Las que mandan las mujeres cuando quieren que las persigan.

—Puede que ese tipo fuera más grande que tú —dijo entre dientes—, pero creo que sois los dos igual de brutos. Os parecéis mucho.

Los cristales de las gafas de Carlo eran ahumados, pero Juliet notó que sus ojos se achicaban.

—¿Estás comparando lo nuestro con lo que ha pasado ahí dentro?

—Estoy diciendo que algunos hombres no aceptan un «no» por respuesta. Puede que tengas un estilo más suave, Carlo, pero buscas lo mismo, ya sea darse un revolcón en un pajar o en una cama de agua.

Él apartó la mano de su brazo y se metió las dos en los bolsillos.

—Te pido disculpas, Juliet, si he malinterpretado tus sentimientos. Yo no necesito, ni quiero, presionar a ninguna mujer. ¿Quieres quedarte o irte?

Ella sentía mucha presión: en la garganta, detrás de los ojos. No podía permitirse ceder a ella.

—Me gustaría ir al hotel. Todavía tengo cosas que hacer esta noche.

– Bien – él la dejó allí plantada y se fue en busca de su anfitrión.

Tres horas después, Juliet asumió que le resultaba imposible trabajar. Había desplegado toda la batería de recursos inútilmente. Media hora en la bañera con agua caliente, música apacible en la radio, y, el atardecer ante sus ojos a través de la ventana del hotel. Al ver que no lograba calmarse, repasó dos veces la agenda de Hous – ton. Tendrían que correr de un lado a otro de siete de la mañana a cinco de la tarde, casi sin detenerse. Su vuelo hacia Chicago salía a las seis.

No habría tiempo para discutir, pensar o preocuparse por nada de lo ocurrido durante las veinticuatro horas anteriores. Eso era lo que ella quería. Sin embargo, cuando intentaba ponerse a trabajar en las notas de Chicago, le resultaba imposible. Lo único que hacía era pensar en el hombre que tenía a unos pasos de distancia al otro lado del pasillo.

No se había dado cuenta de que Carlo podía ser muy frío. Siempre estaba tan lleno de vida, de energía... Ciertamente, a menudo resultaba exasperante, pero siempre con brío. Ahora, había dejado a Juliet en una especie de vacío.

No. Tirando a un lado su cuaderno, Juliet apoyó la barbilla en la mano. No, era ella quien se había puesto en aquella situación. Tal vez habría podido mantenerse en sus trece si hubiera tenido razón. Pero se había equivocado por completo. Ella no le había lanzado ninguna señal a aquel idiota de Tim, y la opinión de Carlo al respecto todavía la hacía sulfurarse, aunque... Aunque ni siquiera le había dado las gracias por ayudarla cuando, le gustara admitirlo o no, había necesitado ayuda. No le sentaba bien estar en deuda con nadie.

Encogiéndose de hombros, se levantó y se puso a deambular por la habitación. Le convenía acabar la gira con Carlo enfadado y distante. Ciertamente, de ese modo habría menos problemas personales porque no habría nada personal entre ellos. No habría malentendidos acerca de su relación, porque no habría relación alguna.

Echó un vistazo a la pequeña y pulcra habitación en la que había pasado poco más de ocho horas, la mayor parte de ellas durmiendo.

No, no podía soportarlo.

Dándose por vencida, Juliet se guardó la llave de la habitación en el bolsillo de la bata.

Las mujeres lo habían puesto furioso otras veces. Carlo contaba con ello para evitar que la vida se volviera insípida. Las mujeres lo habían hecho sentirse frustrado anteriormente. Sin frustraciones, ¿cómo iba a apreciarse el éxito debidamente?

Pero dolor... Eso era algo que ninguna mujer le había causado antes. Él ni siquiera había contemplado esa posibilidad. Frustración, furia, pasión, risas, gritos... Ningún hombre que hubiera conocido a tantas mujeres... madre, hermanas,

amantes... esperaba una relación sin aquellos elementos. Pero el dolor era cosa distinta.

El dolor era una emoción íntima. Más íntima que la pasión, más elemental que la ira. Cuando calaba hondo, llegaba a lugares que no debían tocarse.

Nunca le había importado que lo consideraran un granuja, un libertino, un playboy. Las aventuras amorosas iban y venían, tal y como se suponía que debía ocurrir. No duraban más que la pasión que las alentaba. Él era un hombre cauto, un hombre cuidadoso. Sus amantes se convertían en amigas cuando el deseo se apagaba. Podía haber reproches y palabras duras durante la tempestad que ponía fin a una relación, pero él nunca había terminado así.

De pronto se le ocurrió que con Juliet había intercambiado más reproches y palabras duras que con cualquier otra mujer. Sin embargo, nunca habían sido amantes. Ni lo serían. Tras servirse una copa de vino, se recostó en el profundo sillón y cerró los ojos. No quería a ninguna mujer que lo comparara con un idiota musculoso, que confundiera la pasión con la lujuria. No quería a ninguna mujer que comparara la belleza del acto amoroso con... ¿cómo era?... un revolcón en una cama de agua. Dio!

No quería a ninguna mujer que pudiera hacerlo sufrir tanto... en mitad de la noche, en mitad del día. No quería a ninguna mujer que pudiera causarle dolor con unas cuantas palabras ásperas.

Dios, deseaba a Juliet.

Oyó que llamaban a la puerta y frunció el ceño. Cuando dejó la copa a un lado y se levantó, volvieron a llamar.

Si no hubiera estado tan nerviosa, a Juliet se le habría ocurrido algo ingenioso que decir sobre el batín negro que Carlo llevaba, decorado con dos flamencos rosas enlazados a un lado. Pero se quedó parada, vestida con su bata y descalza, con los dedos entrelazados.

— Lo siento — dijo cuando él abrió la puerta.

Él dio un paso atrás.

— Pasa, Juliet.

— Tenía que disculparme — ella dejó escapar un profundo suspiro al entrar en la habitación—. Me porté fatal contigo esta tarde, y tú me ayudaste a salir de una situación muy embarazosa sin apenas armar jaleo. Me enfadé cuando insinuaste que yo había provocado a ese... a ese idiota de algún modo. Tenía derecho a enfadarme — fle — xionó los brazos bajo el pecho y comenzó a pasearse por la habitación—. Fue un comentario muy inoportuno... e insultante. Aunque hubiera la más remota posibilidad de que fuera cierto, no tenías derecho a decirme eso. A fin de cuentas, tú estabas rodeado de todo un harén.

— ¿Un harén? — Carlo sirvió otra copa de vino y se la ofreció.

—Sí, y esa amazona morena llevaba la voz cantante —ella bebió un sorbo, señaló con la copa y bebió de nuevo—. Allá a donde vamos, las mujeres se ponen a tus pies. Pero ¿digo yo algo?

—Bueno, tú...

—Y una vez, sólo una vez, tengo un problemilla con un imbécil con la libido hiperactiva, y tú das por sentado que la culpa es mía. Pensaba que ese doble rasero estaba anticuado incluso en Italia.

¿Había conocido él a alguna mujer que pudiera hacerlo cambiar de humor tan rápidamente? Pensando en ello, y encontrándolo de su gusto, Carlo observó su vino.

—Juliet, ¿has venido aquí a disculparte o a exigirme que lo haga yo?

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—No sé por qué he venido, pero está claro que ha sido un error.

—Espera —él levantó una mano antes de que Juliet pudiera marcharse—. Tal vez convendría que aceptara tus disculpas.

Juliet le lanzó una mirada asesina.

—Puedes agarrar mis disculpas y...

—Y ofrecerte las mías —concluyó él—. Así estaremos en paz.

—Yo no provoqué a ese tipo —murmuró ella, e hizo un puchero. Él nunca había visto una expresión tan malhumorada y femenina en su rostro. Aquello le produjo varias sensaciones interesantes.

—Y yo no busco lo mismo que buscaba él —Carlo se acercó a ella—. Sino mucho más.

—Puede que eso ya lo sepa —musitó ella, y dio un paso hacia atrás—. Puede que me gustara creerlo. Pero no me gustan las aventuras amorosas, Carlo —soltando una risita, se pasó una mano por el pelo y se dio la vuelta—. Y deberían gustarme: mi padre tuvo muchas. Discretas, eso sí —añadió con un regusto amargo—. Mi madre siempre hacía la vista gorda si eran discretas.

Carlo sabía mucho de aquellas cosas, había visto muchas entre amigos y familiares, de modo que comprendía las cicatrices y desilusiones que podían dejar.

—Juliet, tú no eres tu madre.

—No —ella dio media vuelta, con la cabeza alta—. No, me he esforzado mucho para no ser como ella. Es una mujer guapa e inteligente que abandonó su carrera, su autoestima y su independencia para no ser más que un ama de casa glorificada porque mi padre quería. Él no quería que su mujer trabajara. Su mujer —repitió—. Qué expresión tan extraña. El trabajo de mi madre consistía en ocuparse de él. Eso significaba tener la cena en la mesa a las seis cada noche, y sus camisas bien planchadas y dobladas en su cajón. Él... Maldita sea, es un buen padre, atento y considerado. No cree que un hombre deba gritarle a una mujer, ni a una niña. Como marido, nunca ha olvidado un cumpleaños, un aniversario. Siempre se ha ocupado

de que mi madre tuviera las mejores cosas materiales, pero le dictaba cómo debía vivir. Y, entretanto, se lo pasaba de lo lindo con una discreta retahila de mujeres.

– ¿Por qué sigue tu madre con él?

– Se lo pregunté hace un par de años, antes de mudarme a Nueva York. Lo quiere – Juliet se quedó mirando su vino –. Esa es razón suficiente para ella.

– ¿Preferirías que lo hubiera dejado?

– Preferiría que hubiera sido lo que podía ser. Lo que debería haber sido.

– Era ella quien debía decidir, Juliet. Igual que tú.

– Yo no quiero atarme a nadie, a nadie que pueda humillarme de esa manera – alzó la cabeza de nuevo –. No me pondré en la posición de mi madre. Por nadie.

– ¿Crees que todas las relaciones son tan desiguales?

Encogiéndose de hombros, ella bebió de nuevo.

– Supongo que no conozco muchas.

Carlo se quedó callado un momento. Entendía la fidelidad, la necesidad de ella, y también su falta.

– Tal vez tengamos algo en común. No recuerdo bien a mi padre, lo vi muy poco. Él también le era infiel a mi madre – ella lo miró, pero Carlo no distinguió sorpresa alguna en su expresión. Era como si lo sospechara –. Pero él cometía adulterio con el mar. Se pasaba meses fuera mientras ella nos criaba, trabajaba, esperaba. Cuando volvía a casa, ella lo recibía con los brazos abiertos. Luego, él se iba otra vez, incapaz de resistirse. Cuando murió, mi madre lloró. Lo quería, y había sido elección suya.

– No es justo, ¿no crees?

– Sí. ¿Creías que el amor lo era?

– El amor no me interesa.

Él recordó que otra mujer, una amiga, le había dicho lo mismo en un momento de ofuscación.

– Todos queremos amor, Juliet.

– No – ella sacudió la cabeza con energía nacida de la desesperación –. No, afecto, respeto, admiración, pero no amor. El amor siempre te roba algo.

Él la miró. Juliet permanecía parada junto al halo de la lámpara.

– Puede que sí – murmuró –. Pero, hasta que amamos, no podemos estar seguros de si necesitábamos lo que nos faltaba.

– Tal vez para ti sea fácil decirlo, pensar eso. Tú has tenido muchas amantes.

Aquello debería haber divertido a Carlo. Pero, en lugar de hacerlo, parecía acentuar un vacío del que él no había sido consciente hasta ese instante.

—Sí, pero nunca he estado enamorado. Tengo una amiga... —pensó de nuevo en Summer—, que una vez me dijo que el amor era un tiovivo. Puede que ahora haya cambiado de idea.

Juliet apretó los labios.

—¿Y una aventura? ¿Qué es?

Algo en su voz hizo que Carlo levantara la mirada hacia ella. Por segunda vez se acercó a ella lentamente.

—Puede que sea sólo una vuelta en el carrusel.

Juliet dejó la copa. Le temblaban las manos.

—Nosotros nos entendemos el uno al otro.

—En ciertos sentidos.

—Carlo... —ella vaciló, y luego admitió que la decisión había sido tomada antes de que cruzara el pasillo—. Carlo, yo no he montado en muchos tiovivos, pero te deseo.

¿Cómo debía tratar a Juliet? Era extraño, él nunca había tenido que pensarse tanto las cosas. Con ciertas mujeres, se habría mostrado extravagante, levantándolas en volandas y llevándoselas a la cama. Con otras, habría sido impulsivo, tumbándolas sobre la alfombra. Pero nada de lo que había hecho antes parecía tan importante como la primera vez con Juliet.

Con las mujeres, las palabras siempre le salían fácilmente. La frase correcta, el tono adecuado le salían de manera tan natural como respirar. Pero en ese momento no se le ocurría nada. Incluso un murmullo habría estropeado la simplicidad de lo que Juliet acababa de decirle y de cómo se lo había dicho. De modo que no dijo nada.

La besó donde estaban, no con la pasión abrasadora que sabía Juliet podía extraer de él, ni con la indecisión que ella a veces le hacía sentir. La besó con la sinceridad y la sabiduría que a menudo experimentaban los viejos amantes. Habían acudido el uno al otro con necesidades distintas, con actitudes diferentes, pero, con aquel beso, sellaron el pasado. Esa noche era para lo nuevo, para la renovación.

Ella esperaba las palabras, la viveza y el estilo que parecían formar parte de él. Tal vez incluso esperaba una actitud triunfante. Pero, de nuevo, Carlo le ofreció algo distinto y fresco con sólo rozar su boca.

De pronto, Juliet pensó que Carlo se sentía tan inseguro como ella, pero al instante descartó aquella idea. Entonces él extendió la mano. Juliet le dio la suya. Juntos entraron en el dormitorio.

Si hubiera preparado el escenario para una noche romántica, Carlo habría puesto flores de colores vivos y música con el palpito de la pasión. Le habría dado el calor de las velas y la embriaguez del champán. Esa noche, con Juliet, no había más que silencio y luz de luna. La doncella había deshecho la cama y había descorrido las ventanas. La luz blanca se filtraba entre las sombras y se extendía sobre las sábanas.

De pie junto a la cama, Carlo besó las palmas de Juliet. Eran frescas y guardaban el rastro de su perfume. En su muñeca, el pulso palpitaba con fuerza. Lentamente, mirándola, Carlo le aflojó el nudo de la bata. Con los ojos fijos en ella, posó las manos sobre sus hombros y apartó la tela. La bata cayó sigilosamente a los pies de Juliet.

Carlo no la tocó. Siguió mirando su rostro. Entre los nervios, entre el deseo, algo parecido al bienestar comenzó a moverse a través de Juliet. Sus labios se curvaron levemente cuando tomó el cinturón del batín de Carlo y deshizo el nudo. Con manos ligeras y firmes, apartó la seda.

Quedaron los dos expuestos y vulnerables a sus deseos. La luz era leve y blanca, bañada de sombras. No hacía falta otra iluminación la primera vez que se miraban.

Él era fibroso, pero no flaco. Ella era esbelta, pero suave. Su piel pareció más pálida cuando Carlo la tocó. Su mano pareció más delicada cuando ella lo tocó a él.

Se acercaron lentamente. No había prisa.

El colchón cedió, las sábanas susurraron. Suavemente. Se tumbaron de lado, dándose tiempo... todo el tiempo

e necesitaban para descubrir qué placeres podían surgir del sabor de sus bocas, del contacto de su carne.

•Debería haber sospechado ella que sería así? Tan fácil .Tan inevitable... Su piel era muy cálida allí donde Carlo la tocaba. Los labios de él exigían y tomaban, pero con extrema paciencia. Carlo la amaba con suavidad, lentamente, como si fuera la primera vez de Juliet.Y, dejándose llevar, Juliet pensó vagamente que tal vez lo fuera.

Inocencia. Carlo la sentía en ella, no una inocencia física, sino emocional. De algún modo, por increíble que pareciera, fue descubriendo que a él le ocurría lo mismo. Daba igual cuántas amantes hubiera tenido antes: los dos se encontraban bañados de inocencia.

Las manos de Juliet no vacilaban al deslizarse sobre él, sino que acariciaban como si ella fuera ciega y sólo pudiera ver a Carlo a través de otros sentidos. Él olía a ducha, a agua y jabón, pero tenía un sabor más intenso, a vino. Entonces él habló por primera vez, diciendo únicamente su nombre. A Juliet le sonó más conmovedor, más poético que cualquier palabra cariñosa.

Su cuerpo se movía al unísono con el de Carlo, rítmicamente, manteniendo el paso. Ella parecía saber de algún modo dónde iba a tocarla Carlo antes de sentir el roce de sus dedos, la presión de sus palmas. Entonces los labios de Carlo iniciaron un largo y lujurioso viaje que ella confiaba nunca acabaría.

Juliet era tan pequeña... ¿Por qué nunca se había fijado él en lo pequeña que era? Resultaba fácil olvidar su fortaleza, su presencia de ánimo, su vigor. Él podía darle ternura y postergar la pasión.

La línea del cuello de Juliet era esbelta y tan blanca a la luz de la luna... Su olor estaba atrapado allí, en su garganta. Intensificado. Excitante. Carlo podía demorarse allí mientras su sangre se calentaba. La sangre de ambos.

Él deslizó la lengua sobre la curva sutil del pecho de Juliet, buscando su pezón. Cuando se lo metió en la boca, ella gimió su nombre, dándole a los dos un largo y lento empujón hacia el borde del abismo. Pero había más que saborear, más que tocar. La pasión, cuando se encendía, se burlaba del autodomínio. Los sonidos se deslizaban por la habitación: un jadeo, un suspiro, un gemido de placer. Sus olores empezaron a mezclarse: la fragancia de un amante. A la luz de la luna, formaban un solo cuerpo. Las sábanas estaban calientes, enredadas. Cuando Carlo, utilizando la lengua y los dedos, condujo a Juliet al primer climax, ella se aferró a las sábanas revueltas mientras su cuerpo se arqueaba y se estremecía, sacudido por un torrente de placer.

Mientras todavía se hallaba débil y jadeando, Carlo la penetró.

La cabeza le daba vueltas, una sensación deliciosamente extraña para él. Quería enterrarse en Juliet, pero quería verla. Ella tenía los ojos cerrados; sus labios estaban entreabiertos y su aliento salía entrecortado. Ella se movía con él, lentamente y luego cada vez más aprisa hasta que sus dedos se clavaron en los hombros de Carlo. Dejando escapar un grito de placer, ella abrió los ojos de pronto. Al mirarlo, Carlo vio el oscuro y asombrado placer que ansiaba darle.

Al fin, cediendo al impulso apremiante de su propio cuerpo, Carlo cerró la boca sobre la de Juliet y se dejó ir.

Capítulo VIII

¿Había otros que conocieran la verdadera pasión? Abrazada a Carlo, absorta en él, Juliet comprendió que ella no la había conocido hasta hacía unos instantes. ¿La pasión hacía que uno se sintiera más débil? Ella se sentía débil, pero no vacía.

¿Debía arrepentirse? Sí, desde un punto de vista lógico. Había entregado más de sí misma de lo que pretendía, había compartido más de lo que imaginaba, se había arriesgado más de lo que debería haber osado. Pero no se arrepentía. Quizá más tarde hiciera una lista de pros y contras. De momento, sólo quería disfrutar del dulce placer posterior al amor.

—Estás muy callada —el aliento de Carlo, seguido por sus labios, rozó la frente de Juliet.

Ella sonrió un poco y cerró los ojos.

—Tú también.

Frotando la mejilla contra su pelo con suavidad, Carlo contempló la luz de la luna que entraba de soslayo por la ventana. No estaba seguro de qué palabras usar. Nunca se había sentido así con una mujer. Nunca había esperado sentirse así. ¿Cómo

podía decírselo a ella y esperar que lo creyera? A él mismo le costaba creerlo. Y sin embargo...Tal vez la verdad mera lo más difícil de expresar con palabras.

— Pareces muy pequeña cuando te abrazo así — murmuró él—. Me dan ganas de abrazarte así horas y horas. — Me gusta que me abrasces — a Juliet le resultó más fácil admitirlo de lo que pensaba. Riendo suavemente, giró la cabeza para mirar la cara de Carlo—. Me gusta mucho.

— Entonces, supongo que no te opondrás a que te abraze unas cuantas horas. Ella le besó la barbilla.

— Unos minutos solamente — puntualizó—. Tengo que volver a mi habitación. — ¿No te gusta mi cama?

Ella se estiró y se acurrucó, pensando en lo maravilloso que sería no moverse de allí.

— Creo que me encanta, pero tengo cosas que hacer antes de irme a dormir, y tengo que levantarme a las seis y media, y además...

— Trabajas demasiado — la atajó él, y se inclinó para descolgar el teléfono—. Puedes despertarte aquí tan bien como en tu cama.

Sintiendo que le gustaba cómo se apretaba el cuerpo de Carlo contra el suyo, Juliet se preparó para dejarse convencer.

— Puede ser. ¿Qué estás haciendo? — Chist. Sí, soy Franconi, de la 922. Quiero que me despierten a las seis — colgó el teléfono y rodó sobre la cama, poniendo a Juliet encima de él—. Bueno, ya está todo arreglado. El teléfono sonará al amanecer y nos despertará.

— Desde luego que sí — Juliet cruzó las manos sobre su pecho y apoyó la barbilla en ellas—. Pero les has dicho que nos llamen a las seis. No tenemos que levantarnos hasta las seis y media.

— Sí — Carlo deslizó las manos por su espalda—. Así que tenemos media hora para... eh... despertarnos.

Riendo, ella le besó el hombro. Por una vez, se dijo, dejaría que otro hiciera los planes.

— Me parece muy práctico. ¿Crees que podríamos tomarnos media hora o así para... eh... dormirnos?

— En eso precisamente estaba pensando.

Cuando sonó el teléfono, Juliet se limitó a gruñir y a deslizarse bajo las sábanas. Por segunda vez, se encontró debajo de Carlo cuando éste se giró para contestar.

Tenía el pelo alborotado y el mentón oscurecido por una sombra de barba. Pero, cuando sonreía, parecía que llevaba horas despierto. Estaba absolutamente maravilloso.

Con un repentino arrebató de energía, Juliet se colocó sobre él. Sus manos eran rápidas, su boca ávida. En cuestión de segundos, dejó a Carlo sin aliento.

Ella nunca había sido agresiva, pero le gustó sentir el fugaz gemido de sorpresa de Carlo, el rápido bombeo de su corazón. El cuerpo de Juliet reaccionó como un rayo. No le importaba que las manos de Carlo no fueran tan suaves, tan pacientes como la noche anterior. Aquella nueva urgencia la hacía estremecerse.

El era Franconi, conocido por su amplia experiencia tanto en la cocina como en la alcoba. Pero ella lo estaba volviendo salvaje y desvalido a un tiempo. Riendo, Juliet apretó su boca contra la de él, dejando que su lengua buscara su sabor oscuro y rico. Cuando Carlo intentó moverla, tomarla, pues el deseo se había vuelto tan urgente que no podía controlarlo, ella se zafó. Él susurró una maldición jadeante contra su boca.

Carlo nunca perdía la delicadeza con una mujer. La pasión, su pasión, siempre era refinada. Ahora, mientras Juliet realizaba un viaje frenético sobre él, Carlo no tenía refinamiento alguno, sólo deseo. Nunca se había precipitado. Cuando cocinaba, procedía lentamente, paso a paso. Disfrutaba, experimentaba, sentía. Hacía el amor de la misma manera. Aquellas cosas había que saborearlas, había que apreciarlas con los cinco sentidos.

Pero era imposible detenerse a paladear cuando uno se sentía empujado más allá del límite de lo civilizado. Cuando sus sentidos giraban, enredados, no era posible separar unos de otros. Sentirse arrastrado era algo nuevo para él, algo embriagador. No, no opondría resistencia, pero arrastraría a Juliet con él.

La agarró con fuerza de las caderas. Unos instantes después, perdieron los dos el sentido, impulsados más allá de la razón...

La respiración de Carlo seguía siendo irregular, pero abrazó con fuerza a Juliet y la atrajo hacia sí. Fuera lo que fuese lo que había hecho, o lo que le estaba haciendo, no quería perderselo. Pensó fugazmente que no quería perderla y apartó aquella idea. Era peligrosa. Tenían el ahora. Era mucho más sensato concentrarse en eso.

—Tengo que irme —a pesar de que deseaba acurrucarse a su lado, Juliet se obligó a moverse—. Tenemos que estar abajo dentro de cuarenta minutos.

—Para encontrarnos con Big Bill.

—Exacto —Juliet se agachó a recoger su bata y se puso las mangas antes de levantarse. Los labios de Carlo temblaron al ver que ella se daba la vuelta para atarse el cinturón. Era enternecedor ver aquel pudor inconsciente en una mujer que acababa de explorar cada centímetro de su cuerpo—. No sabes cómo me alegro de que Bill se haya ofrecido a hacer de chófer. Lo que menos me apetece es enfrentarme a las autopistas de esta ciudad. Lo he hecho otras veces, y no se lo deseo a nadie.

—Podría conducir yo —murmuró Carlo, disfrutando del modo en que la seda verde de la bata de Juliet se movía sobre sus muslos.

—No, gracias, no quiero morir. Llamaré para que suba un botones a recoger las bolsas dentro de... treinta y cinco minutos. Asegúrate...

—De comprobar que no me dejo nada porque no vamos a volver —concluyó él—. Juliet, ¿no he demostrado ya que soy una persona competente?

—Sólo quería recordártelo —ella fue a echar un vistazo a su reloj, pero entonces recordó que no lo llevaba puesto—. La entrevista en televisión será un paseo. La presentadora es Jacky Torrence. Es un programa bastante divertido que va después de una telecomedia.

—Hmm —él se levantó, desperezándose. La relaciones públicas había vuelto, pensó con una media sonrisa, pero, al agacharse para recoger su batín, notó que ella se había quedado callada. Alzando la cabeza, la miró.

Cielo santo, qué guapo era, pensaba Juliet. Agendas, planes, puntos de información, todo voló de su cabeza. Al sol de la mañana, su piel parecía más dorada que morena, suave y tersa sobre las costillas, y su cintura se afinaba hasta alcanzar la línea estrecha de las caderas. Dejando escapar un suspiro tembloroso, Juliet dio un paso atrás.

—Será mejor que me vaya —logró decir—. Repasaremos la agenda de hoy de camino al estudio.

A Carlo le agradó enormemente comprender qué era lo que había roto su concentración. Sujetando la bata en una mano, se acercó a ella.

—Tal vez nos topemos con un atasco.

—Muérdete la lengua —intentando poner un tono ligero, Juliet logró susurrar—: Qué bata tan interesante.

El tono de su voz excitó aún más a Carlo.

—¿Te gustan los flamencos? Mi madre tiene mucho sentido del humor —pero no se puso la bata mientras seguía acercándose a ella.

—Carlo, quédate donde estás. Lo digo en serio —ella levantó una mano mientras retrocedía hacia la puerta.

El sonrió, y siguió sonriendo después de oír el chasquido de la puerta del pasillo.

Entre Juliet, que hacía restallar el látigo, y Bill, que conducía, su agenda en Houston funcionó con la precisión de un reloj. Los medios respondieron con entusiasmo. La sesión de firmas de media tarde se convirtió en una auténtica fiesta y fue un éxito rotundo. Juliet se buscó un sitio en un almacén y rasgó el grueso sobre que le habían mandado al hotel desde su oficina. Recostándose en una silla, empezó a revisar los artículos que su ayudante le había enviado por correo urgente.

Los de Los Angeles eran excelentes, tal y como esperaba. Entusiastas y amenos. En San Diego podían haber sido más exhaustivos, pero le habían dado a Carlo la portada del suplemento gastronómico de un periódico, y la contraportada de la sección de estilo de otro. No podían quejarse. Los de Portland y Seattle incluían

una receta y críticas entusiásticas. Juliet se habría frotado las manos de alegría si no hubiera estado bebiendo café. Entonces llegó a los artículos de Denver. El café se le salió de la taza y le manchó la mano.

—¡Maldita sea! —hurgando en su maletín, encontró tres pañuelos de papel arrugados y empezó a limpiarse el café. Una columna de cotilleos. ¿Quién lo habría pensado? Juliet se concedió un momento para pensar y luego se relajó. La publicidad era la publicidad, a fin de cuentas. Y lo cierto era que Franconi generaba cotilleos.

Asintió distraídamente mientras leía de prisa el primer párrafo. Charlatán y superficial, pero no ofensivo. Había mucha gente que no miraba las secciones gastronómicas, y que sin embargo leía las columnas de cotilleos. Bien mirado, era seguramente una publicidad excelente. Entonces leyó el segundo párrafo y estuvo a punto de caerse de la silla. Esta vez, ni siquiera notó que el café se derramaba en el suelo. Su expresión cambió de perpleja a furiosa en cuestión de segundos. En el mismo espacio de tiempo, embutió los artículos en el sobre. No le resultó fácil, pero se dio cinco minutos para intentar calmarse antes de volver a la tienda.

El horario previsto sólo les permitía quedarse quince minutos más, pero Carlo tenía a más de veinte personas esperando y a otras tantas merodeando alrededor. Los quince minutos tendrían que convertirse en treinta. Apretando los dientes, Juliet se acercó a Bill.

—Ah, estás ahí —jovial como siempre, Bill le pasó un brazo alrededor de los hombros y la apretó—. Esto va de perlas. Ese pillín de Carlo sabe cómo encandilar a las mujeres sin enfadar a los hombres.

—Bill, ¿puedo usar el teléfono? Tengo que llamar a la oficina.

—Claro. Ven conmigo —la condujo a través de las secciones de psicología, novela del oeste y literatura romántica, hasta una puerta en la que ponía privado—. Sírrete tú misma —la invitó, indicándole que pasara a una habitación con una mesa metálica, un flexo y montones y montones de libros. Juliet se fue derecha al teléfono.

—Gracias, Bill —no esperó a que la puerta se cerrara para empezar a marcar—. Deborah Mortimor, por favor —le dijo a la operadora que contestó. Dando golpecitos con el pie, aguardó.

—Aquí la señorita Mortimor. —Deb, soy Juliet.

—Hola, estaba esperando que llamaras. Parece que, cuando vuelvas a Nueva York, vamos a tener un auténtico chollo con el Times. Acabo de...

—Eso luego —Juliet metió la mano en el maletín y sacó un frasco de antiácidos—. He recibido los artículos.

—Son geniales, ¿no?

—Sí, claro. Maravillosos.

—Oh oh —Deb aguardó un instante—. Lo dices por lo del numerito de Denver, ¿verdad?

Juliet le dio una rápida patada a la silla giratoria.

– Pues claro.

– Siéntate, Juliet – Deb no tenía que ver a Juliet para saber que se estaba paseando.

– ¿Sentarme? Me dan ganas de volver a Denver y estrangular a esa cretina.

– Matar periodistas no es bueno para una relaciones públicas, Juliet.

– «La encantadora compañera de viaje americana de Carlo Franconi» – citó entre dientes—. ¡Compañera de viaje! Da la impresión de que sólo le sirvo de entretenimiento para el camino. Y luego...

– Lo he leído – la interrumpió Deb—. Y Hal también, añadió, refiriéndose al director de publicidad. Juliet cerró los ojos un momento.

– ¿Y?

– Bueno, primero pasó por unos seis estados de ánimo diferentes. Al final, decidió que unos cuantos comentarios como ése avivarían el interés del público y ayudarían a aumentar la... bueno, la leyenda de Franconi, podríamos decir.

– Entiendo – Juliet apretó la mandíbula y sus dedos se crisparon sobre el frasco de pastillas—. Entonces, todo arreglado, ¿no? Me encanta contribuir a aumentar la leyenda de un cliente.

– Bueno, Juliet...

– Mira, dile a nuestro querido y viejo Hal que lo de Houston ha salido a pedir de boca – iba a necesitar dos pastillas. Juliet sacó otra del frasco con el pulgar—. No quiero que le digas que he llamado para hablar de... del incidenté de Denver.

– Como quieras.

Tomando un bolígrafo, Juliet se sentó y abrió un hueco en el escritorio.

– Ahora, cuéntame qué pasa con el Times.

Media hora después, Juliet estaba acabando de hacer su última llamada cuando Carlo asomó la cabeza en el despacho. Al ver que ella estaba al teléfono, Carlo hizo girar los ojos, cerró la puerta y se apoyó contra ella. Alzó una ceja al ver el frasco de antiácidos medio vacío.

– Sí, gracias, Ed, el señor Franconi llevará todos los ingredientes y estará en el estudio a las ocho en punto. Sí – ella se rió, a pesar de que estaba dando golpecitos con el pie en el suelo—. Está absolutamente delicioso. Te lo garantizo. Hasta dentro de dos días.

Cuando Juliet colgó, Carlo se acercó a ella.

– No has venido a rescatarme.

Ella le lanzó una mirada larga y lenta.

– Parecía que te las arreglabas muy bien sin mí.

El conocía aquel tono de voz, y aquella expresión. Lo único que tenía que hacer era encontrar su causa. Acercándose lentamente, tomó el frasco de pastillas.

– Eres muy joven para necesitar estas cosas.

– No sabía que hubiera un límite de edad para tener una úlcera.

El arrugó el ceño mientras se sentaba al borde de la mesa.

– Juliet, si creyera que tienes una úlcera, te llevaría a mi casa de Roma y te tendría en la cama un mes a base de purés. Ahora... –se guardó el frasco en el bolsillo–, dime cuál es el problema.

– Son varios, en realidad –dijo ella quisquillosamente mientras recogía sus notas–. Pero ya están arreglados. En Chicago tendremos que hacer la compra otra vez para ese plato de pollo que piensas hacer. Así que, si has acabado aquí, podemos...

– No –él puso una mano sobre su hombro y la sujetó en la silla–. No hemos acabado. Comprar pollo en Chicago no es lo que te ha hecho recurrir a las pastillas. Dime qué es.

La mejor defensa era siempre el hielo. La voz de Juliet se heló.

– Carlo, he estado muy ocupada...

– ¿Crees que después de dos semanas no te conozco? –impaciente, él la zarandeó con suavidad–. Tú sólo buscas las aspirinas o esos caramelitos de menta en el maletín cuando estás muy estresada. Y no me hace ni pizca de gracia.

– Pues así soy yo –ella intentó apartarle la mano sin conseguirlo–. Carlo, tenemos que llegar al aeropuerto.

– Tenemos tiempo de sobra. Dime qué pasa.

– Está bien –ella sacó el artículo del maletín con dos movimientos bruscos y se lo puso en las manos.

– ¿Qué es esto? –Carlo le echó un vistazo sin leerlo–. ¿Una de esas columnas sobre quién sale con quién y sobre qué se ponen cuando se ven?

– Más o menos.

– Ah –al empezar a leer desde el principio, Carlo asintió con la cabeza–. Y a ti te han visto conmigo.

Juliet cerró su cuaderno y lo guardó cuidadosamente en el maletín. Se recordó dos veces que no conseguiría nada perdiendo los nervios.

– Como tu relaciones públicas, eso difícilmente podía evitarse.

Él se limitó a asentir.

– Pero piensas que esto sugiere algo más.

– Dice algo más –replicó ella–. Y no es cierto.

– Aquí dice que eres mi compañera de viaje –él alzó la mirada, sabiendo que aquello no iba a sentarle bien–. Puede que no sea toda la historia, pero no es incierto. ¿Te molesta que te conozcan como mi acompañante?

Juliet no quería que se pusiera razonable.

– El matiz que tiene aquí la palabra «acompañante» no es ni profesional, ni inocente. No estoy aquí para que mi nombre aparezca unido al tuyo de este modo, Carlo.

– ¿De qué modo, Juliet?

– Aquí pone mi nombre y dice que siempre te tengo al alcance de la mano y que te guardo como si fueras mi propiedad personal. Y que tú...

– Que te beso la mano en locales públicos como si no pudiera esperar a estar a solas contigo – leyó Carlo de un vistazo –. ¿Y? ¿Qué importa lo que diga aquí?

Ella se pasó las manos por el pelo.

– Carlo, estoy aquí, contigo, para cumplir con mi trabajo. Este artículo ha pasado por mi oficina y por las manos de mi jefe. ¿No sabes que algo como esto podría arruinar mi credibilidad?

– No – dijo él con sencillez –. Esto no son más que habladurías. ¿Tu jefe se ha enfadado?

Ella se echó a reír, pero con poco humor.

– No. En realidad, por lo visto le parece estupendo. Favorece tu imagen.

– Bueno, ¿y entonces?

– Yo no quiero servir para favorecer tu imagen – replicó ella con tanto ímpetu que los dos se sorprendieron –. No pienso ser uno más entre esas decenas de nombres y caras asociadas contigo.

– Bien – murmuró él –. Al fin hemos dado con la ver – ad. Estás enfadado conmigo por esto – él dejó los artículos sobre la mesa –. Estás enfadada porque ahora hay mas verdad en este artículo que cuando se escribió.

– No quiero estar en la lista de nadie, Carlo – su voz abia bajado, calmándose. Metió los puños cerrados en 0S bºlsillos de la falda –. Ni en la tuya, ni en la de nadie. No he llegado hasta donde estoy para permitir que ahora ocurra esto.

Carlo se levantó, preguntándose si Juliet comprendía lo ofensivas que eran sus palabras. No, para ella eran hechos fehacientes, no dardos.

– Yo no te he puesto en ninguna lista. Si tú estás pensando en una, eso no tiene nada que ver conmigo.

– Hace un par de semanas era una actriz francesa y el mes anterior una condesa viuda.

Él no gritó, pero le costó toda su fuerza de voluntad moderar su voz.

– Nunca he fingido que fueras la primera mujer con la que me acostaba. Ni esperaba ser el primer hombre con el que te acostabas tú.

– Eso es totalmente distinto.

– Ah, ahora eres tú quien emplea un doble rasero – Carlo recogió el artículo, hizo una bola con él y lo tiró a la papelera –. No tengo paciencia para estas cosas, Juliet.

Carlo se acercó a la puerta antes de que ella hablara.

—Espera, Carlo —él se dio la vuelta, intentando refrenar su ira—. Maldita sea —con las manos todavía en los bolsillos, Juliet caminó de un montón de libros a otro—. No pretendía reprocharte nada. Está totalmente fuera de lugar y lo lamento de veras. Supongo que pensarás que ahora mismo no pienso con mucha claridad.

—Eso parece.

Juliet dejó escapar un suspiro, percibiendo el filo aguzado de la voz de Carlo.

—No sé cómo explicarlo. Sólo puedo decir que mi carrera es muy importante para mí.

—Eso lo entiendo.

—Pero no es más importante que mi intimidad. No quiero que mi vida privada sea la comidilla de la oficina.

—La gente habla, Juliet. Es natural e insignificante.

—Yo no puedo quitármelo de encima con la misma facilidad que tú —ella recogió el maletín y luego volvió a dejarlo sobre la mesa—. Estoy acostumbrada a permanecer en segundo plano. Organizo las cosas, me ocupo de los detalles, voy de acá para allá, pero es la foto de otro la que sale en el periódico. Y así es como quiero que sea.

—No siempre se tiene lo que se quiere —con los pulgares enganchados en los bolsillos, Carlo se recostó contra la puerta y la miró—. Tu enfado tiene que ver con algo más profundo que unas cuantas líneas en un periódico de las que nadie se acordará mañana.

Ella cerró los ojos un momento y luego se volvió hacia él.

—Está bien, sí, pero no se trata de que esté enfadada. Me he colocado en una posición delicada contigo, Carlo.

El sopesó cuidadosamente la frase, la analizó y la juzgó.

—¿Una posición delicada?

—Por favor, no me malinterpretes. Estoy aquí, contigo, por mi trabajo. Es muy importante para mí cumplir con mi labor con la mayor profesionalidad posible. Lo que ha pasado entre nosotros...

—¿Y qué ha pasado entre nosotros? —preguntó él al ver que ella se interrumpía.

—No me lo pongas difícil.

—Está bien, te lo pondré fácil. Somos amantes.

Ella dejó escapar un largo y trémulo suspiro, preguntándose si de veras creía él que aquello era fácil. Para él tal vez fuera un paseo más a la luz de la luna. Para ella, era una carrera a través de un huracán.

—Quiero mantener ese aspecto de nuestra relación completamente separado del ámbito profesional.

A Carlo lo sorprendió que aquella aseveración le pareciera enternecedora. Tal vez el hecho de que Juliet era medio romántica, medio empresaria, fuera en Parte la razón por la que se sentía atraído por ella.

– Juliet, amor mío, parece que estás negociando un contrato.

– Puede que sea así – los nervios empezaban a apoderarse de ella otra vez –. Puede que en cierto sentido sea eso lo que estoy haciendo.

La furia de Carlo se había disipado. Los ojos de Juliet no parecían tan firmes como su voz. Sus manos, notó él, se retorcían. Se acercó lentamente a ella, complacido al ver que, pese a que ella no se apartaba, su recelo hubiera hecho de nuevo acto de presencia.

– Juliet... – alzó una mano para acariciarle el pelo –, se pueden negociar cláusulas y horarios, pero no emociones.

– Pero las emociones se pueden... regular.

Él la agarró de las manos, besándoselas.

– No.

– Carlo, por favor...

– Te gusta que te toque – murmuró él –. Aunque estemos aquí o entre un montón de extraños. Si toco tu mano así, ya sabes en qué estoy pensando. No siempre se trata de pasión. Hay veces que, cuando te veo o te toco, sólo tengo ganas de estar contigo... hablando, o sentado en silencio. ¿Quieres que negociemos cómo tengo que tocarte la mano o cuántas veces al día me está permitido?

– No me hagas parecer tonta.

Los dedos de Carlo se tensaron sobre los suyos.

– No hagas que lo que siento por ti parezca una tontería.

– Yo... – no, ella no podía tocar ese tema. No se atrevía –. Carlo, yo sólo quiero que las cosas sean más simples.

– Imposible.

– No, no es cierto.

– Entonces, dime, ¿esto es simple? – deslizándolo un dedo sobre su hombro, se inclinó para besarla. Tan suavemente, con tanta delicadeza, que apenas la besó. Ella sintió que sus piernas se disolvían de rodilla para abajo.

– Carlo, nos estamos saliendo del tema.

Él deslizó los brazos a su alrededor.

– A mí este tema me gusta mucho más. Cuando lleguemos a Chicago... – sus dedos se deslizaron arriba y abajo por la espalda de Juliet mientras empezaba a depositar suaves besos sobre su cara –, quiero pasar la noche a solas contigo.

– Tenemos... tenemos una cita para tomar una copa a las diez con...

– Cancélala.

—Sabes que no puedo, Carlo.

—Muy bien —él tomó el lóbulo de su oreja entre los dientes—. Diré qué estoy cansado y me aseguraré de que nos vamos prontito a la cama. Luego, me pasaré el resto de la noche haciéndote cositas así.

Su lengua se introdujo en la oreja de Juliet y luego se retiró hacia su lóbulo. El estremecimiento que se apoderó de Juliet bastó para excitarlos a ambos.

—Tú no lo entiendes, Carlo.

—Entiendo que te deseo —la agarró por los hombros—. Si ahora te dijera que te deseo más de lo que he deseado a ninguna otra mujer, no me creerías.

Ella se retiró, pero Carlo la agarró de nuevo.

—No, no te creería. No hace falta que lo digas.

—Te da miedo oírlo. Te asusta creerlo. Conmigo no conseguirás que las cosas sean simples, Juliet. Pero a cambio tendrás un amante que no podrás olvidar.

Ella se calmó un poco y lo miró fijamente.

—Ya me he resignado a eso, Carlo. No pienso pedir «culpas por ello, ni me arrepiento de haber acudido a ti anoche.

—Entonces, resígnate también a esto —la ira volvió a aparecer en sus ojos, ardiente y volátil—. Me importa un comino lo que digan los periódicos, lo que se murmure en los despachos de Nueva York. Lo único que me importa en este momento eres tú.

Algo se rompió suavemente dentro de ella. Una línea defensiva construida instintivamente a lo largo de los años. Sabía que no debía tomárselo al pie de la letra. A fin de cuentas, se trataba de Carlo Franconi. Si ella le importaba, era únicamente a su modo y por un tiempo. Sin embargo, algo se había hecho añicos en su interior, y ella no podría reconstruirlo fácilmente. En lugar de hacerlo, prefirió mostrarse franca.

—Carlo, no sé cómo manejarte. No tengo experiencia en estas cosas.

—Pues no intentes manejarme —él la tomó de nuevo por los hombros—. Confía en mí.

Juliet puso las manos sobre las de él, las apretó un momento y luego se apartó.

—Es muy pronto. Y esto es demasiado para mí.

A veces, en su trabajo, Carlo tenía que derrochar paciencia. En su vida privada le sucedía mucho más raramente. Sin embargo, sabía que, si presionaba a Juliet en ese momento, como deseaba hacer por alguna razón que no alcanzaba a explicarse, sólo conseguiría que se distanciaran aún más.

—Entonces, por ahora, nos limitaremos a disfrutar el uno del otro.

Eso era lo que ella quería, se dijo Juliet. Nada más, ni nada menos. Sin embargo, tenía ganas de llorar.

—De acuerdo, disfrutaremos el uno del otro —dijo. Dejando escapar un suspiro, tomó la cara de Carlo entre las manos como él hacía a menudo con la suya—. Muchísimo.

Al apoyar su frente en la de ella, Carlo se preguntó por qué aquello no le parecía suficiente.

Capítulo IX

Harta del viaje y ansiosa por tomar una copa y poner los pies en alto, Juliet se acercó al mostrador de recepción de su hotel en Chicago. Al echar un rápido vistazo al vestíbulo, descubrió con agrado suelos de mármol, esculturas y elegantes palmeras colocadas en tiestos. Tales lugares solían incluir grandes y refinados cuartos de baño. Y ella pensaba pasar su primera hora en Chicago con el cuerpo sumergido de cuello para abajo.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Tenemos una reserva a nombre de Franconi y Trent.

Pulsando unas teclas del ordenador, el recepcionista hizo aparecer sus reservas en la pantalla.

—¿Se quedarán dos noches, señorita Trent?

—Sí, eso es.

—Todo está en orden. Si el señor Franconi y usted tienen la amabilidad de rellenar estos impresos, llamaré a un botones.

Mientras garabateaba la información que exigía el impreso, Carlo levantó la mirada. De perfil, Juliet estaba encantadora, aunque quizá un poco cansada. Llevaba el pelo recogido hacia atrás, un poco suelto en los lados y apenas alborotado por el viaje. Parecía capaz de soportar una reunión de negocios de tres horas sin quejarse. Pero entonces arqueó la espalda y cerró los ojos un instante mientras estiraba los hombros. Carlo deseó cuidar de ella.

—Juliet, no nos hacen falta dos habitaciones.

Ella cambió de posición la bolsa que llevaba al hombro y firmó el impreso.

—No empieces, Carlo. Ya está todo arreglado.

—Pero es absurdo. Te vas a quedar en mi suite, así que la otra habitación sobra.

El recepcionista se mantenía a una distancia prudencial, pero escuchaba cada palabra. Juliet sacó su tarjeta de crédito de la cartera y la dejó sobre el mostrador. Carlo notó con cierto regocijo que ya no parecía cansada, y deseó hacerle el amor durante horas.

—Cargue aquí todos mis gastos y los del señor Franconi —le dijo al recepcionista con calma.

Carlo empujó su impreso hacia el recepcionista y luego se apoyó sobre el mostrador.

—Juliet, ¿no te sientes ridícula cruzando el pasillo constantemente? Es absurdo, hasta para un editor, pagar una cama en la que no va a dormir nadie.

Con la mandíbula apretada, ella recogió de nuevo su tarjeta de crédito.

—Yo te diré lo que es ridículo —dijo en voz baja—. Es ridículo que te empeñes en avergonzarme delante de todo el mundo.

—Sus habitaciones son la 1102 y la 1108 —el recepcionista empujó las llaves hacia ellos—. Me temo que están en extremos opuestos del pasillo, y no enfrente.

—Está bien —al darse la vuelta, Juliet vio que el botones había cargado su equipaje en un carrito y los estaba escuchando atentamente. Sin decir una palabra, se dirigió hacia los ascensores.

Caminando a su lado tranquilamente, Carlo notó que la cajera tenía una sonrisa espectacular.

—Juliet, me parece extraño que te avergüence algo tan simple.

—Yo no creo que sea simple —ella apretó el botón de llamada del ascensor.

—Perdóname —Carlo se mordió la lengua—. Es que, si mal no recuerdo, dijiste que querías que nuestra relación fuera lo más simple posible.

—No me repitas lo que dije. Lo que dije no tiene nada que ver con lo que quería decir.

—Desde luego que no —murmuró él, y esperó a que ella entrara en el ascensor.

Al ver la expresión de Juliet, el botones empezó a preocuparse por su propina. Puso una sonrisa conciliadora.

—Bueno, ¿van a estar en Chicago mucho tiempo?

—Dos días —dijo Carlo amablemente.

—En dos días se pueden ver muchas cosas. Supongo que querrán bajar al lago...

—Hemos venido por negocios —lo atajó Juliet—. Sólo por negocios.

—Sí, señora —con una sonrisa, el botones sacó el carrito al pasillo—. La 1108 es nuestra primera parada.

—Ésa es la mía —Juliet sacó de nuevo su cartera y extrajo unos billetes mientras el botones abría la puerta—. Esas dos bolsas —las señaló y se volvió hacia Carlo—. Hemos quedado con Dave Lockwell en el bar a las diez para tomar una copa. Hasta entonces, puedes hacer lo que quieras.

—Se me ocurren algunas ideas —empezó a decir él, pero Juliet pasó a su lado con rapidez. Tras ponerle los billetes en la mano al botones, cerró la puerta produciendo un rápido chasquido.

Treinta minutos, en opinión de Carlo, era tiempo suficiente para que cualquiera se calmara. La actitud envarada que había mostrado Juliet respecto al asunto de las habitaciones le había causado más exasperación que enojo. Claro, que él siempre esperaba que las mujeres resultaran exasperantes. Por un lado, la reacción de Juliet le parecía bastante enternecedora e ingenua. ¿De veras creía ella que el hecho de que fueran amantes haría parpadear siquiera al recepcionista o al botones?

El hecho de que lo creyera, y de que probablemente siguiera creyéndolo siempre, era otro aspecto de su carácter que atraía a Carlo. Juliet Trent era siempre discreta, hiciera lo que hiciese. Sin embargo, bajo su impecable traje de negocios, se escondía una pasión abrasadora. Carlo la encontraba irresistible.

Sacó del jarrón una de las rosas que había hecho que le subieran de la floristería del hotel, olfateó sus pétalos una vez y luego recorrió el pasillo camino de la habitación de Juliet.

Ella acababa de salir de la bañera humeante y se estaba secando. Si cinco minutos antes hubiera oído que llamaban a la puerta, se habría puesto a gruñir. Pero se puso la bata y fue a responder.

Esperaba que fuera él. No era tan tonta como para creer que un hombre como Carlo se tomaría un portazo como una negativa definitiva. Lo que no se esperaba era la rosa. Aunque sabía que no era sensato dejarse conmover por una sola flor de tallo largo y pétalos del color del sol, se enterneció de todos modos. Su plan de mantener una conversación seria con Carlo se tambaleó.

—Pareces descansada —en lugar de darle la rosa, Carlo la tomó de la mano. Antes de que ella pudiera decidir si lo dejaba pasar, él entró.

Si no se ponía en su lugar de inmediato, pensó Juliet, nunca podría hacerse valer.

—Ya que estás aquí, hablaremos. Tenemos una hora.

—Por supuesto —él echó un vistazo a la habitación, como tenía por costumbre. La maleta de Juliet estaba sobre una mesa, todavía hecha, pero con la tapa abierta. No era muy práctico hacer y deshacer las maletas cuando uno se pasaba el tiempo saltando de una ciudad a otra. A pesar de que estaban comenzando su tercera semana de gira, el contenido de la maleta seguía pareciendo limpio y organizado. Carlo no esperaba menos de ella. Su cuaderno estaba ya junto al teléfono con dos bolígrafos. La única cosa que parecía un tanto fuera de lugar en aquella pulcra e impersonal habitación eran los zapatos de tacón italianos colocados en medio de la alfombra, donde Juliet se los había quitado. Aquella inconsecuencia cuadraba con ella a la perfección.

—Hablaríamos mejor —comenzó a decir Juliet— si dejaras de dar vueltas.

—¿Sí? —Carlo se sentó conciliadoramente y agitó la rosa bajo su nariz—. ¿Quieres que hablemos de lo que vamos a hacer en Chicago?

—No... Sí —Juliet tenía al menos una docena de cosas que repasar con él. Pero, por una vez, dejó los negocios en segundo término—. Pero más tarde —decidida a aprovechar cualquier ventaja, Juliet permaneció de pie—. Primero, quiero que hablemos de lo que ha pasado en recepción. Fue totalmente inadecuado.

—¿De veras? —Carlo había aprendido que una buena estrategia se urdía con preguntas amistosas o, sencillamente, asintiendo.

—Desde luego que sí —olvidando su estrategia, Juliet se dejó caer sobre el borde de la cama—. No tenías derecho a discutir nuestros asuntos personales en público, Carlo.

—Tienes mucha razón.

—Yo... —el apacible asentimiento de Carlo la dejó des—°ncertada. El discurso firme y moderadamente eno—Ja o que había preparado en la bañera se fue al garete.

—Debo disculparme —continuó él antes de que Juliet lograra rehacerse—. Fue muy desconsiderado por mi parte.

—Bueno, no —tal y como él había planeado, Juliet salió en su defensa—. No fue desconsiderado, sino inapro—piado.

Él desbarató la defensa de Juliet agitando la rosa.

—Eres muy buena, Juliet. Verás, estaba pensando solamente en lo práctica que eres. Es una de las cosas que más admiro de ti. Aparte de las de mi familia, he conocido a muy pocas mujeres realmente prácticas. Ese rasgo tuyo me atrae tanto como el color de tus ojos o la tersura de tu piel.

Sintiendo que perdía pie, Juliet se sentó más derecha.

—No hace falta que me halagues, Carlo. Es simplemente cuestión de establecer ciertas normas de partida.

—¿Lo ves? —él se inclinó hacia delante para acariciar los dedos de Juliet—. Eres demasiado práctica como para esperar halagos o dejarte conmover por ellos. ¿A quién puede extrañarle que esté encantado contigo?

—Carlo...

—Aún no he terminado —él se retiró lo suficiente como para lanzar un ataque en toda regla—. Veras, conociéndote, pensé que estarías de acuerdo en que era absurdo y muy poco práctico reservar habitaciones separadas cuando lo que queremos es estar juntos. Porque tú quieres estar conmigo, ¿no, Juliet?

Frustrada, ella se quedó mirándolo. Le estaba dando la vuelta a la situación por completo. Segura de ello, Juliet buscó un asidero.

—Carlo, esto no tiene nada que ver con el hecho de que yo quiera estar contigo.

Él alzó una ceja.

—¿Ah, no?

—No. Tiene que ver con la línea que separa nuestra relación profesional de nuestra vida privada.

—Una línea difícil de trazar. Quizá imposible, al menos para mí. Quiero estar contigo, Juliet, cada momento que tengamos. Me molesta hasta que pasemos un rato separados. No me conformo con un par de horas cada noche. Quiero más, mucho más.

Al decirlo, Carlo se quedó asombrado. Aquella no había sido una de sus astutas artimañas. Aquella pequeña joya había surgido de algún lugar de su interior en el que había permanecido sigilosamente escondida, aguardando su momento para pillarlo desprevenido.

Se levantó y, para darse un momento, se acercó a la ventana y contempló el fluir del tráfico de Chicago, que corría y luego se paraba de pronto, giraba y serpenteaba y luego seguía adelante a toda prisa. La vida era así, se dijo Carlo. Uno podía avanzar a toda velocidad, pero nunca sabía cuándo algo iba a detenerlo de pronto.

Juliet permanecía en silencio detrás de él, sopesando lo que él había dicho, lo que quería decir en realidad y lo que ella sentía. Desde el principio había procurado tener presente la definición de Carlo de un asunto amoroso. Una simple vuelta en el carrusel. Cuando la música cesaba, uno se apeaba sabiendo que su dinero había valido la pena. Ahora, con unas pocas palabras, él parecía querer cambiar de perspectiva. Juliet se preguntaba si estaban preparados para ello.

—Carlo, dado que dices que lo soy, voy a ser práctica —ella se levantó, haciendo acopio de fuerzas—. Nos queda una semana de gira. En ese espacio de tiempo, tenemos que visitar Chicago y otras cuatro ciudades más. Para ser sincera, preferiría que en este momento el único asunto que hubiera entre nosotros fuera de índole personal.

El se dio la vuelta y, aunque a Juliet su sonrisa le parecía un tanto extraña, al menos sonrió.

—Eso es lo más bonito que me has dicho en todos estos días y en todas esas ciudades, Juliet.

Ella dio un paso hacia él. Parecía absurdo pensar en los riesgos que corrían teniendo tan poco tiempo.

—Estar contigo es algo que no olvidaré nunca, por más que lo intente durante los próximos años.

—Juliet...

—No, espera. Quiero estar contigo, y una parte de mí odia el tiempo que perdemos con otra gente, en habitaciones separadas, en todos esos compromisos que hicieron que nos conociéramos. Pero otra parte de mí sabe que todas esas cosas son completamente necesarias. Esas cosas seguirán ahí cuando cada uno de nosotros esté en un lugar distinto —«no, no pienses ahora en eso», se advirtió ella. Si lo hacía, su voz vacilaría—. Por más tiempo que pase contigo en tu suite, necesito una habitación

propia aunque sólo sea para saber que está ahí. Tal vez sea por mi parte práctica, Carlo.

«O por tu parte vulnerable» pensó él. Pero ¿acaso no acababa de descubrir que él también tenía una parte vulnerable? Su nombre era Juliet.

— En fin, haremos lo que quieras — y tal vez fuera mejor así. Quizá él también necesitara pasar algún tiempo a solas para pensar bien las cosas.

— ¿No vamos a discutir?

— ¿Discutimos alguna vez, cara?

Los labios de ella se curvaron.

— Nunca — ella dio un paso adelante y le rodeó el cuello con los brazos —. ¿Te he dicho alguna vez que, cuando empecé a preparar esta gira, al ver tu fotografía pense que eras guapísimo?

— No — él la besó suavemente —. ¿Por qué no me lo dices ahora?

— Y sexy, además — murmuró ella, llevándolo hacia la cama —. Muy, muy sexy.

— Conque sí, ¿eh? — él se dejó persuadir para tumbarse en la cama —. Así que decidiste en tu despacho de Nuevo York que seríamos amantes.

— Decidí en mi despacho de Nueva York que nunca seríamos amantes — ella empezó a desabrocharle la camisa lentamente —. Decidí que lo último que quería era dejarme seducir y enamorar por un guapísimo chef italiano con una fila de mujeres a sus espaldas más larga que una hilera de espaguetis, pero...

— Sí — él le lamió el cuello —. Creo que prefiero el «pero».

— Pero me parece que no se pueden tomar decisiones si tener en cuenta todos los datos.

— ¿Te he dicho alguna vez que tu sentido práctico me vuelve loco?

Ella suspiró mientras Carlo le deshacía el nudo de la bata.

— ¿Te he dicho alguna vez que me encanta que los hombres me regalen flores?

— Flores... — él alzó la cabeza y recogió la rosa que había dejado sobre la almohada, a su lado —. ¿Te sirve con una, querida?

Riendo, ella lo atrajo hacia sí.

Juliet llegó a la conclusión de que había visto más de Chicago al sobrevolar el aeropuerto que durante el día y medio que había estado allí. Los trayectos en taxi desde el hotel a los estudios de televisión, desde los estudios de televisión a los grandes almacenes, de los grandes almacenes a las librerías y de vuelta al hotel otra vez no eran forma de visitar una ciudad. Allí mismo decidió que, cuando tomara sus

vacaciones a finales de mes, se iría a algún lugar caluroso con el único propósito de tumbarse a la bartola junto a una piscina de sol a sol.

El único momento remotamente divertido que pasaron consistió en otra expedición a un mercado, donde Juliet presenció cómo elegía Carlo un orondo pollo de cuatro kilos para su cacciatore.

Él tenía que preparar su pollastro alia cacciatore durante la emisión en directo de uno de los programas matinales más vistos del país. Junto a El show de Simpson, Juliet consideraba aquella aparición el momento culminante de la gira. Vamos a hablar era el programa de mayor audiencia de la televisión diurna, y seguía siendo popular y polémico pese a llevar cinco temporadas en antena.

Aunque conocía las habilidades de Carlo como showman, Juliet estaba nerviosa como un gato. El programa se emitiría en directo en Nueva York. Ella no dudaba de que en su departamento todos lo estarían viendo. Si Carlo era un bombazo, el mérito sería sólo suyo. Si era un fracaso, la culpa sería de ella. Así funcionaban las cosas en el mundo de las relaciones públicas.

Carlo no estaba en absoluto nervioso. Podía hacer cacciatore con los ojos vendados, de memoria y usando una sola mano. Tras observar cómo se paseaba Juliet de un lado a otro por la pequeña sala de descanso, sacudió la cabeza.

—Relájate, mi amor, no es más que pollo.

—No olvides mencionar los días que estaremos en las otras ciudades. Este programa se emite en todas ellas.

—Ya me lo has dicho.

—Y el título del libro.

—No lo olvidaré.

—Y acuérdate de decir que preparaste este plato para el presidente cuando visitó Roma el año pasado.

—Intentaré recordarlo. Juliet, ¿no te apetece un café? —ella sacudió la cabeza negativamente y siguió paseando. ¿Qué más?—. A mí me vendría bien uno —decidió Carlo.

Ella miró hacia la cafetera, colocada sobre una placa caliente.

—Sírvete tú mismo.

Él sabía que, si tenía algo que hacer, Juliet dejaría de preocuparse aunque fuera un momento. Y dejaría de pasearse delante de él.

—Juliet, nadie con un poco de corazón le pediría a otra persona que se beba ese veneno que lleva hirviendo desde el amanecer.

—Ah —sin vacilar, ella asumió el rol de camarera—. Yo me encargo.

—Grazie.

Ella vaciló en la puerta.

—Puede que el periodista del Sun se pase por aquí antes de que empiece el programa.

—Sí, ya me lo has dicho. Seré encantador.

Mascullando para sí misma, Juliet se fue en busca de un ordenanza.

Carlo se recostó en el asiento y estiró las piernas. Tendría que beberse el café cuando ella se lo llevara, aunque no le apetecía. Tampoco quería tomar el avión hacia Detroit esa misma tarde, pero esas cosas eran inevitables. Además, Juliet y él tendrían la noche libre en Detroit. ¿En qué estado estaba Detroit, por cierto? No estarían allí el tiempo suficiente como para preocuparse por eso.

En todo caso, pronto llegaría a Filadelfia y allí podría ver a Summer. Necesitaba verla. Aunque siempre había tenido amigas, algunas de ellas íntimas, nunca había necesitado una como en ese momento. Con Summer podría hablar sabiendo que ella escucharía atentamente lo que quería decirle sin repetírselo a nadie. Antes nunca lo habían molestado las habladurías, pero tratándose de Juliet... Tratándose de Juliet, nada era como había sido antes.

Ninguna de sus anteriores relaciones amorosas se había convertido en una adicción. Despertarse por la mañana junto a una mujer había sido siempre un placer, nunca una necesidad. Día a día, Juliet iba cambiando aquello. Él no podía imaginar su dormitorio en Roma sin ella, a pesar de que Juliet nunca había estado allí. Y hacía tiempo que había dejado de imaginarse a otras mujeres en su cama.

Levantándose, empezó a pasearse de un lado a otro, como había hecho Juliet. Cuando la puerta se abrió, se dio la vuelta, esperando que fuera ella. La rubia alta y esbelta que entró no era Juliet, pero le resultaba familiar.

—¡Carlo! ¡Cuánto me alegro de verte otra vez!

—¡Lidia! —él sonrió, maldiciéndose por no haber conectado el nombre de la periodista del Sun con la cara de la mujer con la que había pasado dos días interesantes en Chicago un año y medio antes—. Estás preciosa.

Naturalmente, era cierto. Lidia Dickerson no se conformaba con menos. Era inteligente, atractiva y desinhibida. Y, si Carlo no recordaba mal, cocinaba de maravilla y era una excelente crítica especializada en gastronomía.

—Me llevé una alegría cuando supe que venías a Chicago. Haremos la entrevista después del programa, pero quería pasar antes para verte —Lidia se acercó a él contoneándose, envuelta en un olor a lilas primaverales y en el vuelo de su amplia falda—. ¿Te importa?

—Claro que no —sonriendo, él tomó su mano extendida—. Siempre me alegra ver a una vieja amiga.

Ella sonrió y puso las manos sobre sus hombros.

—Debería estar enfadada contigo, caro. Tienes mi número y mi teléfono no sonó anoche.

—Ah —él puso las manos sobre las muñecas de Lidia, preguntándose cómo podía zafarse—. Tendrás que perdonarme, Lidia. Tengo una agenda brutal. Y hay

una... complicación —hizo una mueca, pensando en qué pensaría Lidia si supiera que se refería a ella como a «una complicación».

—Carlo —ella se acercó un poco más—, no me digas que no tienes un par de horas para una... vieja amiga. Tengo una receta fantástica de vitéllo tonnato —ronroneó, y el nombre del plato sonó como algo que había que comerse a la luz de la luna—. ¿Para quién voy a hacerla sino para el mejor chef de Italia?

—Me siento halagado —Carlo apoyó las manos en las caderas de Lidia, confiando en apartarla sin que se sintiera ofendida. Hasta mucho después no se daría cuenta de que no había sentido aquella fugaz punzada de deseo que solía sentir—. No he olvidado que eres una cocinera excelente, Lidia.

La risa de ella sonó baja y llena de recuerdos.

—Espero que no hayas olvidado otras cosas.

—No —él dejó escapar un suspiro y optó por la franqueza—. Pero, verás, estoy...

Antes de que pudiera acabar la frase, la puerta se abrió de nuevo. Juliet entró con una taza de café en la mano y se quedó parada de pronto. Miró a la rubia, que abrazaba a Carlo. Al mirar la cara de Carlo, alzó una ceja. Ojalá hubiera tenido una cámara.

—Juliet, yo...

—Os dejo unos minutos a solas para la... entrevista preliminar —dijo ella con calma—. Intenta estar preparado a las ocho cincuenta, Carlo. Tienes que echarle un último vistazo al decorado de la cocina —sin decir otra palabra, Juliet cerró la puerta tras ella.

A pesar de que seguía abrazada a Carlo, Lidia miró hacia la puerta cerrada.

—¡Uf! —dijo.

Carlo dejó escapar un largo suspiro mientras se separaban.

—Yo no podría haberlo expresado mejor. A las nueve, Juliet se hallaba sentada en un incómodo asiento en medio del público. Cuando Lidia se deslizó en el asiento contiguo al suyo, saludó a la periodista inclinando la cabeza y volvió a fijar la vista en el decorado. A su modo de ver, había quedado perfecto.

Cuando fue presentado con un alegre aplauso, Juliet empezó a relajarse un poco. Pero cuando empezó a preparar el pollo moviéndose como un cirujano mientras hablaba con la presentadora, su relajación fue ya completa. Carlo iba a estar fantástico.

—Tiene algo, ¿eh? —murmuró Lidia durante el primer descanso.

—Sí —dijo Juliet.

—Carlo y yo nos conocimos la última vez que estuvo en Chicago.

—Sí, me lo imaginaba. Me alegro de que haya podido venir esta mañana. ¿Recibió el libro de prensa que le mandé?

«Es fría», pensó Lidia, removiéndose en su asiento.

—Sí. Creo que el artículo saldrá a fines de esta semana. Le enviaré una copia.

—Se lo agradecería.

—Señorita Trent...

—Juliet, por favor —Juliet se giró hacia ella y esbozó una amplia sonrisa—. No hacen falta tantas formalidades.

—Está bien, Juliet, me siento como una tonta.

—Lo lamento. No deberías.

—Le tengo mucho cariño a Carlo, pero yo nunca me meto en terreno ajeno.

—Lidia, estoy segura de que no hay una sola mujer sobre la Tierra que no le tomara cariño a Carlo —cruzó las piernas mientras la cuenta atrás para salir en antena empezaba de nuevo—. Si pensara que tienes intención de pisarme el terreno, no serías capaz ni de agarrar el lápiz.

Lidia se quedó parada un momento. Luego se recostó en el asiento, riendo. Carlo se había buscado a una mujer de armas tomar. Le estaba bien empleado.

—¿Te importa que te desee suerte?

Juliet le lanzó otra sonrisa.

—Te lo agradecería.

Juliet y Lidia podían haber llegado a un acuerdo amistoso, pero a Carlo no le resultaba fácil concentrarse en su trabajo mientras las veía sentadas una al lado de la otra entre el público. Su rápida y enérgica aventura con Lidia había durado apenas dos días. Apenas sabía de ella que le gustaban el aceite de cacahuete para cocinar y las sábanas azules. Sabía lo fácil que era que un hombre fuera ejecutado sin juicio previo. Casi le parecía sentir el cosquilleo de la soga alrededor del cuello.

Pero él era inocente. Vertió la mezcla de tomates, salsa y especias sobre el pollo tostado y tapó la cacerola. Juliet tendría que escucharlo, aunque tuviera que atarla.

Terminó el plato con la finura de un artista completando un retrato regio. Actuaba ante el público como un consumado actor. Pero por la cabeza se le pasaban los negros pensamientos que acometían a un hombre en el cadalso.

Cuando el programa acabó, pasó unos instantes con la presentadora y luego dejó que el equipo devorara uno de sus mejores cacciatores. Pero cuando volvió a la sala de descanso, Juliet no estaba allí. Lidia lo estaba esperando. No le quedaba más remedio que enfrentarse primero a ella y a la entrevista.

Lidia no se lo puso fácil. Claro, que las mujeres rara vez ponían las cosas fáciles. Ella se puso a parlotear como si nada hubiera ocurrido. Le hizo preguntas y anotó sus respuestas con un brillo malicioso en la mirada. Al final, Carlo se hartó.

—Está bien, Lidia, ¿qué le has dicho?

—¿A quién? —haciéndose la tonta, Lidia lo miró parpadeando—. Ah, a tu relaciones públicas. Una mujer encantadora. Claro, que yo no soy quién para ponerle reparos a tu gusto, querido.

Él se levantó maldiciendo y preguntándose qué hacía con las manos un hombre desesperado.

—Lidia, nosotros pasamos juntos unas cuantas horas maravillosas. Nada más.

—Lo sé —algo en su tono de voz hizo que Carlo se volviera y la mirara—. No creo que ninguno de los dos pueda contar el número de horas maravillosas que ha pasado —encogiéndose de hombros, se levantó. Tal vez ella lo comprendiera, incluso puede que envidiara lo que creía haber visto en sus ojos, pero ello no era razón para dejar que se fuera de rositas—. Tu Juliet y yo sólo hemos estado charlando, querido —guardó su cuaderno y su bolígrafo en el bolso—. Cosas de chicas, ya sabes. Sólo cosas de chicas. Gracias por la entrevista, Carlo —se detuvo en la puerta y miró hacia atrás—. Si alguna vez vuelves a Chicago sin... complicaciones, llámame. Cíao.

Cuando ella se marchó, Carlo pensó en romper algo. Pero, antes de que pudiera decidir qué rompía, entró Juliet.

—Vamonos, Carlo. El taxi está esperando. Parece que tenemos tiempo suficiente para volver al hotel, recoger las maletas y tomar el próximo vuelo.

—Quiero hablar contigo.

—Sí, vale. Hablaremos en el coche —ella echó a andar por el sinuoso pasillo y a Carlo no le quedó más remedio que seguirla.

—Cuando me dijiste el nombre de la periodista, no caí en la cuenta.

—¿En la cuenta de qué? —Juliet abrió la pesada puerta metálica y salió al aparcamiento trasero. Si hubiera hecho un poco más de calor, pensó, Carlo podría haber frito el pollo en el asfalto—. Ah, de que la conocías. Bueno, es tan difícil acordarse de toda la gente a la que conocemos, ¿verdad? —ella se deslizó en el taxi y le dio al conductor el nombre del hotel.

—Hemos cruzado medio país —irritado, Carlo se montó a su lado—. Las cosas empiezan a estar un tanto confusas.

—Sí, claro —ella le dio una palmadita compasiva en la mano—. Detroit y Boston serán un infierno. Tendrás suerte si recuerdas tu propio nombre —sacó su cajita de maquillaje para darse un rápido retoque—. Claro, que tal vez pueda echarle una mano en Filadelfia. Ya me has dicho que allí tienes una... amiga.

—Lo de Summer es distinto —él le quitó la cajita de maquillaje—. La conozco hace años. Estudiamos juntos. Nunca hemos... Sólo somos amigos —concluyó mascullando—. No me gusta dar explicaciones.

—Ya lo he notado —ella empezó a sacar billetes y calculó la propina mientras el taxi se detenía frente al hotel. Al bajarse del coche, le lanzó a Carlo una larga mirada—. Nadie te las ha pedido.

—Esto es absurdo —él la agarró del brazo antes de que Juliet alcanzara las puertas giratorias—. Sí que me las has pedido. No hace falta que digas nada.

—La mala conciencia te hace imaginar toda clase de cosas —ella atravesó las puertas y entró en el vestíbulo.

—¿La mala conciencia? —furioso, Carlo la garro del brazo junto al ascensor—. Esto no tiene nada que ver con mi conciencia. Hay que cometer un crimen, algún pecado, para tener mala conciencia.

Ella escuchó con calma mientras entraba en el ascensor y apretaba el botón de su piso.

—Tienes razón, Carlo. Y me parece que estás a punto de hacer una confesión.

El prorrumpió en una sarta de improperios en italiano que hizo que los otros dos ocupantes del ascensor se desplazaran hacia los rincones. Juliet cruzó las manos serenamente y decidió que nunca se había divertido tanto. Los otros ocupantes pasaron cautelosamente junto a Carlo cuando el ascensor se detuvo en su piso.

—¿Quieres que comamos algo rápido en el aeropuerto o prefieres esperar a que aterricemos?

—Me da igual la comida.

—Extraña afirmación viniendo de un chef —ella salió al pasillo—. Tienes diez minutos para recoger el equipaje. Yo llamaré a un botones —sacó la llave y la metió en la cerradura antes de que Carlo la agarrara de la muñeca. Al levantar la mirada hacia él, pensó que nunca lo había visto tan enfadado. Bien. Ya era hora.

—No pienso recoger nada hasta que aclaremos esto.

—¿Hasta que aclaremos qué? —contestó ella.

—Cuando cometo un crimen o un pecado, lo hago a las claras —aquello era lo más cerca que había estado de un estallido. Juliet alzó una ceja y escuchó atentamente—. Era Lidia la que me estaba abrazando.

Juliet sonrió.

—Sí, ya vi cómo te resistías. Deberían encerrarla por aprovecharse de un hombre así.

Los ojos oscuros de Carlo se volvieron casi negros.

—Te pones sarcástica, pero no entiendes las circunstancias.

—Al contrario —ella se apoyó en la puerta—. Creo que entiendo perfectamente las circunstancias, Carlo. Y creo que no te he pedido que me expliques nada. Ahora, será mejor que recojas tus maletas si vamos a tomar ese avión —por segunda vez, Juliet le cerró la puerta en las narices.

Él se quedó allí parado un momento, indeciso. Uno siempre esperaba cierta dosis de celos de una mujer con la que estaba liado. A él incluso le gustaba hasta cierto punto. Pero lo que no esperaba era una sonrisa, una pal —madita en la cabeza y una comprensión instantánea cuando lo sorprendían en brazos de otra mujer. Aunque no fuera por su culpa.

No, no lo esperaba, decidió Carlo. Y no lo toleraría.

Cuando llamó a la puerta vigorosamente, Juliet aún tenía la mano en el pomo. Contó hasta diez antes de abrir.

– ¿Querías algo?

Él estudió atentamente su cara.

– No estás enfadada.

Ella alzó las cejas.

– No, ¿por qué?

– Lidia es muy guapa.

– Sí, desde luego.

Él entró.

– ¿No estás celosa?

– No seas absurdo – ella se sacudió un hilillo de la manga –. Si tú me encontraras con otro hombre en parecidas circunstancias, estoy segura de que lo entenderías.

– No – Carlo cerró la puerta –. Le partiría la cara.

– ¿Ah, sí? – complacida, Juliet se apartó para recoger las pocas cosas que tenía en la cómoda –. Supongo que será por el temperamento italiano. Mis antepasados eran bastante juiciosos. ¿Me alcanzas el cepillo, por favor?

Carlo recogió el cepillo y se lo puso en la mano.

– ¿Qué significa «juiciosos»?

– Pacíficos y aburridos, supongo. Aunque había una... mi tatarabuela, creo, que sorprendió a su marido haciéndole cosquillas a la criada. Muy juiciosamente, le dio un sartenazo. Creo que él no volvió a hacerle cosquillas a ninguna criada – metiendo el cepillo en una funda de plástico, lo guardó en la bolsa –. Creo que yo salgo a ella.

Carlo la agarró de los hombros y la hizo girarse para mirarlo.

– No había sartenes a mano.

– Cierto, pero yo tengo inventiva. Carlo... – sin dejar de sonreír, ella le rodeó el cuello con los brazos –. Si no hubiera entendido lo que estaba pasando, te habría echado el café por la cabeza. Capice?

– Sí – él sonrió y frotó su nariz contra la de ella. Pero en realidad no la entendía. Quizá por eso le gustaba tanto. Acercando su boca a la de ella, dejó que su regocijo creciera –. Juliet – murmuró –, hay un vuelo a Detroit más tarde, ¿no?

Ella se había estado preguntando si se le ocurriría pensarlo.

– Sí, esta tarde.

– ¿Sabías que la prisa es mala para la salud? – mientras hablaba, le quitó la chaqueta y dejó que cayera al suelo.

– Algo he oído.

– Es muy cierto. Desde un punto de vista médico, es mucho mejor tomarse su tiempo. Mantener un ritmo constante, pero no rápido. Y, naturalmente, dar al cuerpo tiempo para relajarse a intervalos regulares. Sería muy poco saludable que recogiéramos las maletas ahora y nos fuéramos corriendo al aeropuerto –le desabrochó la falda.

– Seguramente tienes razón.

– Claro que la tengo –le susurró él al oído—. Y no conviene que nos pongamos enfermos durante la gira.

– Sería un desastre –convino ella—. De hecho, creo que es mucho mejor que nos tumbemos un ratito.

– Sí, sería lo mejor. Hay que cuidarse la salud.

– No podría estar más de acuerdo –le dijo ella mientras la camisa de Carlo iba a parar con su chaqueta y su falda.

Juliet se estaba riendo cuando cayeron sobre la cama. A Carlo le gustaba verla así. Libre, alegre, llena de entusiasmo. Igual que le gustaba cuando se mostraba más fría y enigmática. Podía disfrutar de ella de cien maneras distintas porque Juliet no era siempre la misma mujer. Y, sin embargo, lo era.

Suave, como en ese momento. Cálida allí donde la tocaba, lujuriosa donde probaba su sabor. Podía ser sumisa un instante y agresiva al siguiente, y él nunca se cansaba de aquellos vaivenes. Hicieron el amor entre risas. Carlo sabía que aquello era precioso y raro. Aquel regocijo que yacía por debajo no apagó el fuego ni siquiera cuando la pasión se apoderó de ellos. Juliet le dio más en un momento de lo que Carlo había creído que encontraría jamás en una mujer.

Ella no sospechaba que pudiera ser así: alegre, ardiente, feliz, desesperada. Había tantas cosas que no sabía... Cada vez que Carlo la tocaba sentía algo nuevo, a pesar de que tenía la impresión de que lo único que conocía eran sus caricias. Carlo la hacía sentirse fresca y deseable, salvaje y suplicante a la vez. En el espacio de unos minutos, podía suscitar en ella una intensa sensación de alborozo y una frenética excitación. Cuanto más le daba él, más fácil le resultaba a ella entregarse. Aún no era consciente, igual que él, de que cada vez que hacían el amor su intimidad se hacía más profunda. Estaba cobrando una fuerza y un peso que una simple separación no podría romper. Tal vez, si lo hubieran sabido, habrían intentado impedirlo.

Pero, en lugar de hacerlo, pasaron la mañana amándose con el brío de la juventud y la hondura de lo ya conocido.

Capítulo X

Juliet colgó el teléfono, se pasó una mano por el pelo y masculló una maldición. Levantándose, maldijo de nuevo y se acercó al amplio ventanal de la suite de Carlo. Durante unos instantes rezongó sin dirigirse a nadie en particular ni a nada

en concreto. Al otro lado de la habitación, Carlo estaba tumbado en el sofá, aguardando juiciosamente a que ella se callara.

– ¿Algún problema?

– Hay niebla – maldiciendo otra vez, ella se quedó mirando por la ventana. Veía la bruma densa e inmóvil al otro lado del cristal. Detroit era invisible—. Han cancelado todos los vuelos. No llegaremos a Boston como no vayamos haciendo dedo.

– ¿Haciendo dedo?

– No importa – ella se dio la vuelta y comenzó a pasearse por la suite.

Atrapados, pensó Juliet mientras miraba de nuevo por la ventana. Atrapados cuando en Boston tenían una demostración en vivo a las ocho de la mañana en un programa muy respetado.

– Estás preocupada por el programa de mañana.

– Claro que estoy preocupada – mientras se paseaba por la habitación, Juliet barajaba sus posibilidades. Alquilar un coche e ir conduciendo. No, aun con buen tiempo estaba demasiado lejos. Podían alquilar una avioneta y confiar en que la niebla se hubiera levantado al amanecer. Juliet echó otro vistazo fuera. Estaban en el piso sesenta y cinco, pero podían haber estado treinta metros más abajo. No, decidió, ningún programa de televisión merecía correr ese riesgo. Tendrían que cancelar sus compromisos.

Juliet se dejó caer en una silla y colocó en alto los pies enfundados en medias, junto a los de Carlo.

– Lo siento, Carlo, no hay modo de evitarlo. Tendremos que olvidarnos de Boston – movió los dedos de los pies, sintiéndolos un poco tensos después de una jornada de diez horas—. No podemos llegar a ese programa de televisión, y era la cita más importante que teníamos en Boston. Hay un par de entrevistas para medios escritos y una sesión de firma de libros. No esperábamos que hubiera mucho movimiento, y confiábamos en el programa de televisión para hacer un poco de ruido. Sin él... – se encogió de hombros, resignándose—. Nos hemos quedado planchados.

El entornó los ojos y decidió que el sofá era un lugar excelente para pasar una hora.

– Yo no plancho.

Ella le lanzó una mirada.

– Tú no vas a tener que hacer nada salvo quedarte tumbado... de espaldas – decidió al cabo de un momento – las próximas veinticuatro horas.

– ¿Nada?

– Nada.

El sonrió. De pronto se sentó, la agarró de los brazos y la tumbó a su lado.

– Bueno, pero tú te tumbas conmigo. Dos espaldas, madonna, son mejor que una.

– Carlo... – ella no pudo esquivar el primer beso – . Espera un momento.

– Sólo veinticuatro horas – le recordó él, besándole la oreja – . No hay tiempo que perder.

– Tengo que... Estáte quieto – le ordenó ella cuando su claridad de ideas empezó a enturbiarse – . Tengo que hacer algunos preparativos.

– ¿Qué preparativos?

Ella hizo un rápido repaso mental. Ciertamente, ya había dejado su habitación. Sólo se habían quedado en la suite porque les convenía, y hasta las seis. Podía reservar otra habitación para pasar esa noche, pero... tenía que admitir que, en ese caso, era absurdo. Moviéndose los hombros, se rindió a su sentido práctico.

– Como avisar de que vamos a quedarnos en la suite esta noche.

– Eso sí que es importante – él alzó la cabeza un momento. Juliet ya tenía las mejillas sonrojadas y la voz suave. Casi como si ella hubiera hablado en voz alta, Carlo siguió el devenir de sus pensamientos. No podía evitar sentir admiración por el modo en que trabajaba su mente.

– Tengo que llamar a Nueva York para informarlos de nuestra situación. Tengo que llamar a Boston para cancelar nuestras citas, y luego al aeropuerto para cambiar el vuelo. Después tengo que...

– Creo que tienes una historia de amor con el teléfono. Cuesta trabajo ponerse celoso de un objeto inanimado.

– El teléfono es mi vida – ella intentó apartarse de Carlo sin conseguirlo – . Carlo...

– Me encanta cuando dices mi nombre con ese leve toque de exasperación.

– Dentro de un momento será algo más que un leve toque.

Él pensó que eso también le gustaría.

– Aún no me has dicho lo fantástico que he estado hoy.

– Has estado fantástico – era fácil relajarse cuando

Carlo la abrazaba así. El teléfono podía esperar un poco. Al fin y al cabo, no iban a ir a ninguna parte – . Los dejaste boquiabiertos con tus linguini.

– Mis linguini son hipnóticos – dijo él – . Y el periodista de Free Press se fue encantado.

– Lo dejaste estupefacto. Detroit nunca volverá a ser la misma.

– Tienes razón – él le besó la nariz – . Boston no sabe lo que se pierde.

– No me lo recuerdes – comenzó a decir ella, y luego se interrumpió. Carlo casi podía oír cómo giraban los engranajes.

– Has tenido una idea – resignado, la colocó sobre sí y la observó pensar.

– Puede que funcione – murmuró ella –. Si todo el mundo colabora, puede que funcione de maravilla. De hecho, puede ser genial.

– ¿El qué?

– Tú dices ser un mago además de un artista.

– La modestia me impide...

– Ahórratelo – ella se incorporó hasta quedar sentada a horcajadas sobre él –. Una vez me dijiste que podías cocinar en una pocilga, si hacía falta.

Frunciendo el ceño, él se puso a jugar con el aro de oro que Juliet llevaba en la oreja.

– Si, puede que te lo dijera, pero sólo era una forma de hablar...

– ¿Qué te parece cocinar por control remoto?

Él arrugó la frente, pero pasó la mano con indolencia por el bajo de la falda de Juliet, que se le había subido por los muslos.

– Tienes unas piernas preciosas – dijo de pasada, y luego fijó su atención en ella –. ¿Qué quieres decir con cocinar por control remoto?

– Eso justamente – Juliet se levantó y agarró su cuaderno y su lápiz –. Tú me das todos los ingredientes... Mañana también ibas a hacer linguini, ¿verdad?

– Sí, mi especialidad.

– Bien, de todos modos lo tengo todo en mi archivo. Podemos montar una conexión telefónica entre Detroit y el estudio de Boston. Puedes salir en antena mientras estamos aquí.

– Juliet, tú pides mucha magia.

– No, no es más que una cuestión de electrónica. El presentador del programa, Paul O'Hara, puede preparar el plato en directo mientras tú le das indicaciones. Serás como un controlador aéreo, ¿comprendes? Cuarenta grados a babor... Una tacita de harina.

– No.

– Carlo...

Él se quitó los zapatos lentamente.

– ¿Pretendes que ese tal O'Hara, que se dedica a sonreír a la cámara, prepare mis linguini?

– No te pongas quisquilloso – le advirtió ella, mientras barajaba a toda prisa sus posibilidades –. Mira, tú escribes libros de cocina para que cualquier persona normal y corriente pueda preparar uno de tus platos.

– Prepararlos, sí – él se miró las uñas –. Pero no como Franconi.

Juliet abrió la boca y luego volvió a cerrarla. «Cuidado con el ego», se dijo. «Por lo menos, hasta que te salgas con la tuya».

—Por supuesto que no, Carlo. Eso nadie lo espera. Pero podemos convertir este inconveniente en un auténtico acontecimiento. Usando tu libro de cocina en antena, y algunas indicaciones tuyas a través del telefono O'Hara podrá preparar unos linguini. Él no es un chef ni un gourmet, sino una persona corriente y moliente. De modo que reaccionará como el espectador medio. Cometerá los errores que cometería cualquiera, y tú podrás corregirlos. Si lo conseguimos, las ventas de tu libro se dispararán. Tú sabes que puedes hacerlo —sonrió triunfalmente—. Hasta dijiste que podías enseñarme a cocinar a mí, y yo soy un desastre en la cocina. Seguro que puedes conseguir que O'Hara prepare un plato.

—Desde luego que puedo —cruzando los brazos de nuevo, Carlo se quedó mirando el techo. La lógica de Juliet era infalible; su idea, sumamente original. A decir verdad, le gustaba... casi tanto como la idea de no tener que volar a Boston. Sin embargo, le parecía injusto rendirse sin presentar resistencia—. Lo haré... con una condición.

—¿Cuál?

—Mañana por la mañana, le diré a O'Hara por teléfono cómo preparar los linguini. Pero esta noche... —le sonrió—. Esta noche haremos un ensayo. Y yo te daré instrucciones.

Juliet dejó de dar golpecitos con el lápiz en el cuaderno.

—¿Quieres que haga linguin?.

—Con mi ayuda, cara mía, podrías cocinar cualquier cosa.

Juliet se lo pensó y decidió que no tenía importancia. La suite no tenía cocina, así que Carlo estaría pensando en usar la del hotel. Eso tal vez fuera posible o tal vez no — Si era posible, una vez ella hubiera fracasado estrepitosamente, podrían recurrir al servicio de habitaciones. El caso era salvar lo de Boston.

—Me encantaría. Ahora, tengo que hacer esas llamadas.

Carlo cerró los ojos y optó por echarse una siesta. Si a a tener que enseñarles a dos aficionados los secretos de los linguini en cuestión de doce horas, iba a necesitar todas sus fuerzas.

—Despiértame cuando acabes —le dijo—. Tenemos que echarle un vistazo a la cocina del hotel.

Juliet tardó casi dos horas en acabar. Cuando colgó por última vez, tenía el cuello rígido y los dedos entumecidos. Pero había conseguido lo que quería. Hal le había dicho que era una idea genial, y O'Hara que parecía divertido. Los preparativos ya estaban en marcha.

Esta vez, Juliet sonrió al contemplar la niebla tenaz que se arremolinaba más allá de la ventana. A Juliet Trent nada la detenía. Entonces miró a Carlo y dentro de ella se agitó algo que hizo tambalearse su seguridad y su satisfacción. Emoción, pensó. Eso era algo que no estaba previsto en su itinerario.

En fin, tal vez hubiera una catástrofe que no venía en los libros. Tal vez fuera de tal calibre que ella no podría resolverla con una idea brillante. Sencillamente, tenía que tomar sus sentimientos hacia Carlo paso a paso.

Cuatro días, pensó, y la vuelta en el tiovivo se habría acabado. La música cesaría y llegaría el momento de bajarse del carrusel.

No tenía sentido pensar en lo que pasaría después. Era una página en blanco. Ella tenía que agarrarse a la creencia de que la vida se construía día a día. Carlo se iría, y ella recogería los pedazos y empezaría su vida de nuevo desde ese punto. No era tan tonta como para intentar convencerse de que no lloraría. Derramaría muchas lágrimas por Carlo, pero a solas y en silencio. «Resérvate un día para lloran», pensó, dejando a un lado su cuaderno.

Sólo les quedaban cuatro días. Juliet se miró un instante las manos vacías y se preguntó si se habría comportado del mismo modo de haber sabido adonde «llevarían sus pasos. Entonces alzó la vista hacia Carlo y contempló cómo dormía.

Incluso con los ojos cerrados, la dejaba sin aliento. No era sólo cuestión de físico, pensó Juliet. Ella no era de esas mujeres capaces de poner su vida patas arriba por una cuestión de simple atracción física. Era cuestión de estilo. Sonriendo, se levantó y se acercó a él. Por más práctica y sensata que fuera, no podía resistirse a su estilo.

No habría remordimientos, se dijo. Ni en ese momento, ni cinco días después, cuando los separara un océano. A medida que pasaran los años y sus vidas fluyeran y cambiaran, ella seguiría recordando un puñado de días en los que había disfrutado de algo único.

No había tiempo que perder, había dicho Carlo. Mordiéndose la lengua, Juliet decidió que no podía estar más de acuerdo. Alzando las manos, comenzó a desabrocharse la blusa. La colgó cuidadosamente, como tenía por costumbre, del respaldo de una silla y se desabrochó la falda. Se la subió, se la quitó y la dobló. Se quitó las horquillas del pelo, una a una, y las dejó a un lado. Vestida con una combinación de encaje muy poco práctica y un tanga, se acercó a Carlo.

Carlo se despertó aturdido y con el corazón acelerado. Podía oler el leve olor de Juliet en su pelo, más embriagador sobre su piel, mientras su boca se apoderaba de la de él. El cuerpo de Juliet ya estaba encendido y yacía por entero sobre él. Antes de que Carlo pudiera despejarse, su cuerpo siguió al de Juliet.

Ella era toda pasión, encaje y carne. No había tiempo para dominarse, ni para sutilezas. Ansioso, Carlo extendió los brazos hacia ella y encontró seda y delicadeza, tuerza y urgencia allá donde tocaba. Ella le desabrochó a carnisa y se la abrió para que la piel de ambos se en—ontrara. Sintió cómo se aceleraba el corazón de Carlo Y aquella sensación de poder la dejó aturdida. Apode—andose de sus labios otra vez, pensó únicamente en conducirlo a la locura. Podía sentir cómo se apoderaba de él, creciendo hasta dominarlos a ambos.

Cuando él se movió de modo que ella quedó atrapada entre el respaldo del sofá y su cuerpo, Juliet estaba lista para cederle el control. Con un gemido oscuro y líquido, se entregó a disfrutar de lo que ella misma había iniciado.

Ninguna mujer lo había hecho sentirse así. Carlo lo comprendió mientras se entregaba al ansia de devorarla. Sus dedos, tan hábiles, tan sutiles, tan suaves, tiraron del encaje hasta que la tirilla se desgarró. Carlo buscó sus pechos pequeños y suaves, que encajaban perfectamente en sus manos, y deslizó las manos por su fuerte y estrecha caja torácica y su fina cintura. Era suya. Aquella idea casi lo volvía loco. Juliet era suya, como lo había sido en el sueño del que ella le había despertado. Tal vez siguiera soñando.

Ella olía a secretos, a pequeños y femeninos secretos que ningún hombre podía comprender por entero. Sabía a pasión, a una pasión madura y palpitante. Carlo probó con la lengua el sutil y dulce valle entre sus pechos y la sintió temblar. Ella era fuerte: Carlo nunca lo había dudado. Y, su fuerza se estaba rindiendo por completo a él, para darles placer a ambos. El encaje olía a ella. Su piel era irresistible. Carlo le bajó la combinación hasta la cintura y gozó de ella.

Con las manos enredadas en el pelo de Carlo y el cuerpo en llamas, Juliet pensaba sólo en él. Ni en el mañana, ni en el ayer. Aunque una hora después lo negara, se habían convertido en uno solo. Dependían el uno del otro para darse placer, consuelo, ilusión. Para muchas más cosas de las que Juliet se atrevía a pensar. Ella lo deseaba dolorosamente. Eso nada podría impedirlo. Pero, en ese momento, Carlo la estaba llevando, con rapidez y furia, a través de una puerta que habían abierto juntos. Ninguno de los dos había penetrado allí antes con otro, ni volvería a hacerlo. Juliet se entregó a aquella oscura y ardiente pasión, y a Carlo.

Él le bajó las tiras que enlazaban sus caderas, ansioso por probar su esencia. Cuando la arrastró hasta el primer climax, lo supo y se regodeó en ello. Con infinitas oleadas de deseo, la impulsó de nuevo más y más arriba, hasta que los dos se hallaron temblando. Ella gritó su nombre mientras Carlo le besaba la pierna. La tomaría por entero, pensaba él. La tomaría por entero hasta que estuviera dispuesta, lista a tomarlo por entero a él.

—Te deseo, Juliet —su rostro estaba de nuevo sobre el de ella; su respiración se entrecortaba—. Mírame.

Ella se tambaleaba en el filo de navaja entre la razón y la locura. Cuando abrió los ojos, el rostro de Carlo ocupó su visión. Era lo único que quería.

—Te deseo —repitió él, mientras la sangre le rugía en la cabeza—, A ti solamente.

Ella se abrazó a él y echó la cabeza hacia atrás. Por un instante, sus ojos se encontraron. Lo que ocurrió entre ellos no podían expresarlo con palabras. Era al mismo tiempo peligro y seguridad.

—Solamente —murmuró ella, y lo tomó dentro de sí.

Estaban los dos asombrados, conmovidos, felices. Desnudos, sudorosos y acalorados, yacían abrazados en silencio. Las palabras ya estaban dichas, pensó Juliet. Palabras que formaban parte de la locura del momento.

ebia tener cuidado para no repetirlas cuando la pasión se hubiera disipado. Ellos no necesitaban palabras; tenían cuatro días. Sin embargo, Juliet ansiaba oírlas otra vez, decirlas de nuevo.

Ella podía dictar el tono de su relación, pensó. Sólo tenía que empezar y continuar. Sin presiones. Mantuvo los ojos cerrados un momento más. Sin remordimientos. Se tomó un instante más para recuperar fuerzas.

—Podría quedarme así una semana —murmuró. Aunque hablaba en serio, lo dijo con indolencia. Girando la cabeza, miró a Carlo y sonrió—. ¿Listo para otra siestecita?

Había tantas cosas que él quería decir...Y tantas, pensó, que ella no quería oír. Ya habían establecido las normas; él sólo tenía que seguirlas. Pero todo era más difícil de lo que debía ser.

—No —le besó la frente—. Aunque despertarme de la siesta nunca había sido tan agradable. Ahora, creo que es hora de pasar a la siguiente lección.

—¿En serio? —ella se mordió el labio—. Creía que ya me había graduado.

—Tienes que aprender a cocinar —le dijo él, dándole un rápido pellizco.

Juliet se echó el pelo hacia atrás y le devolvió el pellizco.

—Pensaba que se te había olvidado.

—A Franconi nunca se le olvida nada. Nos damos una ducha rápida, nos cambiamos de ropa y bajamos a la cocina.

Juliet se encogió de hombros. No creía ni por un instante que la dirección del hotel les permitiría utilizar sus instalaciones para dar clases de cocina. Media hora después, Juliet descubrió que estaba equivocada.

Carlo, sencillamente, pasó de la dirección. No veía razón para plegarse a la cadena de mando. Juliet y el cruzaron discretamente el elegante comedor del hotel y entraron en la enorme y diáfana cocina. Reinaba un olor exótico y un ruido semejante al de una estación de metro.

Allí le cortarían el paso, pensó Juliet, segura todavía de que menos de una hora después estarían cenando fuera o llamando al servicio de habitaciones. Aunque se había puesto unos cómodos vaqueros, no tenía pensado cocinar. Al echar un vistazo a la enorme estancia con sus grandes armarios y sus metros y metros de encimera, se convenció de ello.

No debería haberla sorprendido que, de nuevo, demostrara estar equivocada.

—¡Franconi! —el nombre estalló y rebotó en las paredes. Juliet dio un salto hacia atrás.

—Carlo, creo que deberíamos... —pero, mientras hablaba, alzó la mirada. Él estaba sonriendo de oreja a oreja.

—¡Pierre!

Ante la mirada atónita de Juliet, Carlo se vio rodeado por un hombre corpulento, provisto de un delantal blanco, un bigote colgante y una cara tan grande

y redonda como una sartén. Su tez relucía por el sudor, pero olía inofensivamente a tomates.

– ¡Maldito granuja italiano! ¿Qué estás haciendo en mi cocina?

– Honrarla – dijo Carlo mientras se separaban—. Pensaba que estabas en Montreal, envenenando turistas.

– Me suplicaron que me encargara de esta cocina –aquel hombretón con fuerte acento francés se encogió de hombros—. Me dan pena. Los americanos tienen tan poca finura en la cocina...

– Pero se ofrecieron a pagarte por kilos –dijo Carlo secamente—. Por tus kilos.

Pierre puso los brazos en jarras y se echó a reír.

– Tú y yo nos entendemos, viejo amigo. Aun así, he descubierto que me gusta este país. Pero ¿y tú? ¿Por qué no estás en Roma, persiguiendo mujeres?

– Estoy de gira para promocionar mi libro.

– Ah, sí, tú y tus libros de cocina –un ruido tras él le hizo girar la cabeza y ponerse a maldecir en francés. Ju – ¡et habría jurado que las paredes retumbaban. Con una sonrisa, Pierre se ajustó el gorro y se volvió hacia ellos—. ¿Y la gira va bien?

– Sí, bastante bien –Carlo hizo que Juliet se acercara—. Ésta es Juliet Trent, mi relaciones públicas.

– Entonces va muy bien –murmuró Pierre, tomando la mano de Juliet para besársela delicadamente—. Puede que yo también escriba un libro de cocina. Bienvenida a mi cocina, mademoiselle. Estoy a su servicio.

Juliet sonrió, encantada.

– Gracias, Pierre.

– No dejes que este viejo truhán te engañe –le advirtió Carlo—. Tiene una hija de tu edad.

– ¡Bah! –Pierre lo miró bajando una ceja—. Mi hija sólo tiene dieciséis. Si tuviera un solo día más, llamaría a mi mujer y le diría que cerrara todas las puertas porque Franconi está en la ciudad.

Carlo sonrió.

– Qué adulador, Pierre –con las manos enganchadas en los bolsillos de atrás, miró a su alrededor—. Muy bonito –dijo. Alzando la cabeza, husmeó el aire—. Pato. ¿Es pato lo que huelo?

Pierre sonrió con orgullo.

– Mi especialidad. Canard au Pierre.

– Fantástico –Carlo pasó un brazo alrededor de Juliet mientras la llevaba hacia el lugar de donde procedía aquel olor—. Nadie, absolutamente nadie, hace el pato como Pierre.

Los ojos negros de la cara en forma de sartén relucieron.

— Ahora eres tú quien se pone adulator, mon ami.

— En la verdad no hay adulación — Carlo observó cómo cortaba un ayudante el pato de Pierre. Tomó una fina loncha y se la metió en la boca a Juliet. La loncha se disolvió allí, dejando tras de sí un sabor esquivo que invitaba a probar un nuevo bocado. Carlo se limitó a lamerse el pulgar —. Exquisito, como siempre. ¿Te acuerdas Pierre, de cuando preparamos el banquete de compromiso del sha? Hace cinco o seis años.

— Siete — puntualizó Pierre, y suspiró.

— Tu pato y mis canelones.

— Magnífico. No le pongas tanto pimentón a ese pescado — gritó —. Esto no es Budapest. Ésos sí que eran buenos tiempos — continuó jovialmente —. Pero... — se encogió de hombros a la francesa —. Cuando se tienen tres hijos, hay que sentar la cabeza, ¿no?

Carlo le echó otro vistazo a la cocina y pareció complacido.

— Tienes una cocina magnífica. Tal vez puedas prestarme un rinconcito.

— ¿Un rinconcito?

— Por favor — dijo Carlo con una sonrisa encantadora —. Le he prometido a mi Juliet que le enseñaría a preparar linguini.

— ¿Linguini con vongole bianche? — los ojos de Pierre relucieron.

— Naturalmente. Son mi especialidad.

— Te dejo un rincón de mi cocina, mon ami, a cambio de un plato.

Carlo se echó a reír y le dio una palmada a Pierre en la barriga.

— Para ti, amito, dos platos.

Pierre lo agarró por los hombros y lo besó en las mejillas.

— Me siento rejuvenecer. Dime qué necesitas. Un instante después, Juliet se encontró cubierta con un delantal blanco y con el pelo recogido bajo un gorro cocinero. Se habría sentido ridícula si le hubieran dado ocasión.

— Primero, hay que desmenuzar las almejas.

Juliet miró a Carlo y luego bajó la vista hacia el montón de almejas que había sobre la tabla de cortar.

— ¿Desmenuzarlas?

— Así — Carlo agarró el cuchillo y con un par de movimientos rápidos cortó en perfectos pedacitos la mitad de las almejas —. Inténtalo tú.

Sintiéndose un poco como un verdugo, Juliet bajó el cuchillo.

— No estarán... vivas, ¿verdad?

—Madonna, cualquier almeja considera un honor formar parte de unos linguini Franconi. Un poco más pequeños. Así —satisfecho, Carlo le pasó una cebolla—. Trocéala, no demasiado fina —hizo una demostración, pero esta vez Juliet se sentía más tranquila. Tomando el cuchillo, cortó la cebolla en pedazos y empezó a llorar.

—Odio cocinar —masculló, pero Carlo se limitó a empujar una cabeza de ajos hacia ella.

—El ajo tienes que cortarlo muy fino. Lo que necesitamos es su aroma, no tanto su textura —se inclinó sobre los hombros de Juliet y la observó—. Tienes buenas manos, Juliet. Bien, ahora hay que fundir la mantequilla.

Siguiendo sus instrucciones, Juliet doró la cebolla y el ajo en la mantequilla caliente, removiendo la mezcla hasta que Carlo declaró que era suficiente.

—Ya está tierna, ¿lo ves? Ahora, añadimos una pizca de harina —le sujetó la mano para guiarla mientras ella removía el sofrito—. Así se espesa. Añadimos las almejas... despacio —le advirtió antes de que ella las dejara caer en la sartén—. No queremos que se aplasten. Así... —asintió, satisfecho—. Y las especias —le dijo—. Son el secreto y la fuerza.

Inclinándose sobre ella, le mostró cómo tomar un pellizco de esto y un toque de aquello. A medida que el olor se hacía más agradable, Juliet iba sintiéndose más segura.

—¿Qué tal si le ponemos un poco de eso? —pregunto, señalando un manojito de perejil.

—No, eso viene justo al final. No queremos que se ahogue. Baja el fuego un poco más. Así —él asintió con la cabeza—. Ponemos la tapa y dejamos que cueza mientras despiertan las especias.

Juliet se pasó el dorso de la mano por la frente húmeda.

—Hablas de la salsa como si estuviera viva y respirara, Carlo.

—Mis salsas lo están —dijo él con sencillez—. Mientras esto cuece, se ralla el queso —tomó un pedazo de queso y lo olió con los ojos cerrados—. Squisito.

Carlo hizo que Juliet rallara el queso y lo mezclara con el sofrito mientras el resto del personal de cocina trabajaba a su alrededor. Juliet pensó en la cocina de su madre, con sus pulcras encimeras y sus olores caseros. Ella nunca había visto nada parecido. No era, desde luego, un lugar tranquilo. Algunas cacerolas se caían, los trabajadores refunfuñaban y maldecían los platos, y la velocidad reinaba por doquier. Los mozos entraban y salían cargados con bandejas, los camareros cruzaban velozmente la cocina, llevando las comandas. Mientras ella lo miraba todo con ojos como platos, Carlo permanecía concentrado. Era hora de confeccionar la pasta.

A menos que estuviera ya cocinada y en un plato, para Juliet la pasta era algo que se sacaba de una estantería en una caja de cartón. Aprendió que era otra cosa cuando tuvo las manos blancas de harina hasta las muñecas. Carlo la obligó a medir, batir y amasar hasta que le dolieron los codos.

Mientras trabajaba, Juliet empezó a comprender por que Carlo tenía tanta vitalidad. Tenía que ser así. Al ganarse la vida cocinando del modo en que lo hacía él, Carlo invertía tanta energía como un atleta. Cuando al fin Carlo le dio el visto bueno a la pasta, a Juliet le dolían los músculos de los hombros como si hubiera jugado un partido de tenis. Apartándose el pelo de los ojos y enjugándose el sudor, se volvió hacia él.

— ¿Y ahora qué?

— Ahora, se hace la pasta.

Ella intentó no ponerse a gruñir mientras llenaba de agua una cacerola y la ponía a hervir.

— Una cucharada sopera de sal — le indicó Carlo.

— Una cucharada sopera de sal — masculló Juliet. Cuando se dio la vuelta, Carlo le dio una copa de vino.

— Puedes relajarte hasta que rompa a hervir.

— ¿Puedo bajar el fuego?

El se echó a reír y decidió que le apetecía besarla otra vez. Juliet olía a gloria.

— Me gustas de blanco — le limpió la harina de la nariz —. Eres una cocinera muy desordenada, amor mío, pero guapísima.

Resultaba fácil olvidarse del ruido y el ajetreo de la cocina.

— ¿Cocinera? — ella se ajustó su gorro con cierta petulancia —. ¿No era chef?

Carlo la besó de nuevo.

— No te pongas chulita. Unos linguini no hacen un chef — ella apenas se había acabado el vino cuando Carlo la puso de nuevo a trabajar —. Mete un extremo de la pasta en el agua. Sí, así. Ahora, ve enrollándolos a medida que se ablandan. Con cuidado. Sí, sí, tienes buena mano. Un poco más de paciencia y tal vez te dé trabajo en mi restaurante.

— No, gracias — dijo Juliet con determinación mientras el vapor se alzaba hacia su cara. Estaba casi segura de que sentía cómo se abrían cada poro de su piel.

— Muévelos con cuidado. Siete minutos solamente, ni un segundo más — él volvió a llenarle la copa y le dio un beso en la mejilla.

Ella siguió removiendo la pasta, la escurrió, midió el perejil, lo echó sobre la pasta y añadió el queso. Cuando acabó, tenía la impresión de que no podría comer nada. Estaba nerviosa, descubrió con asombro. Estaba tan nerviosa como una recién casada el primer día que cocinaba.

Juntando las manos, vio cómo Carlo tomaba un tenedor y pinchaba un poco de pasta. Él inspiró, cerrando los ojos. Juliet tragó saliva. Los ojos de Carlo permanecían cerrados cuando probó el primer bocado. Juliet se mordió el labio. Hasta ese momento, no había notado que la cocina estaba tan silenciosa como una catedral. Echó un rápido vistazo alrededor y descubrió que toda actividad había

cesado y que todos los ojos estaban fijos en Carlo. Se sentía como si estuviera esperando que la sentenciaran o la absolvieran.

—¿Y bien? —preguntó cuando no pudo soportarlo más.

—Paciencia —le dijo Carlo sin abrir los ojos. Un mozo entró precipitadamente y alguien le ordenó que no hiciera ruido. Carlo abrió los ojos y dejó cuidadosamente el tenedor sobre la mesa—. ¡Fantástico! —tomó a Juliet por los hombros y le dio ceremoniosamente un beso en cada mejilla mientras empezaban a resonar los aplausos.

Riendo, ella se quitó el gorro haciendo una reverencia.

—Me siento como si hubiera ganado la medalla de oro del decathlon.

—Has creado algo bello —mientras Pierre daba voces a diestro y siniestro, Carlo la tomó de las manos—. Formamos un buen equipo, Juliet Trent.

Ella sintió que algo serpenteaba hacia su corazón. Parecía imposible detenerlo.

—Si, formamos un buen equipo, Franconi.

Capítulo XI

Al día siguiente, a las nueve, no les quedaba absolutamente nada que hacer. La demostración por control remoto de Carlo sobre el modo adecuado de preparar unos Hnguini había superado todas las expectativas de Juliet, que se había quedado pegada al televisor, escuchando la voz de Carlo junto a ella y a través de los altavoces. Cuando su jefe la llamó personalmente para felicitarla, Juliet comprendió que había triunfado. Relajada y satisfecha, se tumbó en la cama.

—Maravilloso —flexionó los brazos, cruzó los tobillos y sonrió—. Absolutamente maravilloso.

—¿Es que lo dudabas?

Todavía sonriendo, Juliet le lanzó una mirada a Carlo, que se estaba comiendo las sobras del almuerzo que habían pedido.

—Digamos que me alegro de que haya pasado.

—Te preocupas demasiado, mi amore —pero hacía tres días que no la veía hurgar en su bolso en busca del frasco de pastillas. Le causaba una profunda satisfacción saber que podía hacer que Juliet se relajara hasta el punto de no necesitar las pastillas—. Tratándose de rms Hnguini, el éxito está garantizado.

—Después de esto, jamás lo pondré en duda. Ahora tenemos cinco horas hasta que llegue el momento de tomar el avión. Cinco horas enteras sin nada que hacer.

Él se sentó al borde de la cama y pasó los dedos por su empeine. Juliet estaba tan hermosa cuando sonreía, cuando dejaba descansar a su mente...

—Menudo aliciente —murmuró él.

—Es como estar de vacaciones —suspirando, Juliet disfrutó de aquel leve cosquilleo de placer.

—¿Qué quieres que hagamos con nuestras cinco horas de vacaciones?

Ella lo miró alzando una ceja.

—¿De verdad quieres que te lo diga?

Él le besó lentamente los dos pies.

—Claro. Éste es tu día —rozó con los labios su tobillo—. Estoy a tu servicio.

Ella se incorporó de repente, le echó los brazos al cuello y lo besó con ímpetu.

—Vamonos de compras.

Quince minutos después, Juliet paseaba con Carlo por la primera torre de un inmenso centro comercial contiguo al hotel. La gente se arremolinaba alrededor de los planos del complejo, pero Juliet prefirió no mirarlos. Nada de mapas, ni de horarios, ni de rutas. Ese día, no importaba adonde fueran.

Allí, Carlo descubrió la mayor debilidad de Juliet. El camino hacia su corazón no era la comida, ni estaba pavimentado con pieles y diamantes. Los escaparates de las joyerías apenas atraían su atención. Los trajes de noche 'e merecían sólo un vistazo, mientras que la ropa deportiva sólo despertaba en ella un tibio interés. Pero los zapatos eran otra historia. En el espacio de una hora, Juliet estudió, acarició y criticó al menos cincuenta pares. Encontró unos de piel de serpiente con el treinta por ciento de descuento y se los compró para añadirlos a su ya copiosa colección. Luego, escogiendo cuidadosamente, redujo su selección a tres pares de zapatos de tacón, todos ellos italianos.

—Demuestras un gusto excelente —con la paciencia de un hombre acostumbrado a aquel tipo de expediciones, Carlo permanecía reclinado en una silla, observándola vacilar entre un par y otro. Tomó con indolencia uno de los zapatos y miró la firma del interior—. Este diseñador hace zapatos muy elegantes. Y le encanta mi lasaña.

Juliet osciló sobre los finos tacones, boquiabierta.

—¿Lo conoces?

—Claro. Come una vez a la semana en mi restaurante.

—Es mi héroe —ella se echó a reír cuando Carlo la miró alzando una ceja—. Sé que puedo llevar sus zapatos ocho horas seguidas sin necesitar una operación de urgencia. Voy a llevarme los tres —dijo impulsivamente, y luego se sentó para cambiar los tazones por sus zapatillas de deporte recién compradas.

—Estoy sorprendido —comentó él—. ¿Para qué quieres tantos zapatos si sólo tienes dos pies? Ésta no es la práctica Juliet que yo conozco.

—Tengo derecho a algún vicio —Juliet cerró el velero de las zapatillas—. Además, siempre he sabido que los italianos hacen los mejores zapatos —se inclinó un poco más y lo besó en la mejilla—. Y ahora sé que también hacen la mejor... pasta —sin parpadear siquiera, pagó los zapatos y se guardó la factura.

Balanceando la bolsa entre los dos, caminaron de torre en torre. Un grupo de mujeres que pasó a su lado se ganó la admiración de Carlo. «Mira que irse de compras a la hora de la comida», pensó, echando un vistazo hacia atrás. La mano de obra estadounidense era admirable.

—Si sigues así, vas a partirte el cuello —comentó Juliet jovialmente. No podía evitar que le hiciera gracia lo mucho que le gustaban a Carlo las mujeres. El se limitó a sonreír.

—Es sólo cuestión de saber hasta dónde puedes llegar.

Juliet disfrutó del placer de sentir sus dedos entrelazados con los de él.

—Yo jamás le llevaría la contraria a un experto.

Carlo se detuvo de pronto y fijó su atención en una gargantilla de amatistas y diamantes.

—Es preciosa —dijo—. A mi hermana Teresa siempre le ha gustado el color púrpura.

Juliet se acercó un poco más al cristal. Las pequeñas y delicadas piedras preciosas refulgían, ardientes y frías.

—¿Y a quién no? Es fabulosa.

—Teresa va a dar a luz dentro de un par de semanas —murmuró él, y le hizo una seña con la cabeza al dependiente—. Quiero ver esta gargantilla.

—Una pieza magnífica, ¿no les parece? —tras sacarla de la vitrina, el dependiente la colocó cuidadosamente en la mano de Carlo—. Los diamantes son todos de calidad superior, naturalmente, y de uno coma tres quilates. Las amatistas...

—Me la llevo.

Interrumpido en mitad de su discurso, el dependiente parpadeó.

—Si, señor, una elección excelente —intentando disimular su sorpresa, tomó la tarjeta de crédito de Carlo junto con la gargantilla y se desplazó al otro extremo del mostrador.

—Carlo —Juliet se acercó un poco más y bajó la voz—, ni siquiera has preguntado el precio.

El se limitó a darle una palmadita en la mano mientras observaba el resto del contenido de la vitrina.

—Mi hermana está a punto de hacerme tío otra vez —dijo con sencillez—. Esa gargantilla le sentará bien. Pero creo —comenzó a decir— que tu piedra es la esmeralda.

Ella bajó la mirada hacia un par de pendientes con gemas del color oscuro y húmedo de la hierba estival. Logró controlar el deseo momentáneo y puramente femenino que sintió de pronto. Sacudió la cabeza y se echó a reír.

—Creo que me conformo con mimar mis pies.

Cuando Carlo tuvo su regalo envuelto y su factura en la mano, volvieron a salir.

—Me encanta ir de compras — confesó Juliet—. A veces, me paso el sábado entero mirando tiendas. Es una de las cosas que más me gustan de Nueva York.

—Entonces, te encantaría Roma —de pronto, Carlo descubrió que le apetecía verla allí. Junto a las fuentes, riendo, paseando por los mercados y las iglesias, bailando en los clubes que olían a vino y a humedad. Quería tenerla allí, con él. Volver solo era como volver a la nada. Se llevó su mano a los labios y la sostuvo allí hasta que ella se detuvo, extrañada.

—¿Carlo? —la gente pasaba a su lado apresuradamente. Al ver que la mirada de Carlo se hacía más intensa, Juliet tragó saliva y repitió su nombre. Aquella no era la admiración pasajera que Carlo solía dedicarle a otras mujeres, sino algo más profundo y peligroso. Cuando un hombre miraba así a una mujer, a esa mujer le convenía salir huyendo. Pero Juliet no sabía si debía huir de él o hacia él.

El se sacudió aquel estado de ánimo, comprendiendo que debía actuar con cautela por el bien de ambos.

—Si vinieras —dijo con ligereza—, te presentaría a tu héroe. Un poco de mi lasaña y te dejaría los zapatos a precio de costo.

Aliviada, ella le dio el brazo de nuevo.

—Me dan ganas de ponerme a ahorrar inmediatamente para comprar el billete. ¡Oh, Carlo, mira esto. —Juliet se detuvo delante de un escaparate y señaló con el dedo. En medio de la abigarrada exposición había un elefante indio de medio metro de alto fabricado en cerámica esmaltada. Tenía la cabeza majestuosamente erguida y su trompa se elevaba hasta muy alto. Juliet se enamoró al instante—. Es maravilloso, tan innecesariamente adornado y tan inútil...

Carlo se lo imaginó en su salón, con el resto de piezas que había reunido a lo largo de los años. Pero nunca hubiera imaginado que los gustos de Juliet fueran por los mismos derroteros.

—Me sorprendes otra vez.

Un poco azorada, ella se encogió de hombros.

—Oh, sé que en realidad es horroroso, pero me encantan las cosas que no pertenecen a ningún lugar concreto.

—Entonces tienes que venir a Roma a ver mi casa —él se echó a reír al ver su mirada de asombro—. La última pieza que compré fue un buho así de alto —alzó una mano—. Tiene atrapado a un pobre roedor entre las garras.

—Qué espanto —ella lo besó, profiriendo algo parecido a una risita—. Seguro que me encantaría.

—Puede que sí —murmuró él—. En todo caso, creo que ese elefante tendrá un buen hogar.

—¿Vas a comprarlo? —entusiasmada, Juliet batió palmas mientras entraban. En la tienda olía a sándalo y se oía el tintineo de los móviles que agitaba un ventilador. Juliet dejó a Carlo hablando con la dependienta sobre el envío del elefante y se puso a curiosear, jugueteando con las largas hileras de campanillas y mirando los leones de alabastro y los caprichosos servicios de té.

Aqué, pensó, era el día más tranquilo y relajado que pasaba desde hacía semanas, tal vez incluso desde hacía mas tiempo. Lo recordaría, se prometió, cuando estuviera sola de nuevo y su vida se redujera a una agenda.

Al darse la vuelta, vio que la dependienta se estaba riendo de algo que había dicho Carlo. Nunca había imaginado que pudiera haber hombres como él: seguros y viriles y, sin embargo, sensibles a las necesidades y los estados de ánimo de las mujeres. Carlo era arrogante, sin duda alguna, pero también generoso. Apasionado, pero gentil. Vanidoso, pero inteligente.

Si ella hubiera podido crear un hombre del que pudiera enamorarse, habría... Oh, no, se dijo con algo parecido a la desesperación. No sería Carlo Franconi. No podía ser. Él no era hombre para una sola mujer, y ella no era mujer para ningún hombre. Los dos necesitaban ser libres. Olvidarlo sería como olvidar los planes que había hecho y por los que llevaba luchando diez años. Le convenía recordar que Carlo era simplemente una vuelta en el carrusel, y que la música no duraría mucho tiempo.

Respiró hondo y procuró asimilar su propio consejo. Le costó más de lo que esperaba. Sonrió con decisión y caminó hacia Carlo.

—¿Has acabado?

—Nuestro amigo estará pronto en casa.

—Entonces, habrá que desearle buen viaje. Será mejor que nosotros también empecemos a pensar en el aeropuerto.

Salieron de la tienda agarrados del hombro.

—Supongo que repasaremos la agenda de Filadelfia en el avión.

—Va a ser todo un éxito —dijo ella—. Aunque tal vez te convenga probar mi levadura de cerveza antes de que acabemos.

—No puedo creerlo —a las ocho, Juliet se dejó caer en una silla de la sala de espera del aeropuerto. Tras ella, la cinta que transportaba el equipaje se había detenido—. Han enviado nuestro equipaje a Atlanta.

—No es tan difícil de creer —contestó Carlo, que había perdido tantas veces el equipaje que ya ni podía contarlas. Le dio a su maletín de cuero una palmada. Sus espátulas estaban a salvo—. Bueno, ¿cuándo recibiremos nuestra ropa interior?

—Tal vez mañana, a las diez —disgustada, Juliet miró los vaqueros y la camiseta que había llevado en el avión. Llevaba sus cosas de aseo y unas cuentas

prendas de vestir en el bolso que colgaba de su hombro, pero nada parecido a un traje formal. Aunque eso era lo de menos, pensó. A fin de cuentas, ella iba a quedarse entre bastidores. Entonces echó un vistazo a Carlo.

El llevaba una sudadera de manga corta en la que ponía Sorbonne, unos vaqueros desgastados y unas zapatillas de deporte viejas. ¿Cómo demonios, se preguntó Juliet, iba a aparecer en antena a las ocho de la mañana vestido así?

—Carlo, tenemos que conseguirte algo de ropa.

—Tengo ropa —le recordó él—, en mis maletas.

—Mañana a las ocho sales en Hola, Filadelfia. De allí vamos directamente a desayunar con unos periodistas del Herald y del Inquirer. A las diez, cuando tal vez lleguen nuestras maletas, tienes que estar en A media mañana. Después...

—Ya hemos repasado la agenda, mi amor. ¿Qué tiene de malo esta ropa?

—No te hagas el gracioso, Carlo. Ahora mismo nos vamos a buscar unos grandes almacenes.

—¿Unos grandes almacenes? —Carlo dejó que Juliet lo sacara a empujones de la terminal—. Yo no me pongo ropa de un gran almacén.

—Pues ahora te la vas a poner. No es momento de remilgos. A ver, ¿qué hay en Filadelfia? —masculló ella Centras llamaba a un taxi—. Los almacenes Wannamaker's —abriéndole la puerta, miró su reloj—. Puede que Neguemos a tiempo.

Llegaron media hora antes de que cerraran. A pesar de que no paraba de refunfuñar, Carlo dejó que Juliet lo llevara a rastras por el antiguo y respetable establecimiento de Filadelfia. Sabiendo que el tiempo apremiaba, Juliet se puso a mirar un expositor de pantalones.

—¿Cuál es tu talla?

—La treinta y uno, la treinta y tres... —le dijo él, alzando una ceja—. ¿Puedo elegir mi propia ropa?

—Pruébate éstos —Juliet sacó un par de pantalones de pinzas de color marrón grisáceo.

—Prefiero el beige —comenzó a decir él.

—Éste da mejor en cámara. Ahora, camisas —dejándolo con la percha en la mano, pasó al siguiente expositor—. ¿Talla?

—¿Y yo qué sé de tallas americanas? —gruñó él.

—Creo que ésta te servirá —Juliet eligió una elegante camisa de seda de tono salmón y Carlo tuvo que reconocer que a él también le habría llamado la atención—. Ve a probarte todo esto mientras yo miro las chaquetas.

—Esto es como ir de compras con mi madre —masculló él mientras se dirigía al probador.

Juliet encontró un cinturón fino y suave, con una hebilla discreta y bonita a la que sabía que Carlo no le pondría pegas. Tras descartar una docena de chaquetas, se topó con una de hilo suelta e informal, en un tono entre crema y marrón.

Cuando Carlo salió del probador, Juliet le tiró la chaqueta y el cinturón y se retiró para mirarlo.

— Te queda bien — dijo mientras él se ponía la chaqueta —. Sí, te queda muy bien. El color de la camisa impide que el resto parezca demasiado apagado, y la chaqueta es informal, pero no demasiado.

— El día que Franconi se ponga ropa de supermercado...

— Sólo Franconi puede llevar ropa de supermercado y hacer que parezca de diseño.

Él se quedó parado y se encontró con la expresión alborozada de los ojos de Juliet.

— Eres una adulatora.

— A estas alturas, soy capaz de cualquier cosa — dándole la vuelta, lo empujó hacia el probador —. Quítate todo eso Franconi. Voy a traerte unos calzoncillos.

Él le lanzó una mirada fría y muy poco paciente.

— Todo tiene un límite, Juliet.

— Tú no te preocupes por nada — dijo ella alegremente —. La editorial corre con los gastos. Date prisa. Tenemos el tiempo justo para comprar los zapatos.

Juliet firmó el último ticket cinco minutos después de que el sistema de megafonía anunciara el cierre del establecimiento.

— Ya está todo — Juliet se apoderó de las bolsas —. Ahora, si podemos tomar un taxi hasta el hotel, todo arreglado.

— Que conste que voy a ponerme esos zapatos americanos contra mi voluntad.

— No te lo reprocho — dijo ella sinceramente —. Medidas de emergencia, caro.

Aquella palabra de cariño conmovió a Carlo. Juliet nunca bajaba la guardia lo suficiente como para usar apelativos cariñosos. Carlo decidió ser generoso y perdonarla por hacer restallar el látigo.

— Mi madre te admiraría.

— ¿Ah, sí? — Juliet permanecía de pie en la acera, distraída, con una mano levantada para llamar a un taxi —. ¿Por qué?

— Ella es la única que ha conseguido llevarme a una tienda a comprarme ropa. Pero de eso hace ya veinte años.

— Las relaciones públicas somos como madres — le dijo ella —. No nos queda más remedio.

El se acercó un poco más y tomó el lóbulo de su oreja entre los dientes.

— Yo te prefiero como amante.

Un taxi paró junto a la acera, haciendo rechinar los neumáticos. Juliet se preguntó si era eso lo que la había dejado sin aliento. Intentando calmarse, metió a Carlo y las bolsas dentro del coche.

—Durante los próximos días, seré ambas cosas. Eran casi las diez cuando llegaron al Cocharan House. Carlo se mordió la lengua y no dijo nada sobre las habitaciones separadas, pero decidió que Juliet no pasaría ni un solo instante en la suya. Les quedaban sólo tres días, la mayor parte de los cuales pasarían trabajando. No malgastarían ni un solo instante de asueto.

Carlo no dijo nada cuando entraron en el ascensor delante del botones. Mientras subían, se puso a canturrear para sí mismo en tanto Juliet parloteaba despreocupadamente con el botones. Al llegar a la puerta de su suite, él la agarró del brazo.

—Deje aquí todas las maletas, por favor —le indicó al botones—. La señorita Trent y yo tenemos que ocuparnos de un asunto urgente —antes de que ella pudiera decir una palabra, Carlo sacó varios billetes y le dio la propia al botones. Ella guardó silencio hasta que se hallaron solos de nuevo.

—¿Qué crees que estás haciendo, Carlo? Ya te he dicho que...

—Que querías tener tu propia habitación. Y la tienes —puntualizó él—. Dos puertas más allá. Pero vas a quedarte aquí, conmigo. Ahora, vamos a pedir una botella de vino y a relajarnos —agarró las bolsas que ella todavía llevaba en las manos y las tiró sobre un largo y bajo sofá—. ¿Prefieres algo ligero?

—Prefiero que no me den ordenes.

—Yo también —Carlo miró su ropa nueva, sonriendo—. Medidas de emergencia.

—Carlo, si intentaras comprender... —se interrumpió al oír que llamaban a la puerta. Sólo masculló un poco cuando Carlo fue a abrir.

—Summer! —Juliet notó su tono de alegría y, al volverse, vio a Carlo abrazado a una rubia preciosa. —Pensaba que llegabas una hora antes, Carlo. La rubia tenía una voz exótica, con un leve acento francés y un sutil toque británico. Cuando se apartó de Carlo, Juliet advirtió de un solo vistazo que era elegante, refinada y bellísima. Vio que Carlo tomaba su exquisito rostro entre las manos, como a menudo hacía con el suyo, y que le daba a aquella mujer un beso largo y apasionado.

—Ah, mi pequeño pastelito de nata, estás tan guapa como siempre.

—Y tú, Franconi, estás tan... —Summer se interrumpió al ver a Juliet parada en medio de la habitación. Sonrió amablemente, pero no intentó disimular su mirada escrutadora—. Hola, tú debes de ser la relaciones públicas de Carlo.

—Juliet Trent —por extraño que pareciera, Carlo se sentía tan nervioso como un muchacho que le presentara a su madre su primera novia—. Ésta es Summer Cocharan, la mejor pastelera a ambos lados del Atlántico.

Summer extendió una mano mientras cruzaba la habitación.

—Me adula porque quiere que le prepare un éclair.

– Una docena de ellos – dijo Carlo –. ¿A que es guapa, Summer?

Mientras Juliet buscaba algo que decir, Summer sonrió e hizo un gesto nuevo. Había notado algo extraño en la voz de Carlo.

– Sí, muy guapa. ¿A que es horrible trabajar con él, Juliet?

Juliet sintió que la risa brotaba con facilidad.

– Sí, mucho.

– Pero nunca aburrido –ladeando la cabeza, Summer le lanzó a Carlo una mirada rápida e íntima. Sí, allí había algo que nada tenía que ver con el trabajo. Ya era hora – Por cierto, Carlo, debería darte las gracias por mandarme al joven Steven.

Interesado, Carlo dejó su maletín de cuero. – Entonces, ¿trabaja bien? – Maravillosamente.

– El muchacho que quería ser chef... – murmuró Juliet, y se sintió de pronto terriblemente conmovida. Carlo no lo había olvidado.

– Sí, ¿lo conoces? Es muy trabajador – continuó Summer cuando Juliet asintió –. Creo que tu idea de mandarlo a París para que estudie dará fruto. Va a ser un cocinero excelente.

– Bien – satisfecho, Carlo le dio una palmadita en la mano –. Hablaré con su madre y haré los preparativos. Juliet lo miró arrugando la frente. – ¿Vas a mandarlo a París?

– Es el único sitio donde se puede estudiar cocina como es debido – Carlo se encogió de hombros como si aquello no tuviera importancia –. Luego, cuando se haya formado, se lo quitaré a Summer y me lo llevaré a mi restaurante.

– Puede que sí – Summer sonrió –. O puede que no. Carlo iba a pagarle los estudios a un chico al que había visto sólo una vez, pensó Juliet, atónita. ¿Qué clase de hombre era capaz de pasarse veinte minutos retocándose el nudo de la corbata y, al mismo tiempo, podía demostrar tal generosidad hacia un extraño? Qué tonta había sido al pensar que conocía a Carlo. – Eres muy generoso, Carlo – murmuró. Él le lanzó una extraña mirada y luego se encogió de hombros.

– Hay que pagar las deudas, Juliet. Yo también fui un muchacho y sólo tuve a mi madre para ayudarme. Hablando de madres – continuó suavemente, cambiando de tema –, ¿qué tal está Monique?

– Maravillosamente feliz, todavía – le dijo Summer, y sonrió al pensar en su madre –. Está claro que Keil era el hombre que estaba buscando – riendo, se volvió hacia Juliet –. Lo siento, Carlo y yo nos conocemos hace mucho tiempo.

– No te preocupes. Carlo me ha dicho que estudiasteis juntos.

– Sí, hace un siglo, en París.

– Ahora Summer está casada con un ricachón americano. ¿Qué tal está Blake, cara?. ¿Deja que te quedés conmigo?

—No por mucho tiempo —Blake apareció en la puerta abierta, todavía elegante después de doce horas de trabajo. Era más alto y corpulento que Carlo, pero a Juliet le pareció advertir cierto parecido entre ellos. Una especie de autoridad, tanto sexual como intelectual.

—Esta es Juliet Trent —comenzó a decir Summer—. Se ocupa de Carlo durante su gira americana.

—Un trabajo difícil —un camarero entró con copas y una botella de champán en una hielera. Blake le hizo una seña con la cabeza para que se retirara—. Summer me ha dicho que tienes una agenda muy apretada.

—Ella es quien lleva el látigo —le dijo Carlo, señalando a Juliet. Pero, al bajar la mano, rozó el hombro de Juliet en un gesto al mismo tiempo intrascendente e inconfundiblemente íntimo.

—Creo que mañana iré con vosotros al estudio a ver tu demostración —Summer aceptó la copa de champán que le ofrecía su marido—. Hace mucho tiempo que no te veo cocinar.

—Bien —Carlo se relajó con el primer sorbo de champán—. Puede que tenga tiempo de echarle un vistazo a tu cocina. Summer vino aquí a remodelar y ampliar la cocina de Blake, y se quedó porque le tomó cariño. — ¡Tiene razón —Summer le lanzó a su marido una mirada divertida—. En realidad, le he tomado tanto cariño que he decidido ampliar otra vez.

—¿Sí? —interesado, Carlo alzó una ceja—. ¿Otro Cucharan House?

—Otro Cochran —contestó Summer.

Carlo tardó un momento en comprender, pero Juliet se percató del momento exacto en que entendía la noticia. Vio que sus ojos se llenaban de emoción mientras dejaba la copa.

—¡Vas a tener un niño!

—Sí, en invierno —Summer sonrió y extendió la mano—. No sé cómo me las voy a apañar para llegar al fogón cuando tenga que preparar la cena de Navidad.

Carlo le tomó la mano y se la besó. Luego la besó en las mejillas.

—Hemos recorrido un largo camino, cara mía.

—Sí, muy largo.

—¿Te acuerdas del tiovivo?

Ella recordaba bien su viaje desesperado a Roma para huir de Blake y de sus sentimientos.

—Me dijiste que me daba miedo esa pequeña alianza de oro, y así conseguiste que me decidiera. Nunca lo olvidaré —él murmuró algo en italiano que hizo que los ojos de Summer se empañaran—. Yo también te he querido siempre. Ahora, vamos a brindar antes de que me ponga en ridículo.

—Un brindis —Carlo alzó su copa y deslizó su brazo libre alrededor de Juliet—. Por el carrusel que nunca termina.

Juliet levantó su copa y, bebiendo, dejó que el champán disipara su melancolía.

Summer había cocinado muchas veces delante de una cámara. Lo hacía varias veces al año, al tiempo que dirigía la cocina del Cocharan House de Filadelfia, satisfacía a algunos clientes selectos con un par de viajes al año si el precio y la ocasión eran lo bastante importantes y, sobre todo, aprendía a disfrutar del matrimonio.

Aunque había cocinado a menudo con Carlo en la cocina de un palacio, en la cocina, más humilde, del piso que aún tenía en París, y en media docena de lugares más, nunca se cansaba de verlo en acción. De ella se decía que trabajaba con la concentración de un neu – rocirujano; Carlo, en cambio, tenía el ímpetu de un artista. Ella siempre había admirado su expresividad, su sentido del humor, y, especialmente, su talento para la actuación.

Cuando él acabó de darle los últimos toques al plato de pasta al que, no sin arrogancia, le había puesto su nombre, Summer se sumó a los aplausos del público. Pero no sólo había acudido al estudio con Carlo y Juliet para alimentar el ego de un viejo amigo. Summer conocía a Carlo tan bien como a sí misma. A menudo le parecía que estaban hechos de la misma pasta.

—¡Bravo, Franconi! —mientras el equipo empezaba a repartir los linguini entre el público, Summer se levantó para darle a Carlo un beso en la mejilla.

—Sí —él le devolvió el beso—. He estado magnífico.

—¿Dónde está Juliet?

—Hablando por teléfono —Carlo alzó los ojos al cielo—. Dio, esa mujer se pasa más tiempo al teléfono que una recién casada en la cama.

Summer miró su reloj.

—Supongo que no tardará mucho. Sé que tienes un almuerzo con periodistas en el hotel.

—Prometiste hacer crepés —le recordó él.

—Sí, ya lo sé. A cambio, ¿crees que podrías encontrar una habitación tranquila donde podamos hablar?

El sonrió y movió las cejas.

—Amor mío, el día que Franconi no pueda ofrecerle a una dama una habitación tranquila, el mundo se parará

—Eso me parecía —ella le dio el brazo y dejó que la condujera por el pasillo hasta lo que resultó ser un pequeño almacén con una bombilla en el techo—. A ti nunca te ha faltado clase, caro.

—Y bien —Carlo se acomodó sobre unas cajas—. Dado que sé que no deseas mi cuerpo, por soberbio que sea, ¿se puede saber en qué estás pensando?

– En ti, por supuesto, chérie.

– Por supuesto.

– Te quiero, Carlo.

La repentina seriedad de Summer lo hizo sonreír y tomarla de las manos.

– Y yo a ti, como siempre.

– ¿Recuerdas que, hace no mucho tiempo, viniste a Filadelfia para promocionar otro libro?

– En aquella época, tú tenías dudas sobre cómo afrontar el encargo de remodelar la cocina del americano, sintiéndote atraída por él y al mismo tiempo estando decidida a dominar tus sentimientos.

– Estaba enamorada de él y empeñada en negarlo –puntualizó ella–. Tú me diste un buen consejo. Ahora quiero devolverte el favor.

– ¿Vas a darme un consejo?

– Agarra esa pequeña alianza de oro, Carlo, y aférrate a ella.

– Summer...

– ¿Quién te conoce mejor que yo?

Él se encogió de hombros.

– Nadie.

– Me di cuenta de que estabas enamorado de ella en cuanto entré en la habitación y dijiste su nombre. Nosotros nos entendemos demasiado bien como para andarnos con fingimientos.

El se quedó parado un momento sin decir nada. Llevaba días intentando sortear cuidadosamente aquella palabra, y sus consecuencias.

– Juliet es especial –dijo lentamente–. He pensado que tal vez lo que siento por ella sea distinto.

– ¿Lo has pensado?

Él dejó escapar un leve bufido y se dio por vencido.

– Está bien, lo sé. Pero la clase de amor de la que estamos hablando conduce al compromiso, el matrimonio, los hijos...

Summer se llevó instintivamente una mano al vientre.

– Sí. Tú me dijiste una vez, cuando te pregunté por qué no te habías casado, que ninguna mujer había hecho temblar tu corazón. ¿Recuerdas qué me dijiste que harías si alguna vez la encontrabas?

– Correr en busca de una licencia y un cura –levantándose, Carlo se metió las manos en los bolsillos de los pantalones que Juliet había elegido–. Eso es fácil decirlo antes de que te tiemble el corazón. No quiero perderla, Summer –una vez dicho, suspiró–. Antes nunca me había importado, pero ahora me importa tanto que no quiero arriesgarme a dar un paso en falso. Ella es muy esquiva, Summer. Hay

veces en que la abrazo y siento que una parte de ella se me escapa. Comprendo su impaciencia, su ambición, y hasta la admiro por ello.

— Yo tengo a Blake, pero sigo teniendo mi independencia y mi ambición.

— Si — Carlo le sonrió —. ¿Sabes?, Juliet se parece mucho a tí. Es muy terca — al ver que Summer alzaba una ceja, sonrió —. Tiene la cabeza muy dura y está empeñada en ser la mejor, cualidades que siempre he encontrado extrañamente atractivas en una mujer hermosa.

— Merci, mon cher ami — dijo Summer secamente —. Entonces, ¿dónde está el problema?

— Tú confiarías en mí.

Ella pareció sorprendida. Luego se encogió de hombros como si Carlo hubiera dicho una obviedad.

— Claro.

— Pues ella no puede... No quiere — se corrigió Carlo —. Le resultaría más fácil entregarme su cuerpo, incluso parte de su corazón, que su confianza. Y la necesito, Summer, tanto como necesito lo que ya me ha dado.

Pensativa, Summer se apoyó contra una caja.

— ¿Te quiere?

— No lo sé — le resultaba difícil admitirlo. A fin de cuentas, siempre había creído comprender a las mujeres. Sonrió un poco al darse cuenta de que un hombre nunca llegaba a entender por completo a la mujer que amaba —. Hay veces que me parece muy próxima y otras que me parece muy distante. Hasta ayer no tomé una decisión.

— ¿Y cuál es?

— Que la quiero a mi lado — dijo él con sencillez —. Cuando sea mayor y me siente junto a las fuentes a mirar a las jovencitas, todavía la querré a mi lado.

Summer se acercó y apoyó las manos sobre sus hombros.

— Da miedo, ¿eh?

— Es aterrador — sin embargo, por alguna razón, pensó Carlo, le parecía más fácil ahora que lo había admitido — Siempre he pensado que sería fácil. Habría amor, romanticismo, matrimonio e hijos. ¿Cómo iba a imaginarme que la mujer en cuestión sería una americana terca como una muía?

Summer se echó a reír y apoyó la frente en la de Carlo.

— Yo tampoco me imaginaba que el hombre en cuestión sería un americano terco como una muía. Pero era el hombre adecuado para mí. Y Juliet es la mujer adecuada para ti.

— Bueno — Carlo le besó la frente —, ¿y cómo puedo convencerla de eso?

Summer se quedó pensando un momento con el ceño fruncido. Esbozó una rápida sonrisa y se acercó a un rincón. Agarrando una escoba, se la tendió a Carlo.

— Tú eres brujo. Hechízala.

Juliet estaba al borde de un ataque de nervios cuando vio a Carlo bajando tranquilamente por el pasillo del brazo de Summer. Parecía que estaban paseando al atardecer por la orilla izquierda del Sena. La primera oleada de alivio se evaporó, convirtiéndose en exasperación. — Carlo, he puesto esto patas arriba buscándote.

Él se limitó a sonreír y le acarició la mejilla con un dedo.

— Estabas hablando por teléfono. Juliet se pasó una mano por el pelo, intentando dominarse.

— La próxima vez que te vayas a dar un paseo, deja un reguero de miguitas de pan. Tengo a un taxista con muy malas pulgas esperando en la puerta — mientras tiraba de él, luchaba por conservar los buenos modales —, ¿Te ha gustado el programa? — le preguntó a Summer.

— Siempre me gusta ver cocinar a Carlo. Ojalá pudierais quedaros más tiempo. Aunque, pensándolo bien, habéis llegado en el momento adecuado.

— ¿Ah, sí? — Carlo abrió la puerta y la sujetó para que ellas pasaran.

— Ese cochino francés llega la semana que viene.

La puerta se cerró de golpe.

— ¿LaBare?

Juliet se dio la vuelta. Había oído a Carlo mencionarlo otras veces aquel nombre con desprecio.

— Carlo...

Él levantó una mano, silenciando cualquier interrupción.

— ¿Qué va a hacer aquí ese cerdo?

— Lo mismo que tú — contestó Summer. Echándose el pelo hacia atrás, frunció el ceño —. Ha escrito otro libro.

— Ese patán... No debería cocinar más que para las hienas.

— Para hienas furiosas — puntualizó Summer.

Viendo que sus acompañantes empezaban a sulfurarse, Juliet los tomó del brazo.

— Creo que podemos hablar en el taxi.

— Como se atreva a dirigirte la palabra — anunció Carlo, ignorando a Juliet —, lo cortaré en pedacitos muy pequeños.

Summer sacudió la cabeza.

— No te preocupes. Puedo arreglármelas sola. Además, a Blake le hace gracia.

Carlo dejó escapar un siseo parecido al de una serpiente. Juliet sintió que sus nervios se disparaban.

—¡Americanos! Puede que vuelva a Filadelfia y lo mate con mis propias manos.

Juliet lo empujó suavemente hacia el taxi.

—Vamos, Carlo, sabes perfectamente que no quieres matar a Blake.

—A LaBare —la corrigió Carlo con algo parecido a un estallido.

—¿Quién es LaBare? —preguntó Juliet, exasperada.

—Un cerdo —contestó Carlo.

—Un cochino —confirmó Summer—. Pero tengo planes para él. Va a hospedarse en el Cocharan House —Summer extendió las manos y se miró las uñas—. Voy a encargarme personalmente de prepararle la comida.

Carlo se echó a reír, la levantó del suelo y la besó.

—La venganza, amor mío, es más dulce que tu merengue —satisfecho, la dejó de nuevo en el suelo—. Summer y yo estudiamos con ese patán —le explicó a Juliet—. Sus fechorías son demasiado numerosas como para contarlas ¿arlo se ajustó la chaqueta—. Me niego a estar en el mismo continente que él.

Juliet, que empezaba a perder la paciencia, miró al ceñudo taxista.

—No te preocupes —dijo—, habrás vuelto a Italia cuando él llegue aquí.

Carlo asintió con la cabeza, animándose de pronto.

—Tienes razón. Summer, ¿me llamarás para contarme cómo muerde el polvo?

—Naturalmente.

—Entonces, quedamos en eso —él sonrió y retomó la conversación por donde la había dejado antes de que saliera a relucir el nombre del francés—. La próxima vez que vengamos a Filadelfia —prometió—, les prepararemos un banquete a Blake y Juliet. Mi carpaccio y tu tarta de chocolate. No sabrás lo que es el pecado, Juliet, hasta que pruebes la tarta de Summer.

Juliet sabía que no habría una próxima vez, pero compuso una sonrisa.

—Me encantaría.

Carlo se detuvo mientras Juliet abría la puerta del taxi.

—Pero esta noche nos vamos a Nueva York.

Summer sonrió al entrar en el coche.

—No te olvides de llevarte la escoba.

Juliet se montó en el asiento delantero.

—¿La escoba?

Carlo tomó la mano de Summer y sonrió.

– Una extraña expresión francesa.

Capítulo XII

Nueva York no había cambiado. Hacía tal vez más calor que cuando Juliet se había ido, pero el tráfico seguía fluyendo, la gente seguía yendo de un lado para otro apresuradamente y el ruido seguía sonando. Parada junto a su ventana del hotel Harley, ella lo absorbía todo.

No, Nueva York no había cambiado, pero ella sí.

Tres semanas antes, había contemplado desde la ventana de su despacho un paisaje semejante a aquél. Entonces estaba concentrada en la gira, en hacer de ella todo un éxito. Para sí misma, admitió. Había querido triunfar a lo grande.

Se daba cuenta de que lo había conseguido. En ese momento, Carlo estaba en su suite concediendo una entrevista a un reportero del Times. Ella había pretextado mil razones distintas para excusar su presencia. Carlo se había creído que tenía que hacer un montón de llamadas y ocuparse de un sinfín de detalles, pero lo cierto era que Juliet necesitaba estar sola.

Más tarde llegaría otro periodista y un fotógrafo de una de las revistas más importantes del país. La televisión cubriría la demostración de Carlo en Bloomingdale's. A la italiana había alcanzado el quinto puesto en la lista de los libros más vendidos. Su jefe estaba a punto de canonizarla.

Pero Juliet intentaba recordar cuándo había sido la última vez que se había sentido tan desgraciada.

El tiempo se estaba agotando. La noche siguiente, Carlo tomaría un avión y ella se montaría en un taxi para recorrer el corto trayecto de regreso a su apartamento. Mientras ella deshiciera las maletas, él estaría a miles de kilómetros sobre el Atlántico. Ella estaría pensando en él mientras él flirteara con una azafata de vuelo o con su compañera de asiento. Así era él. Ella siempre lo había sabido.

Le resultaba imposible disfrutar de su éxito, hacer planes para su siguiente encargo cuando era incapaz de pensar más allá de las siguientes veinticuatro horas.

¿No era aquello exactamente lo que siempre había intentado evitar? ¿No había actuado siempre con extrema cautela para tenerlo todo bajo control? Se había labrado una carrera partiendo de cero, y todo cuanto tenía se lo había ganado con esfuerzo. Nunca había considerado que el hecho de no compartirlo fuera señal de cicatería, sino de simple pragmatismo. A fin de cuentas, tenía presente lo que consideraba el perfecto ejemplo de lo que pasaba cuando una mujer soltaba las riendas de su vida y permitía que otra persona se apoderara de ellas. Su madre había entregado a ciegas el control sobre su existencia y nunca había vuelto a recuperarlo. Su prometedora carrera como enfermera se había desmoronado hasta quedar reducida al cuidado de los arañazos que sus hijas se hacían en las rodillas. Se había sacrificado por un

hombre que la quería, pero que no podía serle fiel. ¿Hasta qué punto había estado ella cerca de hacer lo mismo?

Si de algo estaba segura todavía, era de que no podría vivir así. Existir, sí, pensó, pero no vivir. De modo que le gustara o no, tenía que pensar más allá de las siguientes veinticuatro horas. Recogiendo su cuaderno, se acercó al teléfono. Siempre había llamadas que hacer.

Antes de que pudiera marcar la primera tecla, Carlo entró en la habitación.

—Te tomé prestada la llave —dijo él antes de que Juliet se lo preguntara—. Para no molestarte si estabas durmiendo. Pero debí imaginar que no —señaló con la cabeza el teléfono y luego se dejó caer en una silla. Parecía tan complacido consigo mismo que Juliet tuvo que sonreír.

—¿Qué tal ha ido la entrevista?

—Perfectamente —Carlo estiró las piernas, suspirando—. El periodista preparó mis raviolis anoche mismo. Piensa, con toda razón, que soy un genio.

Ella miró su reloj.

—Muy bien. Otro periodista viene de camino. Si puedes convencerlo de que eres un genio...

—Sólo tiene que ser un poco perspicaz.

Ella sonrió y, dejándose llevar por un impulso, se levantó y fue a arrodillarse delante de él.

—No cambies, Carlo.

Inclinándose, él tomó su cara entre las manos.

—Mañana seguiré siendo el mismo que hoy.

Mañana él se habría ido. Pero Juliet no quería pensar en eso. Lo besó rápidamente y luego se obligó a apartarse.

—¿Vas a llevar esa ropa?

Carlo miró su chaqueta de lino y sus vaqueros negros.

—Claro.

—Hmm —ella lo observó atentamente, intentando juzgarlo desde el punto de vista de una cámara—. Creo que servirá para ese artículo. Algo informal y relajado para una revista que siempre está llena de corbatas y cuellos almidonados. Le dará un toque distinto.

—Grazie —dijo él secamente mientras se levantaba—. Dime, ¿cuándo vamos a dejar de hablar de periodistas?

—Cuando te lo hayas ganado.

—Eres muy dura, Juliet.

—Dura como el acero —pero no pudo resistir el deseo de rodearlo con los brazos—. Cuando hayas acabado esa entrevista, nos iremos a Bloomingdale's.

Él la atrajo hacia sí hasta que sus cuerpos se tocaron.

– ¿Y luego?

– Luego tienes un cóctel con el editor.

Él le pasó la punta de la lengua por el cuello.

– ¿Y después?

– Después tienes la noche libre.

– Una cena tardía en mi suite –sus labios se encontraron, quedaron unidos un momento y luego se separaron.

– Podría arreglarse.

– ¿Champán?

– Tú eres la estrella. Pide lo que quieras.

– ¿A ti?

Ella apretó la mejilla contra la de él. Esa noche, esa última noche, no habría restricción alguna.

– A mí.

Eran las diez cuando volvieron a recorrer el pasillo de camino a la suite de Carlo. Juliet había perdido el apetito hacía rato, pero su entusiasmo por aquella velada no se había mitigado.

– Carlo, nunca deja de asombrarme lo bien que actúas. Si hubieras elegido ser actor, tendrías una pared llena de Oscars.

– Sentido de la oportunidad, *innamorata*. Sólo se trata de eso.

– Los tenías comiendo de tu mano.

– Pues me resultó bastante difícil –confesó él, y se detuvo ante la puerta para tomarla en brazos–. No dejaba de pensar en volver aquí, contigo.

– Entonces, sí que te mereces un Osear. Cada una de las mujeres de la fiesta estaba convencida de que sólo pensabas en ella.

– He recibido dos ofertas interesantes.

Ella alzó las cejas.

– ¿Ah, sí?

Él frotó la nariz contra su barbilla.

– ¿Estás celosa?

Juliet entrelazó los dedos detrás de su cuello.

– Yo estoy aquí y ellas no.

– Cuánta arrogancia. Creo que todavía tengo un número de teléfono en el bolsillo.

– Sácalo, Franconi, y te romperé la muñeca.

Él le sonrió.

— Entonces, creo que me limitaré a sacar la llave.

— Excelente idea — divertida, Juliet se apartó mientras él abría la puerta. Entró y de pronto se quedó boquiabierta.

La habitación estaba llena de rosas. Cientos de ellas, de todos los colores que hubiera podido imaginar, en cestas, jarrones y cuencos. La habitación olía como un jardín inglés una tarde de verano.

— Carlo, ¿de dónde has sacado todas estas flores?

— Las encargué.

Ella se detuvo y se inclinó para oler un capullo.

— ¿Las encargaste? ¿Para ti?

Él sacó el capullo del jarrón y se lo dio.

— Para ti.

Abrumada, ella paseó la mirada por la habitación.

— ¿Para mí?

— Siempre deberías tener flores — él le besó la muñeca —. Las rosas te sientan bien.

Una sola rosa o cientos de ellas. Para Carlo, no había término medio. Juliet sintió de nuevo una emoción insoportable.

— No sé qué decir.

— ¿Te gustan?

— ¿Que si me gustan? Sí, claro, me encantan, pero...

— Entonces no tienes que decir nada. Prometiste cenar conmigo — tomándola de la mano, la condujo hasta la mesa, que estaba ya preparada junto a la amplia ventana sin cortinas. Una botella de champán estaba puesta a enfriar en un cubo de plata. Las velas blancas esperaban que alguien las encendiera. Carlo levantó una tapa para mostrar unas colas de langosta delicadamente cocinadas. Era, pensó Juliet, el decorado más bello del mundo.

— ¿Cómo has conseguido que todo estuviera preparado?

— Les dije a los del servicio de habitaciones que lo tuvieran todo listo a las diez — retiró la silla de Juliet —. Yo también sé organizar una agenda, amor mío — cuando Juliet se sentó, Carlo encendió las velas y bajó las luces para que reluciera la plata. A otro toque suyo, la música empezó a flotar hacia ella.

Juliet pasó la punta de un dedo por el fino fuste blanco de una vela y luego miró a Carlo. Él descorchó el champán y llenó dos copas.

Carlo haría especial su última noche, pensó Juliet. Era muy propio de él. Dulce, generoso, romántico. Cuando se separaran, los dos tendrían algo memorable que llevarse consigo. Sin lamentaciones, pensó Juliet de nuevo, Y le sonrió.

– Gracias.

– Por la felicidad, Juliet. La tuya y la mía.

Ella tocó la copa de Carlo con la suya y lo miró. Centras bebía.

– ¿Sabes?, algunas mujeres sospecharían que quieren seducirlas si las invitaran a cenar con champán y velas.

– Sí. ¿Tú lo sospechas?

Ella se echó a reír y bebió de nuevo.

– Cuento con ello.

Dios, cómo lo excitaba ella, con sólo verla reír, oírla hablar... Carlo se preguntaba si aquel deseo se mitigaría con el paso de los años. ¿Cómo sería, se preguntaba, despertarse cada mañana junto a la mujer amada? A veces, pensaba, se encontrarían al amanecer con mutuo deseo y soñolienta pasión. Otras, se quedarían tumbados el uno al lado del otro, envueltos en el calor de la noche. El siempre había considerado el matrimonio algo sagrado, casi misterioso. Ahora pensaba que podía ser una aventura... una aventura que sólo quería compartir con Juliet.

– Esto es maravilloso – Juliet dejó que la langosta se disolviera en su boca –. Me estás malacostumbrando.

Carlo le llenó la copa otra vez.

– ¿Malacostumbrando? ¿Por qué?

– Este champán es mucho mejor que el Reisling que tomo de vez en cuando. Y la comida... – tomó otro pedazo de langosta y cerró los ojos –. En estas tres semanas, mi actitud hacia la comida ha cambiado radicalmente. Voy a acabar gorda y sin un penique, si quiero mantener mi adicción.

– Así que has aprendido a relajarte y a disfrutar. ¿Tan malo te parece?

– Si sigo relajándome y disfrutando, voy a tener que aprender a cocinar.

– Te dije que te enseñaría.

– Los linguini los hice bien – le recordó ella.

– Eso fue sólo una lección. Se tarda años en aprender a cocinar como es debido.

– Entonces, supongo que tendré que conformarme con las cajitas de comida precocinada.

– Eso sería un sacrilegio, cara, ahora que tienes educado el paladar – Carlo tocó sus dedos sobre la mesa –. Juliet, todavía quiero enseñarte.

Ella sintió que su pulso se aceleraba y, aunque intentó concentrarse, no logró apaciguarlo. Intentó sonreír.

– Tendrás que escribir otro libro de cocina. La próxima vez que vengas de gira, puedes enseñarme a hacer espaguetis – Juliet pensó que estaba parloteando. Y, cuando parloteaba, no podía pensar –. Si escribes un libro por año, creo que podré

apañármelas. Podría dar la siguiente lección cuando vuelvas el año que viene. Para entonces, puede que tenga mi propia empresa y puedas contratarme. Después de tres bestsellers, deberías pensar en contratar a tu propia relaciones públicas.

—¿Mi propia relaciones públicas? —él le apretó los dedos un instante—. Puede que tengas razón —se metió la mano en el bolsillo y sacó un sobre—. Tengo algo para ti.

Juliet reconoció el membrete de la línea aérea y tomó el sobre frunciendo el ceño.

—¿Hay algún problema con tu vuelo de regreso? Pensaba que... —se calló al ver que su nombre figuraba en un billete de ida a Roma.

—Ven conmigo, Juliet —él aguardó hasta que ella lo miró—. Ven a casa conmigo.

Más tiempo, pensó ella, estrujando el billete. Él le estaba ofreciendo más tiempo. Y más dolor. Era hora de que ella aceptara que iba a sufrir. Esperó hasta que estuvo segura de que podía controlar su voz y sus palabras.

—No puedo, Carlo. Los dos sabíamos que la gira acabaría.

—La gira, sí. Pero no lo nuestro —él había creído que se sentiría seguro, confiado, incluso alegre. No había contado con la desesperación—. Quiero que vengas conmigo, Juliet.

Ella dejó cuidadosamente el billete a un lado y descubrió que le dolía apartar su mano de él.

—Es imposible.

—Nada es imposible. Nosotros nos pertenecemos el uno al otro.

Ella tenía que desactivar aquellas palabras de algún modo. Tenía que fingir que no le llegaban muy adentro y se hinchaban hasta el punto de que su corazón parecía a punto de estallar.

—Carlo, los dos tenemos obligaciones, y nos separan miles de kilómetros. El lunes, los dos habremos vuelto al trabajo.

—Eso puede cambiar —dijo él—. Si necesitas unos días para arreglar tus asuntos aquí, en Nueva York, esperaremos. Nos iremos a Roma la semana que viene, o la siguiente.

—¿Arreglar mis asuntos? —ella se levantó y descubrió que le Saqueaban las rodillas—. ¿Sabes lo que estás diciendo?

Él lo sabía, pero ignoraba qué había sido de las palabras que tenía preparadas. Le salían exigencias, cuando lo que quería era demostrarle el deseo y la emoción que sentía. Se tropezaba allí donde siempre había avanzado con paso firme.

—Estoy diciendo que quiero que vengas conmigo —se levantó y la agarró de los brazos. La luz de las velas danzó sobre sus rostros confusos—. Las agendas y los planes no significan nada, ¿es que no lo ves? Te quiero.

Ella se quedó rígida y fría, como si la hubiera abofeteado. Un centenar de impulsos, una multitud de deseos se agolparon en su interior, y con ellos la certeza de que Carlo les había dicho aquellas mismas palabras a tantas mujeres que ni siquiera podía recordarlas.

—No uses esas artimañas conmigo, Carlo —su voz no era firme, pero Carlo vio furia en sus ojos—. Me he quedado contigo hasta ahora porque nunca me has insultado con cosas como ésa.

—¿Insultarte? —asombrado y furioso, él la zarandeó—. ¿Por qué? ¿Por quererte?

—Por usar una frase que no significa nada para un hombre como tú.

Los dedos de Carlo se aflojaron. Bajó los brazos.

—Después de esto, después de lo que ha habido entre nosotros, ¿me reprochas mi pasado? Tú tampoco viniste a mí intacta, Juliet.

—Los dos sabemos que eso es distinto. Yo no he hecho carrera de mi éxito como amante —Juliet sabía que lo estaba insultando, pero sólo pensaba en defenderse—. Ya te dije lo que pensaba del amor, Carlo. No permitiré que destruya mi vida y me aparte de todas mis metas. Tú... me das un billete de avión y me dices que me vaya a Roma, y esperas que huya contigo por un capricho, abandonando mi trabajo y mi vida hasta que nos cansemos.

Los ojos de Carlo se helaron.

—Yo sé mucho de caprichos, Juliet, de dónde empiezan y de dónde terminan. Te estaba pidiendo que fueras mi esposa.

Asombrada, Juliet dio un paso atrás como si la hubiera golpeado. ¿Su esposa? Sintió que el pánico se agitaba en su garganta.

—No —susurró, aterrorizada. Corrió hacia la puerta y cruzó el pasillo sin mirar atrás.

Juliet tardó tres días en reunir fuerzas suficientes para volver a la oficina. No le había resultado difícil convencer a su jefe de que estaba enferma y necesitaba que alguien la sustituyera durante el último día de la gira de Carlo. En realidad, lo primero que le dijo su jefe cuando regresó al despacho días después fue que debería estar en la cama.

Ella sabía qué aspecto tenía: estaba pálida y ojerosa. Pero estaba decidida a cumplir lo que se había prometido. Recoger los pedazos y seguir adelante. Y—no lo conseguiría encerrada en su apartamento, mirando fijamente las paredes.

—Deb, quiero que despejes la agenda para la gira de Lia Barrister en agosto.

—Tienes un aspecto horrible.

Juliet alzó la mirada de su mesa llena de papeles.

– Gracias.

– Si quieres que te dé un consejo, adelanta tus vacaciones y márchate de la ciudad. Necesitas que te dé un poco el sol, Juliet.

– Lo que necesito es una lista de hoteles en Albuquerque – que para la gira de Barrister.

Encogiéndose de hombros, Deb se dio por vencida.

– Enseguida te la traigo. Mientras tanto, échales un vistazo a estos artículos sobre Franconi que acaban de llegar – al levantar la mirada, notó que a Juliet se le había caído al suelo la cajita de clips –. Estás un poco torpe hoy, ¿no?

– Vamos a ver esos artículos.

– Hay uno que no sé muy bien cómo interpretar – Deb sacó una hoja de la carpeta y la miró con el ceño fruncido –. No es sobre uno de nuestros autores, en realidad, sino sobre un chef francés que acaba de empezar una gira.

– ¿LaBare?

Deb alzó la mirada, impresionada.

– Sí. ¿Cómo lo sabes?

– Un mal presentimiento.

– Bueno, el nombre de Franconi salió a relucir en la entrevista porque el reportero había escrito un artículo sobre él. Ese tal LaBare hizo algunos comentarios sobre él un tanto... en fin, desagradables.

Juliet tomó el artículo y leyó lo que su ayudante había subrayado.

– «Comida para patanes hecha por un patán» – leyó en voz baja –. «Aceite, almidón y nada de sustancia...» – había más, pero Juliet se limitó a alzar una ceja. Esperaba que el plan de venganza de Summer estuviera funcionando a la perfección –. Será mejor que no hagamos ni caso – decidió, y tiró la hoja a la papelería –. Si se lo pasáramos a Carlo, sería capaz de retar a LaBare a un duelo.

– ¿A cucharones y a diez pasos?

Juliet le lanzó una mirada fría.

– ¿Qué más tienes?

– Podría haber un problemilla con el reportaje de Dallas – dijo, dándole a Juliet la carpeta –. A la periodista se le ha ido la mano y ha puesto diez recetas sacadas directamente del libro.

Juliet alzó la cabeza.

– ¿Has dicho diez?

– Cuéntalas. Supongo que Franconi se pondrá furioso cuando las vea.

Juliet hojeó los artículos hasta que llegó a aquél. El texto era entusiasta y halagüeño, pero a la tímida señorita Tribly se le había ocurrido sugerir un menú

completo, desde el antipasto al postre. Las recetas de Carlo aparecían citadas literalmente.

—¿En qué estaría pensando? —masculló Juliet—. Podría haber usado una o dos. Pero esto...

—¿Crees que Franconi pondrá el grito en el cielo?

—Creo que la señorita Tribly tiene suerte de estar a unos cuantos miles de kilómetros. Será mejor que me pongas con el departamento jurídico. Si Carlo quiere demandarla, conviene que estemos bien informados.

Tras pasarse casi dos horas al teléfono, Juliet volvió a sentirse casi normal. Si sentía un cierto vacío, se decía que era porque no había comido... ni desayunado. Si se perdía frases enteras cuando le hablaban, se decía que le costaba concentrarse en aquella jerigonza legal.

Podían interponer una demanda o apretarle las tuercas a la señorita Tribly, pero cualquiera de las dos cosas causaría un enorme revuelo, y ella tenía que visitar Dallas con otros dos autores ese mismo verano.

Habría que decírselo a Carlo, pensó mientras colgaba el teléfono. Era imposible, o al menos poco ético, tirar el artículo a la basura y fingir que no existía, como había hecho con el de LaBare. El problema era si debía pedir al departamento jurídico que se pusiera en contacto con él, dejar aquel asunto en manos del editor o tomar al toro por los cuernos y escribirle ella misma.

Escribirle no le haría ningún mal, se dijo mientras jugueteaba con su pluma. Había tomado una decisión, había dicho lo que pensaba y se había bajado del carrusel. Los dos eran adultos y competentes. Dictar una carta con el nombre de Carlo no podía causarle ningún dolor.

Pensar en su nombre le causaba dolor.

Maldiciendo, Juliet se levantó y se acercó a la ventana. Carlo no lo había dicho en serio. Juliet volvió a recordar su última noche juntos, como había hecho muchas veces durante los días anteriores.

Para él, no había sido más que una aventura. Él podía dejarse llevar por la situación sin sufrir las consecuencias. «Te quiero»... Qué frase tan sencilla. Calculada e insignificante. No lo había dicho en serio, como había que decirlo.

¿Matrimonio? Aquello era absurdo. Carlo llevaba toda su vida evitando casarse. Sabía lo que pensaba ella al respecto. Por eso lo había dicho, resolvió Juliet. Sabía que, con toda seguridad, ella se negaría. Ni siquiera podía pensar en casarse hasta que pasaran unos años. Tenía que pensar en su empresa. En sus metas, en sus obligaciones.,

¿Por qué no podía olvidar el modo en que el la hacía reír, el modo en que la hacía arder de pasión? Los recuerdos, las sensaciones, no se iban desvaneciendo a medida que pasaban los días. De algún modo ganaban en intensidad, la perseguían constantemente. A veces, demasiado a menudo, recordaba la expresión de Carlo cuando tomaba su cara entre las manos.

Tocó el corazoncito de oro y diamantes que no había sido capaz de quitarse. Más tiempo, se dijo. Sólo necesitaba más tiempo. Tal vez hiciera que el departamento jurídico se pusiera en contacto con Carlo, después de todo. — ¿Juliet?

Juliet se apartó de la ventana y vio que su ayudante estaba en la puerta. — ¿Sí?

— Te he llamado dos veces. — Lo siento.

— Ha llegado un paquete para ti. ¿Quieres que te lo traigan aquí?

Una extraña pregunta, pensó Juliet, y regresó a su mesa.

— Claro.

Deb abrió la puerta de par en par.

— Por aquí.

Un hombre de uniforme metió un carrito en el despacho. Confundida, Juliet se quedó mirando la caja de madera, casi tan grande como su mesa.

— ¿Dónde se lo pongo, señorita?

— Eh... ahí. Ahí está bien.

El hombre descargó la caja con un movimiento hábil.

— Firme aquí — le tendió un portafolios mientras Juliet miraba fijamente la caja —. Que pase un buen día.

— Eh... sí, gracias — seguía mirando la caja cuando Deb volvió a entrar con una pequeña palanca.

— ¿Qué has pedido?

— Nada.

— Vamos, ábrelo — impaciente, Deb, le dio la palanca —. Me muero de impaciencia.

— No sé qué puede ser — deslizando la palanca bajo la tapa, Juliet empezó a hacer fuerza —, A menos que mi madre me haya mandado la vajilla de mi abuela.

— Aquí cabría la vajilla de un regimiento.

— Seguramente será todo envoltorio — masculló Juliet. Cuando la tapa cedió, comenzó a quitar las capas de corchos blancos.

— ¿La vajilla de tu abuela tiene trompa?

— ¿El qué?

— Trompa — incapaz de esperar, Deb se puso a quitar corcho blanco —. Cielo santo, Juliet, parece un elefante.

Juliet vio algo que brillaba y dejó de pensar.

— Ayúdame a sacarlo.

Entre las dos consiguieron sacar la pesada pieza de cerámica de la caja y ponerla sobre la mesa.

—Es la cosa más ridícula que he visto nunca —dijo Deb cuando recuperó el aliento—. Es feo, ostentoso y absurdo.

—Sí —murmuró Juliet—, lo sé.

—¿Qué clase de maníaco te mandaría un elefante?

—Sólo puede ser uno —dijo Juliet para sí misma, y pasó una mano suavemente por la trompa del elefante.

—Mi hijo de dos años podría montarse en él —comentó Deb, y de pronto vio la tarjeta, que había salido con el envoltorio—. Aquí tienes. Ahora sabrás a quién tienes que demandar.

Juliet se dijo que no debía mirar la tarjeta. Volvería a empaquetar el elefante y lo devolvería. Ninguna mujer sensata se dejaba conmover por una pieza de cerámica esmaltada de medio metro de alto y sin ninguna utilidad.

Juliet tomó la tarjeta y la abrió.

No te olvides.

Juliet rompió a reír. Cuando derramó las primeras lágrimas, Deb seguía a su lado, completamente atónita.

—Juliet... ¿estás bien?

—No —apretó la mejilla contra el elefante y siguió riendo—. Acabo de perder el juicio.

Cuando llegó a Roma, Juliet sabía que era demasiado tarde para entrar en razón. Llevaba una sola bolsa que había hecho a toda prisa. Si se le hubiera extraviado por el camino, no habría sido capaz de identificar su contenido. El pragmatismo lo había dejado en Nueva York. Lo que ocurriera a continuación decidiría si volvía a por él.

Le dio al taxista la dirección de Carlo y se recostó en el asiento para disfrutar de su primera travesía por Roma. Tal vez pudiera verlo todo antes de volver a casa. O quizá ya estuviera en casa. Habría que tomar decisiones, pero confiaba en no tener que hacerlo sola.

Vio las fuentes de las que Carlo le había hablado. Se alzaban y caían interminablemente, llenas de sueños. Llevada por un impulso, hizo parar al conductor y se acercó a una cuyo nombre ni siquiera conocía. Tiró una moneda y pidió un deseo. Vio cómo caía junto a miles de otros deseos. Algunos se harían realidad, se dijo. Eso le daba esperanzas.

Cuando el conductor se acercó a la acera y paró bruscamente, ella se hizo un lío con los billetes. El taxista se apiadó de ella y contó el dinero. Como Juliet era joven y estaba enamorada, sólo le cobró una moderada propina.

Juliet corrió a la puerta y llamó. Las cosas que quería decir, que había ensayado, se agolpaban en su cabeza de tal modo que no sabía cuál de ellas saldría primero. Pero, cuando la puerta se abrió, estaba preparada.

La mujer era bonita, morena, joven y curvilínea. Juliet sintió que su ímpetu se desvanecía mientras la miraba. Tan pronto, pensó. Carlo ya había metido a otra mujer en su casa. Por un instante, pensó en darse la vuelta y echar a correr tan rápido como pudiera. Pero luego cuadró los hombros y miró fijamente a la otra mujer.

— He venido a ver a Carlo.

La otra vaciló sólo un momento y luego esbozó una bella sonrisa.

— Es usted inglesa.

Juliet inclinó la cabeza. No había llegado tan lejos, arriesgado tanto, para huir con el rabo entre las piernas.

— Estadounidense.

— Pase. Soy Angelina Tuchina.

— Juliet Trent.

La mujer le estrechó la mano.

— Ah, sí, Carlo me ha hablado de usted.

Juliet estuvo a punto de echarse a reír.

— Muy propio de él.

— Pero no dijo que fuera a venir. Venga por aquí. Estábamos tomando el té. Lo echaba de menos cuando estaba en América, ¿sabe?, así que hoy le he pedido que no fuera al restaurante para que nos pusieramos al día.

A Juliet la asombraba que aquella situación le hiciera gracia. Pensó un instante que Angelina, como muchas otras, iba a sufrir una desilusión. La única mujer que iba a ponerse al día con Carlo a partir de ese momento, era ella.

Cuando entró en el salón, su regocijo se convirtió en sorpresa. Carlo estaba sentado en un sillón de respaldo alto, forrado de raso, manteniendo una encendida conversación con otra mujer. Ésta estaba sentada en su regazo y no tenía más de cinco años. — Carlo, tienes visita.

Él alzó la mirada y su sonrisa se desvaneció. Al igual que sus pensamientos. — Juliet...

— Traiga, déme eso — Angelina le quitó la bolsa a Juliet y le lanzó a Carlo una mirada inquisitiva. Nunca lo había visto con aquella expresión de pasmo—. Rosa, ven a decirle buenos días a la señorita Trent. Rosa es mi hija. Rosa se bajó de las rodillas de Carlo y se acercó a Juliet, mirándola fijamente.

— Buenos días, señorita Trent — complacida con su inglés, la niña se volvió hacia su madre y se puso a hablar en italiano.

Riendo, Angelina la tomó en brazos. — Dice que tiene los ojos verdes, como la princesa del cuento que le estaba contando Carlo. Carlo, ¿no vas a pedirle a la

señorita Trent que se siente? –con un suspiro, Angelina señaló una silla—. Por favor, póngase cómoda. Debe perdonar a mi hermano, señorita Trent. A veces se pierde en las historias que le cuenta a Rosa.

¿Su hermano? Juliet miró a Angelina y vio los ojos oscuros y cálidos de Carlo. De pronto se sintió como una tonta.

– Tenemos que irnos – Angelina se acercó y le dio un beso a su hermano en la mejilla. Mientras lo hacía, pensó en pasarse por la tienda de su madre para hablarle de la americana que había dejado a Carlo sin habla—. Espero que nos veamos otra vez mientras esté en Roma, señorita Trent.

– Gracias – Juliet le dio la mano y sonrió—. Estoy segura de que así será.

– No hace falta que nos acompañes, Carlo. Gao.

Él seguía callado cuando Juliet comenzó a pasearse por la habitación, deteniéndose aquí y allá para admirar alguna pieza de la colección de Carlo. Allí había opulentas muestras de artesanía de todas las culturas. Aquello debería haberle dado a la estancia un aire abrumador y museístico, pero en cambio producía una sensación alegre y acogedora, y tal vez un poco frívola, como él.

– Me dijiste que me gustaría tu casa – dijo ella al fin—. Y me gusta.

El consiguió levantarse, pero no se acercó a ella. Había dejado una parte de sí en Nueva York, pero todavía tenía su orgullo.

– Dijiste que no vendrías.

Ella se encogió de hombros y decidió que era preferible no arrojarle a sus pies, como había pensado.

– Ya conoces a las mujeres, Franconi. Cambian de idea. Y también me conoces a mí – se dio la vuelta y logró mirarlo cara a cara—. Me gusta hacer bien mi trabajo.

– ¿Tu trabajo?

Juliet metió la mano en su bolso y sacó el artículo de Dallas.

– Deberías echarle un vistazo a esto.

Al ver que ella no avanzaba, Carlo se acercó y le quitó el artículo. Su olor estaba allí, como siempre. Le recordaba muchas cosas, y con demasiada celeridad. Su voz sonó crispada y fría cuando la miró.

– ¿Has venido a Roma para traerme un trozo de papel?

– Será mejor que le eches un vistazo antes de que hablemos.

Él se quedó mirándola un momento antes de fijar su mirada en el papel.

– Otro artículo – comenzó a decir, y de pronto se detuvo—. ¿Qué es esto?

Ella sintió que sus labios se curvaban al notar su cambio de tono.

– Lo que imaginaba que querías ver.

A Juliet le pareció entender los improperios que Carlo le dedicaba en italiano a la señorita Tribly. Él dijo algo acerca de un cuchillo en la espalda, hizo una bola con

el papel y lo tiró a la chimenea limpia que había al otro lado de la habitación. Juliet notó de pasada que su puntería era perfecta.

—¿Qué pretende hacer esa mujer? —preguntó ella.

—Su trabajo. Con excesivo entusiasmo, quizá.

—¿Su trabajo? ¿Su trabajo consiste en citar literalmente todas mis recetas? ¡Y mal, encima! —enfurecido, Carlo comenzó a dar vueltas alrededor de la habitación—. Ha puesto demasiado orégano en mi carpapelo.

—Me temo que no me he fijado —murmuró Juliet—. En cualquier caso, tienes derecho a una retribución.

—¿Una retribución? —gritó él, trazando un círculo con las manos—. Iré a Dallas y le retorceré el pescuezo. ¡Ésa será mi retribución!

—Puedes hacer eso, por supuesto —Juliet apretó los labios para contener la risa. ¿De verdad había pensado alguna vez que podía vivir sin él?—. O puedes demandarla. Le he dado muchas vueltas, y creo que lo mejor será mandar una carta de repulsa escrita con toda firmeza.

—¿Repulsa? —replicó él—. ¿En vuestro país os limitáis a expresar vuestra repulsa por un asesinato? ¡Esa mujer le ha puesto demasiado orégano a mi carpaccio!

Juliet carraspeó y consiguió controlarse.

—Te entiendo, Carlo, pero creo que no lo ha hecho con mala intención. Si recuerdas la entrevista, estaba muy nerviosa e insegura. Me parece que la dejaste abrumada.

Él masculló una maldición y se metió las manos en los bolsillos.

—Le escribiré yo mismo.

—Puede que sea lo mejor... si dejas que el departamento jurídico le eche un vistazo antes a la carta.

Él frunció el ceño y la miró cuidadosamente de la cabeza a los pies. No había cambiado. De algún modo, ello lo consolaba y lo angustiaba al mismo tiempo.

—¿Has venido a Roma a hablarme de demandas?

Ella tomó su vida en las manos.

—He venido a Roma —dijo con sencillez.

Carlo no estaba seguro de poder acercarse un poco más sin sentir la necesidad de tocarla. El dolor no se había disipado. Estaba seguro de que nunca se disiparía.

—¿Por qué?

—Porque no he olvidado —Juliet se acercó a él—. Porque no podía olvidar, Carlo. Me pediste que viniera y tuve miedo. Me dijiste que me querías y no te creí.

Él cerró los puños para intentar controlar el temblor de sus dedos.

—¿Y ahora?

— Ahora sigo teniendo miedo. En cuanto me quedé sola, en cuanto supe que te habías ido, tuve que dejar de fingir. Pero, hasta cuando admití que estaba enamorada de ti, pensé que podía superarlo. Que tenía que superarlo.

— Juliet... — Carlo le tendió los brazos, pero ella retrocedió rápidamente.

— Creo que será mejor que esperes a que acabe. Por favor — añadió al ver que él seguía acercándose.

— Entonces, acaba rápido. Necesito abrazarte.

— Oh, Carlo — ella cerró los ojos e intentó refrenarse—. Quiero creer que puedo vivir contigo sin abandonar lo que soy, lo que necesito ser. Pero, verás, te quiero tanto que me temo que sería capaz de dejarlo todo en cuanto tú me lo pidieras.

— \Dio, qué mujer! — Juliet permaneció en silencio, sin saber si aquello era un cumplido o un insulto, mientras Carlo daba una vuelta alrededor de la habitación—. ¿Es que no entiendes que te quiero demasiado como para pedirte eso? Si no fueras quien eres, no estaría enamorado de ti. Si amo a Juliet Trent, ¿por qué iba a querer cambiarla por otra Juliet Trent?

— No sé, Carlo. Yo sólo...

— Fui muy torpe — ella alzó las manos y Carlo se las agarró para tranquilizarla—. La noche que te pedí que te casaras conmigo, fui muy torpe. Había cosas que quería decirte, y sabía cómo decirlas, pero era todo tan importante... Lo que con otras mujeres me parece fácil se me hace imposible con la única mujer que me importa.

— Yo no pensé que...

— No — Carlo se llevó sus manos a los labios—. He pensado mucho en lo que te dije. Pensaste que te estaba pidiendo que abandonaras tu trabajo, tu casa, y vinieras a Roma a vivir conmigo. Te estaba pidiendo menos, y mucho más. Debería haber dicho que... Juliet, te has convertido en mi vida y sin ti sólo soy la mitad de lo que era. Compártela conmigo.

— Quiero hacerlo, Carlo — ella sacudió la cabeza y se lanzó a sus brazos—. Quiero hacerlo. Puedo empezar de nuevo, aprender italiano. Debe de haber alguna editorial en Roma que necesite una estadounidense.

Él la agarró por los hombros, la apartó y la miró fijamente.

— ¿Qué quieres decir con empezar de nuevo? Vas a fundar tu propia empresa. Me lo dijiste.

— Eso no importa. Puedo...

— No — él la agarró con más firmeza—. Importa, y mucho, para los dos. Sé que algún día tendrás tu propia empresa en Nueva York. ¿Quién sabe mejor que yo el éxito que tendrás?

— Pero tu restaurante está aquí...

—Sí. He pensado que tal vez te interese abrir una filial de tu empresa de relaciones públicas aquí, en Roma. Aprender italiano es una idea excelente. Yo mismo te enseñaré. ¿Qué mejor profesor?

—No te entiendo, Carlo. ¿Cómo vamos a compartir nuestras vidas si yo estoy en Nueva York y tú en Roma?

El la besó porque hacía demasiado tiempo que no la besaba. La atrajo hacia sí porque Juliet estaba dispuesta a darle algo que él nunca le había pedido.

—Aquella noche no llegué a contarte mis planes. He estado considerando la posibilidad de abrir otro restaurante. El Franconi's es el mejor de Roma, por supuesto. Sin punto de comparación.

Juliet buscó de nuevo su boca, olvidándose de los planes.

—Por supuesto.

—Así que, un Franconi's en Nueva York será el doble de bueno.

—¿En Nueva York? —ella alzó la cabeza para mirarlo—. ¿Estás pensando en abrir un restaurante en Nueva York?

—Mis abogados ya están buscando local. Verás, Juliet, no habrías podido escaparte de mí por mucho tiempo.

—Ibas a volver.

—Cuando se me pasaran las ganas de matarte. Tenemos nuestras raíces en dos países. Y nuestros negocios también. Así que viviremos en dos países.

Las cosas eran tan sencillas...Juliet había olvidado lo generoso que era Carlo. De pronto recordó todo lo que habían compartido y pensó en lo que aún les quedaba por compartir. Parpadeó, intentando contener las lágrimas.

—Debí confiar en ti.

—Y en ti misma, Juliet —Carlo tomó su cara entre las manos, deslizando los dedos entre su pelo—. Dio, cuánto te echaba de menos. Quiero que lleves mi anillo en el dedo, y llevar el tuyo.

—¿Cuánto se tarda en conseguir una licencia matrimonial en Roma?

Sonriendo, él la hizo girar en sus brazos.

—Tengo contactos. A fines de esta semana estarás... ¿cómo se dice?... atada a mí.

—Y tú a mí. Llévame a la cama, Carlo —Juliet se apretó contra él, comprendiendo que tenía que acercarse aún más—. Quiero que me enseñes otra vez cómo será el resto de nuestras vidas.

—He pensado mucho en ti, aquí, conmigo —Carlo le besó la sien mientras recordaba los reproches que ella le había lanzado aquella última noche—. Juliet... ^preocupado, se apartó, tocando sólo sus manos—. Tú sabes cómo soy, cómo he vivido. No puedo borrar todo eso, ni lo haría si pudiera. Ha habido otras mujeres en mi cama.

—Carlo... —ella le apretó las manos—. Puede que en cierta ocasión dijera algunas tonterías, pero no soy tonta. No quiero ser la primera mujer en tu cama. Quiero ser la última. La única.

—Juliet, mi amore, desde momento sólo tendré ojos para ti.

Ella apoyó la mano en su mejilla.

—¿Lo oyes?

—¿El qué?

—El carrusel —sonriendo, Juliet extendió las manos—. Nunca se detiene.

Fin